

VICENTE GARRIDO
PATRICIA LÓPEZ

EL SECRETO DE BRETÓN

El caso que ha conmocionado
a España y a la criminología

INSPECTOR DE POLICÍA: –¿Qué has hecho con los niños?
JOSÉ BRETÓN: –No se lo puedo decir, es mi secreto.

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. La desaparición](#)

[Capítulo 2. Dos niños perdidos](#)

[Capítulo 3. Las mil y una versiones de Bretón](#)

[Capítulo 4. Ruth y Las Quemadillas](#)

[Capítulo 5. Operación Resplandor](#)

[Capítulo 6. La familia](#)

[Capítulo 7. La lucha](#)

[Capítulo 8. La hoguera](#)

[Capítulo 9. Muerte en familia](#)

[Capítulo 10. Análisis criminológico](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

*Para dos juristas de gran prestigio que creen profundamente en la Criminología Forense:
Carlos Climent Durán y Virgilio Latorre Latorre*

VICENTE GARRIDO

Para Ariadna y Fernando

PATRICIA LÓPEZ

PRÓLOGO

Cuando escribimos estas páginas, José Bretón es todavía un hombre inocente. No ha sido juzgado. En ningún caso decimos que sea culpable, ni tampoco que no lo sea; simplemente, no nos pronunciamos sobre este punto. Nuestra labor no es usurpar la tarea de los tribunales de justicia, sino la de ofrecer un estudio criminológico que permita clarificar y destacar cuáles son los hechos que en la actualidad el Estado, a través de su poder judicial, imputa a José Bretón. De este modo, la hipótesis de partida ha de ser la misma que estableció el juez de instrucción cuando cerró el sumario y decretó la apertura del juicio oral, y la del ministerio fiscal y la acusación particular cuando calificaron los hechos de un doble asesinato, a saber, que existen suficientes evidencias como para establecer que José Bretón es el responsable de la desaparición y muerte de sus propios hijos, de seis y dos años de edad.

Esto no significa que calláramos ante las evidencias posibles que actuaran en sentido contrario, es decir, apuntando hacia la inocencia del acusado. En todo momento hemos mantenido una mentalidad abierta. Que no las halláramos, o al menos con un peso sustantivo, no es tanto producto de nuestro ánimo sino resultado de lo que los hechos hasta ahora señalan o al menos nosotros fuimos capaces de apreciar.

Un estudio criminológico se orienta a contestar las preguntas últimas de un caso, y éstas siempre tienen que ver con el cómo y el por qué suceden los hechos. En ocasiones estas interrogantes resultan cristalinas, y la investigación policial ortodoxa las contesta a plena satisfacción. Pero hay otras veces en que el «cómo» se resiste por la ausencia de pruebas concluyentes, y entonces el conocimiento de la dinámica criminal deviene en una herramienta de gran valor.¹ Y por lo que respecta al «por qué», o mejor el «para qué», si bien un tribunal no precisa saberlo en tanto en cuanto la participación del sujeto en los hechos quede convenientemente probada, no cabe duda de que su comprensión proporciona un sentido de mayor perfección de la acción de la justicia, así como ayuda a dar un propósito más equilibrado a la condena, al transmitir a la sociedad cuáles eran los propósitos de quien obró maliciosamente para conseguir esos fines.

En este libro el «cómo» del crimen es objeto de un análisis detenido, porque el motivo o el «para qué» del crimen no puede sustraerse a conocer los pasos y medios de los que se valió el acusado (repetimos: todavía no culpable ante la ley), pero también nos ocupamos extensamente del asunto de *la posibilidad* de los hechos criminales, del cómo —de acuerdo al ministerio fiscal— un padre fue capaz de matar a sus hijos. Es decir, de «cómo fue posible» que un hecho así ocurriera.

CAPÍTULO 1

La desaparición

Sábado, 8 de octubre de 2011. A las 18.40 un hombre coge su teléfono móvil. Está en algún lugar sin ruido entre el parque Cruz Conde de Córdoba, más conocido como el parque del Cola Cao, y el de la Ciudad de los Niños. No se vislumbra ni angustia ni nervios en su rostro.¹ Hace escasamente cinco minutos que se ha encontrado con su hermano Rafael a la entrada del recinto, después de llamarlo para informarle de que sus hijos, Ruth y José, han desaparecido.

A Rafael sí se le observa dando vueltas de un lado a otro, con un teléfono en la mano, enseñando una foto de sus sobrinos a todo el que pasa. También hay un vigilante de seguridad y unas mujeres que trabajan en la recepción del parque preguntando por dos niños de seis y dos años. Pero él está como expectante. Rafael se le acerca y le dice: «¿Has llamado a Emergencias para que los busquen?»² El hombre, José Bretón Gómez, se percata de que aún no ha avisado a las autoridades de la pérdida de sus críos. Se decide a marcar.³

—Emergencias Andalucía 112, dígame .

—Sí, mira, estoy en Córdoba capital y quería denunciar que... no encuentro a dos... a mis hijos, uno de dos años y otro de seis en el parque que hay enfrente de la Ciudad de los Niños. [Tono de voz monocorde.]

—¿Pero qué ocurre con los menores?

—¡Que no los encuentro! [Medio lloroso.]

—Que los ha perdido...

—Sí...

—De acuerdo, ¿es usted el padre, no?

—Exactamente... [En lágrimas.]

—De acuerdo. Mire, le voy a tomar nota. Tranquilícese. ¿En qué provincia se encuentra? Me dijo aquí en Córdoba, ¿Córdoba capital o algún pueblo?

—No, no. En Córdoba capital. [Sigue medio lloroso.]

—Córdoba capital, de acuerdo. ¿En qué calle viven ellos?

—Es que estamos en Huelva, pero nos hemos venido para aquí el fin de semana, a Córdoba. [Medio lloroso.]

—Ah, de acuerdo, ¿que viven en Huelva, no? ¿Con domicilio en Huelva? ¿Y están ahora en casa de algunos amigos?

—No, en casa de mis padres. Que hemos venido a pasar el fin de semana. [Se recompone.]

—Bien, escuche, ¿cómo se llama la calle donde se hospedan los menores ahora, la casa de sus padres entonces?

—Don Carlos Romero número X.

—¿Juan Carlos?
—Don, Don Carlos Romero.
—Vamos a ver, Don Carlos Romero número X, ¿no? ¿Es un piso o una casa?
—Es una casa. [Se está cansando de estas preguntas.]
—Esta casa pertenece ¿a qué barriada o zona dentro de Córdoba capital?
—¡Pero que los niños no se han perdido ahí! [Pierde los nervios y grita al interlocutor.]
—Ya lo sé, señor, pero necesito un domicilio, tranquilícese que terminamos antes.
—Sí, sí.
—¿A qué barriada? Le vuelvo a preguntar.
—A Cañero, en Cañero.
—Bien, en Cañero. Me confirma: en Córdoba capital, en la calle Don Carlos Romero X, que es una casa en la barriada de Cañero, es donde por ejemplo han pasado esta última noche, ¿no? Donde están ahora...
—Sí, sí, sí.
—Y ellos se han perdido, entonces, a ver, se han perdido en un parque... ¿cómo se llama la calle donde se han perdido?
—Es que no lo sé. Es enfrente de un parque que hay... enfrente de la Ciudad de los Niños...
—Pero ¿que es en la misma calle Don Carlos Romero o dónde?
—No, no, no. Es muchísimo más lejos. [Irritado.]
—Bien, pues algún dato más sobre ese parque, señor, para que también la policía busque por esa zona. ¿Ese parque dónde está? ¿En qué calle o avenida? Pregunte por favor si hay alguna persona en la calle.
—Menéndez Pidal es el nombre de la calle. [No se lo pregunta a nadie, de hecho no hay ningún ruido ni se oye a nadie a su lado.]
—En un parque entonces de la calle Menéndez Pidal, ¿no?
—Sí.
—Bien, y esto pertenece a la barriada o zona... ¿lo sabe?
—No, eso es por la zona hospitalaria. [Dudando de cómo se lo explica.]
—Por la zona hospitalaria, muy bien.
—Al parque le dicen el parque de la ruta del circuito del Cola Cao.
—Se trata entonces del parque del Cola Cao, ¿no?
—Sí, circuito del Cola Cao le dicen. [Harto pero sin estar agresivo, tranquilo.]
—Parque, circuito, entonces, del Cola Cao. Dígame el teléfono del que me llama, por favor.
—XXXX.
—Dígame, ¿qué edades tienen?
—El niño tiene dos años y la niña, seis.
—¿Dos y seis años, no?
—Sí.
—De acuerdo, ¿cómo se llaman?
—José y Ruth.
—¿Apellidos?
—Bretón.
—¿Perdón?
—Bretón.
—Bretón. José y Ruth Bretón, ¿no?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Están bien ellos? ¿Necesitan asistencia médica? ¿Están en tratamiento o algo?

—No. [Contesta como sorprendido por la pregunta.]

—¿Qué tiempo hace que no los ha visto?

—Pues hará ya media hora que no los tengo localizados. [Muy tranquilo.]

—Media hora... ¿cuándo los vio por última vez? ¿En el parque?

—Sí, claro. Si íbamos al parque Ciudad de los Niños y hemos atravesado el parque.

—Perdidos en el parque, muy bien. Vamos a ver, en cualquier caso, usted estaba con ellos, ¿y cómo fue el momento? Usted estaba con ellos y se descuidó y ellos se perdieron de vista o cómo...

—Aquí había un poco de tumulto de gente y cuando voy a echar mano de ellos pues no, no los veo.

—Denuncia supongo que todavía no hay, ¿no?

—No, si no me ha dado tiempo. [Se revela cierto fastidio, como diciendo: «no te das cuenta de que te estoy llamando para denunciar...».]

—Claro, claro, entiendo. Mire, pues en principio avisamos de inmediato a los servicios operativos, ¿eh? Vamos a avisar a la Policía Local en este caso. No obstante, deme una breve descripción. ¿Qué lleva Ruth o José puesto? ¿Qué llevan?

—La niña lleva unas mallas rosas y una camiseta corta con listas rositas y blancas transversales.

—Rosa y blanca. ¿Y el niño?

—El niño una camiseta cortita azul con los bordes amarillitos y unos pantalones beige claritos.

—Beige claro, de acuerdo. Mire, avisamos de inmediato a los servicios operativos. No obstante, en el momento que los encuentre vuélvanos a llamar también para anular el aviso, ¿de acuerdo?

—¿Se ponen en contacto entonces conmigo?

—Supongo que sí. Éste es el teléfono que usted me ha facilitado, ¿no? ¿El 338?

—Sí.

—De acuerdo, pues avisamos de inmediato. Gracias por llamar. Buenas tardes.

—Sí, bueno...

—Buenas tardes. Adiós.

Al regresar a la entrada de la Ciudad de los Niños se forma a su alrededor una aglomeración de viandantes inquietos, pero él se rasca la barbilla mientras los que le acompañan no paran de hacerle preguntas: ¿Dónde estabas cuando se perdieron? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Te has distraído?...

Mientras su hermana Catalina y su cuñado José Ortega van llegando al parque y la policía se dispone a remover Roma con Santiago, él decide distanciarse de la mayoría y vuelve a coger su móvil.

Son las 18.50. Siente la necesidad de llamar a una antigua amiga, Adela. La conoció casi a la par que a su ex esposa, pero sólo se había atrevido a intentar darle un beso, infructuosamente, hace más de una década.⁴ No le contará que, según su versión, ya han pasado unos 40 minutos desde que sus hijos están en paradero desconocido. Sólo quiere informarla de que a partir de ese

día tiene claro que comenzará a vivir en Córdoba para siempre. Que los años en Huelva pertenecen al pasado. Adela explicará a la policía en días posteriores y a la revista *Interviú* en febrero de 2012, que «hacía años que no hablábamos. La tarde que se perdieron los niños me llamó por teléfono. Me preguntó qué tal estaba y me dijo que se venía a vivir a Córdoba. Que se acordaba de mí, que quería que quedáramos y me dijo: “A ver si nos vemos”. (...) No me contó nada de que había perdido a sus hijos esa tarde, ni me dijo que tenía hijos».

Tras excusarse con su interlocutora apelando a que tiene algo importante entre manos, un asunto que ya le desvelará, acude al encuentro de la Policía Nacional. Los agentes de Córdoba se despliegan por ambos parques para hacer una primera batida, incluso por la orilla del Guadalquivir cercana al recinto. Algunos agentes solicitan al vigilante jurado las grabaciones de las cámaras, y mientras recuperan las cintas preguntan sobre el hombre que ha perdido a sus hijos. Una trabajadora de la Ciudad de los Niños hace un comentario, le parece raro que cuando ha ido a pedirle que llame por megafonía no le haya dado la descripción de los pequeños. ¿Cómo les iba a identificar alguien sólo por los nombres? ¿Sabrían los niños asociar que se les llamaba a ellos por megafonía? ¿Cómo iban a acudir hasta la Ciudad de los Niños si se habían perdido en el parque Cruz Conde? En realidad, no sabe cómo son ni cómo iban vestidos porque el padre no le ha comunicado esta información. No ha sido hasta que el hermano ha comenzado a enseñar la foto del móvil que les ha puesto cara. El vigilante jurado asiente. La policía apunta el dato.

Comienzan desde ese instante a fijarse en cada uno de los movimientos del padre, que en absoluto parece desconsolado ni nervioso. Es más, tanto su hermano como su cuñado muestran signos de no fiarse de él.

Sobre las ocho de la noche, los investigadores deciden que deben ir a la comisaría a poner oficialmente una denuncia. Son dos niños muy pequeños, sin ropa de abrigo ni carrito, sin comer... Teniendo en cuenta que el padre asegura que los ha perdido de vista sólo unos segundos, no tiene sentido que se hayan perdido. Se los ha tenido que llevar alguien. Rafael y su cuñado se quedan en el parque para continuar con la búsqueda.

Sentados en un despacho, dos agentes transcriben diligentes la denuncia por la desaparición de los menores Ruth y José. Según puede leerse en el documento que transcribimos a continuación:

En Córdoba, siendo las 20 horas y 43 minutos del día 8 de octubre del año 2011, ante el Instructor y el Secretario arriba mencionados.

COMPARECE: En calidad de DENUNCIANTE, José Bretón Gómez...

MANIFIESTA: Que se encontraba con sus dos hijos de seis y siete años de edad [es literal, se confunde en la edad]. Que aproximadamente a las 18 horas los ha perdido de vista en el parque y ha llamado a un familiar por teléfono. Que después ha llamado al 112. Que ha buscado, con su familiar por la zona a sus hijos. La menor está vestida con un polo de manga corta color rosa y con rayas transversales y unas mallas por debajo de la rodilla. Mide unos 120 centímetros y tiene el pelo largo, liso y castaño. El varón lleva un polo de color azul de manga corta, un pantalón de color beige. Pelo corto, liso y castaño. Mide 90 centímetros y no habla muy bien.

Que informado de todo lo anterior MANIFIESTA:

Que se encontraba junto a los niños a unos 20 o 25 metros de distancia. Ellos estaban jugando y corriendo, en el lugar habría unas veinte personas. No se hacía una idea de dónde se han podido dirigir. Los ha buscado por las inmediaciones y en el parque infantil de la Ciudad de los Niños. (...)

Pasadas las nueve de la noche, una llamada a la comisaría interrumpe la declaración de José Bretón. Es una mujer que dice llamarse Ruth Ortiz, de Huelva. Su ex marido se llevó el día anterior, viernes 7, a sus hijos de su casa para ir a pasar el fin de semana a Córdoba. Están en proceso de separación y no le ha cogido el teléfono en todo el fin de semana, aunque éste le ha

llamado insistentemente. Hace unos minutos, su hermano Estanislao acaba de avisarla de que la policía estaba intentando ponerse en contacto con ella para alertarla de que sus hijos, Ruth y José, habían desaparecido. Necesita confirmarlo y, sobre todo, ponerse a disposición de los agentes en lo que precisen.

En Córdoba, la llamada de la madre parece apuntalar las primeras sospechas de los agentes. La actitud de José Bretón no se corresponde con la de alguien que ha perdido lo que más aprecia en el mundo. De hecho, nadie se fía de él: ni su hermano Rafael ni su cuñado José ni su ex mujer Ruth Ortiz.

Con las primeras pruebas encima de la mesa, la declaración del hombre hace aguas por todas partes. Ninguna cámara de vigilancia de la Ciudad de los Niños ni del parque Cruz Conde le ha captado con sus hijos. Tampoco ha captado a nadie saliendo con los pequeños y no es fácil secuestrar a dos niños de seis y dos años. Es muy arriesgado. Y más aún si uno de ellos apenas anda. Según el padre, él estaba sentado en un banco de ejercicios y se quedó unos segundos embelesado mirando al lado contrario a donde correteaban sus hijos, ellos se han debido de meter entre la gente y cuando ha vuelto a girar la cabeza ya no estaban. Pero los investigadores no ven probable que en cuestión de segundos unos secuestradores se hubieran llevado a dos niños a un vehículo para fugarse sin dejar rastro. Si buscaban a un niño al azar, ¿cómo arriesgarse a coger dos? ¿Cómo no les iba a ver alguien de esa veintena de personas entre las que según el padre se metieron los críos? Una veintena de personas, por cierto, que no aparecían por ninguna parte. De hecho, nadie recordaba a un padre preguntando a diestro y siniestro por sus hijos. Era imposible, en definitiva, que nadie hubiera visto nada, que ninguna cámara les hubiera grabado. Sólo existía una posibilidad y era que Ruth y José nunca hubieran llegado al parque.

Los investigadores de la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta) de Córdoba deciden ponerse en contacto con sus homólogos de la Comisaría General de Policía Judicial, en Madrid, y contarles sus impresiones. Han vuelto a escuchar la llamada telefónica que José Bretón realizó al 112 y detectan matices que les hacen sospechar.

Por ejemplo, los datos de la llamada no cuadran con su primera declaración ni con el visionado de las cámaras. Bretón llega al parque pasadas las 18.00. Exactamente, según la memoria de su teléfono, a las 18.08 llama a su hermano pero se corta. A las 18.09 vuelve a llamarle y le dice que ya ha llegado al parque. Rafael se extraña, según les explica él mismo, porque en realidad no ha quedado con él a ninguna hora concreta. Sin embargo, a las 18.40 él informa a Emergencias de que los ha perdido hace media hora. Es más, hace escasos minutos que les ha contado a los investigadores que los ha perdido a las 18.00.

A las 18.19 es la primera vez que una cámara de seguridad le capta. Está entrando a la Ciudad de los Niños. Segundos antes pasa un guardia jurado hacia las cabinas de información, según ha testificado a los investigadores, se percata de que el hombre ni va gritando el nombre de sus hijos ni se le ve angustiado. Las imágenes muestran a un José Bretón que sólo duda hacia dónde dirigirse y cuando ve una cámara de seguridad grabándole se echa la mano a las gafas de sol, como tapándose el rostro. Lleva al hombro la bolsa con las cosas de sus hijos.

Justo cuando el vigilante va hacia la garita, en segundo plano se aprecia cómo un hombre de camisa clara y pantalones oscuros cruza el paso de cebra que separa ambos parques. Está con el móvil en la mano. Ha llamado a sus dos hermanos: a Rafael a las 18.18 para decirle que ha perdido a sus hijos y que vaya para el parque, lo que se contradice con lo dicho a Emergencias sobre la hora de la desaparición; a las 18.19 a su hermana Catalina para contarle lo mismo, y es ella quien le apremia a acudir a la megafonía de la Ciudad de los Niños.

Sin necesidad de ser matemáticos, los policías se convencen de que al padre de Ruth y José no le podía dar tiempo de aparcar en una explanada cercana al Cruz Conde, andar 10 minutos hasta el lugar donde indica que los ha perdido, perderlos, buscarlos, llamar a sus familiares y llegar a la megafonía a la vez que está colgando el teléfono. Es inviable, a no ser que alguna de estas cosas no hubiera ocurrido.

A las 18.40, cuando llama a Emergencias a instancias de su hermano, que es quien organiza el primer dispositivo de búsqueda, José Bretón se debe de refugiar en algún lugar sin ruido. El tono de voz tampoco deja indiferentes a los policías, el hombre está demasiado tranquilo. Su lenguaje no es nada inconexo, ni muestra angustia o ansiedad. Es lógico, sosegado y la intranquilidad que muestra parece aparentarla, fingirla, porque al segundo vuelve a estar normal.

Enseguida detectan la primera mentira del padre. Dice que vienen de Huelva, dando a entender que son una familia de visita en Córdoba, aunque lleva desde el 18 de septiembre separado de Ruth Ortiz, ha abandonado Huelva y reside con sus padres, Bartolomé y Antonia, en su provincia natal.

Aparentemente, tiene problemas para situar el parque; sin embargo, unos días antes ha llevado a sus sobrinos, como les comentará el marido de Catalina, José Ortega. Los investigadores se inclinan a pensar que fue para observar si ése era el sitio idóneo para denunciar una desaparición de menores.

Por cómo transcurre la conversación, lo normal es que Bretón se hubiera irritado con el operador del 112 que le paraliza con un arsenal de preguntas que, a alguien desquiciado por haber perdido a sus hijos, le sacaría de sus casillas. Pero Bretón es muy comedido.

Cuando va a comisaría a poner la denuncia también está sereno. No se aturulla y tiene respuestas para todo. Reitera una y otra vez que los ha perdido cuando comienza a observar que los investigadores quieren someterle a un interrogatorio más exhaustivo sobre a quién llama, en qué lugares ha estado...

Él se muestra reticente a contar lo que ha hecho ese día. Pero Rafael comenta a los agentes que José ha estado por la tarde en una finca de la familia, Las Quemadillas, a unos 20 minutos del parque. Ellos se lo preguntan al padre de los menores, que les dice muy seguro que allí no van a encontrar nada, que hay que buscarlos fuera, vaciar el Guadalquivir si fuera necesario.

Tras valorar los indicios, los policías cordobeses deciden hacer caso a sus compañeros de Madrid: acudirán a la finca, sin perder de vista al padre, por si allí hubiera algo que pudiera confirmar que realmente los niños no llegaron al parque.

La actitud de los vecinos de Las Quemadillas es de plena colaboración. Se acercan a la finca de los Bretón por si pudieran ayudar en algo. Al dueño de una parcela limítrofe, la policía y el propio José le pillan por sorpresa mientras buscan por los árboles algún rastro de los niños. Se ofrece rápido a ayudarles en las tareas, pero el padre de los chiquillos le dice «si aquí no están, mira que se lo estoy diciendo». Como si nada.

Sin embargo, lo primero en sorprender a los agentes es una enorme hoguera todavía humeante. Deciden remover los rescoldos, por si hubiera algo, pero lo único que quedan son cenizas calientes, y dejan que se apaguen por sí mismas.

Rafael se extrañó. Según la policía, «le reprochó a José cómo se le había ocurrido hacer la hoguera entre los naranjos». No era lo habitual.

Éste responde que ha estado en la finca desde las dos de la tarde, tras salir de casa de sus padres y los niños se han quedado dormidos en el trayecto. Al llegar a Las Quemadillas aparca dentro de la finca y deja a Ruth y José durmiendo dentro del vehículo. Entonces decide hacer una

hoguera para quemar algunas cosas de Ruth, ropa y apuntes que no hacían falta.

José Ortega, el cuñado, era el que más nervioso estaba de todos. Según declarará tanto a la policía como al juez, la versión de Bretón no le convence y se altera cuando la policía le preguntaba cómo era posible que hubiera dejado a los niños durmiendo en el coche. «A mí sus contestaciones no me parecían lógicas. Se mantuvo frío y distante sin mostrar sentimiento alguno», le contará al juez. Está convencido de que «es difícil que los niños se hubieran quedado dormidos ya que fue un recorrido muy corto». Además, y a eso llevaba dándole vueltas toda la tarde, por lo que conocía a Bretón no era posible que él se sentara donde dijo en el parque cuando pierde a los niños «ya que es muy escrupuloso con la limpieza. Cuando se sienta en un banco público llega incluso a poner un pañuelo debajo».

Los nervios del marido de Catalina se desatan al presenciar que su cuñado mantiene la calma sin responder a las preguntas de los agentes. En un arranque de desesperación dice a los investigadores: «¡Dejádmelo a mí, que éste habla sí o sí!». Los policías deciden utilizarlo para presionar a José, autorizando su presencia y la del hermano del sospechoso, Rafael, pero Ortega no consigue contenerse y se tira al cuello del mayor de sus cuñados espetándole: «Si es verdad que no tienes que ver nada con la desaparición de los niños pégame una hostia».

Los agentes corren a separarlos y se llevan a Ortega a un aparte, para hablar con él. Ante el juez dirá que lo hizo para «ponerle ante un caso extremo a ver si por lo menos sabemos algo, por si ha sido él, aunque hay que barajar la posibilidad de que alguien le tenga manía a los hijos». Sin embargo, le explicará al fiscal, «viendo la dirección que estaba tomando la policía, yo me creo que una de las posibilidades podía ser la que decía la policía». Que José Bretón había hecho desaparecer a los pequeños.

Ortega, además, no puede quitarse una conversación de la cabeza. La que había mantenido con José la noche anterior, cuando regresó a su casa para buscar a Ruth y José, que habían estado jugando con sus primos. Estaba nervioso, raro, llevaba así desde que se separó de Ruth. José le dijo que «se la iba a liar gorda».

En una de sus declaraciones ante la policía, a los pocos días de la desaparición, les transmite que la noche del viernes 7 «tanto le asustó lo que José le dijo, que recuerda que le comentó que no se le fuera a ocurrir darse un golpe con el coche cuando estuviera con los niños, que si quería hacerle algo a Ruth que fuera y le diera una *guantá*, pero que a los niños no les hiciera daño».

Tras dar muchas vueltas a la finca, ya de madrugada, los policías deciden que es hora de marcharse y preparar un dispositivo de búsqueda el domingo por la mañana. Buscarán en el parque, en el río, pero también en Las Quemadillas. El padre de Ruth y José no inspira ninguna confianza, esa noche le piden a Ortega que le vigile, que le lleve a dormir a su casa. Pero antes quieren hacer una última comprobación sobre la actitud de Bretón.

José ha reconocido que había estado llamando ese fin de semana a su ex mujer, pero que ésta no le ha cogido el teléfono ni contestado a los mensajes desde el viernes por la tarde. Asegura que están teniendo una separación ejemplar por los niños, sin embargo cuando la madre se ha puesto en contacto con la comisaría para confirmar la información no ha dado esa sensación.

A las 4.50 de la madrugada del sábado 8 al domingo 9, Ruth recibe una llamada de José. «Te llamé por teléfono y no me lo cogiste. Tu madre me dijo que estabas hablando por el móvil y era mentira. Mira cómo me llamas ahora. He perdido a los niños en el parque. A alguien le tenía que tocar y me ha tocado a mí.»

Ruth pierde los nervios, necesita que la asistan, pero él se mantiene sereno.

Bretón se encuentra por fin en casa de su hermana Catalina junto con su cuñado. Allí se siente

tranquilo. Aunque a José Ortega no le ocurre lo mismo. Decide esconder los cuchillos de la casa mientras los dos hermanos comienzan a charlar. Además, encuentra una navaja en la mochila de su cuñado.

José Bretón, quizá en un tono muy fatalista —como explicarán pasado el tiempo su abogado José María Sánchez de Puerta y su hermana—, dice: «Catalina, ¿y si los niños estuvieran muertos?». Ella quiere desechar la idea: «No digas eso, José, ¿cómo van a estar muertos? Ya verás como aparecen». Él contesta: «¡Qué pena si yo tengo que enterrar a los niños, con lo bonitos que eran y la ilusión que yo tenía con ellos! Si eso pasara yo me tendría que morir. ¡Por Dios, mis niños, mis niños, por Dios!».

CAPÍTULO 2

Dos niños perdidos

La tarde del sábado 8 de octubre de 2011, Ruth Ortiz, esposa de José Bretón y madre de los pequeños Ruth y José, de seis y dos años, había recibido llamadas de un número que no identificaba. Tenía el teléfono en silencio así que no las había oído y al verlas decidió no hacerles caso. Su marido, con el que estaba en proceso de separación, la llevaba llamando sin obtener respuesta desde el viernes 7 y había llegado a llamar a su madre, teniendo ésta que mentirle diciéndole que Ruth no podía ponerse.

Pero poco antes de las nueve de la noche, su hermano Estanislao entra a trabajar y coge el teléfono. El interlocutor se identifica como policía de Córdoba. Le dice que sus sobrinos han desaparecido y que necesita contactar con la madre. Estanislao habla con Ruth muy alterado, la policía intenta localizarla y tiene que comunicarse con ella. Ruth marca el número de la comisaría de Córdoba. La información es correcta. Su marido está en ese instante presentando la denuncia. Dice que estaba con sus hijos en el parque y que, en un descuido, éstos ya no estaban. Le recomiendan que vaya a la comisaría de Huelva, a prestar declaración.

En menos de media hora la familia Ortiz Ramos se reúne en casa de Obdulia, la abuela de los pequeños. Ruth se había refugiado allí cuando abandonó el domicilio conyugal de El Portil, Huelva, nada más comunicarle a su marido José Bretón que su relación había terminado. Eso fue el 15 de septiembre y, desde entonces, la abuela se preocupa cada vez que los nietos se marchan para Córdoba.

Hacía pocos días que su nieta Ruth se había echado a llorar cuando hablaba por teléfono con su padre, estaba temerosa de él. Según le explicó a la policía en su declaración del 11 de octubre, la niña «contó que su padre le decía que todos tenían que estar juntos y que se lo dijese a su madre».

Su yerno «no quería que nadie se acercara a sus hijos y si los tocaban les preguntaba si se habían lavado las manos. Era celoso con el comportamiento de sus hijos y le molestaba que la gente fuera cariñosa con ellos», así que dudaba mucho que los hubiera perdido de vista ni un solo segundo. Está convencida de que les ha hecho algo.

Ruth también tiene el corazón en un puño. La mañana del viernes, cuando se despidió de Ruth y José antes de ir a trabajar, mientras ellos desayunaban, la niña le había preguntado: «Mamá, después de estar con papá... ¿volvemos a casa contigo?». Ella no entendió la pregunta, aunque sabía que la cría tenía miedo del padre hasta el punto de haberle dicho en una ocasión: «Mamá, si papito se muere, mejor».¹

Quiere estar segura de que Bretón no le está gastando una broma macabra para hacerla ir a Córdoba. El viernes por la mañana había acudido a su trabajo con unas flores y una carta. Ella había sido atenta, pensando en no enfadarle para que no lo pagara con los niños ese fin de semana.

En su intento de reconquistarla, Bretón le hizo todo tipo de propuestas, como la de dormir en camas separadas, cosa que él mismo reconocerá en una de sus declaraciones ante el juez: «Le planteé eso, tipo convivencia, que ella conviviera arriba a la hora de acostarse, vamos, que no teníamos por qué convivir físicamente a la hora de acostarnos, pero a los niños seguir dándoles un buen ambiente».²

En realidad, Ruth no había hecho caso ni a las propuestas, ni a las insistentes llamadas, ni a la carta, que no leyó hasta el viernes por la tarde. En ella, su marido le exponía todas las obsesiones que la habían impulsado a separarse, aunque para él la misiva supusiera un intento de reconciliación:³

Siempre me has dicho que te gusta recibir cartas, y ahora tengo tiempo de escribirte (demasiado tiempo). ¡Qué bonito sería poder dejarte esta carta en tu mesilla de noche para que cuando te levantes por la mañana, te alegrara el día, en la medida de lo posible!*

Creí alcanzar el cielo cuando te conocí. Tú vales mucho y te lo mereces todo y, sobre todo, ser feliz, porque siempre transmites tranquilidad, paz y amor. Siempre me acordaré del primer día que te vi, el día que te di el beso o cuando te pedí que saliéramos. Me acuerdo, cuando entré en el pub. Es increíble que con lo oscuro que es, un torrente de luz tan brillante iluminó todo tu cuerpo y ver tu bonita cara, conforme me iba acercando a ti porque no quería perderte ni un solo instante de vista, para disfrutar de cada segundo de ese momento tan mágico e irrepitable, hasta que llegó tu amiga y me dijo «ven te voy a presentar a mi amiga» (y eras tú). Estuvimos hablando largo rato, luego yo me cansaba y me diste tu teléfono. Como sabía dónde trabajaba tu amiga me pasaba todas las tardes para saber más de ti.

Habías entrado fulminantemente en mi corazón. Por eso me dije a mí mismo, no puedo dejar de hacer todo y dejarme hasta el último aliento para demostrarte mi amor sincero. Por eso cuando me enteré por tu amiga de la existencia de un muchacho especial para ti y me dijiste que en Navidades te ibas a ver con él, me dije a mí mismo: «No sé qué pasará, llegan las fiestas navideñas, ella en Huelva, yo en Córdoba...».

Pero las Navidades pasaron y volví a verte. Nunca me contaste si viste a ese chico esas Navidades. Entonces tomé la decisión de pedirte salir. Nunca me había puesto a pedirle salir a una persona y ahora entiendo el porqué, porque no eras tú.

Recuerdo el día que te dije: «Ruth, ¿quieres salir conmigo?», a una chica como tú especial, romántica, tierna, quería que todo fuera especial. El corazón me latía como nunca de rápido, bombeaba la sangre con una fuerza... parecía que se me iba a salir por las costillas, eso no me importaba. Sentía que los golpes eran tan fuertes que me llegaban a la garganta. Temía que me impidieran hablar. Cuando me dijiste con esa voz que sí, casi levito del suelo que piso. Y cuando cogí algunas fuerzas y me di cuenta de todo lo precioso que estaba pasando, te di un beso en los labios, entonces creía que volaba.

Al regresar a mi casa me decía: «Me doy un cabezazo con una farola porque no me creo la felicidad que invade mi cuerpo». ¡Cómo echo de menos darte besos en tu mejilla! Quiero darte paz, cariño, amistad, comprensión porque tú te lo mereces todo. ¿Quiero? Ver tu color, tu olor, tu textura, tu aroma, aunque tengas ¿espinas? (como rosa que eres).

Tú necesitas amar y ser amada, yo he cambiado porque quiero cambiar... Hay que hablar. El otro día hice algo que me contaron una vez. Meter en tres vasos los nombres de tres personas, en mi caso novias, doblar los papeles con esos nombres. A la mañana siguiente sólo uno de ellos se abrirá, ésa es la persona elegida y señalada. En mi caso es muy fácil porque hay una novia en mi vida, Ruth. Por eso en los tres papeles había un nombre, Ruth, cada uno escrito con más fuerza.

Mi propósito de enmienda es total y no se va a volver a repetir. Como te decía, he fracasado. Por eso te propongo algo. Te voy a proponer más cosas. De la carta, esta primera cosa que te propongo es hacer una lista en la que pongas todas las cosas malas que ves en mí. Y yo te digo que puedo cambiar.

Si a tan sólo una te dijera que no, que a ésa no puedo, desaparecería de tu vida, no de la de los niños. Lo que ocurre es que soy de la opinión de que las cosas siempre se pueden hablar y que no se tire la toalla, sin antes haberlo intentado todo y hablarlo.

Fíjate lo que he conseguido, amargarte la vida. Muchos matrimonios se separan después de haberlo intentado todo, a nosotros se nos han juntado muchas cosas. Quiero entrar otra vez en tu vida, no pienso defraudarte, empecemos de nuevo. Tenemos, que eso es muy importante, dos niños maravillosos.

Tú lo sabes de tus grupos cristianos, de los que yo te tenía que haber preguntado mucho más y haberte sacado muchas más veces... me hubiera ayudado a conocerte mucho más, a mí mismo, incluso a conocerte a ti y a él [se refiere a Jaime. Ruth comentó a Bretón que siempre había sentido algo especial por él (véase más adelante)]. Nombre tanto a ese hombre porque es muy importante en tu vida y, por lo tanto, en la mía. Y no sé si es una comparación buena. Pero yo voy a luchar por nuestra familia, como tú has hecho a lo largo de tu vida por él. A él, tu familia, la mía... le he prestado más cuenta de la que se debería.

Yo voy a luchar por nuestra familia, como tú has hecho a lo largo de tu vida por el otro. No me digas que después de tanto tiempo juntos no nos queda un rescoldo de esperanza, ya me encargaré yo de avivarlo.

Ruth, yo no quiero una mujer esclava en la casa. Siempre he visto la justicia igual para todos. De hecho, con el tiempo me

he dado cuenta de que las tareas del hogar, aunque aburridas y monótonas, me gustan. Incluso para mí es más fácil que tú trabajes, que tú te sientas más realizada, y yo ya con los niños más independientes, más descanso.

Me he dado cuenta que tenía que darte más en todo. En el matrimonio hay etapas, problemas, pero que siempre había que hablar. Cómo me gustaría que fuéramos a poder dar algún cursillo prematrimonial y contar la experiencia. Y poner en valor «para lo bueno y lo malo, en la salud y en la enfermedad». No me rechaces de tu vida.

Desde luego, de una crisis hay que salir fortalecido, no poner parches. Como mis planteamientos son fuertes y sinceros, estoy convencido de que puedo darte el 100% de tus pretensiones de amor, paz, ternura, felicidad. ¿Qué es lo que nos separa? ¿Tanta repelencia te produzco?

Tú y él sois muy importantes el uno para el otro, pero... yo lo acepto y lo admito así. Pero lo que me cuesta es que digas que toda nuestra relación ha sido un error.

Las circunstancias no nos han favorecido, teníamos que haber pedido ayuda a los profesionales, por eso nos merecemos una segunda oportunidad... Déjame darte los buenos días por las mañanas, despedirte con un dulce beso, regalarte flores, regalarte los oídos de piropos, porque te los mereces. Siempre estaré a tu lado, no quiero perder tu estela que me guía... siempre estás a mi lado, y que te tengo para siempre.

Yo no supondría un agobio para ti, al contrario, un remanso de paz, ternura y armonía, un amigo sin más pretensiones, alguien con quien compartir de forma personal, hablar, pasear, vivir la vida. Yo no puedo, ni quiero que renuncies a él, siéntelo y vive. Déjame tu color, tu olor, tu textura, tu aroma. Déjame mandarte cartas y flores, besos, cariño, paz todos los días. Siempre te pediré perdón, mi afán de enmienda es fuerte y sincero.

Me dijiste el otro día que había triunfado viendo a los niños sólo cada 15 días, todo lo contrario. He fracasado contigo como marido, con los niños como padre, con tu familia e incluso con la mía. Como ya te he dicho, he fracasado por la sencilla razón de que os estoy perdiendo. Como dice la canción «se va alejando de mi vida lo que más quería».

Estos días que vuelvo a ver el CD de la boda veo cómo se refleja esa emoción en mi cara en esos momentos y si las cosas se desarrollaron con gran rapidez, en mi opinión, fue por mi dedicación excesiva a mi familia.

Ahora, con el tiempo, me he dado cuenta que lo importante es mi familia... La que formamos los niños y nosotros. La familia política es la que es y no la podemos cambiar.

Fíjate lo que he conseguido, amargarte la vida. Aunque yo siempre he intentado tratarte como la princesa que eres y te mereces. Intentemos darle una vida ideal a los niños, ya sabemos los errores... ¡qué bonito sería llevarlos al colegio, al médico, pasear juntos, ir de picnic, a la playa! Contigo ir al cine, salir a bailar que no es lo mío, pero por ti volvería a apuntarme a las clases de baile, ver una puesta de sol, sentados y abrazados después de que los niños se acuesten.

No pienso defraudarte, tenemos, que eso es muy importante, dos niños maravillosos. Permíteme ayudarte con ellos en todo lo que les hace falta a diario, transmitiéndote paz, amor, felicidad... los niños lo ven todo. Déjame este domingo, cuando vuelva con los niños, quedarme con vosotros, con tu madre, le pediré mil perdones de rodillas. Se puede intentar, merece la pena.

Respecto a los niños, me he dado cuenta, que en mi afán de ser protagonista, no he dado todo lo que podía. Qué felices viven con mi hermana, los niños van descalzos y no pasa nada, juegan y no pasa nada.

Este fin de semana, cuando estuvieron los niños en Córdoba se lo pasaron en grande, y yo pensaba, para cualquier cosa... María Ruth, y lo que más me hubiera gustado es que tú estuvieras aquí y yo apoyándote en todo.

Como ya te he dicho con anterioridad, no he triunfado, he fracasado personalmente al perderos a todos, las calles están llenas de gente pero yo estoy solitario, como un alma en pena.

Sin vosotros no soy nada, ni voy a ningún lado sin vosotros, sin tu familia y la mía.

Tu «peque», tu «Bretón» que te quiere a ti, a los niños, a tu familia y al mundo.

Tras leer la misiva, y detectar el velado ultimátum que le requería su esposo de que todo cambiara para ese domingo, Ruth sabía que Bretón no la iba a dejar tranquila.

Obdulia intenta hacer memoria. El viernes a las 14.00 horas, cuando llegó a recoger la ropa de los niños para marcharse a Córdoba tras ir a buscarlos al colegio, su yerno, con quien hacía mucho que no tenía buena relación, les dice a los niños que se despidan de la abuela, y en lugar de colocar las maletas en el maletero, las sitúa en el asiento del copiloto. Algo que nunca hacía y menos con la manía de que cada cosa estuviera en su sitio. Después arranca el vehículo. Ella se quedó mirando a los niños, angustiada, pero jamás pensó que no volvería a verlos.

La siguiente en saber algo de ellos había sido Ruth. La última comunicación con él había sido vía WhatsApp la tarde del viernes. A las 17.29 él le escribió: «Ya hemos llegado. Cuando meriende te llamo. ¿Vale, cariño?». Ella contestó a las 18.13: «Gracias». No tenía más que decirle. Había decidido hacer caso a los consejos de su psicóloga y no contestar al teléfono, no seguirle el juego, aunque él la había llamado en varias ocasiones, la última a las 13.48 de ese sábado.

Antes del 15 de septiembre,⁴ además, había ido a ver a la abogada que había llevado la separación de su hermano Estanislao, Reposo Carrero. Siempre atareada, sólo pudo darle unas pinceladas de su situación y comunicarle que quería separarse. La letrada le pidió que escribiera esos días un perfil de su marido, que le explicara cómo era y cuáles eran sus motivos. Intuía que la mujer necesitaba reflexionar, ya que parecía que su marido no le iba a poner las cosas fáciles. A las diez de la noche del sábado 8, mientras los primos y la tía de Ruth comenzaban a llegar a la casa, ella recordó esa descripción escrita que había hecho de José Bretón: «José es celoso, envidioso, obsesivo, machista, intolerante, nada comprensivo, no es cariñoso, no es atento, no es detallista, percibe perfectamente los defectos y debilidades de las personas y las destaca. Es rencoroso y es de los de “ojo por ojo y diente por diente”».⁵

A pesar del ramo de flores y de las otras dos rosas que le había enviado la tarde del viernes y la mañana del sábado, la mujer sabía que todo era una farsa. Bretón nunca había sido ni cariñoso ni atento y, si ahora quería aparentarlo, era para someterla al mismo infierno.

Ruth le explica a su abogada en la carta que le escribe que «últimamente me humillaba y todo era una verdadera pesadilla. Me dijiste que no me veías fuerte para afrontar un divorcio pero lo necesito como el respirar. José puede cambiar del amor al odio en un abrir y cerrar de ojos, y tengo miedo por mí y por mis hijos. He vivido en el infierno y no quiero volver a él». Y añade: «Los niños le obedecen porque también le tienen miedo. También han sufrido los malos tratos del padre hacia mí y directamente hacia ellos. Los niños sólo querían salir de la casa. El ambiente era insoportable».

Entre el viernes y el sábado de octubre había estado repasando su historia con José y las manías que habían comenzado a desquiciarla. Él se lo había explicado al comienzo de la relación. «Me llegó a decir que una novia que tuvo le decía que había cosas de él que a ella le hacían daño. Él me preguntó: “¿tú vas a ser capaz de aguantar esas cosas?”»⁶ Ella se había quedado sorprendida, pero tardó poco en descubrir cuáles eran esas manías. «Una de las primeras preguntas que me hizo: “¿sabes comer bien?”. Yo me quedé perpleja. Le dije: “Pues sí, mis padres siempre me han educado para comer con la boca cerrada, sin hacer ruido”. Con el tiempo me fui dando cuenta que lo que no soporta es el sonido que hacemos todos al comer, y en concreto, cosas como una zanahoria, picos de pan. Siempre se pone tapones en los oídos durante las comidas. No se sienta nunca en un banco de la calle ni se agarra a las barandas de los autobuses.»⁷

Pero si en algo estaban de acuerdo Ruth y Obdulía, a quienes Bretón había intentado separar de todas las maneras posibles, acusando a la abuela materna de borracha y de mala influencia, era lo obsesiva y manipuladora que era la relación de éste con su madre. Según le explica a su abogada, «su patrón de la perfección: su madre. La admira. Según él, su madre nunca ha tenido la necesidad de salir a tomar café con sus amigas, siempre está en su casa, le encanta hacer de comer para todos, trata a todos los hijos por igual... es la mujer perfecta. Está totalmente manipulado y dirigido por la madre y la hermana. Todos los días tiene que hablar con ella por teléfono». Obdulía, por su parte, llegará a decirle a la policía, tres días después de la desaparición de los menores: «No me fío de la madre de José, no sé quién es peor de los dos. Tienen la misma patología. Esa madre quería retener a su hijo cerca, a pesar de que nunca le tuvo afecto». Muy a pesar de Ruth Ortiz, su marido siempre había sido así, aunque ella no se percatara.

José Bretón y Ruth Ortiz se conocen en 1999. Ella está estudiando Veterinaria en Córdoba y él hace un par de años que ha vuelto de Bosnia y trabaja de transportista. Es un flechazo. Se conocen en un pub, a través de unos amigos comunes, y a Ruth le enamora su saber estar y su

educación. José se muestra como un joven seguro de sí mismo, autodidacta, muy atento, con algunas manías que a Ruth en principio le hacen gracia. Tras dos años de noviazgo deciden casarse.

Sin embargo, poco a poco le va comiendo terreno en la toma de decisiones. Pocos días antes de su boda, Bretón le pide a su pareja la lista de invitados y, sin temblarle el pulso, elimina a amigos y familiares de ella sin consultarla.

La ceremonia se celebra en un pueblo de Huelva, La Rábida, en 2002. Es una concesión del futuro marido, porque aunque viven en diferentes sitios de Andalucía, la residencia habitual estará fijada en Córdoba, donde adquieren un piso y una plaza de garaje que acabarán alquilando.

Durante un largo periodo de tiempo residirán en la finca de Las Quemadas, en la casita pequeña, mientras ella termina un máster. A él, que a pesar de haber sido un alumno brillante en el instituto abandonó los estudios en primero de Derecho para marcharse de voluntario a Bosnia, no le hace gracia que estudie tanto, pero la deja.

Al principio, como muchas veces sucede, todo parece idílico, aunque según avanza el tiempo el hombre educado que ella conoció se convierte, a su juicio, en un dictador. Bretón comienza a prohibirle cosas. No la deja conducir ni relacionarse con su madre, tiene que hacer todo lo que él quiera. Bretón lo decide todo. Por ejemplo, no quiere tener hijos, pero ella se lo ruega, es el sueño de su vida, y ante la insistencia la obliga a adquirir un compromiso: si quiere niños tendrá que encargarse de ellos, él no quiere saber nada.

Durante algunos años viven en Las Quemadas, en un piso que compran en la calle Carlos III de Córdoba, después en Almería y de nuevo en Córdoba.

En 2005 nace Ruth y cuatro años después el pequeño José. Con el segundo hijo se agravan los problemas. Según contará Ruth ante el juez,⁸ «me dijo que no los quería y que si los tenía, yo me encargaría de ellos. Para él era antinatural que el hombre se encargara del cuidado de los niños». Su relación con ellos es fría y autoritaria, «no era cariñoso con ellos. Prácticamente no les tocaba... ni siquiera les besaba por las noches. Era muy estricto con ellos. No les dejaba actuar como niños».

Se trasladan a Huelva capital, donde ella ha conseguido una plaza en la Junta de Andalucía, aunque Bretón no quería que trabajara para que cuidara de los niños. Él no se siente nada cómodo fuera de su entorno cordobés y se obsesiona con la familia Ortiz. Hasta las Navidades de 2009, la vida de Ruth es normal. Ve a sus amigos y a su familia. Sin embargo, el 25 de diciembre un incidente cambia sus vidas. «El niño rechazó en varias ocasiones el biberón que mi marido había preparado. Lo probó y descubrió que la leche estaba salada», dice Ruth en su declaración.

Los botes de leche en polvo tenían en el interior ajo molido y sal. José Bretón culpó a su cuñada. «Ella lo negó y le dijo a José “qué bien te ha salido el plan”.» A partir de ahí, Bretón va apartando a la familia de Ruth. «Me dijo que si veía a los niños y él se enteraba, me atuviera a las consecuencias.»

Bretón llegó a poner una denuncia sobre este asunto y se marchó a Córdoba, como solía hacer cada vez que se enfadaba. Pero los Bretón le recomiendan que vuelva con ella. Y él siempre intentaba estar a la altura de las expectativas de su familia.

Pero no puede contener su mal carácter y comienza a gritar a Ruth por cualquier cosa, no le importa dejarla en evidencia. «En una ocasión le puse la mano en el hombro para preguntarle si quería cenar conmigo. Me gritó “a mí no me toques”. Sentí miedo», dice Ruth. Era duro estar a su lado y además porque «nunca estaba arrepentido. Siempre me manipulaba para conseguir lo que

quería. Yo le obedecía para evitar que se enfadara y tomara represalias porque no sabía cómo podía reaccionar».

También la obsesión por que sus hijos fueran ejemplares se torna agresiva. «Estaba lloviendo y vino alterado. Me preguntó a gritos que dónde estaba Ruth, que no quería que se mojase, le dije que jugando. Me respondió gritando que le sudaba la polla que la niña estuviera jugando.» Sin embargo, Ruth también explicará al juez que Bretón apenas mostraba interés por sus hijos. «Cuando iba a recogerles a la guardería llegaban con caca. Un día fue a recogerles y el niño se alejó de él.» También recuerda que despertaba al pequeño para que ella no pudiera descansar. «Le fastidiaba que durmiera bien por las noches... Así que despertaba al pequeño para que no pudiera descansar ni dormir tranquila.»

A finales de 2010 la situación se desborda. Bretón está a punto de quedarse sin trabajo y de asumir la responsabilidad de criar a los pequeños. Aunque aparentemente alardea de ello, como ha hecho en una de sus declaraciones, en el fondo odia esa condición de amo de casa. Se incrementan sus manías por la limpieza y se obsesiona con la disciplina de sus hijos.

Los profesores de la guardería de Ruth y José y los del colegio relatarán a la policía y al juez esta obsesión del padre,⁹ aunque fue el propio Bretón quien quiso que éstos declarasen para que explicaran «lo buen padre» que es.

Pepe Romero, director del colegio de la pequeña Ruth, contará en televisión que «Bretón era un padre obsesivo con sus hijos. Se acercaba a las rejas del colegio y cuando estaban los niños en el patio era una obsesión porque los demás niños no les echasen arena. Los padres no se suelen acercar a la hora del recreo al patio, pero era un padre que, como no tenía nada que hacer, pues se acercaba al patio para intentar proteger a su hija de la arena... Pero verdaderamente la niña era muy feliz con sus compañeros. Era una obsesión que no tenía lugar. Me consta que cuando venía con su mujer a las tutorías era él quien llevaba la voz cantante, ella era una mujer muy tranquila. Cuando ella venía sola era una mujer totalmente distinta».¹⁰

En Ruth va calando la idea de que la actitud de su marido sólo puede ir a peor. A finales de 2010 da un primer paso y acude al Instituto de la Mujer en Huelva para pedir ayuda psicológica y la derivan a una especialista que tras escucharla le dice que es una mujer maltratada y que su marido es un psicópata, «un lobo con piel de cordero».¹¹

La tenía martirizada. Según le contará Ruth al juez, «la discusión de todos los días era que él quería irse a Córdoba. Me decía: “Tu contrato es una mierda, vas a estar mejor allí”. Me echaba en cara que no le había dicho que quería trabajar antes de casarme».

Finalmente, en mayo de 2011, se trasladan a una casa a 15 minutos de la playa, en El Portil: «Sólo fuimos un día. Estaba aislado, no quería salir... se pasaba todo el día con Internet. Hacía comentarios vejatorios de las mujeres». Pero el verdadero objetivo de José Bretón es que Ruth no tuviera contacto con nadie. «Estaba aislada y sólo recibía las visitas de mi madre. Me decía que a la relación le venía muy mal que ella viniera a verme y al final optamos por vernos fuera de casa. No le parecía bien que fuera sola a las reuniones familiares porque mi familia pensaría que él era un bicho raro.»¹²

Después de casi un año de terapia, el lunes 12 de septiembre de 2011, Ruth regresa de una de esas sesiones. Según relata Bretón al juez en su segunda declaración:¹³ «La noto muy cambiada. El psicólogo le había dicho que éramos incompatibles, luego ya vino lo que ya le dije, que me reconoció que el psicólogo le había dicho que rompiera directamente conmigo, que me cerrara todas las puertas y que se divorciara y que no me diera opción ninguna... Se puso ella a llorar,

diciendo que no tenía que haberse casado conmigo, que todo había sido un error...».

Ese día, Ruth también le habla de Jaime, un chico que a ella le gustaba antes de conocer a Bretón y cuyo nombre ha mencionado en las conversaciones con el psicólogo: «Ella siempre ha estado enamorada de ese muchacho —asegurará Bretón en una de sus declaraciones ante el juez—. En septiembre me empezó a hablar de él, que le había dicho el psicólogo que seguía enamorada de ese muchacho, que hace un año se había enterado de que se había casado y que se le había vuelto el cuerpo...».

Bretón hace lo que suele hacer cuando se enfada con su esposa: coger la puerta y marcharse. Aunque según declarará al juez en noviembre, «discutir con ella, nunca he discutido con ella, todo lo más que podemos decir es que hemos hablado y tenido discrepancias pero discutir de decir discutir, nada». Lo cierto es que da la impresión de que José prefiere marcharse a desatar su ira con su esposa.

A las 18.42 de ese día, 12 de septiembre, Ruth le envía un mensaje con el propósito, suponemos, de quedar lo mejor posible con él, ya que su decisión de separarse está ya casi tomada: «Te dije una vez que siempre lucharía por nuestro amor y lo pienso hacer, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te quiero y no te quiero perder. Perdona si te has sentido solo. Mientras me quede vida estaré a tu lado».

Él está fuera y a las 18.48 le contesta de un modo muy aséptico, lo que da a entender que ha entendido el tono de despedida del mensaje anterior enviado por Ruth: «Llego a las siete y 20». No hablan más hasta el día siguiente. Bretón le escribe: «¿Cómo han empezado la mañana y el colegio los niños?». A lo que Ruth contesta con un escueto: «Bien»; para finalizar Bretón con un sobrio: «Gracias».

Las dudas desaparecen de la mente de Ruth. Está a punto de dar el segundo paso más importante en su camino de liberarse de su esposo. El jueves 15 de septiembre llega la fecha clave. Ruth se arma de valor y se sienta con Bretón para anunciarle que va a separarse.

El enojo de José es monumental. «Se enfadó. Yo tenía miedo a las represalias. Siempre me dijo que si alguien le hacía daño iba a por él. No sabía cómo iba a reaccionar», asegura Ruth ante el juez en febrero de 2012.

No sabe encajar esa situación, que sea ella quien le deje, otra vez, ya había ocurrido con la única mujer con la que había estado antes que con Ruth y la cosa no había acabado bien [ver más adelante en este libro]. Huye de la casa dejando a su familia atrás. Se va a Córdoba de nuevo, a refugiarse al lado de sus padres y su hermana. Pero éstos le aconsejan que vuelva a casa. «El sábado llego a la casa de El Portil —explica en su declaración del 21 de octubre ante el juez—, la llamo, en vista de que no están allí, como le había avisado de que iba, y me encuentro con un mensaje en el móvil de que ella y los niños ya no van a volver más al Portil, que me llamará para quedar el sábado y que el domingo irá a recoger la ropa.»

A las 19.05, vía WhatsApp, José Bretón le solicita a su mujer: «Dime que por lo menos lo vas a pensar hasta diciembre, para que viva con ilusión. Porque si no os tengo, para qué quiero la vida (ponte en mi lugar, que yo me hubiera llevado los niños a Córdoba)». ¹⁴

Dos minutos más tarde, Ruth contesta: «José, siempre vas a ser el padre de mis hijos, nuestra relación a partir de ahora va a cambiar pero seguiremos viéndonos. Formas parte de mi vida, pero no puedo vivir contigo».

Ese sábado 17 Bretón está desesperado y llama a la madre de una amiga de su hija. Le pide que interceda con Ruth, pero la respuesta de ella es que no piensa volver con él. En realidad, las

amigas se alegran de esta decisión. Según comentará una de ellas, «habitualmente le echaba la bronca a Ruth y la menospreciaba delante de todo el mundo».¹⁵ No será el único intento de que alguien interceda por él. Bretón consigue persuadir al cura que los casó para que hable con su esposa e intente convencerla de que vuelva con él.

Al día siguiente Bretón, al despertar, le escribe: «Buenos días. Perdona si anoche te presioné con mi ansiedad por ver a los niños, no se volverá a repetir». Después le envía un mensaje a Estanislao, el hermano de Ruth: «Hola, Estanis, habla con tu hermana y convéncela de que nos demos una oportunidad. Por lo menos eso. Gracias».

El miércoles 21 de septiembre, a 48 horas de que Bretón pase su primer fin de semana con sus hijos fuera de Huelva, está nervioso, pero más por ver a Ruth que a sus hijos. Por la mañana escribe: «Buenos días, guapísima. Dime cuándo puedes recoger tus cosas de Las Quemadas y qué quieres hacer con todo lo de la casa pequeña. Espero tu respuesta y que llegue pronto el viernes para ver a los niños, que seguro que ellos también tienen ganas de vernos. Tenemos que llevar muy bien el divorcio por ellos. Estoy contando los segundos que faltan para veros».

Ruth ya no hace caso a sus mensajes. El 22 le responde: «En mi plazoleta estará mi madre esperando a los niños». Pero Bretón no dejará de insistirle con la excusa de hablar de Ruth y José.

Ruth piensa que debería haber entendido el mensaje de José cuando el viernes 23 le regaló un libro, *El caballero de la armadura oxidada*, de Robert Fisher. En el primer capítulo se describe que: «Había un caballero que pensaba que era amoroso y generoso. Luchaba contra sus enemigos y rescataba damiselas en apuros (...) Su esposa Julieta y su hijo Cristóbal eran fieles y amorosos con él, pero un día el caballero tan obsesionado dejó de quitarse la armadura (...). Su esposa enfureció hasta el punto de ponerlo a elegir entre quitarse la armadura, o ella y su hijo se irían a vivir a otro sitio».

La tarde de ese viernes 23, José Bretón le envía el siguiente mensaje: «Ya hemos llegado, Me voy a merendar a casa de mi... ¿Qué pijamas les pongo? ¿Qué me sugieres de regalo? para que se lo compre a la niña. Hermana. Dime cuándo vas a querer hablar con ellos».

El domingo 25, Bretón vuelve a escribir a Ruth para avisar del regreso a Huelva: «Salimos ya. Calcula 2 horas y media. Cuando llegue te toco al porterillo». Ruth no le contesta al mensaje, sólo piensa en que el siguiente fin de semana tendrá que pasar un rato con él. Es el cumpleaños de la niña y los Bretón van a ir a la celebración. También está enfadada: «Me puso a mi hija y me dijo: “Papi está muy solo; quiero que volvamos a vivir juntos”».¹⁶

Mientras estos recuerdos fluyen por la mente de Ruth, el resto de los Ortiz Ramos no para de reprocharse no haber percibido que algo se fraguaba en la cabeza de José Bretón el domingo 2 de octubre, el día que se celebró en Huelva el cumpleaños de la pequeña Ruth. Aunque él ya le había hecho una celebración con los hijos de Catalina en Córdoba el fin de semana anterior, la niña tenía la ilusión de celebrarlo con su mejor amiga en un recreativo de bolas, con toboganes y camas elásticas.

Ruth y José llevan 15 días separados, pero ella intenta que no sea traumático para los pequeños. Que sigan viendo a su padre lo más posible. Sin embargo, los asistentes, la familia de Ruth y las madres de algunos amigos de los críos, se percatan enseguida de que él está distante con los niños, no les hace fotos, y no para de meterse con Ruth en cuanto ella se da la vuelta.

Pero en esta ocasión Bretón estaba siendo tan descaradamente desagradable, que su hermano Rafael, que había acudido desde Sevilla al cumpleaños, tuvo que darle un toque de atención.

Cuatro madres asistentes lo vieron y el relato que harán a los investigadores de la UDEV

pone de relieve que José estaba realmente alterado con su separación.¹⁷ Una de ellas asegura que Bretón «le comentó que haría lo imposible por quedarse con la custodia de los niños; que no le gustaba la familia de Ruth y que se encontraba enfadado por la situación y por lo que le había hecho Ruth abandonando el piso de El Portil». Fue enfadándose a medida que hablaba de la separación de Ruth. «Metió temas de custodia y decía que él quería pelear por la custodia única. En un momento me llegó a decir que esperaba que no se le fuera la pinza porque no sabía de qué era capaz.»

Al escuchar estas palabras, intentó quitar hierro: «Pensé que era fruto del acaloramiento, pero él me daba a entender que me hablaba firmemente. Yo le matizaba que [el problema] era con Ruth y él se percató de que me estaba dando cuenta de la magnitud y me decía que con los niños no era, que los niños eran lo más importante y que lo que no quería era que se le fuera la pinza con Ruth». Para rematar la aclaración le explicó: «Sé que eres trabajadora social y no me entenderás, pero a veces justifico el maltrato a las mujeres».

A otra madre de las amigas de su hija, José Bretón le comentó que «Ruth le estaba amargando la vida, dándole a entender que estaba con otro hombre; que su suegra era una borracha».

La difícil situación se palpaba en el ambiente e inconscientemente todos estaban atentos a sus comentarios. Según una testigo, «decía que ella le estaba engañando, que no le gustaba cómo trataba a los pequeños y que se quería llevar a su hija Ruth a Córdoba porque era más mayor y le daba menos trabajo». Además, «se refería a su mujer como “la hija de puta esa”. Estaba crispado e irascible. Su hermano le pidió que no hiciera tan evidente cómo se sentía».

Pero él desoyó las palabras de Rafael y siguió con su discurso. Una invitada relata: «Me comentó que en las separaciones siempre perdía el hombre y que entendía que existiese algún tipo de violencia o de maltrato físico a la mujer. Daba a entender que las mujeres merecían esa violencia porque eran las culpables de las rupturas sentimentales, por eso él iba a ir a por todas». Le dijo: «Ésta se cree que se va a ir de rositas y se va a enterar».

Una tercera madre asegura que: «Escuché cómo José Bretón le decía a su cuñado [Estanislao] “eso no se hace, a mí no se me hace siendo como soy”»; y una cuarta: «Le llamó la atención que no sacaran los padres ninguna foto durante todo el cumpleaños (...) Que José durante todo el cumpleaños no estuvo apenas con los niños».

Pero al día siguiente, 3 de octubre, la actitud de José es completamente opuesta. En su primer mensaje le dice a su todavía mujer: «Siempre estaré a vuestro lado. Me lo dicta el corazón. No lo puedo evitar y además lo deseo con todo mi corazón».

Ella, que también quiere tener la fiesta en paz, le escribe: «Por mi parte ve tranquilo, no voy a hacerte daño; a la gente sólo les digo que nos estamos separando, sabes muy bien que soy buena persona».

Bretón le asegura: «Por eso me enamoré de ti, el primer día que te vi. Un rayo de luz te iluminó y cuando entre en el pub te vi solamente a ti. Luego resulta que eras amiga de Nadia y nos presentaron. Como nos dijeron (en los cursillos prematrimoniales) para lo bueno y para lo malo. He cambiado, somos una familia y no voy a dejar un aliento para volverte a conquistar y hacerte feliz. Te lo mereces todo. Tu peque, tu Bretón, que te quiere».

Todo parecía normal. Con las típicas tiranteces de a quién le corresponde tal o cual fin de semana. El 8 y 9 de octubre le correspondía a José, pero ella se había ofrecido a cambiárselo porque sabía que, según recoge el juez en uno de sus primeros autos, «el viernes 7 de octubre estaba invitado para la boda de su mejor amigo, mientras que el sábado del fin de semana

siguiente estaba previsto el bautizo del hijo recién nacido de su hermano Rafael. Aun así, el encartado se empeñó en no cambiar de fines de semana».¹⁸

Pasadas las dos de la madrugada y tras lograr contactar con Reposo Carrero, Ruth Ortiz se dirige acompañada de algunos de sus familiares a la Comisaría de Huelva. Advierte a los agentes de que viene por recomendación de la policía y de su abogada, para que la informen sobre sus hijos y para ponerse a disposición de la investigación. Tras escucharla, son los propios policías quienes recomiendan interponer una denuncia por malos tratos. Ella no menciona a los niños, sólo relata las vejaciones que ha sufrido en carne propia.

En esos momentos pensó que «era algo orquestado por él para darme un susto y hacerme ir a Córdoba», dice en su declaración ante el juez. Sin embargo, al poner la denuncia, Ruth tiene un presentimiento. «En ese momento supe que no volvería a ver a mis hijos. Me di cuenta de que por las buenas no iba a conseguir nada.»

Los policías la avisan de que deberá cogerle el teléfono a su marido cuando éste la llame, por si ella pudiera sacarle alguna información que los investigadores desconocen. A las 04.50 se produce la llamada. Él está tranquilo, «nos podía haber pasado a cualquiera y me ha tocado a mí». Ruth sufre una crisis de ansiedad.

Diez minutos después, un familiar de Ruth se pone en contacto con José Bretón, quiere que le diga qué ropa llevaban los niños. La mañana siguiente imprimirán carteles y partirán a Córdoba para buscarlos.

CAPÍTULO 3

Las mil y una versiones de Bretón

Por la mañana todos se levantaron sin haber dormido. Ruth y su familia preparaban el viaje a Córdoba, buscaban una imprenta para los carteles y un lugar donde alojarse, porque los Bretón ni siquiera les habían hecho ese ofrecimiento. En palabras de Estanislao, «la comunicación con ellos es nula».

José Bretón esperaba que la policía lo fuera a buscar a casa de su hermana, para proseguir con las labores de búsqueda. Le había estado dando vueltas al bombardeo de preguntas que de nuevo descargarían en su contra. Pero su versión era simple: llegó al parque y los perdió. Poco más podía decirles.

Los investigadores por su parte habían requerido de toda la ayuda necesaria dentro y fuera del CNP. Iban a desplegar un dispositivo de búsqueda para el que se necesitaba la ayuda de guías caninos, buzos, psicólogos... Tanto sus superiores de la UDEV de Sevilla como otros equipos de Policía Científica y rastreo estaban al tanto de lo que ocurría, como los grupos más especializados de Madrid.

Era el protocolo en casos de desapariciones inquietantes, menores en la mayoría de las ocasiones, por el que habían luchado desde hacía años asociaciones de desaparecidos como InterSOS. Además de conseguir cambiar los protocolos de actuación, esos que decían que hasta transcurridas 24 horas no se empezaba la búsqueda, tales asociaciones habían concienciado a los medios de comunicación de hacer de altavoces para que la sociedad civil se implicara en los casos. Eso provocó una presión, mediática y política, que iba a perseguir a la policía a lo largo de toda la investigación. Pero también reportaba ayuda y, en la mayoría de las ocasiones, buena fama.

Televisiones y periódicos habían abierto ese domingo 9 de octubre con la noticia de dos preciosos niños de seis y 2 años extraviados, quizá secuestrados o algo peor. Un fotógrafo del *Diario Córdoba* estaba casualmente en la Ciudad de los Niños la tarde del sábado y captó la imagen de un padre con cara de preocupación frente a un policía que hace aspavientos. También se reservaba un espacio en los rotativos para el juicio por la desaparición y asesinato de Marta del Castillo, que había tenido una polémica investigación a cargo del jefe de la UDEV de Sevilla, el comisario Manuel Piedrabuena.

Así que en las dependencias policiales de la ciudad de la Mezquita, las órdenes volaban desde primeras horas de la mañana y el número de agentes destinados hacía ver a los cordobeses que algo muy grave había pasado. El parque Cruz Conde y la Ciudad de los Niños estaban tomados por los de azul. Los taxistas, que habían recibido la notificación minutos después de la denuncia, también vigilaban las calles en busca de algún dato, de hallarlos en algún lugar extraño.

Y al margen de lo más visible, los investigadores estaban realmente centrados en los testimonios de la familia de Bretón y en esa finca, Las Quemadillas, de 6.000 metros cuadrados

cuajados de naranjos y olivos, donde había una extraña hoguera humeante y donde el padre no manifestaba un excesivo interés en que se inspeccionara. Claro que había estado allí, pero se había ido al parque.

A las 12.39 del domingo¹ los investigadores deciden tomar una nueva declaración a José Bretón. Van a reconstruir minuciosamente lo que hizo desde que se despertó el sábado hasta las 18.20, cuando da la voz de alarma a sus hermanos y a la megafonía de la Ciudad de los Niños. También indagarán sobre su separación, que no tiene nada de normal, como él quiso dar a entender en un primer momento, y en la que tampoco parece ser la víctima, aunque la tarde anterior se quejara a los agentes de que no había podido comunicar la desaparición a su esposa porque ésta no le cogía el teléfono desde el viernes. Pronto empezó a asomar un rasgo inquietante de su personalidad al relatar que Ruth le había denunciado por vejaciones y presiones: «En ocasiones se me calienta la boca, pero siempre ha sido en relación con el tema económico de la separación».

Todo lo que pudo decir Bretón a la policía sobre el origen de esa pesadilla se podía resumir en tres líneas:

«Desde las 13.15 h permanecí en Las Quemadillas con mis hijos. Ellos se quedaron en el coche dormidos, mientras yo quemaba los objetos y recuerdos pertenecientes a mi ex mujer. A las 17.00 h salí de casa para ir al parque».

Llegó al parque en torno a las 18.00 horas y «en un momento dado les perdí de vista y comencé a buscarles. Todo fue muy rápido. Recuerdo que me encontraba detrás de un grupo de personas que también se dirigían al parque. Me detuve para sentarme en unas barras de acero que había en el parque y cuando levanté la vista ya no vi a los niños. No vi nada extraño, tampoco a personas sospechosas (...). No les pude localizar y llamé a unos familiares míos que me ayudaron a buscarles por la zona».

Bretón no se mueve un milímetro de esta explicación sorprendente, pero lo que dice no encaja con lo que dirá al respecto la familia y que se plasmará oficialmente días después.

En efecto, la primera semana de la desaparición Catalina relata a los investigadores que «el jueves 6 de octubre, mi hermano José se marchó a Huelva con la intención de recoger a sus hijos para que pasaran el fin de semana en Córdoba. Según me cuenta mi hermano, al día siguiente, tras dejar a los niños en el colegio, fue al trabajo de su ex mujer y estuvo hablando con ella durante más tiempo que el que había utilizado en otras veces. Mi hermano José intentó convencer a Ruth para que volviera con él; pero le dio un no rotundo, ya que le dijo que quería hacer su vida sola».

La tarde del viernes llega a Córdoba, deja a sus hijos en casa de su hermana y se marcha. Ninguno de los familiares es capaz de dar una explicación convincente de por qué José deja a los niños en casa de su hermana y está al menos una hora fuera.² Al rato les recoge y Rafael asegura que esa noche José y sus hijos duermen en la casa de Don Carlos Romero.

«El sábado 8 por la mañana —cuenta su hermano— estaba en casa de mis padres con mi mujer e hijos. También estaba mi hermano José y los suyos. No puedo precisar cuándo, pero José se levantó entre las 9.00 h y las 10.00 h y se fue a casa de nuestra hermana con sus hijos.»

A las 11.15 recuerda Catalina que «vinieron a mi casa José y mis sobrinos. Desde que mi hermano regresó de Huelva estaba muy animado. Le dije que mi marido, mi hijo menor y yo íbamos a hacer la compra. Me pidió que no tardáramos porque había quedado con unos amigos. A la vuelta, observé que José se encontraba enfadado y me dijo que había estropeado sus planes. Se quería ir a casa de mis padres. Mi marido los llevó sobre las 13.30 h (...). Mi madre me dijo que José llegó a su casa acompañado de los niños, que entraron al domicilio y se sentaron; y así

estuvieron unos 30 minutos. Mi madre le preguntó si iban a quedarse a comer y José le dijo que no, que habían quedado. También me comentó mi madre que el día de la desaparición llamó a mi hermano sobre las 17.55 h para saber lo que iban a hacer y éste le respondió que iban para la Ciudad de los Niños».

Las horas que maneja Catalina nada tienen que ver con lo que expone su hermano. José Bretón no podía estar con Ruth y José a las 13.15 en Las Quemadillas, como les acaba de relatar, si a esa hora estaba discutiendo con su hermana y su cuñado por haber llegado tarde y no poder asistir, como pretendía, a una comida con unos amigos. Es más, al hablar con dicha pareja, éstos le dicen que no habían quedado, que es mentira.

Tampoco tiene mucho sentido que José estuviera «muy animado», como dice su hermana, teniendo en cuenta que José Ortega, su marido, aseguraba que estaba raro, que se la tenía jurada a Ruth y que escondió los cuchillos de su casa por temor a su cuñado. Incluso ella misma apuntó que «mi hermano ha recibido tratamiento psicológico a raíz de la separación de Ruth. Pero como el psicólogo no solucionaba el problema dejó de ir. También le comentó lo de sus manías, pero le derivó a otro psicólogo».

Los agentes le piden al padre de Ruth y José las llaves del coche. Dos cuchillos, cuerda y cinta americana, sábanas, mantas... parecen los instrumentos adecuados para hacer desaparecer a dos niños pequeños. Pero José tiene una respuesta lógica: «Los llevaba en el coche debido a la mudanza que he tenido que hacer por mi separación».

En el suelo del vehículo también hay una botella de agua, un pañuelo con sangre y el muñeco preferido de la niña, el gato de plástico que le regalaron en su cumpleaños y del que no se desprendía.

Se ponen en contacto con la madre de José. Es una señora mayor y hay que ser prudente: no hay pruebas, sólo sospechas. Antonia les confirma que su hijo y sus nietos llegaron sobre las 13.30. Los niños se sentaron y vieron los dibujos, pero él estaba muy alterado. «La dicente piensa que su hijo ha hecho desaparecer a los niños a cosa hecha, no pudiendo precisar si les ha hecho algo malo o se los ha dado a otra persona para que los esconda. Después de la desaparición de los niños, la familia le ha preguntado al padre si le ha hecho algo malo a los niños y responde que “él qué le va a hacer”. Y cuando le han insistido ha dicho que no se acuerda de nada y que está trastornado.»

Por diferentes testimonios la policía sabe que hubo una fuerte discusión y que alguien fue a avisar a Bartolomé, el abuelo, a la Casa de la Cultura donde suele tomar el aperitivo y jugar al dominó. «Ven a despedirte de tus nietos», le dicen. Ruth les había pedido que Bretón siempre estuviera con alguno de ellos, que no le dejaran solo con los niños, pero él les monta en el coche y sin haber comido nada se marcha. Su madre le grita: «¿Qué vas a hacer?».

No vuelven a saber de él hasta las 17.55, hora en que Antonia consigue hablar con su hijo, 132 segundos de conversación en la que éste le dice que está yendo a la Ciudad de los Niños.

El juez de instrucción escribirá en uno de sus autos³ sobre este momento: «En esa conversación tan vehementemente negada, y respecto de la que técnicamente no existe la más mínima duda de su existencia, tuvieron que decirse cosas tan graves que le hicieron decir a la madre, nada más y nada menos, en su primera declaración policial, que pensaba que su hijo habría hecho desaparecer a los niños».

Desde el mediodía, Rafael también había intentado comunicarse en diferentes ocasiones: «Le envió un mensaje de texto a José, le envió “localízate” que quiere decir localízate con el servicio

Latitude de Google. José me responde algo así como “esto está lleno de gente” no sabiendo a qué se refería... aclarándome después que “esto” es la Ciudad de los Niños. Lo confirmo con el sistema Latitude y confirmo que es cierto».

«Sobre las 18.15 h recibo una llamada de mi hermano, me comenta llorando y de forma apenas inteligible que “había perdido un niño y que por favor acudiera corriendo”. Se lo digo inmediatamente a mi hermana y ella me pregunta cuál de los hijos ha perdido. Yo no le sé responder y salgo de la casa para ir directamente a la Ciudad de los Niños.» Se traslada en su vehículo hasta el parque y durante el trayecto vuelven a contactar: «Creo que llamo a mi hermano para aclarar si era el niño o la niña el que se había perdido y él me contesta que se habían perdido ambos».

Alertada por Rafael, Catalina se pone en contacto con Bretón. «Yo llamé a mi hermano para que diera la voz de alarma sobre la desaparición por los altavoces. La conversación duró muy poco: José se encontraba muy nervioso y quería buscar a sus hijos.» Sin embargo, las cámaras de la Ciudad de los Niños muestran un lenguaje gestual de José que no se corresponde con el estado de ansiedad que relatan sus hermanos. Quizá fuera cierto lo que decían, pero físicamente no se reflejaba. Y tampoco lo percibieron así los trabajadores con los que habla segundos después. Es más probable que, como dice Ruth, José tuviera una extraordinaria capacidad para manejar sus emociones de acuerdo con las circunstancias.

Según Rafael Bretón, «cuando me encuentro con él, está llorando y alterado. Me intenta precisar el lugar en el que se perdieron los niños diciéndome que se produjo en las inmediaciones del parque Cruz Conde (...) di una vuelta rápida solo en la Ciudad de los Niños, ya que mi hermano quería quedarse en la zona en la que perdió a los pequeños porque les había advertido en alguna ocasión que si se perdían se quedasen quietos. Ante lo inútil de la búsqueda en el interior del parque, me desplazo con mi hermano hasta la zona exterior. Me dice que es allí donde ha perdido a los niños no sabiendo cómo, así como la dirección y sentido que pudieron seguir los niños. Ante tal circunstancia, le aconsejo que avise a los servicios de emergencia, concretamente al 112. Ignoro si llegó a hacerlo o no. Yo me fui solo a buscar a los niños a otra zona».

Estas declaraciones de Rafael también se contradicen con lo dicho por su hermano. José no pierde a los niños en el exterior del parque, sino en el interior, en un banco donde según el marido de Catalina nunca se sentaría.

Singular también les resultó que Catalina le preguntara a su hermano José «si recuerda que cuando llega al parque en el coche iban con él Ruth y José. Y me contesta que sí, que se bajó del vehículo, se metieron en el parque, se cruzó con un grupo de personas y como se sentía cansado se sentó un momento y cuando se dio cuenta los niños ya no estaban. En ese instante, me cuenta, se dirigió a la gente que estaba allí para preguntar por sus hijos».

Resulta extraordinario que su hermana llegue a pensar que José haya podido estar horas sin ser consciente de si en realidad sus hijos estaban con él o no. Como si dos niños de seis y dos años no se hicieran notar con conversaciones inagotables y juegos hasta la extenuación.

Sin embargo, Catalina ve posible «que pasara lo del parque que cuenta mi hermano. La niña nunca quería ir de la mano y el niño no quería ir en el carrito. Es un comportamiento peligroso, pero sí es verdad que los niños podían ir a cierta distancia de mi hermano por el parque. Otra cosa muy distinta es que mi hermano llegara a perderlos de vista. Creo que es más difícil controlarlos».

Rafael Bretón, que no se atreve a ser tan explícito como su madre al sospechar de José, que antes de que José se fuera a la comisaría con ellos, él le había dicho «que comunicara la noticia a

Ruth, su pareja, contestándome [José] que no le cogía el teléfono. (...) Hablé con una amiga común. Le pregunté por Ruth, porque mi hermano no había podido hablar con ella, pero no le dije que los niños se habían perdido». Es la segunda vez esa tarde que Rafael tiene que indicarle a su hermano que alerte de la desaparición a dos partes tan importantes en el caso como son la madre de los niños y los servicios de emergencias —que a su vez avisarían a la policía para que se inicie una búsqueda profesional—, y no lo que ellos estaban haciendo hasta el momento.

Es también Rafael quien les encamina a Las Quemadillas, como la finca que solía frecuentar su hermano y en la que, según José Ortega, Bretón ha dormido desde que regresó de Huelva.

Después de casi doce horas de búsqueda y conversaciones con el entorno de José, los vecinos, el personal del parque y asistentes aquella tarde a las inmediaciones del Cruz Conde y la Ciudad de los Niños, los agentes deciden tomarle una nueva declaración al padre de Ruth y José.

A las 23.10, en la Comisaría de Córdoba, Bretón percibe cómo los agentes son cada vez más hostiles. Están empeñados en que ha tenido algo que ver con la desaparición de sus hijos y dicen que les ha mentado. Por ejemplo, no ha podido llegar a las 13.15 a la parcela, como les ha contado esa mañana.

Él se pone en alerta. De la recámara de las respuestas sacará una nueva versión. Ahora explica que sus hijos habían estado por la mañana en casa de su hermana hasta las 13.30, más o menos.⁴ «El día 8 por la mañana, sobre las 10.15 h salí de casa de mis padres donde había pasado la noche junto a mis hijos. Me dirigí a la casa de mi hermana. Dejé a los niños y volví a casa de mis padres para aparcar el coche. Regresé a la casa de mi hermana y ella se fue con su marido y su hijo a un centro comercial y no regresó hasta las 13.30 h. Aproveché y fui a por el coche a casa de mis padres y me fui a por los niños a la casa de mi hermana. Cuando llegué me preguntó si me quedaba a comer y dije que no», explicó Bretón a la policía.

Dice que es cierto que le reprochara a su hermana la hora en la que llegaba, pues tenía planeado comer con unos amigos. Finalmente se distrajo y volvió a la finca. «Pensé en irme a comer a casa de unos amigos, conduje el coche hacia su casa, pero me despisté y decidí irme a Las Quemadas. No llamé a los amigos con los que había quedado porque son amigos y hay confianza.»

Los agentes se sorprendieron. Había estado en casa de su madre antes de ir a Las Quemadillas y había sido su cuñado quien le había llevado a Don Carlos Romero, según las declaraciones del matrimonio Ortega Bretón. Pero José decía que fue con su coche a casa de su hermana y desde allí se distrajo y llegó a la finca a las 14.30, una hora y cuarto después de lo que había declarado por la mañana, y que los pequeños se quedaron dormidos en el interior del coche hasta las 17.15. «Paré y les di unos muñecos para que no se durmieran, pero no fue posible. Llegué y estacioné el vehículo, los niños se quedaron dentro del coche dormidos. Serían las 14.30 h. Saqué una aspiradora del maletero, cogí unos palos y encendí una hoguera. Después entré en la casa y cogí unos enseres de mi ex mujer. Quemé un par de cajas con apuntes y tres o cuatro prendas de ropa. Serían las 15.30 h. Me entró un poco de sueño así que me metí en el coche a dormir. Los niños me despertaron a eso de las 17.15 h. Decidí irme a la Ciudad de los Niños donde había quedado con mis dos hermanos y mis sobrinos. Llegué al parque y fuimos hacia una especie de meseta. Ruth y José se adelantaron y se unieron a un grupo de personas que se dirigían hacia la Ciudad de los Niños. Yo me senté en unos barrotes de madera y cuando me di cuenta les había perdido de vista (...). Empecé a preguntar a la gente, me puse histérico.»⁵

Chirriaba que un padre tan preocupado y ocupado de sus hijos, puesto que les llevaba

cuidando desde que se quedó en el paro en 2011, dijera a los investigadores que «no les di comer ni de beber porque ya habían desayunado y seguro que algo comieron en la casa de mi hermana». Pero aquéllos sabían que Bretón había rechazado los ofrecimientos de su hermana y su madre para comer, tampoco había asistido a una presunta cita para almorzar con unos amigos y aun así, dos niños de seis y dos años habían caído rendidos, dormido más de tres horas y, sin quejarse, salir disparados a jugar al parque sin haberle pedido alimento alguno a su padre.

Este asunto se convertirá en una de las claves para que los policías y el juez instructor sospechen que José Bretón les ha hecho algo muy malo a sus hijos. En diferentes conversaciones, el padre cambiará la versión y le dirá a la policía que comieron algo en la finca, incluso interceptarán en una de las primeras inspecciones oculares una nota que Bretón le quiere hacer llegar a Antonia: «Mamá, recuerda que les diste pan a los niños». Sin embargo, en el registro del vehículo ni una minúscula miga de pan se halla en suelo o asientos. Como Bretón tiene respuesta para todo, asegura que los limpió con una aspiradora.⁶ Pero no era lógico que la hubiera pasado con sus hijos dentro del coche, pues según su versión Ruth y José no se han bajado del vehículo ni para hacer pis desde pasadas las 13.30 hasta las 18.09 que bajan del coche ya en el parque.

A esas horas de la noche todos los ojos están puestos en él. O los ha matado y se ha deshecho de los cuerpos o se los ha dado a alguien. Ésa es la idea que ellos tenían y que la madre les ha terminado de confirmar. Aunque no está detenido, es evidente para todo el que sigue el caso que es el único sospechoso de la desaparición de Ruth y José.

Antes de acabar con las diligencias de ese día, los investigadores que están en Las Quemadillas realizan otro hallazgo. Una vez consumida la hoguera remueven con un palo las cenizas y encuentran unos restos óseos en el interior. Requieren la presencia del forense de guardia, pero éste se ve incapaz de identificar los huesos como humanos o animales. No está acostumbrado a este tipo de exámenes. Los investigadores deciden dejar la hoguera quieta, a la espera de hablar con Madrid, en concreto con el Servicio de Antropología de la Comisaría General de Policía Científica, donde hay especialistas que pueden hacer un dictamen.

Además, comienzan a preparar el pliego de peticiones al juez de instrucción que incluye la solicitud de movimientos de las cuentas del matrimonio, la obtención de las cintas de vídeo del recorrido que dice hacer Bretón en los alrededores de la casa de sus padres y en la finca de Las Quemadas, el análisis de llamadas entrantes y salientes del iPhone del padre, el posicionamiento del mismo según la triangulación de las antenas, y la realización de escucha telefónica a Bretón y su entorno.

Se consolida la idea de que José Bretón es el primer y único sospechoso de la desaparición de los conocidos como «niños de Córdoba».

CAPÍTULO 4

Ruth y Las Quemadillas

El lunes por la mañana Córdoba se convierte en la capital mediática de España. Telediarios y magazines hacen conexiones en directo desde todos los puntos de la ciudad donde se ve a policías y guardias civiles haciendo batidas para dar con los pequeños Ruth y José.

La madre de los niños acude por primera vez a la Comisaría de Córdoba a prestar declaración. Las caras de los investigadores no son muy esperanzadoras. No han dado con ninguna pista fiable que poder ofrecer a Ruth como respuesta. Para ella esa mañana sólo tienen preguntas. Y así es cómo les describe su vida junto a José Bretón.¹

«Mantengo una relación matrimonial desde 2002 (...). Durante estos ocho años José siempre ha mostrado un comportamiento machista, mostrándose muy maniático, si bien nunca tuve problemas durante los primeros años de matrimonio. Con el paso de los años José fue desarrollando una actitud muy autoritaria, manipuladora y obsesiva hasta que poco a poco se fue convirtiendo en una situación difícil de sostener.»

Ya desde el noviazgo «José no asume que yo desarrolle una actividad profesional. José entendía a nuestros hijos como un obstáculo en nuestra pareja. Él no quería tener hijos y me decía que si los tenía, los hijos eran para mí».

Una vez se queda José en el paro, la situación empeora. «En diciembre de 2010 me personé en el Centro de Atención a la Mujer de Huelva y comenté a la psicóloga lo que sucedía, indicándole algunas manías de mi marido, como el no querer tocar objetos que han tocado otras personas o tener una gran obsesión por la limpieza. La psicóloga me indicó que mi marido podría sufrir un trastorno obsesivo-compulsivo y me dijo que no sabía cómo podía soportar una situación así.»

Durante estos meses el rechazo de Bretón a vivir en el entorno de su mujer se hace más evidente. «José insistía para que me fuera a vivir a Córdoba, pero yo me negaba ya que tenía aquí mi trabajo, en Huelva. Creo que José trataba de dificultar la permanencia en Huelva ya que no se había adaptado al lugar. También había emponzoñado las relaciones con mi familia con el objetivo de abandonar Huelva y residir en Córdoba. Cuando le dejaba a los niños no me quedaba tranquila. Solicitaba a mi cuñada [Leticia, la mujer de Rafael] que me vigilara a nuestros hijos y los cuidara.»

«A raíz de esta visita al Centro de Atención a la Mujer de Huelva y de todos los comentarios que me hacían los familiares al respecto comencé a darme cuenta de que vivía una situación en la que no era feliz y fue por estos motivos por los que tomé la decisión de hablar con José. En septiembre de 2011, mientras nos encontrábamos en el piso de El Portil mantuve con mi marido una conversación. Le manifesté que no me encontraba bien en mi relación y que quería ponerlo en común. José me dijo que se marchaba para Córdoba.»

Aparentemente la ruptura estaba siendo cordial: «En ocasiones, y durante ese lapso de tiempo, José y yo hablamos directamente del divorcio y de los extremos económicos del mismo. Asimismo planificamos días y fines de semana para pasar con nuestros progenitores. Igualmente comentamos la asistencia letrada común para la tramitación del divorcio, en busca de acuerdo. De esta mala situación también son víctimas nuestros hijos, le dije. Pues ellos también sufrían las manías y el carácter autoritario de José».

Pero él insiste siempre en volver con ella. «En los días siguientes, José mantiene contacto telefónico conmigo para organizar la recogida de los niños del colegio. Aprovechaba esas conversaciones para pedir una segunda oportunidad; para salvar la relación matrimonial. Yo le contestaba que no había lugar a esa segunda oportunidad. José añadía que su familia le atribuía las dificultades del matrimonio. Y yo le restaba importancia a las culpas que él mismo se echaba. Quiero precisar que el diálogo entre ambos se mantenía en términos respetuosos y el contacto efectuado regularmente con nuestros hijos era asimismo correcto.»

Después de la discusión del día 15 de septiembre, José se marcha a Córdoba y «yo me fui a mi domicilio habitual en Huelva. Al día siguiente recibí la llamada de José y me comenta que había conversado con su familia y que iría a El Portil el sábado 17 de septiembre. Ese día recibo un mensaje de texto de José anunciando su llegada, yo le contesto que ni yo ni los niños iríamos a la playa. Él me recrimina que no le dejara ver a los niños. Yo no le planteo obstáculo».

«Tras el primer fin de semana con su padre, los niños volvieron temerosos y nerviosos; y la niña me preguntaba, antes de irse con su padre, si después del fin de semana volverían a casa conmigo. José era vigilante con sus hijos e incluso me recriminaba cuando no tenía a la vista a los niños. No veo factible a priori que los perdiera. Una amiga mía de Córdoba me comentó que hacía un par de semanas aproximadamente se encontró con José y éste le manifestó que me iba a quitar a los niños a mí y que nuestros hijos estaban mejor en Córdoba con sus primos.»

Literalmente José nunca le había puesto la mano encima, pero Ruth les explica que «la personalidad de José la puedo definir como un hombre maniático, celoso; llegando a ser celos patológicos; abarcando incluso hasta sus propios hijos por sus gestos y comentarios. Estos celos son especialmente reseñables con mi hermano, llegando a considerarlo como un aprovechado. Es impulsivo, autoritario conmigo y con mis hijos; les grita incluso en presencia de extraños, utilizando alguna clase de corrección física hacia ellos. Quiero precisar que no ha habido episodios de violencia física ni contra mí ni contra los niños, aunque últimamente podría haberse dado algún tipo de conato de violencia».

Aunque, «concretamente en la casa de El Portil, mi hijo José acudió a mí con un tipo de pescozón en el brazo, posiblemente propinado por su padre. Proyecta una apariencia amable con extraños, mientras que mantiene su verdadero carácter en ámbitos más íntimos. José es una persona vengativa. Tiene ánimo de revancha frente a aquellos que considera que le han perjudicado de alguna manera».

Centrándose ya en los días anteriores a los hechos, Ruth les narra que «el viernes 7 de octubre de 2011, José solicitó verme para tomar un café. Acudió a la cita con un ramo de rosas y una carta. Dicho comportamiento era absolutamente inusual en mi pareja. José me pidió que enumerara aquello que no me gustaba de él; para cambiar. Y me reiteró que le concediera una segunda oportunidad. José llevó a mis hijos al colegio y a la guardería. Y posteriormente los recogió».

Ella siguió con sus obligaciones en el trabajo y «no leí la carta hasta ese mismo día por la tarde. Y posteriormente fue leída por mi psicólogo. Me pedía que le permitiera vivir en Huelva.

Me llama y me dice que al día siguiente hablaría conmigo para recibir contestación a las propuestas. Yo, tras el consejo de mi psicólogo, y ante el temor de que no me devolviera a los niños por la respuesta negativa a sus proposiciones, decido no atender a sus llamadas durante el fin de semana. Ese mismo viernes por la tarde, José me mandó una rosa.

»El 8 de octubre recibo una nueva rosa de José. Y me desplazo junto a mi madre a una finca que posee. De vez en cuando echaba un vistazo al móvil y aprecié una o dos llamadas de José antes de las 14.00 h. Hasta las 22.00 h no me doy cuenta de que tengo múltiples llamadas. Yo pensaba que se trataba de José llamando desde casa de su hermana. Conté quince llamadas. En ese momento, mi hermano, que se había ido a trabajar, llama a mi madre y nos dice que me están intentando localizar desde la comisaría de Córdoba. Llamo a la comisaría y me comunican que José había formulado una denuncia por la desaparición de mis hijos y me preguntan si algún familiar mío se había desplazado a Córdoba para recoger a los niños.

»Enseguida, llamo a José, pero no puedo hablar con él porque su teléfono lo cogía la policía. Mi madre llama al hermano de José, ya que con esta persona hay un mejor trato y ya había mediado en la discusión del día 15 de septiembre. El hermano de José insiste en preguntarme que dónde me encuentro; y que José sólo quería hablar conmigo para comunicarme únicamente que el niño ya no tenía diarrea. Le digo que ya sé que José ha comunicado la desaparición de los niños y le pregunto si sabe dónde están. El hermano de José me responde que él no sabe nada. Me puse en contacto telefónico con una tía de José sobre las 22.00 h y ésta me manifiesta que ignora cualquier dato sobre la desaparición.»

Se activa entonces en Huelva el intento de confirmación de la nefasta noticia. «Me desplazo al puesto de la Guardia Civil en San Bartolomé de la Torre y verifico que la denuncia había sido formulada y me derivan a la comisaría del Cuerpo Nacional de Policía en Huelva. De camino a Huelva, hablo con mi abogada y me aconseja que acuda a dicha comisaría de Huelva y detalle lo sucedido. Allí presento una denuncia por malos tratos y solicito una orden de alejamiento.»

Horas después, «José me llama y me dice: “¿Qué quieres que te diga, Ruth? Estaba en el parque y he perdido a los niños. Yo estaba con los niños y me ha tocado a mí”. Enseguida me ofrece alojamiento en casa de sus padres en Córdoba. José se encontraba tranquilo, calmado. Ni siquiera pude responder al ofrecimiento de José. Una vez en Córdoba, me traslado a la comisaría y allí me informan en detalle de lo ocurrido».

A pesar del ofrecimiento, los Bretón nunca llegan a concretar dónde pueden quedarse los Ortiz esos días. En la siguiente llamada que recibe de José, el 9 de octubre, éste «me pregunta que qué estábamos haciendo con los carteles y las fotografías de los niños. José habló con un primo mío sobre este tema y sobre buscar por los soportales próximos al parque Cruz Conde».

Ruth revela un dato curioso: «Ese mismo día recibo una llamada de una tía de José. Me dice que al padre de mi ex no le están engañando [la acusación lo traduce como que los Bretón saben que no le han quitado a los niños]. Pero que no me puede dar más información». Parece que la discusión que ha habido al mediodía del sábado en casa de los Bretón es vox pópuli para familiares y vecinos del barrio, aunque los primeros la han omitido a los investigadores.

Esa misma mañana del lunes Ruth vuelve a recibir una llamada de José. «Me reitera el tema de los carteles con las fotos. Le pregunto cómo es posible que perdiera de vista a los niños. Él me responde: “Me enajené o, incluso, me quedé dormido. Estoy dispuesto a ir a un psicólogo para que me diga si es posible enajenarme en un momento”. José era vigilante con sus hijos e incluso me recriminaba cuando no tenía a la vista a los niños».

Los investigadores le preguntan si es posible que su marido se deshiciese de cosas suyas y si

se le ocurre algún lugar donde pudiera ir José para estar solo y deshacerse de los niños. «Tengo ropas y enseres personales en la parcela de Las Quemadas. José tiene disponibilidad de acceder a varios inmuebles en Córdoba. Entre ellos, a la casa de sus padres y a la parcela en el polígono de Las Quemadas.»

Ruth Ortiz se derrumba. Los agentes le comunican que han encontrado unos restos óseos en una hoguera en Las Quemadillas. Su marido, que estaba presente en la finca durante el hallazgo, dice que quemó cosas suyas. Pero la mujer dice que eso no es posible. De sus estudios de veterinaria el único hueso que cree recordar que guardara es de caballo, aunque los vecinos le daban a José los animales que estaban muertos o a punto de morir para que él se deshiciese de ellos.

La policía le explica que ya se han desplazado a Córdoba agentes de la Policía Científica de Sevilla y que han solicitado la colaboración del Servicio de Antropología de la Comisaría General de Policía Científica, para que identifiquen los restos. Tras recibir unas fotografías, la especialista les ha llamado para decirles que viaja a Córdoba inmediatamente, no puede identificarlos sólo con unas imágenes. Esa misma tarde llega a Las Quemadillas y también se está trasladando el comisario de la UDEV de Sevilla, Manuel Piedrabuena.

Ruth entiende que la policía la está preparando para lo peor, aunque siempre pongan la coletilla de que también se les busca vivos.

En el parque Cruz Conde dos primos de Ruth y su hermano conceden entrevistas a los medios de comunicación mostrando incansables las fotografías de los pequeños, Ruth y José. En mitad de unas declaraciones suena el teléfono de uno de los primos que corre hacia el otro: «¡Que cortes, y [vamos] para la Policía, pero ya!». Ruth les acaba de informar de que han encontrado algo en Las Quemadillas.

CAPÍTULO 5

Operación Resplandor

A las 20.45 del 9 de octubre¹ la Policía Científica de Córdoba acordona el perímetro de la hoguera que el día anterior habían encontrado en la finca de Las Quemadas todavía humeante. Los rescoldos están aún calientes y la mesa metálica que había puesta encima quemaba. La hoguera ha estado más de 30 horas ardiendo. Retiran la mesa y con un rastrillo remueven las cenizas y el fuego se reaviva.

Cuando los policías preguntaron a los vecinos por el fuego, éstos les aseguraron que desprendía un olor que «no era normal», además habían visto una columna de humo negro que, averiguarían más tarde, había sido divisado a las 17.00 horas por el puesto del Infoca (Plan de Prevención y Extinción de Incendios de Andalucía) que estaba a 30 kilómetros de allí.

Finalmente el fuego se apaga y los agentes ven que hay algo muy similar a unos huesos. Elaboran un reportaje fotográfico. Sin duda, son restos óseos.

Requieren la presencia del forense de guardia. Tras un examen in situ, el experto no sabe determinar si son de animales o humanos. Los agentes recogen tres muestras y las guardan en sus respectivos sobres sepia, etiquetados para enviarlos al laboratorio. Abandonan la parcela del padre con una imagen aterradora en la cabeza: la de un hombre enclenque que ha quemado a sus hijos en esa hoguera. Pero no tienen pruebas.

Ya de madrugada, en el laboratorio fotografían los trocitos de huesos y se envían las imágenes por email a Josefina Lamas, la experta en Antropología de la Comisaría General de Policía Científica. Necesitan un dictamen urgente. De sus resoluciones dependerá si se procede o no a la detención del padre de Ruth y José.

A las ocho de la mañana del lunes 10 la especialista llega a su trabajo y abre el correo electrónico. Comprende desde el principio la premura del asunto y la responsabilidad que acaba de recaer sobre ella. Si esos restos pertenecen aunque sea a uno solo de los menores, el padre irá a la cárcel. Hay que hacer las cosas sin prisa pero sin pausa.

Sin embargo, esa mañana los teléfonos no paran de sonar. Los encargados de la investigación en Córdoba están ya colaborando con los agentes llegados de Sevilla que han tomado el mando. Esa mañana, en helicóptero, ha llegado el comisario Manuel Piedrabuena y su equipo de investigadores. Están inspeccionando nuevamente la hoguera. Hasta tres veces sus superiores le dan a Josefina Lamas la orden y la contraorden de ir o no a Córdoba. A las dos de la tarde confirma finalmente su viaje. A las cuatro monta en el AVE.

Ella les pide que no toquen más el contenido de la pira. Sólo que la cuadriculen, en cuadrantes de 50 x 50 centímetros. Si esos restos pertenecen a los niños es importante que cada hueso esté en su sitio para apreciar su colocación, eso puede darles una idea de cómo murieron.

A las 17.50, las cámaras de televisión graban a una mujer menuda, morena, con tacones y

falda azul de tubo que entra en Las Quemadillas acompañada de otro policía. No viste de uniforme ni lleva ninguna acreditación identificativa, así que nadie aprecia que es la especialista que tiene en sus manos la resolución del caso.

Tras cruzar los muros blancos de la parcela, busca un lugar para vestirse con un mono y unos guantes. Después coge el maletín donde guarda los enseres necesarios para la recuperación de los restos. Los compañeros la dirigen a la zona de naranjos que está situada cerca del porche de una de las casas. La hoguera está cuadrículada y no hay nada a su alrededor, sólo una cubierta de uralita.

Son las 18.00 del 10 de octubre cuando la doctora Lamas, médico cirujano con 16 años de experiencia en labores de antropología e inspecciones oculares, se arrodilla al lado de uno de los 42 cuadrantes que conformaban la hoguera y extrae del maletín los pinceles y otras herramientas con las que limpiar cada resto que encuentre. La labor es ardua.

Por allí se encuentra el padre de los niños custodiado por los investigadores. No está detenido, pero no se despegan ni un milímetro de él. Luis, uno de ellos, le da charla. En realidad es el *policía sombra* asignado para ganarse la confianza del padre. Desde ese día no se separará de José Bretón.

Mientras la antropóloga se afana en su estudio, Bretón entra y sale de la casa acompañado de Luis. Está inquieto aunque sin mostrar preocupación alguna.

Riega las plantas, hace chistes con los policías, les ofrece cenar unas latas, incluso poner música o tomar un vino. Para el encargado de la UDEV que le acompaña parece que intenta estar de espaldas a la hoguera pero hasta tres veces lleva al agente hasta ella. Bretón «se muestra frío, distante, parece que lo que pasa allí no va con él, al menos ésa es la impresión que ofrece. Incluso dice que no le interesa nada, que estamos perdiendo el tiempo, que ahí no vamos a encontrar nada», escribirá el policía sombra en un informe incluido en el sumario.

Le ven manejar el móvil, parece que se está escribiendo con su hermano. Rafael está pendiente de lo que ocurre dentro de la parcela. Le escribe: «¿Quieres algo de comer? En el coche tenemos. Díselo a un policía y te lo lleva». José le contesta: «Precisamente aquí tenemos de sobra. Lo que quiero es irme a casa». Finalmente su hermano le apunta: «Si tienes ropa por aquí aprovecha y te cambias de muda».

Al policía le sorprende que José no pregunte a nadie por sus hijos, ni a ellos ni a su hermano. Le interrogan sobre qué ha quemado en la hoguera, es evidente que no son sólo apuntes y prendas de ropa. Los únicos restos textiles son un botón y un trozo de tela y del papel no queda ni rastro. Él no le da importancia. Asegura que serán restos de animales de las prácticas de veterinaria de su esposa y otros roedores o perros, que suele quemar allí.

Josefina Lamas continúa meticulosa con su trabajo. Encuentra restos de diferentes animales, muchos, quemados tras ser descarnados. Se lo enseña a sus compañeros. Pero cuanto más se adentra en la hoguera más información encuentra de restos sobre los que duda si son humanos. Apunta su descripción y los retira al cuadrante inferior izquierdo tras fotografiarlos y etiquetarlos para un análisis posterior.

Sobre las once de la noche habla con uno de los responsables de la UDEV de la Comisaría General de Policía Judicial. La especialista sabe que Ruth es veterinaria y quiere saber si en la casa hay huesos con los que realizar una comparación. A la media hora se le acerca Luis, el policía sombra, quien le susurra: «No tiene». No hacen falta más explicaciones. Ninguno de los dos quieren que José Bretón sepa de qué están hablando, pero ambos agentes se entienden.

Deciden hacer una parada. Piden unas pizzas para cenar. Bretón les ofrece sacar unas latas,

según relatará el policía sombra en su informe. La actitud del padre cada vez tiene menos sentido y se convence, como les dirá horas después a sus compañeros, que éste es un hombre malo.

Cuando terminan de cenar los agentes de la UDEV siguen a la doctora Lamas a la hoguera.

«En numerosas ocasiones se solicitó a la Técnico n.º 161 [es decir, ella misma] su opinión sobre si se trataba de restos humanos, instándola a que, en caso de encontrar alguno, se informara inmediatamente a los superiores correspondientes. En ningún momento, la Técnico referida evidenció, por la morfología, la existencia de restos humanos, dato que reiteradamente le comunicó a los funcionarios que así se lo requerían», explicará un año después en un informe la antropóloga. A la una de la madrugada el cansancio comienza a hacer mella y les pregunta a sus compañeros si puede dormir un rato y proseguir al amanecer. Le explican que es imposible. La orden del juez Rodríguez Lainz es para el día 10, pueden salir más tarde pero para entrar el día siguiente necesitarían un nuevo mandato judicial.

Luis mientras continúa hablando con el padre de Ruth y José sobre cosas banales, por ejemplo, sobre cine. «A él le gusta mucho la película *Mejor imposible*, que es de su actor favorito Jack Nicholson, que de éste había visto casi todas sus películas y refiere que la de *El resplandor* también le gustaba mucho.» La mención de esa película en la que un padre poseído tiene sed de la sangre de su familia produce un escalofrío en el policía. El agente mira a la hoguera y se da cuenta de que acaba de encontrar el macabro nombre para la investigación: Operación Resplandor.

Al cabo de diez horas Josefina Lamas da por concluida la recogida de restos óseos. Los ha empaquetado e introducido en cajas que van a trasladar a la Brigada Provincial de Policía Científica de Córdoba. Son las cuatro de la madrugada del 11 de octubre.

El comisario Manuel Piedrabuena se le acerca y le pregunta si va a ir en ese momento al laboratorio de la Policía Científica de Córdoba para terminar el análisis. Ella se sorprende. Lleva casi 24 horas trabajando. Necesita dormir antes de continuar con el examen. Sólo unas horas y una ducha. Le explica al encargado de la investigación que su idea era llevárselos a Madrid, necesita sus instrumentos para trabajar. Pero el comisario le dice que no es posible. Ellos se encargaran de darle lo que necesita pero los huesos no pueden salir de Córdoba.

A las 4.22 de la madrugada del 11 de octubre, mientras se produce la anterior conversación y una veintena de agentes recogen sus enseres para dar por concluida la jornada, el móvil de Bretón vuelve a sonar. Es su hermano que le espera en el exterior montado en un coche junto con su cuñado. A través del Whatsapp dice: «Ya estamos, estoy localizado, te espero en la calle que me dijiste». Pero Luis le dice que no se preocupe, que él le llevará al sitio que quiera.

Bretón se va a dormir medianamente tranquilo. Por lo que ha escuchado en la finca, la antropóloga no cree que los restos sean humanos. Sabe que el día siguiente será clave, así que mejor descansar.

Tras una breve estancia en el hotel, a las nueve de la mañana la doctora Lamas cruza el umbral de la comisaría de policía de Córdoba y se encamina a las dependencias de los investigadores. El primero en saludarla es Piedrabuena. Ella le reitera que debería llevarse los restos a Madrid, pero él vuelve a repetir que no, que le buscaran una sala donde trabajar. La antropóloga se lo comunica a sus jefes de la Comisaría General de Policía Científica, dirigida por el comisario Miguel Ángel Santano, y allí le dicen que no van a dar problemas, que haga lo que dice Piedrabuena aunque estén molestos por las reticencias de éste el día anterior para que ella acudiera a hacer el análisis. Ella no está conforme, pero confía demasiado en su experiencia y cree que puede hacer su trabajo con los medios de Córdoba.

Sin dar más rodeos se dirige a la sala que le han preparado para el estudio de los restos

óseos. Es el cuarto de fotografía de la Policía Científica cordobesa y, en una balda de cristal, comienza a fotografiar los dientes y a colocar los huesos por cuadrantes. En un principio le acompaña un fotógrafo, pero al rato es reclamado y sólo una inspectora se queda con ella.

A las 15.30 de la tarde varios jefes y encargados de la investigación se la llevan a comer. Los medios de comunicación están diciendo que los restos no son humanos, aunque a ella le queda un 10 % de las muestras recogidas por analizar. Lo comentan durante la comida. Uno de los jefes que la acompañan no para de recibir llamadas y se levanta de la mesa. Al regresar el experimentado policía comenta con la antropóloga que los restos habían sido removidos la noche del sábado 8, el día de la desaparición. Ella se sorprende.

Un año después, en el Informe de Metodología que realizará a petición de sus superiores de la Comisaría General y también en la investigación interna y en el juzgado que lleva el caso, explicará las modificaciones en la hoguera que ha podido detectar además de las que le comentaron en esa comida.

La noche en que desaparecieron Ruth y José «los funcionarios examinaron la hoguera rastrillando y removieron su contenido, lo que provocó una reactivación del fuego», explicará Josefina Lamas en el Informe de Metodología. El día 9, los agentes volvieron para recoger de la hoguera tres restos que fotografiaron para que ella determinase su procedencia y que habían vuelto a colocar en su sitio.

Según las fotografías de las inspecciones aportadas al sumario, a las 8.19 de la mañana del día 10, ciertos elementos vinculados a la hoguera están esparcidos por el suelo: hay una mesa tumbada, un palo largo paralelo a ésta, unas mantas de cuadros y el mango de una azadilla. En otra foto datada tres minutos después, a las 8.22, esos elementos han variado de posición. El palo está perpendicular a la mesa y las mantas de cuadros no están.

A lo largo del día la hoguera continuó tapada con la uralita transparente, pero los agentes colocaron las mantas encima y un palo largo sobre ellas. Debajo de la uralita, a uno de los lados, se apreciaba en otra imagen la azadilla.

Cuando Josefina se acerca a la hoguera, a las 18 horas del lunes 10 y comienza su propia inspección ocular, no encuentra el palo ni las mantas que aparecían en las primeras imágenes.

Sin embargo ese día 11 todavía no conocía la existencia de esas imágenes y tras la comida regresó a su tarea en la sala de fotografía de la comisaría cordobesa.

Alguien le pregunta: «¿Qué son?». Ella responde: «Creo que son de animales, pero hay algunos que ofrecen dudas». Les explica a sus compañeros que los huesos estaban carbonizados, habían ardido a más de 800 °C. La búsqueda de ADN será imposible. Uno de los investigadores susurra: «Si nos dices que sólo uno de esos huesos es humano, le trincamos ahora mismo». Ella pide calma.

Para resolver dudas se basa en un manual de Policía Científica y en varias páginas web: aulafacil.com, imagios, monografias.com, IMRWorldwide.com... Con el buscador de Google busca imágenes con las palabras clave «tibia», «anatomía de la tibia infantil...». También consulta por Internet algunas tablas de uso común en las labores de identificación de restos dentales, entre otras. Por ejemplo, respecto a los dientes, «se descartó la pertenencia a los niños por la forma, el tamaño y la cronología de la erupción según los cuadros de Ubelaker». Finalmente, le comunica a sus compañeros «la naturaleza no humana de todos los fragmentos óseos y piezas dentales halladas».⁴

Son las 18.30 de la tarde. Josefina Lamas encuentra a un compañero de Sevilla en los

pasillos y le regala la brocha empleada en la recogida de restos. Éste le contesta: «Jamás olvidaré esta noche». Después se dirige a las dependencias de la UDEV para informarles de su dictamen: los restos no pertenecen a Ruth y José. Los investigadores de Córdoba y Sevilla se desesperan. ¡No es posible! Estaban seguros de que el caso se daría por cerrado ese martes. El comisario Piedrabuena le regala palabras amables por su trabajo. La doctora Lamas se ofrece para ser requerida cuando sea necesario y sin más inicia su vuelta a Madrid. Han sido 48 horas de intenso trabajo.

Los restos saldrán de Córdoba a la Brigada de Policía Científica de Sevilla a los pocos días. Posteriormente serán devueltos al juzgado donde permanecerán en custodia, hasta el 16 de marzo de 2012. Se envían al laboratorio de Química de la Comisaría General de Policía Científica en Canillas, Madrid, para hacer una prueba de acelerantes de la combustión, pero es imposible extraer nada de ellos. Además, según explicarán en su informe, los restos óseos no han sido ni recogidos ni conservados de forma acorde a ese estudio. Permanecen allí 15 días y finalmente se envían al depósito 1 de la Comisaría General de Policía Judicial durante casi cinco meses.

La noticia sienta como un jarro de agua fría al despliegue de agentes que está con José Bretón en la finca también esa mañana. Siguen buscando a los niños dentro de la finca porque según les ha contado la madre, la niña le había dicho que el padre estaba haciendo obras en la casa de Las Quemadillas.

Luis no le quita el ojo de encima a Bretón, «pero su actitud es la misma, no presta interés, no le preocupa lo que allí se está haciendo». Sigue repitiendo al policía que los perdió en el parque. «Le dije que muy bien, que es lo que tenía que decir si creía que podía engañar a los demás, pero que el compareciente llevaba muchas horas con él y que los dos sabíamos que los niños nunca llegaron al parque, que los había matado y que sólo aceptaba hablar desde que salió de la casa de sus padres y hasta que salió de la finca. Que lo del parque conmigo no valía. En ese momento se puso a llorar y abrazó al compareciente y dijo “¿qué hago?”, le dije que decir la verdad, que nosotros estamos dispuestos a ayudarlo, pero que dijera dónde estaban los niños.» El padre de Ruth y José agachó la cabeza. «Me dio la impresión de que sólo quería ganar tiempo para pensar. Pero a los pocos minutos pareció rearmarse.»²

Al experimentado policía le da la sensación de que Bretón ha estado a punto de derrumbarse, pero cambia de estrategia al saber que la antropóloga había descartado que los huesos pertenecieran a humanos.

La noticia también llega rápido a la familia Ortiz, que recibe su primer rayo de esperanza después de 72 angustiosas horas. Pero, nuevamente, los agentes tienen más preguntas que respuestas para ellos. Dónde creen que ha podido dejarlos, con quién...

La abuela Obdulia les dice que nada más llegar el domingo 9 «nos dirigimos al sector sur de Córdoba donde vive un amigo del trabajo de José. Ruth le preguntó si estaban sus hijos con él y dijo que no. La invitó a ver su piso y efectivamente no estaban».³ Tampoco estaban en casa de ninguno de los hermanos y, la verdad, Bretón no tenía muchos amigos de confianza que ellos supieran.

Los policías deciden que tienen que volver a hablar con los Bretón. Se citan con Rafael y también con José Ortega, además de con otros amigos de la familia. El cuñado sugerirá varias vías de investigación. Por un lado, el padre de Ruth y José ha estado varios años trabajando de transportista y podría haber contactado con algún camionero que les sacase fuera del país. Además les indica algunos de los lugares donde José ha trabajado, como una escombrera y unas

canteras cercanas al cuartel de Cerro Muriano (Córdoba), donde estuvo destinado un tiempo mientras era militar.

Hay dos pistas que les tienen algo intrigados. Averiguan que Bretón se ha puesto en contacto con ECAI, una entidad de adopción internacional. En particular le interesa el sistema de adopción en Estados Unidos. Pero esta línea no lleva a ningún puerto. Tampoco encontrarán respuestas en la agencia de viajes a la que les condujo el número de teléfono que José tenía apuntado en el reverso del móvil.

El despliegue policial en Córdoba sigue siendo extraordinario. Mientras los agentes de la UDEV y Policía Científica están en la finca, las labores de rastreo se extienden al río Guadalquivir a su paso por las inmediaciones de la parcela. Las unidades caninas recorren distintas zonas, tanto en los alrededores de la finca como en otros puntos de Córdoba. Efectivos del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas (GEAS) rastrean también en una zódiac el río Guadalquivir entre la capital cordobesa y la barriada periférica de Alcolea en busca de pistas sobre el paradero de los dos menores. La Guardia Civil está colaborando con patrullas repartidas por toda la provincia desde el sábado, por si alguien quisiera llevárselos por carretera.

Tras el varapalo que había supuesto para los investigadores de la UDEV que los restos no fueran humanos, ven la urgencia de realizar nuevas pruebas para ampliar la búsqueda. Pero no dejan que José Bretón se vaya a casa. Los agentes se centran en reconstruir con él las cinco horas sin coartada del padre de los niños el sábado, de 13.30 a 18.09, y también el viaje de Huelva a Córdoba.

Los agentes saben que del padre de los niños no van a sacar una confesión, después de que hubiera quedado descartada la que evidentemente era su principal hipótesis. En 72 horas le han sometido a tres interrogatorios exhaustivos y no se han separado de él, pero sigue «frío, colaborador sólo en apariencia», asegura Luis.

Las cámaras de seguridad del parque les garantizaban que los niños no habían salido de allí secuestrados por un extraño y, muy seguramente, tampoco entrado. Pero necesitaban el resto de las cámaras para confirmar las sospechas de que nunca habían salido de la finca. El domingo, los abuelos les habían asegurado que los niños habían estado allí al mediodía después de pasar la mañana en casa de Catalina. Pero no volvieron a saber de ellos hasta que su hijo llamó desde el parque mientras buscaba a sus nietos. Habían logrado averiguar, gracias a Rafael, que Bretón había recorrido los cinco kilómetros que separaban el barrio de La Viñuela, donde está la casa de sus padres, de la finca del polígono Las Quemadas.

En ese transcurso de tiempo quizá había conducido a otro lugar. Necesitaban las grabaciones de los exteriores de la casa de Don Carlos Romero, la finca y los parques. También y con urgencia el posicionamiento del móvil y una solicitud que ya le habían hecho ese domingo al juez José Luis Rodríguez Lainz, titular del juzgado de instrucción número 4 de Córdoba, nada más caer en sus manos el caso: escuchas telefónicas de José Bretón y su entorno. Si alguien le había ayudado, estaría entre los más cercanos.

Rodríguez Lainz no había dado permiso para las escuchas, no las veía justificadas, y eso les estaba haciendo perder una valiosa información. Parecía que no estaban empezando con buen pie con ese juez. Los agentes esperaban que las declaraciones que habían tomado en esos tres días a las personas del parque, familiares de Bretón y Ruth, así como las contradicciones del propio José en sus horarios, hicieran entrar a su señoría en razón. Además, no veían comprensible que cada vez que hablaban con el padre de la hoguera dijera que había quemado algo nuevo: apuntes de Ruth, ropa, animales y ahora restos de rastros y de poda... La lista comenzaba a ser

inacabable.

Había expertos psicólogos que estaban estudiando ya el historial médico y militar del padre. Se examinaba la posibilidad de que pudiese sufrir esquizofrenia o trastorno bipolar, o algún otro síndrome, ya que Bretón había estado en tratamiento psiquiátrico cuando volvió de Bosnia. Aunque lo cierto es que, de acuerdo a la interpretación que hacemos nosotros del conjunto de la investigación realizada hasta la fecha, los investigadores tendían a pensar que José Bretón era un psicópata.

Ruth ya les había contado las vejaciones que había sufrido a partir del incidente con el biberón del niño, en 2009. Había sido una de las veces que se había desbocado, como ahora con la separación. En un arrebato le dijo que si no aceptaba la custodia compartida no volvería a ver a los niños.⁴ Y esa amenaza pronunciada en los labios de un padre que en tres días no había soltado ni una lágrima delante de ellos, parecía muy factible.

Del examen del teléfono móvil de Bretón extraerán informaciones tan interesantes como la comunicación que hay entre José y su hermano Rafael el 11 de octubre de 2011 a las 20.12 h. José le pregunta literalmente: «¿Te han citado para algo más o algo de eso te han preguntado?». ⁵ Inquietante. Ninguno de los dos hermanos está preocupado por los niños. No han pegado ni un cartel. Sus preocupaciones parecen centrarse en otras cosas.

Casi de madrugada, Luis vuelve a llevar a José Bretón a casa de sus padres. Al día siguiente, miércoles 12, no irá a buscarle como en el resto de las ocasiones. Vendrá acompañado de otros compañeros para hacer una inspección ocular en la calle Don Carlos Romero, 8.

Cuando llegan los investigadores, las cámaras ya están grabando el portalón de una vivienda de clase media acomodada, con salida por dos calles, que los Bretón ocupan desde hace 40 años. Dentro están los padres, Bartolomé y Antonia, y el hermano pequeño, Rafael.

Hay una tensa calma, a fin de cuentas buscan allí la prueba que envíe a José Bretón a la cárcel y cierre el caso. Pero no van a encontrar a los niños ahí. Casi al final de la visita un agente remueve unos papeles y encuentra dos recetas a nombre de José Bretón emitidas por el doctor Güiote. Pertenecen a dos fármacos: Orfidal y Motiván.

«Me percaté de que José Bretón estaba pegado a la pared, tenso, como si se le desencajara la mandíbula, con una mirada perdida. Me dirigí a él y le pregunté: “¿dónde están los medicamentos prescritos por el doctor Güiote?”. Y dijo que no lo sabía; le pregunté: “¿dónde los has comprado?”. Y dijo que en una farmacia pero que no se acordaba cuál (...). Esa receta le había puesto muy nervioso aunque él trató de disimularlo. Le gritó a su madre y la mujer se sentó en un sillón y ya no dijo nada más. El padre estaba sentado y cabizbajo todo el tiempo. A su hermano Rafael también le gritó y éste se quedó como acobardado. Parecía que José es quien dominaba al resto de su familia», asegura Luis en su informe y en la declaración ante el juez.

«Considero que fue la receta lo que le puso en tensión. Sabe controlar muy bien las emociones. Es listo y trataba de no exteriorizarlas en todo momento.»⁶

Poco después encontrarán en la finca dos blíster de Motiván y Orfidal vacíos. Cuando le preguntaron por las pastillas en casa de sus padres dijo que las habría perdido con la mudanza, que no se había tomado ninguna. Después, Bretón se jactará ante los policías de haber engañado a su psiquiatra, el doctor Güiote, y de haberle contado una trola muy grande para conseguir que le recetara el Motiván y el Orfidal.⁷

En uno de esos primeros registros en la parcela de Las Quemadillas también encuentran unas anotaciones con un inconexo sentido, numeradas del 0 al 3. En ellas, José Bretón expresa sus

sentimientos y se autoanaliza, en parte quizá como notas o apuntes con los que luego se apoyará para escribir su carta del viernes 7 de octubre. Por ejemplo, escribe en ellas: «Envenéname y tirarme al río, por lo menos moriré feliz. No me hagas encadenarme pidiendo una oportunidad, déjame quedarme un día. ¿Tanta repelencia te produzco? ¿Cuál es mi impedimento? ¿Cuál es mi inconveniente? No quiero renunciar a vosotros. No me quiero perder ni un solo segundo de nuestra vida. Yo no he triunfado, he fracasado al perderos, soy un alma en pena, Sin vosotros no soy nada. Vosotros sois mi familia».

Sobre el divorcio reflexiona: «Si le pongo la denuncia es como declarar la guerra. ¿Me interesa que esté trabajando, sí o no? Como los acontecimientos son los que son, ¿qué posibilidades tengo?». Es consciente de que su mujer no piensa volver con él y valora los pasos a seguir en su divorcio. «Custodia para mí, ¿demanda ya? ¿Ver los niños ya? No tienes derecho. Me dice que sea justo en la manutención y ella lo será con el piso. Dice que no está con nadie. Ruth no existe.»

En estos inquietantes apuntes, uno llama especialmente la atención. «Ruth no existe», escribe José Bretón en una parte de ese amplio listado de pensamientos y preguntas.

Y en otra de ellas se analiza a sí mismo: «A lo mejor necesito estar con alguien igual, exactamente como yo o no salir con nadie. Tengo muchas manías: escrupuloso, me molesta que tosan, que sorban los mocos, escuchar comer...». Recuerda también a su primera novia: «Mis padres no la querían ver por buscona. Lo pasé muy mal, volví a pedir otra oportunidad, no la tuve, a lo mejor si la hubiera tenido seguro que la hubiera vuelto a cagar, lo mismo quería volver para haberla dejado yo», y finaliza: «Tal vez prefiero hacer daño antes de que me lo hagan. Lo que me pasa por la cabeza [¿debería?] trasladarlo a positivo. No sé si lo hago inconscientemente. Soy mala persona».

Sin embargo, aunque vuelve a recomponerse tras los hallazgos policiales, el análisis de su móvil dejará claro que la aparición de las recetas no le ha dejado tranquilo. El día 12, Bretón recibe la llamada de la abogada que ha contratado para su proceso de separación. Son las 12.50 y la conversación dura 11 minutos. Ella le advierte de que le han pinchado el teléfono, que sea precavido:

Abogada: José, ten cuidado con lo que dices que tienes los teléfonos pinchados.

Bretón: Creo que la Policía ha hablado incluso con mi psicólogo, ¿sabes algo?

A: He hablado con el psicólogo pero no me ha dicho nada sobre si la Policía le ha interrogado.

B: Pues creo que sí, que ha hablado con la Policía. Por cierto, ¿qué te ha contado a ti mi psicólogo?

A: Que tú no tienes ningún problema con tu mujer.

Horas después, Bretón llama en tres ocasiones al Grupo de Homicidios. La primera a las 15.22 y habla 1,25 minutos, la segunda a las 15.41 —sin respuesta— y la tercera antes de las cuatro de la tarde, con una duración de 55 segundos.

José sabe que la policía está reuniendo datos a gran velocidad, pero está seguro de que sólo quedarán en indicios. Desde que se separó de Ruth ha ido a un psicólogo y a un psiquiatra, el mismo que le atendió al regresar de Bosnia. El primero pertenece a la asociación de padres separados con la que ha contactado para que le ayude con la ruptura con Ruth. Con el segundo, descubrirán los investigadores, ha contactado exclusivamente para conseguir la medicación. Ante los dos intentará quedar como una víctima de la situación.

Efectivamente, los investigadores hablan inmediatamente con ambos médicos, aunque el más

interesante es el psiquiatra. Averiguan que Bretón le llamó por primera vez el sábado 24 de septiembre a las 11.03. Era el primer fin de semana que pasaba con los niños tras una semana separado. Fue en ese viaje cuando su hija Ruth se había quedado asustada por las cosas que le decía su padre sobre «que tenían que vivir todos juntos». No vuelve a intentar hablar con él hasta el lunes 26. De 9.35 a 11.47, Bretón le hace 17 llamadas hasta que consigue dar con el doctor Güiote. Éste le cita para el día siguiente, martes 27. Según le comenta el médico a la policía, le vio muy angustiado. Decía que no podía dormir y le contó lo de la separación. Ya le había atendido una vez, en 1997, al volver de Bosnia, y también le recomendó una medicación. Así que el doctor rellenó las recetas y le dijo que si necesitaba algo más volviera a llamarle. José Bretón no había vuelto a aparecer.

Pero los policías sabían qué había hecho Bretón con esa medicación en 1997. Intentar suicidarse.⁸

Para los investigadores, José Bretón estaba ejecutando un plan bien premeditado. El 24 de septiembre, cuando realiza la primera llamada al psiquiatra, hacía escasas horas que le había regalado a su esposa *El caballero de la armadura oxidada*. Si aparentemente esto podía suponer un intento de cordialidad, no se entendía que hubiese iniciado la búsqueda de las pastillas mientras repetía a su hija que su madre le había abandonado, que él no se había ido a trabajar fuera y que por favor le dijese que tenían que vivir todos juntos, que papá estaba muy solo.

El día siguiente, el padre de Ruth y José estuvo rodeado de toda su familia. Además era domingo, así que era inútil intentar contactar con su psiquiatra. Va a celebrar el cumpleaños de su hija en Las Quemadillas. En un vídeo familiar se podrá ver meses después —el padre lo borró de su móvil y hubo que recuperarlo— a un José Bretón con la misma tranquilidad que les transmite a ellos. Su hermana Catalina lleva la tarta a la niña que se divierte con sus primos en la mesa. Bretón está cantando.

Por la tarde dejará a los niños con su madre y a la mañana siguiente, a partir de las 9.30, llamará hasta 17 veces al psiquiatra para conseguir unas pastillas que dice no haberse tomado, sino perdido. Pero el hallazgo de los blíster por parte de la policía en Las Quemadillas les induce a pensar que se los dio a sus hijos antes de echarlos a la hoguera. En la finca también habían hallado dos enormes bidones de gasoil vacíos. Según Bretón, cuando regresaba de Huelva a Córdoba paraba en una gasolinera donde adquiriría el gasoil a un precio más barato. En los dos fines de semana que se quedó con sus hijos había adquirido 140 litros de combustible de los que no quedaba ni gota. Algunos los había utilizado para el coche y otros, para el fuego que hizo entre los naranjos.

Sin embargo, el doctor Güiote se mantendrá en sus trece. Un año después, cuando el caso Bretón ha dejado ya de ser un misterio, un periodista abordará al médico que comentará a cámara su opinión sobre el paciente: «Es una cosa horrorosa y además propia, ya que yo soy el psiquiatra y lo he visto de otra manera en otras ocasiones, de un trastornado, de un enfermo mental. Una persona normal puede dañar a la mujer, por celos, lo que sea, pero no puede hacer eso a los hijos».⁹

Sin embargo, por las conversaciones mantenidas con el sospechoso, los policías estaban convencidos de que Bretón no era un enfermo, era un hombre sin escrúpulos. Para quien será el jefe de la investigación, Serafín Castro, «mi sensación no es que estuviese loco. Es un hombre que estaba mintiendo a conciencia de que mentía y que estaba convencido de su propia mentira o quería convencerse de su propia mentira».¹⁰

Durante los registros que se siguen produciendo, no pregunta por sus hijos —si estarán bien o mal—, sólo habla de su mujer. De hecho, contará Castro en una entrevista en televisión: «No, no decía el nombre de los hijos, hablaba de “mis hijos”, “mis niños”... Él siempre decía “los he perdido, los he perdido, los he perdido”. Y en un momento determinado: “Yo se los he quitado a mi mujer, se los tengo que devolver”. En la finca hay dos edificaciones, la parte nueva que son dos pisos y según se entra a la derecha está la casa antigua. Y en una ocasión refiriéndose a esa casa dijo: “Ése es el santuario de mis hijos”, pero de una manera fría, de una forma no muy coherente con el sentimiento de un padre».¹¹

Lo más sensible que le había escuchado el agente Luis a José Bretón, según explica en su informe de 13 folios, fue cuando «en ocasiones le sacaba el tema de sus hijos, ante lo que él siempre decía lo mismo, “¿qué le voy a hacer?, he tenido la mala suerte de que me tocara a mí perderlos”».

Con Ruth era diferente. Era fácil escuchar, en cuanto le pinchabas un poco, que Ruth «es una hija de puta. Lo digo aquí, lo digo delante de un juez y donde sea». Sin mostrar ninguna compasión por una mujer desesperada por dar con sus pequeños.

«La insulta en repetidas ocasiones (...). Se muestra muy dolido hacia su mujer y da la sensación de que carece de empatía (...). Hablando mal de su mujer se siente cómodo. Le gusta hablar de ello y dice que no la quiere, que cree que nunca la ha querido, que le pareció que era una buena persona cuando la conoció y que por eso se casó con ella, que él no quería tener hijos y que ahora que los tenía era él quien los tenía que cuidar (...). Muestra resentimiento porque Ruth trabaje y más aún que hiciera un máster. Que él cedió en eso aunque no le hacía gracia porque estaba más tiempo fuera de casa», explicará el policía sombra.

Para colmo, «Ruth se había puesto en plan intransigente total y que por ese motivo se había tenido que bajar los pantalones en la carta que le había escrito, en la que le decía cosas que no pensaba, pero que sabía que a ella le iban a gustar. Que “la gran puta” ni le había contestado a la carta, “¿qué más puedo hacer?”», le preguntaba.

El policía escucha que Bretón habla muy mal de la familia de Ruth, de la madre, de la hermana, del hermano y de la mujer que tuvo éste. «A todos les dedica un sinnúmero de calificativos muy ofensivos e insultantes», para acabar atacando nuevamente a su todavía esposa. «Dice que siempre hizo todo lo que Ruth quería y no entendía que ahora, “la gran puta” le hubiera dejado tirado.» Lo que más le molesta, según le comenta al agente Luis, es que no les dijera a los niños que ella le había dejado, «sino que les contara que papá se iba a trabajar fuera de casa».

Para alguien que había intentado aparentar en todo momento una educación exquisita, las frases proferidas sobre Ruth dejan mucho que desear. «¿Tu coño quiere el techo más bajo?, pues yo te lo bajo y se acabó. ¿Tu coño tiene calor?, pues yo te pongo aire acondicionado (...) en la calle soy un mierda pero en mi casa mando yo.»

«Refiere las relaciones sexuales con su esposa y cuenta cosas muy degradantes para ella. La tiene como objeto sexual. Dice varias veces: “Soy el que paga y aquí se folla todos los días, tanto si ella quiere como si no”».

El policía sombra va consiguiendo que las conversaciones con el sospechoso sean cada vez más distendidas. José Bretón cuenta que una noche, dos o tres días antes de la desaparición de sus hijos, «decide ir él solo al PK2. Que sólo por entrar le cobraron 20 euros. Aquello estaba muy oscuro, que había varias putas y se decidió por una porque la vio muy alta y con muchas curvas. Le dijo que por chupársela le cobraba 50 euros y se fue con ella a un cuarto. Se desnudaba y él

vio que la mujer alta y con tantas curvas que había visto vestida, se había quedado sin curvas y muy bajita».

En otra ocasión «se muestra bromista y chistoso. Le pregunté si tiene ganas de fiesta y dice que sí. Le dije, vamos que, porque no hay una guitarra que si no te pones a tocarla y a cantar, y para sorpresa del compareciente, dijo que una guitarra no tenía, pero que dentro de la casa tiene un aparato de radiocasete, que lo sacaba, pero con la condición de que él no era el primero en arrancarse a bailar y cantar. Se marcha a por el radiocasete a la casa. A los breves segundos sale con un aparato de radiocasete bastante viejo. Y es aquí cuando dice que la cinta de casete era de José Luis Perales y que le recordaba a Ruth».

Estas actitudes sorprendentes de un padre que hace escasos días ha perdido a sus hijos bajo su custodia llega a ser irritante para los agentes. Según contará el policía, Bretón «se levanta y dice que ahora viene, que va al servicio. Pasan unos minutos y vuelve con una botella de vino blanco marca Antonio Barbadillo y dos copas. Dice que el vino está fresco».

Luis utiliza estas debilidades de José Bretón para seguir preguntándole por sus hijos. El policía siempre habla a las claras con él. «Vuelve de nuevo al tema de las prostitutas, y tanto insiste en ese tema que el compareciente le dijo: “¿Qué te parece si cuando juegue España (creo que era contra Lituania), el sábado 14, vemos el partido y merendamos, luego me dices dónde están los niños y cómo los mataste y después nos vamos de putas?” y José Bretón, moviendo la cabeza a un lado, dijo: “Bueno, no me parece un mal plan”».

El jueves 13, la cúpula de la policía se reúne para evaluar el renombrado «Caso de los Niños de Córdoba». No hay medio de comunicación, radio, prensa, televisión o página web que no hable del asunto. Hay agentes de Sevilla, Córdoba y Madrid... Las filtraciones son incesantes y los espectadores, nunca mejor dicho, comienzan a percibir la dolorosa sensación de fracaso.

Los hombres de calle están haciendo una labor encomiable a una gran velocidad. Tienen un montón de indicios en sus manos. Los ojos indiscretos de cuatro cámaras habían desarmado la versión a la que se aferraba el padre, impasible, sobre lo que pasó el 8 de octubre, cuando Ruth y José, de seis y dos años, se desvanecieron.

A las 10.29 horas del sábado la cámara del café bar Eurojuegos capta¹² el vehículo de José Bretón, un Opel Zafira de color azul oscuro, pasando por la calle Joaquín Altolaguirre, a donde tiene salida la vivienda de los padres de Bretón, cuya entrada principal está en Don Carlos Romero. Iba camino a casa de su hermana Catalina. Aunque «no puede distinguirse si los asientos traseros van ocupados por culpa de un fuerte reflejo en la luna trasera del vehículo».

Esa cámara no vuelve a grabarle hasta las 13.31 horas, aunque él dice que volvió para dejar el coche porque no encontraba aparcamiento donde vive su hermana. «En este caso, sí se distingue que el asiento trasero va ocupado, puesto que el cinturón derecho se encuentra en una posición tensa.» Los niños estaban aún con él. Doce minutos después, el dispositivo de vigilancia del Centro de Inserción Social ubicado en la misma calle de la parcela de Las Quemadillas, registra el coche de Bretón a la entrada de la finca. Pero no entra.

Da una vuelta y a las 13.48 llama a Ruth, es la tercera o cuarta vez que lo hace desde el viernes, pero ella no le coge el teléfono. A las 13.53 Bretón vuelve a detener el vehículo junto a la finca y esta vez sí entra.

No vuelve a haber movimiento hasta las 17.28 horas, cuando, de nuevo, el coche sale de la casa. A las 17.29 horas para en los contenedores que se encuentran junto al Centro de Inserción Social y las cámaras graban cómo tira un bulto. A los agentes les extraña: no ha cogido la

dirección correcta para ir al parque y no le hacía falta ir hasta esos contenedores, cerca de la finca hay otros y además acaba de hacer una hoguera donde tirar desperdicios. La grabación sigue. Bretón sube de nuevo al turismo y unos 45 segundos después arroja otras dos bolsas en otros depósitos de basura que se sitúan próximos a la empresa Joylu. Después, a las 17.30 horas, retoma la marcha y vuelve por donde ha venido ya en dirección correcta. Ahora sí va hacia el parque Cruz Conde aunque coge un camino que es por el que más se tarda.

El juez argumentará en su auto de febrero de 2012 que en el interior del vehículo «no se ve a los niños por la posición de los aparatos de grabación, pero sí se comprueba la extraña acción del señor Bretón de dejar una bolsa de aparente escaso peso en un primer contenedor, pese a haber otro incluso antes en su camino, y dejar varios metros después otras dos bolsas en otro contenedor más distante». Esta actitud «no puede tener otra explicación que un deliberado intento de crear confusión».

Lo cierto es que en su primera declaración ante la policía, Bretón trató de ocultar la trayectoria elegida diciendo que salió hacia Córdoba por el camino más complicado, dirección a la avenida de Carlos III. Además, «trató de confundir al juzgado diciendo (...) que desconocía cómo se podía llegar a la Ciudad de los Niños desde la autovía», pero en una persona que se ha criado en el entorno de la avenida de Barcelona «la excusa cae por su propio peso», asegurará el juez.

La última cámara que recoge imágenes del Opel Zafira la tarde del 8 de octubre se encuentra en la calle Escultor Conde Zamora, en un lateral del parque. A las 17.56 horas, «el vehículo del sospechoso circula con los asientos vacíos», sentenciarán basándose en el informe de la Universidad de Valencia, «no se ve ningún bulto en el perfil de la ventana». Es decir, extrayendo los fotogramas se veía con claridad la acera del otro lado a través de las ventanillas, sin que la sombra de dos niños entorpeciera la visión, como sí ocurría con el asiento ocupado del conductor. ¿Dónde estaban los niños entonces, si no llegaron al parque Cruz Conde? Los agentes tenían un sitio en mente, la hoguera.

Sin embargo, estos indicios que desmontaban la versión del padre no eran nada si no se encontraba a los niños. Vivos o muertos. Y el hecho de que el comisario de Sevilla, Manuel Piedrabuena, estuviera a cargo de la investigación no ayudaba a calmar a la opinión pública. La semana siguiente comenzaba el juicio de Marta del Castillo, que generaba gran interés al juzgarse a Miguel Carcaño por homicidio sin haberse encontrado el cadáver. Los padres de la víctima tampoco estaban muy contentos con su labor.

En el caso de Córdoba no podía ocurrir lo mismo. Así que los políticos de la policía decidieron nombrar nuevo responsable de la investigación a Serafin Castro, el jefe de la UDEV en la Comisaría General de Policía Judicial. El jefe de «los de Madrid» representaba la élite de la élite dentro de la policía.

Lo cierto es que Castro no se separará un milímetro de la teoría ya mantenida por Piedrabuena y los agentes cordobeses. La finca es el lugar donde centrará todos sus esfuerzos, pero es una persona que no se deja ver tanto como el comisario de Sevilla, que ya había hecho algunas declaraciones a la prensa. Dentro de la Jefatura de Policía de Córdoba, Castro no deja que le graben. Baja las persianas en cuanto percibe que las cámaras le enfocan. «Así no se puede trabajar», piensa. Serafin decide que va a cortar el acceso a la calle de Las Quemadillas, prohíbe grabar desde los comercios cercanos y no deja más opción a los medios de comunicación que adquirir grúas o balcones más alejados desde donde captar el trabajo de los investigadores.

Al día siguiente decide volver a la finca. Según explicará un año después, Bretón «nos ha

mentido. Los niños no han ido al parque, hecho constatado. Los niños han salido de casa de los padres, hecho constatado. Los niños, con un 99,9% han estado en la finca Las Quemadillas, cierto. Y después, no han salido a no ser que los haya soltado en el camino, pero en 8 minutos hacer la desviación [quiere decir que en 8 minutos que tarda de más en llegar al parque según sus cálculos], la tarde de un sábado en Córdoba es muy difícil». ¹³

Cuando llega Serafin Castro vuelve a llamar a declarar a José Bretón. Se va a ver con él cara a cara. Los periodistas apostados en la calle de Don Carlos Romero ven como un taxi va a buscar a José y le introduce en la Jefatura de Policía de Córdoba. El vehículo se marcha, pero Bretón no está dentro. Los agentes deciden sacar al padre de su ambiente habitual y buscan una salida discreta por la puerta de atrás. Se lo llevan de bares. Siete horas estuvieron con él, pero no contó nada.

El domingo deciden volver a llevarlo a Las Quemadillas. Según explica el policía sombra, «nos encaminamos a la zona de naranjos (...) Cuando pasamos por encima de las cenizas de la hoguera me paré y José Bretón también, allí le dije si ese fuego le traía algún recuerdo, y le cambió el semblante y unos segundos después agachó la cabeza sin decir nada. (...) Seguía callado y le pregunté ¿están en la finca los niños? Y él sólo dijo: “Cerca”(…). Entramos en el interior de la casa y se sentó en el sofá, agachó la cabeza y se la agarró con las dos manos, no dijo nada, y el compareciente le explicó la necesidad de ir a comisaría para tomarle una nueva declaración, a él le pareció bien, aunque dijo: “Detenerme ya”».

«Saliendo de la casa para dirigirnos a la comisaría, José no mostraba interés alguno sobre qué era o qué le teníamos que preguntar. Sólo comentó que tenía que llamar a Adela, su ex novia, con la que había quedado. Ya en comisaría insistió en llamar a Ruth. “Quiero que sepa lo que ha pasado por mí”».

A las 18.06 de ese 16 de octubre, Bretón vuelve a llamar a la mujer con la que ha estado hablando desde la tarde antes de desaparecer sus hijos. Primero lo hizo el viernes 7. Cuando dejó a Ruth y José para ir a Las Quemadillas para buscar en un cuaderno el número de teléfono de esta chica. Primero había llamado a Ruth, pero ésta no le había cogido el teléfono. La tarde del día 8, una hora después de denunciar la desaparición de sus hijos, la volvió a llamar. Ni siquiera le mencionó que tenía dos niños. Ahora, camino de comisaría para declarar por quinta vez, cuando se ve con un pie en prisión, marca de nuevo su número. ¹⁴

B: ¿Puedo acompañarte mañana al trabajo?

C: Claro.

B: Me gustaría verte. La última vez que te vi fue hace 8 años y no me saludaste. Yo iba con una novia [Ruth], pero eso es agua pasada... Estoy colaborando con una investigación policial, ya te contaré. Nos vemos mañana.

C: ¿Y eso? ¿No te apellidarás Bretón?

B: Ya te contaré mañana.

Al colgar marca el teléfono de la madre de sus hijos. A Ruth no le sale alargar la conversación. Le dice directamente: «Tú me has quitado a los niños, tú me los devuelves».

Dentro de comisaría, Serafin Castro coge una silla y se sienta frente él. «José, ¿qué has hecho con los niños, dónde están?» Bretón responde: «Éste es mi secreto, no se lo puedo decir, entiéndame, es mi secreto». ¹⁵

CAPÍTULO 6

La familia

El experto policía entiende que ya no hay más manera de presionar. Le toman su última declaración sin presencia de su abogado. En su intento de tener respuestas para todo, había vuelto a incurrir en numerosas contradicciones.

En esta tercera declaración, José Bretón asegura que les dio de beber a los pequeños. «Mi madre les dio agua y ya habían bebido en casa de mi hermana, seguramente mi madre les dio de beber... yo también les di algo.»

Sobre las herramientas descubiertas en el interior de su vehículo dice que «estaban en mi coche desde el 2 de octubre, día en el que mi padre vio los cuchillos en Huelva y me pidió que me los llevara a casa. La cinta americana tiene unos diez años, la utilizo para arreglos; la cuerda, para la mudanza que estoy haciendo desde mi piso en Huelva a Córdoba».

El padre de Ruth y José insiste a la policía en que no ha hecho daño a los pequeños, cuando le preguntan qué hizo verdaderamente con las pastillas, con la gasolina, con el alcohol... «Es cierto que tengo mucho alcohol en la casa, pero es para limpiar la encimera porque hay muchas cucarachas. Nunca haría daño a mis hijos (...). No sé dónde se encuentran las cajas de Orfidal y Motiván. Cuando me preguntaron si estaba en tratamiento no dije que tomaba antidepresivos y ansiolíticos porque no lo considero un tratamiento. No es la primera vez que acudo a un psicólogo. Lo hice hace catorce años después de un intento de suicidio con alcohol, pastillas y gas. No recuerdo por qué intenté quitarme la vida.»

Nueve días después de la desaparición de sus hijos, la madrugada del 17, mientras José Bretón está en su casa, le comunican que se acabaron las charlas y que necesita buscar un abogado. Su condición pasa a ser la de detenido por el secuestro y desaparición de Ruth y José, de seis y dos años. Una vez más, no le cogerán con la guardia baja. Enseguida da un nombre, José María Sánchez de Puerta. Por la mañana, al letrado le informan de que va a llevar el caso más mediático jamás imaginado en Córdoba.

Sánchez de Puerta peina canas pero conserva planta y elegancia. Con buenos trajes y pañuelo de seda en la americana, sus gestos y su oratoria denotan una exquisita educación. No conoce de nada a su cliente y ha dejado claro sus honorarios. Sin embargo, a la familia Bretón el dinero le importa menos que la libertad de José.

Sabe que ha sido el propio padre de los niños quien ha propuesto su nombre. Al conocerse, le pregunta por qué. Bretón, educado y sumiso, le contesta que ha visto algunos juicios suyos, le gusta y por eso le designa.

A nuestro entender, José María Sánchez de Puerta es el áter ego de lo que a ese estudiante de primero de Derecho militante del PSOE le hubiera gustado ser. Bretón quiere reflejarse en ese ideal de letrado, al que manipulará como ha hecho con todo aquel que ha confiado en él. Sánchez

de Puerta hablará con sus palabras y, en muchas ocasiones, hará un daño irreparable a la familia Ortiz.

Lo primero que ve el abogado al encontrarse con su cliente es un hombre «asustado».¹ Van de registro a la parcela, su cliente lleva toda la noche sin dormir, «estaba preocupado pero no nervioso», dijo Sánchez de Puerta.

Los agentes están ansiosos por que José Bretón se venga abajo. La parcela está tomada en estos momentos por miembros de la Policía Científica y de la UDEV llegados desde las comisarías generales de Madrid. También está Josefina Lamas, la antropóloga, y un experto en georradar, Luis Avial, al que han convocado para la ocasión. Aunque llevan una semana en la finca, esta vez parece que Serafin Castro viene con la idea de desmantelarla. Se van a registrar a fondo las dos casas y todo el terreno exterior, en busca de alguna nueva construcción que haya podido hacer el padre. Si es necesario tirarla abajo, se tira.

El abogado acompaña a José Bretón como único aliado. Éste le pregunta: «José, ¿yo no me llevaré una sorpresa aquí?». El cliente contesta: «José María, no puede ser, mis hijos no pueden estar aquí». Y decía la verdad.

Si por la noche parecía que Bretón había aflojado un poco, durante el registro en la finca está impasible y no abre la boca. Lo único que preguntó es: «¿Cuánto me puede caer si no encuentran a los niños?». «Las penas serían de 12 años por la desaparición, y por asesinato hasta 25», le contestan. Aunque en la mente de los investigadores hay una idea que les aterra: tener que soltarle a las 72 horas y que no le caiga nada.

Desde que comenzaron las escuchas, la UDEV había detectado que la familia Bretón Gómez no era tan colaboradora como había mostrado el primer día. Era extraño que no hubieran pegado un solo cartel ni hubieran hecho ningún acto que les ayudara a encontrar a sus sobrinos y nietos. Pero no era sólo eso. A la única persona que les había dado pistas, José Ortega, el marido de Catalina, parecía que le estaban haciendo callar entre todos.

El viernes 14, a las 17.41, cuando José Bretón aún era el denunciante de la desaparición de sus hijos, José Ortega recibe una llamada de Rafael.²

JO: Rafa, dime.

R: Oye, José, ¿qué es lo que has ido contando por ahí tú?

JO: Pues lo que le contaba a tu hermana y le he dicho que si ve ella que eso no es así, llama a la policía y desmiente y a tomar viento, y todos tan tranquilos.

R: Pe... pero qué les has dicho... es que no lo sé, es que no lo sé.

JO: Bah... le he dicho, lo que pasó con los niños, eso se lo he dicho.

R: Sí.

JO: Le he dicho lo de la conversación que tuve, vamos que tenía dinero en la cartera, no sé cuánto, y que se la iba a hacer... hombre, que se la iba a jugar a la... a la Ruth.

R: José, José, que eso, eso es una forma de hablar...

JO: Ya, ya, pero no jugar, hay otra palabra que es más suave que eso.

R: No, José, es una forma de hablar. Y tú... bueno, sigue.

JO: Han sido cuatro cosas más.

R: Además de qué.

JO: Vamos, que lo tenía que sacar de mi casa, porque yo estaba muy intranquilo, pero no porque desconfiara de él. También le he dicho que es incapaz de hacerle daño a nadie.

R: Lo has dicho, José.

JO: Yo he intentado aportar algo, para no encerrar a un inocente. Porque van pasando los días y los nenes no se están viendo. Hay que buscar. A Cati le dije que os fuerais reuniendo con él y remontarais todos los días.

R: José, José, que eso ya lo hemos hecho. Y mucho más...

JO: Y llamar a los amigos, a ver qué ha contado. Y así vais contrastando. Porque lo que sí te puedo decir es que tu hermano en los pocos días que ha estado con los niños, nunca, nunca, se ha quedado solo. Salvo ese día. Porque siempre hemos tenido Cati y yo cuidado de que cuando tu hermano estuviera siempre decíamos de venir aquí a comer, para que los niños estuvieran entretenidos.

R: Vamos a ver, ¿tú te has tomado alguna tila o te has tomado algo?

JO: Sí, me la he tomado.

R: Y el diazepam, ¿te lo has tomado?

JO: No, eso no me lo he tomado.

R: Pues tómatelo, ¿vale?

JO: Que sí.

R: Bueno, venga.

JO: Venga.

R: Hasta luego.

JO: Oye, Rafa, Rafa... No, que le estaba diciendo a tu hermana, que lo de contratar un abogado no. Eso sería engrandecer las cosas.

R: Vamos a ver, José, es muy sencillo, ni abogado ni nada, mientras que tú no estés detenido, tú vas donde te dé la gana.

JO: Ya, pero si, por ejemplo, a mí me dice que para ayudar tengo que llevar el coche a la Comisaría de Fleming, allí voy, a llevar el coche a Comisaría de Fleming.

R: Sí, pero una cosa es para ayudar y otra es para perjudicarte tú.

JO: Vale.

R: ¡Tómate la pastilla, José! ¡Tómate la pastilla!

JO: Que sí, que sí, que no te preocupes, que yo ya he soltado todo lo que tenía que soltar.

R: José, tómatela porque yo no sé qué vas a soltar, tú tienes ya la cabeza tan mal, que ya ni piensas.

Cati (su mujer grita de fondo): ¡Acabas de matar a mis padres, que lo sepas!

JO: Niña, cállate.

R: Vaya por Dios, ya estamos. Bueno, tómate, tómate media de diazepam ahora, y una al acostarte.

JO: Venga, adiós.

En otra de las conversaciones entre Catalina y su marido, ésta le dice:

C: Han detenido a mi hermano, muchas gracias. Estoy desesperada. Le he mandado un mensaje para que no digáis nada a los padres.

(...)

C: El Litri [Rafael Molina, un amigo de los padres de José Bretón que los acompañó a la única manifestación a la que acudieron] ha estado en la policía y no ha contado muchas cosas de él para no perjudicarlo. Pero, claro, tú tienes que contarlo todo. Gracias.

(...)

C: Yo ya le he ayudado bastante, ahora hay que buscarle un abogado, pero tampoco puedo dejar a mis padres solos en casa ni encargarme de nada y todo gracias a ti.

Una semana colaboró con la policía José Ortega, hasta que su mujer le amenaza diciendo que deje de hablar con los investigadores o se separan. Entonces rogó a los agentes «que no le llamasen ni una vez más» y comienza a exculpar a su cuñado. Pero sólo ha ido una vez a ver a Bretón a la cárcel.

En las conclusiones del informe policial sobre las escuchas se refleja lo que los investigadores comienzan a pensar de la familia Bretón. «Incluso previamente a la detención de José Bretón, su núcleo familiar se ha centrado más en justificar sus incoherencias que en la búsqueda y localización de los pequeños Ruth y José. Llegando incluso a recriminar y corregir cualquier manifestación que se haya hecho a la Policía que pudiera perjudicar a José Bretón, en tal sentido resulta reveladora la conversación mantenida por Rafael Bretón con su cuñado, José Ortega García, poco después de declarar en dependencias policiales el día 13/10/2011 por segunda vez.»

Los policías ya habían visto cómo se había comportado José con su familia el día que encontraron las recetas. Parecía que ni sus padres ni sus hermanos querían enfadarle. Es curioso que la actitud de los hermanos también cambie una vez se han descartado los restos óseos de la hoguera. Con Bretón detenido, los investigadores deciden volver a tomarle declaración a Antonia. En la primera la madre, tras acusar a su hijo de haber hecho algo a sus nietos, también les había dado un perfil histórico de José que completarían con testimonios de otros amigos.

Nació en el barrio de La Viñuela en 1973. Sus padres tenían un comercio y a la familia nunca le faltó de nada. Estudió en el colegio religioso de los Trinitarios, como sus hermanos. Era algo tímido pero de expediente sobresaliente.

Según la madre, en la adolescencia «entró en contacto con otros niños, se despistó un poco y repitió un curso. Después se recuperó y terminó el bachiller y realizó la selectividad correctamente». En una foto del año 1992, se le ve posar vestido de traje y corbata para la orla de COU. Está contento, sonríe. Es un chico participativo, afiliado a un partido político y miembro de una asociación juvenil. Amelia, una amiga de aquellos años, contará a diferentes medios de comunicación que «era una asociación para darle vida al barrio. Estaba al lado de su casa y él se presentó allí con unos amigos del colegio y vecinos del barrio. Nos veíamos todos los días. Era un chico tímido, reservado, pero luego le conocías un rato y tenía un trato amigable, cariñoso y muy amigo de sus amigos».

Parecía feliz, aunque la infancia no había sido un camino de rosas. Antonia recordaba que «desde pequeño, su hijo protestaba porque creía que ellos, sus padres, querían más a los otros hermanos que a él; su padre era muy severo con él y algunas veces lo castigaba porque se quedaba con cosas de la tienda, concretamente, mecheros y navajillas; en una ocasión le dio una paliza que a la declarante aún le duele. Después el padre, cuando José era más mayor, lo castigaba también porque quería que trabajara».

José lo había pasado muy mal incluso en la adolescencia. Hasta los 14 años padeció enuresis. Pero ahora parecía que todo iba a cambiar. «Se matriculó en Derecho y, a los pocos meses, dispuso enrolarse en el Ejército con otros amigos suyos, permaneciendo en él durante cuatro años, de los cuales tres meses estuvo en Bosnia. Recuerda que antes de ir a Bosnia estuvo preocupado pero luego, cuando estuvo allí, se tranquilizó bastante e incluso los llamaba hasta tres veces al día», recordaba Antonia.

Después del primer viaje a Bosnia, Amelia y Bretón volvieron a coincidir. «Estaba haciendo la mili. Se presentó voluntario. La primera vez estuvo tres meses y cuando volvió no le vi cambio de actitud, venía con el sentimiento de cumplir con su deber, útil. Seguía yendo con la misma gente

y quería volver. La segunda vez que se fue ya le perdí la pista.» Para ella, José era «un chico formal, con sus estudios, sus horarios... era una persona cuidadosa, pero no meticulosa en el sentido de intentar imponer sus actitudes».

En eso José Bretón había empeorado con el tiempo. Su propia madre contó a los investigadores que «es verdad que tiene algunas manías u obsesiones, por ejemplo, le molesta que el padre haga ruidos al masticar y que tosa. También tenía una cierta obsesión con la limpieza, de tal manera que cada vez que tocaba algún objeto tenía que lavarse las manos. Incluso antes de comer desinfectaba la mesa y la encimera de la cocina... A los sobrinos también les decía que se lavaran las manos...».

Sin embargo, con José Bretón detenido, la policía no iba a encontrar tanta ayuda. Según queda reflejado en el acta policial que transcribimos literalmente:

Que en este acto y siendo las 16.23 minutos de la presente, se hace constar que esta declaración queda interrumpida porque el hijo de la dicente, Rafael Bretón Gómez, recibió una llamada telefónica de su hermana Catalina, a quien él mismo identifica, en la que Catalina, muy airada, de malos modos y en alta voz le comunica a su hermano Rafael que ha hablado con el abogado y éste le ha dicho que le digan a la madre Antonia Gómez, que no firme bajo ningún concepto la declaración, lo que es comunicado por Rafael Bretón a esta Instrucción.

Ante la noticia de este hecho, el Instructor de la presente dispone que esta Acta de declaración se dé por terminada, invitando a la declarante y a Rafael Bretón a firmar la misma, ante lo cual ambos se niegan, dejando constancia de este extremo en el Acta.

Definitivamente, una palabra de José basta para paralizar a la familia. Los policías se convencen de que los tiene atemorizados. Pero ¿con qué? ¿Qué había peor en este caso que la pérdida de unos nietos o unos sobrinos? La familia declaró inicialmente ante la policía que tenían miedo de que Bretón pudiera hacerse algo a sí mismo, pero esto nunca lo ratificaron ante el juez. José ya había intentado suicidarse.

Desde el principio Catalina, licenciada en Ciencias Empresariales y Económicas y trabajadora de una sucursal bancaria, y Rafael, ingeniero de Telecomunicaciones que trabaja para la Junta de Andalucía, habían aportado información sobre cuestiones que su hermano quería ocultar, aunque siempre intentando dar una imagen del padre de los niños muy diferente a la descrita por Ruth y a la percibida por los investigadores.

Para la hermana mayor, «José es un padre muy sensible aunque no muy afectivo en los gestos hacia sus hijos porque no quería que fueran unos hijos mimados, pero nunca le vi pegarles. Desde que se separó de su mujer ya no se comportaba con genio con sus hijos. Mi hermano es muy sensible y ante cualquier problema que le surge se enfada y no lo afronta con tranquilidad y madurez. Es muy obsesivo con la limpieza, quizás debido a la educación que hemos recibido. Además, José se preocupa mucho de los demás».

Rafael Bretón va en la misma línea. «Con sus hijos José es cariñoso, afectuoso, les deja en libertad. No les corrige físicamente, pero es muy estricto con el tema de la limpieza. Está pendiente de los niños pero en la calle les da más libertad, incluso al hijo menor. Intenta llevarse bien con toda la gente. Es el más abierto de toda la familia y hace favores a los demás. Últimamente le veía más despistado y antes era más concienzudo. Es muy escrupuloso en la limpieza y tiene algunas manías como que le molesta mucho oír a la gente masticar alimentos con la boca abierta.»

¿Cómo reaccionó el acusado ante la desaparición de sus hijos? Aseguran a los agentes que José ha estado desesperado y nervioso. «En casa, mi hermano se ha derrumbado tras la desaparición, antes de la detención. Se comporta como un padre desesperado. Pero en otros

ambientes se transforma dando otra apariencia, atribuyéndolo al shock. Con el resto de personas es muy condescendiente», cuenta Catalina.

Rafael Bretón también confirma esta versión: «Cuando desaparecieron los niños, José estuvo inicialmente alterado, lo normal en estos casos, actualmente lo veo muy mal, muy atacado. Veo que pasa momentos de obnubilación, como si no hubiese pasado nada, a otros instantes en que le veo como irritado al sentirse injustamente tratado por la Policía, para seguidamente derrumbarse y no hablar. Incluso llega a momentos en que parece que no quiere saber nada del mundo».

A pesar de lo declarado por José Ortega, Catalina mantiene que «mi hermano estaba feliz con los niños y resignado con la ruptura matrimonial. Lo había asumido y estaba decidido a pedir la custodia de los niños en exclusiva». Rafael ni siquiera piensa que tuviera nada contra Ruth. «Creo que mi hermano se encuentra bien tras su separación. No creo que le guarde más rencor a Ruth del que se pueda considerar normal en este tipo de situaciones. Él duda si pedir la custodia de los niños o no, ya que no puede ser compartida (...). Creo que duda entre si volver con ella o no.»

Sin embargo, por la mente de los Bretón sobrevuela el suceso del año 1997. José salía con una chica que no le gustaba a ninguno. «Mis padres no la querían ver por buscona», escribirá José en una nota hallada en su casa.³ No estaba a la altura de la familia y sus padres y sus hermanos se lo recordaban. Un día la llamó por teléfono y le dijo que necesitaba un tiempo, que ella iba demasiado rápido para él. La chica se quedó sorprendida. No entendía eso de «demasiado rápido». Eran jóvenes, ¿cómo iban a ir las cosas?

A la semana José la llamó de nuevo. Quería volver con ella, lo había pensado mejor. Pero a la joven le entró la risa. Ahora ya no tenían nada que hacer. Ella estaba a otra cosa.

El desengaño amoroso hundió a José Bretón en una depresión. Acude al doctor Güiote y éste le receta unas pastillas. Según declaró a la policía en 1997 Bartolomé Bretón, padre de José: «José lleva unos tres meses deprimido. Le ha cambiado el carácter. Está alicaído, triste, raro... y todo por una novia que lo abandonó. Fíjense que hace un mes aproximadamente, mi hijo le dijo a un amigo suyo que iba a suicidarse, pero al final no lo hizo».

Para la policía ese intento de suicidio fue un simulacro para llamar la atención. Tras haber avisado a su amigo verbalmente, dos días antes le envió esta carta:

«Por fin he sido capaz de tomar una decisión por mí mismo. Podía haberme ayudado pero no creyó en mí [la chica]. Te pido que te hagas cargo de las dos cosas que te pido, porque en mi casa no lo van a entender. Y no van a querer hacer esas cosas.

»Yo, don José Bretón Gómez, es mi voluntad que, después de mi muerte, mis órganos sean donados para trasplantes y mi cuerpo incinerado y las cenizas esparcidas por el mar.

»Bajo ningún concepto quiero que mi vida sea alargada artificialmente.

»En Córdoba, a 7 de abril de 1997.»

El 9 de abril de 1997, Bartolomé Bretón acudió a Las Quemadillas alertado porque no encontraba a su hijo por ningún lado. La noche anterior le dijo que había quedado con unos amigos, pero al despertar y no verlo temió que pudiera hacerse algo malo. La finca era el lugar donde siempre se refugiaba José cuando se ponía nervioso. Allí lo encontró inconsciente. Estaba dentro del coche, rodeado de latas de cervezas, cajas de medicamentos vacíos y restos de vómito. También había abierto dos bombonas de gas.⁴

Catalina recuerda que «tuvo que ser hospitalizado. Ingerió pastillas. Y estuvo ingresado un día. Le recomendaron que fuera a un psiquiatra, pero sólo fue una vez y no recibió tratamiento».

Este acontecimiento había quedado sepultado en las conversaciones de los Bretón hasta que

desaparecieron los niños. Ni siquiera Ruth, a quien José conoció dos años después del intento de suicidio, había oído hablar de que su marido hubiera intentado quitarse la vida. Ni a él ni a nadie de su familia.

Pero había que quedarse con una de las frases que José escribió en su carta de suicidio: «Podía haberme ayudado pero no creyó en mí». ¿En qué podía haberle ayudado esa chica? Las fuentes consultadas no indican que se refiere a sus relaciones sexuales. A esta joven la dejó porque ella iba «demasiado rápido» y después no volvió a tener otra novia hasta que conoció a su esposa, de convicciones católicas profundas. A Adela, la muchacha a la que había llamado después de la separación, ni siquiera había conseguido sacarle un beso cuando eran jóvenes.⁵

Esto unido a las tendencias sexuales que, según Ruth Ortiz, José ocultaba,⁶ resonarán como una bomba en su declaración ante el juez en mayo de 2012. Contundente, Reposo Carrero, la abogada de Ruth Ortiz, intenta sacar a José Bretón de sus casillas y demostrar que el padre cosifica a los niños y que se casó con Ruth para reafirmar exteriormente su hombría, porque era lo que había que hacer según su mentalidad.

RC: Usted tuvo un encuentro sexual con una prostituta y usted quería penetrarla analmente y según su mujer usted tiene inclinaciones sexuales, ¿eso es verdad?

B: ¿Qué inclinaciones sexuales?

RC: Homosexuales. Vamos, que a usted le gusta tener relaciones sexuales con la prostituta y su mujer analmente y su mujer se negaba, sin embargo usted mantenía que era la práctica que quería. Yo le pregunto, ¿usted tiene inclinación homosexual no resuelta?

B: Primero que yo no mantuve relaciones sexuales con una prostituta.

RC: No, porque costaba 90 euros, pero usted quería que fuera analmente.

B: No, no, estuvimos hablando.

RC: ¿No le costaba 90 euros?

B: No sé.

RC: Me parece que a usted le costó 60 nada más...

B: No, no.

(...)

RC: ¿Es usted homosexual pero necesita tener una mujer para sentir...?

B: No, yo no soy homosexual. Yo tendencias homosexuales no tengo.

RC: No me refiero a si ha tenido relaciones con hombres, no me refiero a eso. Me refiero a que si su tendencia en la sexualidad...

B: Yo soy heterosexual, a ver si se entera más pronto... [Mira a su abogado.] Eso es que me gustan las mujeres si no estoy confundido, ¿no?

(...)

RC: Cuando usted habla con Adela ¿cómo no le dice que ha perdido a sus hijos? Después de 14 años sin hablar con una persona, el momento que usted está viviendo, nos quiere hacer ver que usted quería hablar con ella en persona... ¿No es más cierto que usted quería tener una coartada más hablando con esta chica?

B: Es que yo no tengo que buscar una coartada a nada.

RC: ¿Usted ve normal que no le comentara y que usted estuviera ligando con otra chica mientras sus hijos estaban perdidos?

B: Que yo no estoy ligando, que yo hablo cosas bonitas con las mujeres, eso sí, le digo que sí.

(...)

RC: ¿Ha recibido usted la demanda de divorcio?

B: Sí.

RC: Y está usted tranquilo, relajado...

B: No, es la mentira que ha puesto usted otra vez y que en el informe psiquiátrico que aparece ahí [usted] dice que tengo tendencias homosexuales. Se lo pregunté a mi abogado y dice que no hay ahí nada reflejado. Con lo cual usted está mintiendo al poner eso ahí.

RC: ¿Es cierto que usted tenía a diario relaciones sexuales con su esposa? Todos los días menos uno, creo.

B: No, cuando ella mandara prácticamente.

RC: ¿Ella era la que mandaba? Pues entonces también en eso se equivoca Luis [el policía sombra] porque decía que era usted el que mandaba, porque era el que traía el dinero a casa.

B: No, ni mucho menos.

RC: ¿Es cierto que a veces incluso alguna vez también tenían [relaciones sexuales] dos veces cuando usted quería, [pero que] no duraban más de minuto y medio?

B: Lo que ella mandaba, lo que yo durara eso ya lo lleva el cuerpo.

Será una constante en Reposo Carrero interrogar vehementemente a José. Aunque lo único que consiga sea cabrearle, pero ninguna confesión. En ocasiones incluso ha llegado a enseñarle las fotos de sus hijos a tamaño póster para ver cómo reaccionaba al mirarlos. Pero ese 2 de mayo, con un Bretón que responde de modo particularmente altanero al juez y a la fiscal, le dice alto y claro:

RC: Su mujer piensa que sin ninguna duda usted mató a sus dos hijos, como mató al perro y a todas las crías que nacían allí.⁷ Está convencida de que es usted un asesino y que sus dos hijos sólo eran objetos para usted.

B: Eso es completamente falso...

RC: Y me pide que le diga que qué forma utilizó usted para matarlos, si como al perro o como a las crías...

B: Eso es falso.

RC: ¿Eso es falso?

B: Eso es falso porque los niños son vida mía y de ella, y yo me estaba dando el lujo de criarlos...

RC: No me cuente más nada, [diga] sí o no y ya está. Es posible que usted tenga un mal recuerdo de su infancia, del trato que le daban su padre, su madre y sus hermanos de los que tenía celos...

B: ¿Yo celos de quién?

RC: Y por eso actúe de esa forma y no tenga ningún tipo de amor a...

B: ¿Quién dice que yo tengo celos de mis hermanos?

RC: Su padre lo dijo cuando se quiso suicidar la primera vez.⁸

B: De mis hermanos no tengo.

(...)

RC.: El policía manifestó que usted dijo que Ruth era una hija de puta... ¿Usted empezó a odiar a su mujer?

B: Para nada. Ni aun ahora todavía la odio, pues fijese cómo la iba a odiar antes. Es que ese sentimiento no lo tengo yo en el cuerpo.

En el informe psicológico realizado a José Bretón en la cárcel de Alcolea quedarán reflejados estos extremos, así como la especial relación que Bretón tenía con su padre, del que todavía recuerda las palizas que le daba con la correa. Único momento en que el especialista le vio emocionarse durante la entrevista, nunca al hablar de sus hijos.

Pero mientras los expertos, tanto de la policía como los asignados por el juzgado, perfilaban la mente del asesino, a los agentes de calle les seguían llegando pruebas que revelaban más mentiras de José y de sus hermanos.

La más importante de todas, la localización del teléfono móvil del ya detenido y la información que dentro del mismo guardaba. Gracias a estos datos habían averiguado que el viernes 7 por la tarde, sobre las 18.30 había dejado a Ruth y José en casa de Catalina y se había marchado a algún lugar que ni su madre ni sus hermanos acertaban a decir cuál era.

Cuando se les preguntó por ello, la madre de José dijo que su hijo se había ido a la finca a por unos colchones, mientras que Catalina lo niega y Rafael dice que su hermano fue al psicólogo. En realidad fue a Las Quemadillas, en teoría, a buscar el cuaderno donde tenía apuntado el teléfono de Adela. Llamó a Ruth pero no se lo cogió, así que llamó a esta chica. Quizá hiciera algo más, como había estado haciendo una decena de noches anteriores a la desaparición o quizá estuvo escribiendo unas reflexiones en papeles sueltos, notas que encontraría la policía en una de las inspecciones y que recogen frases que también aparecen en la carta que le entrega a Ruth ese viernes por la mañana.

El juez en la declaración de noviembre quiere aclarar este asunto.

J: ¿Qué hizo en los días del 27 al 29? Es decir, martes, miércoles y jueves.

B: Pues debí de pasarme con mis padres, yendo a la parcela...

J: ¿Llevó a sus padres a la parcela?

B: Sí, todos los días.

J: ¿Todos los días llevaba a sus padres a la parcela?

B: Si no venían mi madre y mi padre, por lo menos mi padre.

J: Cuando declaró su madre en el juzgado, si mi memoria no falla, manifestó que no tenía constancia de que hubiera estado yendo usted a la parcela durante estos días. Cuando eso dice su madre, me está diciendo ella que es que usted tampoco la llevaba.

B: Sí... No... Pero...

J: ¿Puede dar alguna explicación a eso?

B: No... que mi madre en las declaraciones, me lo ha dicho, que estaba aturdida y que prácticamente que no sabe lo que estaba diciendo. Que no se le diga... que no se le puede dar mucha cuenta a lo que estuviera diciendo porque estaba aturdida. Le hacían tal batería de preguntas que no era consciente de lo que le preguntaban.

En realidad lo que Antonia le dice a su hijo en una de las visitas a prisión es que le perdona si ha dicho algo que ha podido dañarle, tal es el control que ejerce en su familia.⁹ Y es que a mediados de noviembre, los Bretón todavía no se ponían de acuerdo entre ellos sobre lo que había pasado la tarde de 7 de octubre. Mientras la madre mantenía que su hijo había ido a Las Quemadas, Rafael, con una actitud distante, dirá ante el juez (16 de noviembre):

J: ¿Usted coincidió con José en casa de Catalina la tarde del día 7?

RB: Sí, sí.

J: Su hermano José salió...

RB: Sí, sí.

J: ¿Sabe usted dónde fue?

RB: No. O sea, [agacha la cabeza] en ese momento no me lo dijo [la levanta].

J: ¿Se lo dijo después?

RB: Sí.

J: ¿Dónde le dijo que había ido?

RB: Me dijo «he ido a no sé qué»... como a una psicóloga o algo de eso creo que me comentó.

J: ¿Ese día?

RB: Sí.

Por su parte, Catalina intenta disuadir al juez de pensar que su hermano estuvo la tarde del 7 de octubre en Las Quemadas.

J: ¿Usted sabe si tenía que pasarse por la parcela para recoger colchones para llevárselos a casa de sus padres?

CB: Los colchones los cogió otro fin de semana.

J: ¿Sabe usted si esa tarde su hermano fue para algo a la parcela?

CB: Yo no lo recuerdo. Por más que me ponga a pensar, porque yo en este tema he pensado mucho, no me acuerdo. No puedo decirle ni sí ni no.

Y ese mismo día de noviembre, cuando Bretón es preguntado por el asunto también intenta alejarse de la finca familiar.

J: Su madre ha declarado hace un rato que el viernes 7 por la tarde fue usted a por los colchones a la parcela. ¿Su madre se equivoca?

JB: Pues sí se equivoca. Se lo digo así como así.

Para el juez, con esta actitud los familiares «claramente esconden y tratan de justificar este evento».¹⁰

Más inquietantes son las respuestas sobre los hechos ocurridos durante el día que desaparecieron los niños. Según el informe de triangulación del teléfono de José Bretón, a las once de la mañana del sábado 8 de octubre, mientras supuestamente se encontraba en casa de Catalina cuidando de sus dos hijos y otros dos de su hermana, José —o alguien con su iPhone— se encuentra a un kilómetro de la casa donde debía estar y cerca de la parcela de la familia.

A esta información, irrefutable por sí misma, los investigadores sumarán las imágenes del Centro de Inserción Social que hay en la misma calle donde se ubican Las Quemadas. A las 11.00 registran un Kia Picanto. No se ve bien la matrícula pero, según el informe de la Universidad de Valencia, sólo hay un número dudoso respecto a los que conforman la matrícula del vehículo de Catalina. En la secuencia se aprecia a un hombre que se baja del coche con una ropa similar a la que llevará José por la tarde, pasa unos minutos en la parcela y luego vuelve a marcharse hacia Córdoba. Además, dos testigos dicen haber visto a un hombre de sus características a esa misma hora en ese lugar.

El Testigo 1 asegura que el coche para en la puerta de la finca y de él se baja un hombre. Junto a él otra persona que desaparece del campo de visión. Según el Testigo 2, que viaja en un Volkswagen Golf de color plata: «Al pasar por la carretera donde se encuentra la finca del padre de los niños desaparecidos, en un punto de la misma observé la presencia de un individuo en el borde de la calzada, que me llamó la atención al verlo con la mirada perdida al frente».

Resulta curioso. Las declaraciones tomadas hasta el momento indicaban que el padre de los niños estaba en casa de su hermana sin su coche y cuidando de cuatro menores, a pesar de lo raro

y nervioso que José Ortega había visto a su cuñado. El matrimonio presenta un tique de compra de un supermercado para acreditar que estaba fuera de la casa. Ninguna cámara les graba, pero supuestamente el hijo menor de los Ortega Bretón va también con ellos. Así que no queda más remedio que pensar que José dejó solos a los cuatro primos, con edades entre los dos y los ocho años. Cogió el vehículo y fue a preparar algo a la parcela.

Sin embargo, cuando en sede judicial se le pregunta a Catalina por estas horas, tiene una memoria selectiva.

J: La mañana del día 8 llega su hermano con el coche, ¿sería en torno a las diez y media de la mañana?

C: Yo no sé... no recuerdo de qué forma llegó.

J: ¿Dejó a los niños y se fue?

C: No lo recuerdo... yo esa mañana del 8 no recuerdo por más que pienso, vamos... de qué forma llegó...

J: ¿No sabe si fue y volvió...?

C: No, porque como lo hace indistintamente, yo no...

J: ¿Mientras que estuvieron ustedes en su casa esa mañana su hermano José se movió en algún momento o se fue?

C: Es que mi hermano vino y nosotros nos marchamos. Yo con él no coincidí prácticamente nada.

(...)

J: Esa hora coincide con la hora en que un cuarto de hora antes se ve un Kia Picanto volviendo hacia Córdoba, con la misma dirección que había cogido y que había estacionado justo enfrente de la explanada que hay al lado de la parcela de su familia. ¿Está usted segura de que su hermano no cogió el coche ese día?

C: Segurísima, sin ningún género de dudas.

(...)

J: ¿Su marido llegó a pensar que José estaba implicado en la desaparición de los niños?

C: Eso se lo pregunta a él.

J: ¿Le hizo usted cambiar de opinión?

C: Eso se lo pregunta a él.

J: ¿Su hermano sabe dónde tiene usted las llaves del Kia?

C: ¡Cómo lo va a saber!

J: ¿La única manera de cogerlo es pidiéndoselas a usted?

C: Por supuesto.

J: ¿Se las ha pedido en alguna ocasión?

C: Nunca. Compramos el coche en agosto y mi hermano nunca me lo ha pedido.

J: ¿Está usted entonces segura de que su hermano no cogió el coche ese día? Le advierto de que puede incurrir en un delito si falta a la verdad...

C: Estoy completamente segura de que no cogió el coche. Mi coche estaba aparcado...

Horas después de este suceso que nadie consigue explicar, José niega que esa mañana fuera a Las Quemadas, hay otros hechos sin respuesta. Por ejemplo, se supone que Rafael no acude a casa de su hermana aquella mañana, pero le manda un mensaje a Bretón pasadas las 13 horas informándole de que acaba de pasar por allí.

Cuando el juez le pregunta por esto a Catalina y Rafael, la actitud de los hermanos es a la defensiva, fría, concentrados en declarar y sin emoción alguna por los niños.

J: ¿Su hermano Rafael llegó a estar por la mañana con ustedes en su casa?

C: No.

J: ¿No llegó a pasarse?

C: No.

J: Hay un mensaje de Rafael a su hermano José diciéndole que «vengo de la casa de la Cati, que voy a casa de papá y de mamá».

C: ¿Por la mañana?

J: Sí, por el mediodía.

C: No sé.

La actitud de Rafael Bretón está igual de orquestada que la de su hermana.

J: ¿Y por qué ha hablado de Cati si no fue a casa de Catalina al mediodía?

R: ¿Cómo? ¿Que si yo hablé de Cati?

J: ¿Usted habló de Catalina en ese mensaje?

R: No me acuerdo.

Además, Rafael no recuerda a qué hora llegó a casa de sus padres a comer ese sábado. Sólo recuerda que no se encontró con su hermano.

J: ¿A qué hora llegó usted a comer?

R: Pues calculo que sobre las dos. Antes o después, no sé.

J: ¿Vio a su hermano José?

R: ¿Qué?

J: ¿Vio a su...? ¿Se cruzó con su hermano, cuando usted llega, él ya se había ido?

R: Sí.

Sin embargo la abogada de la familia Ortiz piensa que Rafael llegó a casa de sus padres conocedor de una discusión habida con José y que acude al bar a buscar a Bartolomé para decirle que se despida de sus nietos.

Tras tomar declaración a los Bretón sobre este asunto el juez concluye que «las versiones de esta familia no cuadran de ningún modo. Nadie llega a coordinarse con la secuencia de unos hechos tan trascendentales como fueron el último instante en que otras personas aparte de José vieron a los dos niños».

Según un informe sobre el teléfono de José, el padre de los niños apagó el Latitudo del iPhone en diferentes momentos del día. A las 13.39 es el último contacto con el móvil encendido.

J: ¿Llegó a desconectarse usted en algún momento de Internet, para no tener ningún tipo de conexión a través de Internet?

B: Por supuesto que no, cómo me voy a desconectar si es una tarifa plana y está siempre activa.

J: ¿Podría ser que usted tuviera desconectado Internet de su teléfono pero no lo tenía apagado?

B: A veces, y eso pasa muchas veces, se pierde la señal de Internet.

J: ¿Y pasa durante tantas horas?

B: Hasta que uno se da cuenta y no le echa cuentas, pues a lo mejor si lo fuerzas, lo reactivas... pero es que vuelvo a decir: ¿cuál es el problema de eso?

El problema es sencillo. Para los investigadores y el juez durante esas horas José Bretón se deshizo de sus hijos de seis y dos años. Después, activa a las 18.02 el terminal en el parque Cruz Conde.

Son las 18 horas, 8 minutos y 31 segundos del 8 de octubre de 2011 cuando se produce una

llamada entre Antonia y su hijo José. Sin embargo, los Bretón quieren omitir ahora esa conversación.

J: ¿Sabía que su madre habló por teléfono con su hermano José?

C: ¿En qué momento?

J: La tarde del día 8 alrededor de las 18.00.

C: Sí, pero ¿quiere decir en qué momento lo sabía?

J: Si usted lo sabe, ahora... Si tuvo conocimiento antes o después.

C: Yo me he enterado, pero no sé en qué momento me enteré.

La actitud de Rafael es más desafiante. Llega a decirle al juez que esa llamada, registrada con 132 segundos de conversación, es «un error» del teléfono o de la compañía telefónica. No se sabe.

Diez minutos después, sobre las 18.18 comienza al cruce telefónico entre José y sus hermanos para comunicarles que los niños han desaparecido. Según recoge el juez en uno de sus autos: «Los dos hermanos restringen la información sobre lo que realmente les dijo José».

Rodríguez Lainz, el juez instructor, les pregunta ese frío día de noviembre sobre qué les contó Bretón para informarles de que había perdido a los niños, pero ninguno de los dos lo recuerdan.

R: Yo creo que sobre todo habla él. Yo sólo le dije... Yo creo que le dije «voy para allá». Habló principalmente él.

J: Le dijo «he perdido a los niños», ¿dónde?

R: ¿Qué?

J: ¿Dónde le dijo que había perdido a los niños?

R: No, fue muy rápido.

J: ¿No llegó a decirle siquiera dónde los había perdido?

R: Creo que no me llegó a decir... Me dijo «ven para acá».

En el interrogatorio Catalina es igualmente ilógica.

J: ¿Escuchó la conversación de su hermano Rafael cuando le dijo José que había perdido a los niños? ¿Escuchó lo que decía Rafael?

C: ¿Las palabras exactas? ¿Que si recuerdo las palabras exactas?

J: Si él le preguntó dónde se habían perdido, si él estuvo callado los veintitantos segundos que tardó la llamada..., que si le pidió algún tipo de explicación...

C: [Niega con la cabeza y se echa la mano a la boca, tapándose.] Yo no recuerdo la conversación [contesta con la mano en la boca].

Inmediatamente después de esta llamada Catalina y José hablan. Catalina le dice que acuda a la Ciudad de los Niños sin ni siquiera saber dónde se encontraba éste.

J: Usted llama a su hermano José y tienen una conversación de 20 segundos. Cuénteme qué hablaron en esos 20 segundos.

C: Pues yo le dije «ve a la Ciudad de los Niños y di por megafonía que se te han perdido los niños, que allí hay megafonía».

J: ¿Le había dicho a su hermano dónde había perdido a los niños en ese momento?

C: No.

J: Entonces, ¿por qué le dice que fuera a la Ciudad de los Niños?

C: Pues porque yo sé que en la Ciudad de los Niños hay megafonía.

J: Pero podía estar dentro o podía estar fuera, ¿no?

Los presentes en el interrogatorio a los hermanos extraerán la conclusión de que la familia se

ha cerrado en torno a José y difícilmente les moverán. En el interrogatorio a Rafael la fiscal incide en esta apreciación.

F: ¿Su hermano necesita que ustedes estén arropados, que estén con él?

R: Hombre, pues claro que lo necesita.

F: ¿Y usted está tratando de protegerlo?

R: ¿De protegerlo?

F: Sí.

R: De protegerlo, ¿por qué?

F: Yo le pregunto si usted está tratando de protegerlo...

R: De protegerlo, ¿qué es?

F: De defenderlo...

R: No, yo quiero que se sepa la verdad.

F: ¿Usted está diciendo la verdad aquí?

R: Sí.

Esta obsesión de la familia por protegerle se acrecienta a raíz de que los huesos de la hoguera se descartan como humanos. Ruth y José tenían una cuenta corriente donde ingresaban los 1.700 euros del sueldo de Ruth, algo más de 400 de la prestación de José y el alquiler del piso y el garaje de Córdoba. Había alrededor de 30.000 euros. El día 11, José Bretón le escribe a su hermana: «Saca los dineros de la cuenta» y a su cuñado acto seguido: «Dile a mi hermana que saque los dineros de la cuenta». Según explica Catalina en sede judicial:

J: Ese dinero que había en la cuenta de su hermano y de Ruth, en la que usted estaba autorizada, era suyo, como dice él.

C: ¿Que si parte del dinero es mío?

J: Sí.

C: Es de la familia.

J: Dinero de la familia...

(...)

RC: ¿Y por qué a preguntas del señor juez manifiesta ahora que es de la familia cuando sigue insistiendo y con anterioridad ha insistido que era de José y su esposa?

C: El dinero estaba en la cuenta, vamos a ver... El dinero estaba en las cuentas de Ruth y José, pero mi familia ha dado dinero a esa cuenta. Entonces se puede considerar como se quiera, vamos. Lo que es la titularidad de la cuenta es de los dos, pero mi familia...

RC: Ya, pero que eso no lo ha dicho usted desde el principio, lo está diciendo ahora porque se lo está preguntando el juez... Eso es lo que yo le pregunto.

C: Porque, vamos a ver, mi padre ha hecho una venta y ha dado dinero. Es que... lo que pasa es que...

RC: Al dar dinero se supone que ya es propiedad del que se le da, no del donante.

C: Pero eso se puede considerar de las dos formas.

Este dinero sirvió para pagar el contrainforme de la Universidad de Sevilla sobre las imágenes de las cámaras de seguridad y que intentaba rebatir al de la Universidad de Valencia en cuanto que los niños no llegaron al parque. En la tercera declaración ante el juez, en febrero de 2012, José Bretón le explicará a la abogada de los Ortiz:

RC: Si usted autorizaba a su hermana, que además trabajaba en este banco, para que haga movimientos o reitera usted lo que ha dicho antes de que «ella lo ha hecho porque ha querido».

B: No porque ha querido, si ella tiene entrada en esa cuenta y si maneja esos dineros, los que

sean suyos los puede manejar. (...) Yo a mi hermana no le he ordenado nada, pero mi hermana sabe del dinero cuál es el suyo y cuál es el mío. Si mi hermana mete un dinero en esa cuenta por equivocación, por error o porque lo ve conveniente a cualquier tipo de gestión meterlo en esa cuenta, lo mete... luego lo vuelve a sacar.

Las declaraciones realizadas por los hermanos Bretón y por Antonia Gómez el 16 de noviembre de 2011 en sede judicial serán estudiadas en la Unidad Central de Inteligencia Criminal, por la sección de Análisis de Conducta. El *Informe Análisis de Declaraciones Familiares José Bretón*, dentro de la Operación Resplandor, se elabora mes y medio después de la desaparición y en él se analizan cada gesto y palabra.

Los psicólogos de la policía describen cómo Catalina hurga en su bolso mientras jura decir la verdad, producto de la ansiedad de la situación. «Sus respuestas son vagas, poco concretas y faltas de contenido emocional.» Un rasgo contradictorio con la realidad vivida.

Su marido, José Ortega, declara mientras sujeta un abrigo, lo que le permite canalizar su ansiedad. Sólo se altera cuando se le pregunta si José Bretón podía haberle dicho dónde estaban los niños. Responde negando antes de que el juez termine la pregunta, mientras se dispara un tic intenso en sus manos, lo que indica un pico de ansiedad, que trata de disimular cambiando el abrigo de brazo. Finalmente responde «no creo que le haya hecho nada a los niños», produciéndose un cambio en sus gestos. Además se refiere a sus sobrinos como «los niños», nunca alude a sus nombres de pila, una forma de distanciarse emocionalmente de la pérdida.

Esa herramienta de distanciamiento emocional también la empleará Antonia, la abuela de Ruth y José. Ante el juez se muestra incómoda cuando responde: «Se fue con los niños normal, como siempre...». Se baja las mangas del jersey, baja la voz y no recuerda. Las preguntas relativas a lo acontecido al mediodía disparan su ansiedad porque sabe que pueden ser importantes. «Escasa expresión emocional de la abuela tras haber perdido a sus nietos», concluyen.

Rafael, por su parte, «no muestra contradicciones ni picos de ansiedad, salvo cuando se le pregunta sobre cuestiones técnicas referidas a la telefonía móvil». Es el único que llama a la niña por su nombre.

Para los investigadores, la ausencia de expresiones emocionales es propia de quien ha superado el duelo, algo que sólo es posible si se conoce toda la información. En este caso, según los psicólogos, todos varían de comportamiento cuando se explora lo ocurrido a partir de las 14.00 del día de la desaparición. Se resisten a manifestar sus verdaderos conocimientos. Saben que es un periodo de tiempo fundamental para la investigación. Para ellos es más importante «la lealtad» a José Bretón, que las consecuencias personales que pudieran sufrir ellos si estuvieran faltando a la verdad.

«Los cuatro asumen que la desaparición es definitiva y que Bretón tiene responsabilidad directa», concluyen los agentes, y «si se les hacen claras las consecuencias que derivarían de un falso testimonio, podrían resquebrajarse...».

El punto álgido de estas sospechas en torno a los Bretón llegará en septiembre de 2012, con el mayor misterio del caso ya desvelado. Un informe encargado por la acusación particular dejará claro que Rafael Bretón ha incurrido en una inquietante infracción. Una vez la policía ha estudiado el teléfono móvil y tras haber descubierto que José Bretón se había dedicado a guardar como imagen las llamadas y mensajes que le podían beneficiar y a borrar otros, el juez le deja en depósito a Rafael el teléfono con la condición de que éste no puede ser manipulado por si fuera necesario estudiarlo de nuevo.

Sin embargo, la empresa Net Computer Forensic descubrirá que en el tiempo que el teléfono estuvo en manos de Rafael borró hasta 103 llamadas y mensajes que podían perjudicar a su hermano, con una pericia que sólo un ingeniero de Telecomunicaciones como él puede tener. Uno de esos mensajes borrados fue el del 11 de octubre a las 4.22 horas. Cuando Rafael y José Ortega están esperando a José cerca de Las Quemadillas, pero el policía sombra finalmente no le deja ir con ellos. El juez y los investigadores piensan que en realidad querían deshacerse de algo que había en la finca.

El miércoles 26 de septiembre de 2012, casi un año después de la desaparición de los menores, la familia Bretón tiene que ir al juzgado a declarar. El abogado José María Sánchez de Puerta se reúne con ellos antes de entrar en la sala. Se acaban de enterar de que en la mesa del juez hay un informe sobre el borrado de llamadas del iPhone de Bretón durante los meses que lleva en prisión. Todo apunta a Rafael, pero según el artículo 461 no tienen por qué declarar para no dañar a un familiar. El único que ratificará su primera declaración ante la policía es José Ortega, marido de Catalina, que dijo que pensaba que su cuñado podía haberle hecho daño a los niños.

A la salida del juzgado Reposo Carrero declara a la prensa: «Rafael Bretón ha eliminado todas las llamadas de voz que podían comprometer a su hermano cuando se le dio el teléfono para que lo custodiara (...) Os puedo asegurar que ha hecho manipulaciones en el teléfono, ha ocultado pruebas de su hermano. Entonces, ya está bien de que se quieran poner bien puestos, de que la opinión pública sepa lo que a ellos les interesa y que no son sus sobrinos y sus nietos, que es lo que a todos los demás nos ha interesado en este tiempo».

Ruth Ortiz no tiene duda alguna acerca de la actitud de la familia de su ex marido con respecto a todo el caso: «Son una secta».¹¹

CAPÍTULO 7

La lucha

Desde la mañana del 10 de octubre de 2011, la familia Ortiz supo utilizar a los medios de comunicación para que el caso de Ruth y José no fuera uno más. Tuvieron la ayuda de los cordobeses, que crearon una plataforma ciudadana para que la presencia de los Ortiz en la ciudad del padre se hiciese notar, aunque la madre tuviera que volver a Huelva días después de declarar ante la policía.

Aparentemente no existía ninguna relación entre Ruth y José, pero el día 14 éste la llama.¹

R: Bueno, ¿y los niños, José?

B: No, los niños no saben todavía dónde están ni *ná*, aunque a mí me gustaría.

R: Tú ¿y tú?

B: Yo tampoco, Ruth.

R: Claro y yo me lo creo, ¿no?

B: Pues por eso quiero yo contártelo por lo menos para que me lo veas.

R: Sí, contármelo a mí, ¿no?

B: Claro.

R: Claro.

B: Ruth...

R: ¿Y por qué no? ¿Y a la policía por qué no se lo cuentas?

B: Yo a la policía ya le he contado todo lo que sé.

R: No, no, no, no has contado nada. ¡No le has contado nada a la policía, no le has contado nada! Tú te los llevaste y tú me los devuelves, ¡tú te los llevaste y tú me los devuelves!

B: Ruth, por eso quiero que...

R: Tú no le has contado nada a la policía, ¡tú te los llevaste y tú me los devuelves!, ¡tú te los llevaste y tú me los devuelves!

Si el día 10 las cámaras grababan la urgencia con la que dos primos de Ruth abandonaban una entrevista para acudir a la comisaría, el 16 de octubre por fin se escuchan las primeras palabras de la madre de Ruth y José. No saldrán de su boca. Una amiga, Esther Chaves, será la encargada durante muchos meses de poner voz y rostro a los Ortiz.

Ocho días después de que arrancaran a Ruth y José de su madre, Córdoba, Huelva y otras ciudades están empapeladas con sus caras y en la ciudad de la madre se hace la primera concentración. El padre y el abuelo de Marta del Castillo están presentes junto a la familia Ortiz.

En una emotiva carta, la madre describe a sus hijos. Ruth tiene seis años, es «muy inteligente, responsable y muy buena». Le encanta su colegio, su maestra y sus amigas. «Está muy contenta porque está en primaria y sus compañeros de clase me preguntan cuándo podrán bajar su sillita para que ella vuelva.»

Desvela que la noche antes de irse a Córdoba con su padre le preguntó cuánto tiempo iba a estar allí y que ella le contestó que su padre les traería el domingo. «¡Claro, el lunes hay colegio!», respondió la pequeña Ruth.

Sobre José, de dos años, asegura que se lo pasa muy bien en su guardería, que es «muy cariñoso, aunque inquieto y travieso». Su *seño* Yolanda; Pepa, la directora; la cocinera, la *seño* Marta del año pasado y todas las demás lo echan de menos: «(...) todas las señoritas querían cogerlo para llevarlo a su clase porque a todas les gustaban sus abracitos. Tiene una sonrisa que ilumina todo y ya sabe dar besos».

Pero la frase que retumba en los oídos de Bretón es ésta: «Necesito que estén a mi lado, que sepan que los quiero y que no los he dejado solos. (...) Soy capaz de perdonar y olvidar si vuelvo a ver sus caritas y a escuchar “mamá”».

José llama a Ruth. «Te llamo para animarte. Tú siempre has sido más fuerte que yo y siempre lo has demostrado. La carta que se ha leído esta mañana en Huelva ha sido muy bonita. Tengo metidas tus palabras, de que yo me llevé a los niños y que tengo que devolvértelos, y eso me da fuerzas...»

El 17 de octubre José parece derrumbarse ante el jefe de la investigación. Quiere hablar con Ruth antes de ser detenido.

B: Tengo la necesidad de hablar contigo porque estuve con el jefe de la Brigada de la Policía. Hablamos de nuestra relación como pareja, de mí como padre, de mi relación con los niños, con mis padres y la familia. Me gustaría decirte la verdad por mí. Sueño que estoy con los niños y todos juntos otra vez. Pensar en los niños me da fuerza.

R: Nuestra felicidad depende de los niños, José.

B: Los niños siempre estarán... y ya está. Hay que tirar para adelante... Es la ventaja que tenemos.

R: ¿Vas a traer a los niños, José?

B: Sí, los tengo que traer. Tarde más o tarde menos.

En dependencias policiales, José Bretón pide hablar de nuevo con Ruth para contarle lo ocurrido en el parque. Los investigadores no se lo permiten. Él les intenta explicar que «quiero llamar a Ruth para contarle una cosa personalmente. Quiero decirle que cuando llegué al parque di una primera vuelta para buscar estacionamiento y como no lo encontré dejé a los niños cerca de la entrada del circuito. Tuve que dar una segunda vuelta para poder aparcar bien el vehículo y cuando llegué ya no estaban. Los dejé solos durante mucho tiempo».

Tras ser detenido, y a pesar de la convicción de Ruth, la siempre sonriente Esther Chaves lanza este mensaje tranquilizador: «No podemos echar la culpa a nadie ni culpabilizar a nadie». Pero para los medios apostados en Córdoba es evidente que si los Bretón no han pegado ni un cartel, y ni una sola vez han hecho una declaración pidiendo la colaboración ciudadana para dar con los niños, el peso de la búsqueda recae en los Ortiz. Nunca han visto juntarse a las familias y los pocos días que Ruth está en Córdoba recibe la asistencia de la Plataforma Cordobesa Contra la Violencia a la Mujer.

A los 13 días de la desaparición de los niños, José Rodríguez Lainz firma el auto de prisión, incondicional, comunicada y sin fianza de José Bretón. Le acusa de detención ilegal cualificada de desaparición de menores y simulación de delito. No hay ninguna acusación particular personada, es decir, la madre aún no está dentro de la causa, así que la petición la hace el propio fiscal jefe de Córdoba, el ex comisario José Antonio Martín Caro.

Es 21 de octubre y tras declarar en el juzgado, el instructor decide reconstruir la llegada al

parque de Bretón y cómo los perdió. Lo hace a plena luz del día. Tras el cordón policial, los medios graban cada gesto y reacción del padre ante los ciudadanos de Córdoba que le insultan. En ningún momento se le ve lloroso ni triste, aunque su abogado diga que no ha podido contener las lágrimas. Sólo un instante se le ve frotarse los ojos.

De allí se irá a la prisión de Alcolea, el juez ve indicios racionales de criminalidad. Será la primera vez que su madre hable con los medios de comunicación. Muy compungida asegura que su hijo «es muy cariñoso para los padres, como ninguno. Está llamándonos a cada momento (...). No puede haber hecho nada a sus hijos, con lo buena persona que es mi hijo». Sin embargo deja una puerta abierta: «Que si tiene algo que se va a saber, cuanto antes se sepa mejor (...). Si eso fuera yo me tiraba al pozo. ¿Cómo puede mi hijo haberse despistado? ¿Cómo puede haber pasado eso? Na... preguntarle a él por favor... declárate. Que se venga ab... que si tiene algo se va a saber, pues que se sepa cuanto más pronto mejor. [Se echa las manos a la cabeza, se restriega la frente.]».

La actitud de los Ortiz es extraordinariamente pacífica ante el ingreso en prisión de José. La portavoz de la familia materna, Esther Chaves, asegura que hay que actuar «con mucha prudencia y cautela» a pesar de la detención, porque la presunción de inocencia «debe respaldar a todos los ciudadanos, es un derecho que tiene todo el mundo y no se puede olvidar nunca. Lo único que quiere saber la familia es dónde están y que aparezcan porque la madre lo necesita».

Sin embargo, a pesar de la contención de la familia materna, el abogado del padre arremeterá contra ellos en una rueda de prensa el 27 de octubre de 2011. José María Sánchez de Puerta se presenta elegantemente vestido. Ha convocado a todos los medios en el salón de actos de un hotel. Aunque está sentado encima de un altillo, los micrófonos apoyados en la mesa casi le ocultan el rostro. Pero se yergue para que todos le vean y le oigan bien. Lanza su primer ataque: «Me sorprende tanta seguridad en la familia materna al afirmar que los niños siguen vivos. Mi cliente no la tiene».

«Para que se produzca una detención se necesitan hechos concretos. Aquí se están dando indicios, suposiciones, cábalas, que, en derecho penal, carecen de fuerza probatoria alguna.» Para él los hechos son claros, aunque no coincidan con los que su propio cliente ha contado. Por ejemplo, Sánchez de Puerta asegura que el sábado 8 «por la mañana los lleva a casa de su hermano, están hasta las 13.00 h, comen allí. En el auto [el juez] dice qué clase de padre no les da de comer, pues bien, los niños habían comido».

Anuncia además que «la línea de investigación se deriva a Huelva, si está allí será porque la policía tendrá alguna duda sobre la participación del entorno de la madre. Allí tenemos que descartar que José Bretón haya podido tener una posible participación». Y relata con todo el lujo de detalles que le ha proporcionado su cliente, cómo la ex mujer de Estanislao intentó envenenar al pequeño José echándole sal y ajo en el biberón. «De ahí pueden venir las discrepancias con la familia política. Esto es un hecho demostrado, que se denunció.»

Asegura que José ha intentado ponerse en contacto con Ruth estando ya en prisión. La llamó por teléfono, «pero ella no quiso contestar».

Informa que «José es una persona que está ausente ahora mismo. Tiene un problema muy difícil de asimilar: pierde a sus hijos y es sospechoso de haberles hecho algo, por eso se le ha puesto régimen de prevención de suicidio (...). Lo primero que hace cuando me ve es preguntarme: “¿Qué sabe usted de mis hijos?”. Si alguien se ha preocupado de colaborar y buscar a los niños, ése ha sido él». Y concluye explicando sus dos líneas de defensa: si no aparecen los niños, José es inocente y debe estar en libertad; si les ha hecho algo es que sufre una enfermedad

mental.

Las insinuaciones de Sánchez de Puerta se clavan en el ya destrozado corazón de los Ortiz. Esther Chaves saca fuerzas de donde puede para desmentir el trastorno mental que insinúa el abogado. «Nosotros lo que sabemos es que el día que desaparecieron los niños, el padre no estaba diagnosticado con ninguna enfermedad mental. Si la madre hubiera visto algún comportamiento de una persona ida no le hubiera dejado a los niños.»

El 2 de noviembre, la Sección Segunda de la Audiencia Provincial de Córdoba desestima el recurso del padre para ser puesto en libertad. José Bretón lleva dos semanas en prisión, con cuatro presos que le escoltan día y noche y quienes han presentado quejas por el mal comportamiento de éste. Es muy meticuloso. Por ejemplo, coloca los libros sólo en una estantería y de un modo muy concreto, al igual que la ropa. Si le cambian algo de sitio tiene la necesidad de volver a dejarlo como estaba. Se relaciona poco con los reclusos, mantiene una rutina muy marcada y a veces se muestra ausente como si la tragedia le fuera ajena. Tiene lapsos temporales, calla, regresa y responde como si nada hubiera ocurrido. Le molesta que le despierten cada dos horas para ver si está vivo o muerto. Está desanimado. Ni reos ni funcionarios hablan bien de él, sólo hay una persona en Alcolea que le aprecie. Vicente, el capellán.

El párroco fue profesor de José en los Trinitarios y también le dio la primera comunión. Se toparon en los pasillos de la cárcel y José se abalanzó. «Me cogió de sorpresa. Iba en medio de dos funcionarios.» A partir de ese día retoman la relación. José se «confiesa» con él. Es decir, le cuenta lo que el sacerdote quiere oír. Y Vicente, sin pensar en la madre, lo relatará a cualquier periodista que le pregunte. Está convencido de que el muchacho es inocente: «A mí me ha llegado a decir que la madre dormía tranquilamente y sin embargo yo estaba toda la noche pendiente de mi niño y de mi niña».

Mientras, en la calle, la familia materna continúa su lucha. Preparan concentraciones en diferentes capitales de España y con la plataforma cordobesa Urgente Niños Desaparecidos promocionan el uso de un lazo verde de solidaridad en apoyo del regreso a casa de Ruth, de seis años, y José, de dos.

Bretón sólo saldrá de prisión para ir a declarar ante el juez y para acudir a los registros en Las Quemadas. Y habrá muchos.

A principios de noviembre finaliza una de esas intensas inspecciones oculares. Dentro de una de las casas hay decenas de fotografías de Ruth y José enmarcadas en el salón, habitaciones, baño y cocina, y dibujos y juguetes, que Bretón mira sin inmutarse.

Sánchez de Puerta asegura que «la finca está totalmente pateada y ahí no están los niños». Su teoría es que si los niños están a 20 metros del padre y desaparecen sin gritar y sin decir nada fue porque vieron a algún familiar o conocido. Y en este caso ese alguien sería la ex cuñada de Ruth, la que ya intentó «envenenar» al pequeño José manipulando su biberón. «Lo conoce la niña mayor y el niño va detrás de su hermana», argumenta el letrado.

La falta de pruebas en la parcela llenan de esperanza a los Ortiz. Quizá alguien los esté cuidando, fuera o dentro de España. Un mes después de la desaparición, la madre se persona por fin en el caso. Aunque aparentemente todas las posibilidades están abiertas, una parte de la familia materna sospecha que José ha matado a los niños.

Será el propio Sánchez de Puerta quien desvele que antes de acabar noviembre Bretón ya ha recibido dos visitas de un primo de Ruth, Juan David, de quien es muy amigo por los años vividos en Huelva.

Y no serán dos sino tres las veces que Juan David cruzará los muros de la prisión de

Alcolea. En el primer vis a vis con José, explica el primo de Ruth, «estaba muy tranquilo. Me dijo que le había tocado a él perderlos y muy tranquilo. Yo le respondí que está aquí por algo. El día antes de detenerlo me cuenta que recibe una carta por debajo de su puerta en la cual alguien le dice que sabe dónde están los niños, intentando hacerme ver que era un secuestro. Él me dice que le ha dado la carta a la policía».

Entonces «me quise poner de su parte para ver si así podría sacarle algo (...). Yo le dije, enhorabuena, que había hecho bien, que había matado a los niños, bien muertos estaban. Él al final de esta conversación, cuando estábamos hablando es cuando me responde: “Menos mal que tú piensas igual que yo”».

La segunda visita ya no es tan distendida. «Está más alterado y con muchas ganas de hablar, de decirme cosas. Lo primero que hace es enseñarme un papelito de un folio, de una libreta, cuadriculado, en letra mayúscula, pegado en el cristal en el cual pone: “Tengo información sobre los niños”. Y me dice que quiere ver a Ruth, que quiere ver a Ruth y que quiere verla. Le digo “José, me tienes que dar algo a cambio, me tienes que decir dónde están los niños y yo te traigo a Ruth y te juro que yo no voy a decir nada hasta que no esté aquí. Si después de traerte a Ruth mañana encuentra la policía a los niños muertos, ¿qué pasa?”. Y en ese momento me cuenta él que los niños están bien, bien cuidados, no tengas problema ninguno. Seguidamente le pregunto dónde están, dónde están los niños y me dice: “No, yo eso no puedo decírtelo, no te lo puedo contestar. Me pueden pillar”».

En la última entrevista que mantienen ya no tiene tanto interés en ver a Ruth. Está más bien chulo. Le dice que bueno, que venga que le tiene que contar cuatro cosas. «En la última visita le vi completamente pasota. Yo ya iba prevenido con lo de pasota porque había salido en la prensa que su abogado había dicho que un primo político había ido allí. José estaba muy convencido de que iba a salir en dos semanas a la calle. En ese momento le pregunté: “Bueno y cuando salgas a la calle ¿qué? ¿Qué vas a hacer? Está la cosa complicada por fuera”. Y él contestó: “No pasa nada, yo estaré en casa con mis padres, mi ordenador y, de vez en cuando, saldré a hacer mis cositas por aquí por Córdoba”».

La sensación de Juan David es que «Bretón lo que ha querido hacer es daño. Bretón quiere hacer la faena completa y salir por la puerta grande. Aunque creo que ha entrado por la puerta grande y con un poquito de suerte le cogerá el toro».

Mientras el abogado de Bretón intenta hacer ver que el contenido de las entrevistas es falso, la policía le da credibilidad aunque piensan que todo lo que Bretón le ha dicho es mentira.

Durante el proceso de investigación, el juez someterá a Juan David y José Bretón a un tenso careo el 15 de junio. Evidentemente, el padre de los niños niega que le dijese a Juan David que los había matado.

Juan David también acude a ver a Rafael. Asiste a la cita con cámara oculta con un sistema de grabación y una cámara enfocándole a lo lejos. Allí se guardarán dos horas de conversación.²

RB: Cuando le presionamos para que nos lo diga, no sirve para nada. Tú no sabes las primeras semanas cómo estuvimos con él. Que a lo mejor no le presionamos de la forma adecuada...

JD: ¿Tú qué piensas? De verdad. ¿Tú piensas que le han quitado a los niños?

RB: Yo pienso que no sé lo que ha pasado.

JD: ¿No te suena muy raro que tu hermano pierda a los niños?

RB: Sí.

JD: Entonces, ¿qué duda tienes?

RB: Una cosa es que suene raro y otra cosa que diga que ha sido él.

JD: Dame un... ¿por qué tú confías en tu hermano?

RB: No, yo no, yo no confío... yo no sé si él es culpable.

(...)

JD: Un día está tu hermano en Las Quemadillas y tú estás haciendo declaración en comisaría. Te manda tu hermano, hablas con tu hermano y te dice lo siguiente: «¿Te han sacado algo?» y tú dices: «No, no me han sacado nada». Del WhatsApp.

RB: Es que la policía estaba como tú, diciendo «por cojones tienes que decir algo o saber algo».

JD: Vamos a ver. Si yo sé que tú no sabes nada, yo nunca te llamaré para preguntar ¿oye, te han sacado algo de lo mío?

RB: Pues no me acuerdo de lo que me mandó y en qué contexto me lo mandó.

(...)

JD: Dime la verdad, ¿crees que ha hecho algo malo a los niños?

RB: Yo no lo creo capaz...

JD: No, no... el otro me dijiste...

RB: A ver, es que no me entiendes, que yo no pueda confirmar una cosa no quiere decir que sea la otra. Porque no se pueda demostrar que sea inocente, no quiere decir que sea culpable. Da igual ya lo que pase, que el apellido Bretón está destrozado.

A principios de diciembre los niños siguen sin aparecer. Las únicas novedades en el caso es que los medios comienzan a tener acceso a las pruebas de las cámaras y el teléfono del padre, que dejan claro que si José está en prisión es por algo. Entonces Bretón amenaza con una huelga de hambre y el portavoz en este caso es su antiguo profesor, Vicente Benito, el capellán de la prisión.

José solicita una reunión con él. Está desesperado, se va a poner en huelga de hambre «como no se aclare» el caso y «no le den la libertad». Según el cura, el padre se considera «inocente» y cree que «no están haciendo justicia».

Bretón pide al capellán que divulgue la conversación dado que no era una confesión. Su defensa es que «alguien le ha quitado a los niños» y en el momento en el que los nombraba «se le caían las lágrimas». Vicente Benito habla convencido de lo que le ha hecho ver su antiguo alumno, que no tenía nada por qué confesarse, pues no se considera «culpable» ni tiene «pecado».

El párroco asegura que si lo que cuenta no fuera cierto y Bretón en secreto de confesión le contara que ha matado a sus hijos, guardaría silencio. «Lo tengo claro desde que fui ordenado sacerdote y por ninguna razón del mundo lo desvelaría, aunque me matasen.» Pero no tiene ningún problema para prestarse a los deseos de «un hombre muy sagaz y bastante inteligente», como define a José, que habla mal de su mujer: «El contacto que ha tenido con un psicólogo la transformó totalmente de cariñosa, entregada, mujer fiel y fenomenal, a salir», explica el capellán sin pensar en una mujer profundamente católica, que acaba de perder a sus hijos asesinados a manos de su padre.

Por si no se hubiera quedado a gusto, el padre Vicente Benito concluye sobre Ruth y su familia en otro programa de televisión que el padre «es totalmente inocente. Pienso que los niños no están en España, que alguien se los ha llevado y los tenga por el extranjero. Alguien de la familia, no de la suya, de la de su mujer. Dice “Padre, algún miembro de la familia de mi mujer ha querido fastidiarme de verdad”. Sobre todo me ha hablado bastante negativamente de la suegra. Que se daba mucho a la bebida, me lo ha repetido muchas veces. Lo más importante es el interés

que tiene don José Bretón, para él es su vida y yo he visto que él lo siente de corazón, de verdad, de verdad».

Las Navidades se están acercando pero ni la policía ni la familia materna cejan en su empeño de dar con Ruth y José. La primera semana de diciembre se busca por pozos y alcantarillas alrededor del parque, mientras el padre hace saber mediante su abogado: «Si me sacan de aquí, les ayudo a encontrar a los niños. Sé que están vivos».

Según Bretón, el día que los policías encontraron las recetas en casa de sus padres, alguien por debajo de la puerta del garaje le había pasado un papel en el que le obligaban a guardar silencio si quería saber dónde se encontraban sus pequeños. Se deshizo del documento, aunque según él se lo contó a la policía y también a su abogado. Los primeros lo niegan. Es la primera noticia que tienen sobre ese asunto. Pero José insiste en hacer público que él es la clave para resolver la desaparición de los niños, aunque desde dentro de prisión poco puede hacer.

Las Navidades también ponen nerviosos a los Ortiz. Esther Chaves, dos meses después de la desaparición de los niños y con el padre en prisión, pide por primera vez explicaciones públicas. «Ante nosotros el culpable es él. Sus hijos desaparecieron el 8 de octubre y estamos a 8 de diciembre y todavía no nos ha dado una respuesta coherente de dónde están. Mi amiga no le ha hecho daño a nadie para que la torturen de esa manera.»

Ruth escribe dos cartas el 9 de diciembre. Una para sus hijos, que lee en una concentración:

Querida Ruth, eres la niña más buena y especial que una madre pudiera desear. Naciste el día de los Ángeles Custodios. Ellos os protegerán.

Pequeño José, que tu sonrisa ilumine el lugar donde estés y nos lleve hasta allí.

Os quiero muchísimo. Toda vuestra familia, Esther, amigos, toda la gente que esté aquí hoy, en Córdoba y en otros lugares de España, junto con mamá estamos haciendo todo lo posible por encontraros.

La segunda se la envía a José Bretón a prisión también el 9 de diciembre.

Es imposible expresarte lo que siento. Aun viendo la realidad en la que estamos, no lo creo.

No sé qué malas influencias habrás tenido para llegar hasta aquí, pero el hombre con el que me casé nunca hubiera permitido que esto sucediera. Te tomaste al pie de la letra lo que te dije el día 15 de septiembre, no fue nada premeditado, ni estudiado, sólo fruto de un impulso porque lo que necesitaba era que nos diésemos un tiempo, y tú ni escuchabas, ni querías respetar la necesidad que yo tenía.

Estaba en mi derecho y no tuve otra opción que tomarme este tiempo por mi cuenta aprovechando que tú te fuiste de casa. No has dado opción a que nuestras vidas tuvieran un curso normal.

Ni siquiera me dio tiempo a reflexionar ni a decir nada sobre tu carta. Al día siguiente de dármele me encontré con una denuncia por desaparición de los niños. A ti, precisamente a ti, se te habían perdido los niños. ¿De verdad pensaste en algún momento que me iba a tragar semejante trola?

Has tocado algo sagrado para una madre y como comprenderás, en esta situación, sólo puedo pensar en ellos.

Si quieres demostrar que has sido un buen padre, quieres poner cada cosa en su sitio haz que aparezcan tus hijos igual que les hiciste desaparecer.

Me niego a creer que no queda nada del hombre bueno, sencillo y trabajador que un día conocí. Quiero que vuelva y con él nuestros hijos.

¡¡LOS NIÑOS TIENEN QUE APARECER Y TIENEN QUE APARECER YA!! Como te dije, tú te los llevaste, tú me los devuelves. Estaban bajo tu responsabilidad. Te recuerdo tus palabras «No seré un hombre si no te los devuelvo». Estoy esperando que me demuestres que sí eres un hombre, de lo contrario, ¿con quién me casé y con quién sigo casada?

Cuando aparezcan los niños todo es posible. Te repito, todo. Todo se puede hablar, y como dices textualmente en tu carta: «soy de la opinión que siempre se pueden hablar las cosas».

Todo está en tus manos. En todo caso piensa en ellos. Sólo son dos niños. Tus hijos. Piensa en cómo estarán sin su padre y sin su madre. Piensa que cuanto más tiempo pase más estarán sufriendo y el daño puede ser irreparable.

Ruth

La respuesta de José no se hace esperar. El 13 de diciembre su abogado lee a la puerta de la

prisión una carta. Su cliente se lo ha autorizado.

Mediante estas palabras quisiera exaltar el encomiable derroche que están teniendo tanto mi familia, la familia materna, nuestros amigos y el resto de personas anónimas por encontrar a nuestros hijos.

Pido que no se gaste tiempo poniendo en mi boca frases que ni siquiera pasan por mi mente. Aquí lo importante son nuestros hijos.

Nunca he arremetido contra mi mujer ni tengo nada que reprocharle. Me ha dado los mejores años de mi vida y para ella sólo tengo elogios. Fruto de nuestra unión tenemos el cielo completo, nuestros hijos Ruth y José. Ambos tenemos el mismo objetivo: verlos crecer sanos y felices. Como dice su madre «volver a ver sus caritas» y como yo, volver a escuchar decir a Ruth por las noches «Papá, dame agua». Y a José cuando le preguntamos «¿quién es más flamenco?», él contesta enérgicamente poniéndose la mano en el pecho «yo».

Juntemos todas nuestras fuerzas, aunando un solo grito para pedir que nuestros hijos aparezcan. Tan sólo los tontos gastan sus energías en criticar a los demás. Es más fácil ver las cosas buenas y positivas en el prójimo que verle defectos y debilidades. Mi poca inteligencia la voy a dedicar únicamente a la búsqueda de nuestros hijos, Ruth y José. Por muchas razones no guardo rencor a nadie. Es más bonito combatir el rencor con amor.

Centrémonos en el único objetivo que ahora tenemos: buscar y encontrar para que aparezcan nuestros hijos ya.

Son nuestros hijos y los necesitamos en nuestra familia.

Nadie se cree una palabra de esa carta. Al día siguiente, el magistrado ordena activar el código de búsqueda internacional de los menores, solicitando ayuda a Interpol. Ruth y José pasarán a formar parte de un listado de fotografías donde también se encuentra la pequeña Madeleine.

A través de su abogado, José Bretón da a entender que si la policía está buscando fuera de España será porque no sospechan que él los haya matado. Su cliente desea pasar las Navidades con sus padres y que pronto se solucione todo.

El juez le manda un mensaje claro. Una semana antes de Nochebuena escribe un auto en el que prorroga la prisión y, además de enumerar las sospechas contra José, asegura que éste «demuestra una frialdad pasmosa que podría presuponer una premeditación absoluta en su forma de actuar. Su conducta no se corresponde con la de un padre que acaba de perder a sus dos hijos» y que «existe un móvil aparentemente anunciado por parte de Bretón sobre la existencia de una actitud de venganza o represalia por parte del hombre anunciada a su esposa de la que se encontraba en trámites de separación, dando a entender a ésta que no volvería a ver a sus hijos con vida».

Ruth Ortiz también se está hartando de los juegos de José y de no enfrentarse cuerpo a cuerpo. La portavoz anuncia a los medios que se retiran de la primera línea para que éstos dejen de ejercer presión sobre la policía, mientras que la madre de los niños decide escribir a su todavía esposo e insinuar que si le devuelve a los niños quizá regrese con él. Incluso toma la decisión más difícil de su vida. Irá a verle a prisión.

El 27 de diciembre, la familia Ortiz difunde una campaña de envío de cartas a José Bretón para que diga dónde están los niños.

A José no le hace ninguna gracia. Está enfadado. Pensaba que se comería las uvas en la calle, pero a tres días de Fin de Año esto no va a ser posible. Es el día de los Santos Inocentes pero José no está para bromas. A las 16.30, un funcionario va a buscarle a su celda. Tiene una visita.

Piensa que será su abogado, aunque ha ido esa mañana, quizá su familia. Sale de su celda en chándal y sin peinar. Lo que menos se espera es encontrarse a su mujer concediéndole el vis a vis que tanto deseaba. Se enoja con el funcionario. ¿Cómo no le ha avisado? No está presentable. Intenta adecentarse, pero ya no hay nada que hacer. Ruth espera al otro lado de la mampara. Está sola. Aunque la ha acompañado un policía y otros allegados, Bretón lo desconoce. Va a tener la primera conversación cara a cara con su mujer desde el cumpleaños de su hija Ruth en Huelva, a

principios de octubre.

«Hay que ser fuerte para tirar hacia delante. Tienes que ser fuerte para llevar esto que nos ha pasado. Yo todos los días prefiero no despertarme pero cojo fuerzas para intentar seguir», le dice el marido a su todavía esposa.³ «La policía no está haciendo nada. Me han llegado a decir que diga dónde están los niños vivos o muertos y que me facilitaban la salida del país. ¿Tú te crees, decirme eso a mí? Sólo están pendientes de mí, todo se centra en mí... Entonces si a mí me pasara algo, ¿me llevo el secreto a la tumba? ¿Tú lo ves lógico?»

Ruth respira e intenta retener todo lo que le diga. José le recrimina: «Que no confíe la gente, incluso en mi familia... pero que no confíes tú». Quiere convencerla de que no tiene nada que ver con la desaparición. «Yo sólo vivo para cuando vuelvan los niños (...) Con lo que a mí me gustaba hacerte feliz. Lo que tenía que haber hecho es expresarte más mis sentimientos, llorar cuando tú llorabas.»

A lo largo de su conversación, también le reprocha el perfil que Ruth elaboró para entregárselo a su abogada. «Anda que poner en la carta de la abogada que tenías miedo por ti y por los niños. El psicólogo te dijo que me dejaras», y le garantiza: «Cuando aparezcan los niños tú por un lado y yo por otro».

Llega un punto en que Ruth decide ponerse dura: «Pienso que no los perdiste. No quiero pensar que les has hecho daño, así que se los has tenido que dar a alguien». José se defiende: «Yo no le he hecho daño a los niños y dárselos a alguien... No confío en nadie como para dejarle a los niños. ¿En qué entorno me muevo yo? ¿Es que en mi entorno hay alguien que se preste a quedarse con los niños? ¿Cómo iba a preparar todo eso?», y añade: «Los niños con quien mejor están es conmigo, el que más quiere a los niños soy yo, la primera persona con la que están mejor los niños soy yo y la segunda eres tú». Antes de acabar Ruth le pregunta a José si le compra a la niña para Reyes la casita de las barriguitas que tanta ilusión le hacía. Bretón finaliza: «Yo no te voy a quitar ese deseo».

Pocos días después Ruth entrega un escrito a la policía recopilando los datos de la conversación. Quizá lo más interesante sean las anotaciones entre paréntesis en las que explica las impresiones que le suscitan las reacciones de José. Aquí transcribimos un extracto, respetando esos comentarios.⁴

J: Yo sólo vivo para cuando vuelvan los niños. ¿A quién le pedía agua la niña por la noche? *(llora cuando habla de la niña, aunque más bien hace como el que llora, son dos lágrimas, una en cada ojo)*.

R: A ti, José, a ti. Tú eres el que estabas despierto por la noche...

J: Con lo que a mí me gustaba hacerte feliz, que tuvieras la comida preparada cuando llegaras, miraba por la ventana a ver si venías y bajaba el fuego... *(llora con el mismo llanto que cuando habla de la niña)*. Lo que tenía que haber hecho es expresarte más mis sentimientos, llorar cuando tú llorabas... Todo lo hemos decidido juntos, cuando tuvimos a la niña, cuando nos cambiamos de piso en Huelva, cuando tuvimos al niño, cuando nos fuimos al Portil... Pues no me dice el otro día el forense que si yo dejaba los grifos abiertos en el Portil... no sé de dónde están sacando tanta información. *(Tengo la factura del agua, nos la dio la dueña para que fuera José a averiguar qué es lo que había pasado, le recordé en varias ocasiones que fuera a la empresa del agua y no llegó a ir, no tenía ninguna prisa y ahora sé que tampoco ninguna intención.)*

R: ¿Qué me dices de las cosas de tu pasado que me he enterado ahora?

J: Como tú dices, todos tenemos secretos. Como pasé por ahí eso me ha servido para estar

más fuerte ahora, tú has tomado una decisión y yo la acepto.

R: ¿Por qué no me habías dicho que te habían recetado pastillas?

J: Las pastillas no las necesito, no las necesité hace años cuando me las mandaron y no las necesito ahora.

R: Yo sí estoy tomando un tratamiento. ¿Qué es eso de que hiciste una candela y quemaste mi ropa?

J: Quemé apuntes tuyos del instituto y ropa para dar. *(No tenía apuntes del instituto allí y sí tenía ropa preparada para dar, pero la foto que me enseñaron de un poco de una fibra verde es de una chaqueta que me ponía y estaba en nuestro ropero y no en bolsas con la ropa para dar.)*

J: Anda, que poner en la carta a la abogada que tenías miedo por tí y por los niños... El psicólogo te dijo que me dejaras.

R: El psicólogo no decide si yo te tengo que dejar o no.

J: Y eso que has puesto en tu carta que cuando aparezcan los niños todo es posible. ¿Eso, eso... qué es? *(con cara de desprecio)*.

R: Pues eso, José, que todo es posible, que todo se puede hablar...

J: Sí, ya... todo se puede hablar... *(me mira fijamente a los ojos y yo también a él)*. Cuando aparezcan los niños tú por un lado y yo por otro. Tu madre le mintió a mi hermano, le dijo que tú no estabas y a los cinco minutos estabas llamando, ¿dónde estabas el sábado?

R: Lo importante no es dónde estaba yo, sino dónde estabas tú que eras el que estabas con los niños. Tienes que hacer algo, dar una pista, lo haces por carta o como quieras. Si estás aquí desde aquí.

J: *(Silencio.)*

R: ¿Me vas a llamar?

J: *(Silencio.)*

Ya de pie nos quedamos mirándonos, me dijo adiós con la mano, yo también, salí del locutorio y me quedé parada un momento, volví a mirarlo y me hizo señas con la mano para que me fuera.

A Ruth la espera fuera el jefe de la investigación. Sabe que el trago ha sido duro. Pero le pide que vuelva a prestar declaración. En ella Ruth manifiesta que «salí con la sensación de impotencia al no saber distinguir en qué parte de la conversación me estaba mintiendo o no».

La visita dejó descolocado a José, que no recibirá más visitas hasta Año Nuevo cuando toda su familia irá a verlo a prisión.

Ruth no le dará más oportunidades de verla sufrir. Ha comenzado la guerra. El 8 de enero hay una concentración en Córdoba para pedir la resolución del caso. Acuden con la madre ciudadanos de Huelva. Es una manifestación silenciosa, pero al acabar, Ruth Ortiz se pone delante de las cámaras, se quita las gafas de sol y sin ningún atisbo de lágrimas en sus ojos confirma: «Todo el mundo que conoce a José Bretón sabe que él no ha perdido a los niños, y a los que no lo conocen se lo digo yo: él es el responsable de la desaparición de mis hijos y es él quien tiene que hablar (...) Lo que pasa es que es más fácil aferrarse a que los perdió que aceptar una cruda realidad».

La primera semana de enero, los agentes de la UDEV —que siguen incansables— inician rastreos con perros en una zona de colectores y pozos próxima a la parcela de Las Quemadillas. Después la extenderán a urbanizaciones cercanas al río Guadalquivir a su paso por Córdoba. Y aunque no hay pruebas nuevas, el juez decide prorrogar el secreto de sumario haciendo público solamente el informe psicológico de José Bretón.

Tres conclusiones sacan los especialistas sobre un hombre con un coeficiente intelectual de

121 puntos: «no tiene ningún tipo de trastorno mental (...) es una mente plenamente clara»; «los acusados rasgos de personalidad no repercuten en la capacidad de entendimiento y voluntad en relación a los hechos por los que está imputado» y «no existen causas que justifiquen acepción temporal del nivel de conciencia o de la memoria en relación con los hechos investigados».

Su reacción es autolesionarse en el brazo, en un falso intento de suicidio. Con una cuchilla se hace un corte en la muñeca y otra en el hombro. Aunque al ver el enfado de su abogado, José le transmite: «Con estas lesiones no se muere nadie, si me hubiera querido quitar la vida me hubiera cortado la yugular».

A los Ortiz esto no les conmueve en absoluto. Han trazado una nueva estrategia y es ir a pedir explicaciones a los Bretón.

Después de la discusión del 15 de septiembre entre el matrimonio, José Ortega se había puesto en contacto con ella para intentar convencerla de que volviera con José, que arreglara la situación. ¿Quizá Ortega intuyera lo que planeaba José y no viese otra manera de evitarlo?

No fue el único de los Bretón que percibía los malos tratos a Ruth. Leticia, la mujer de Rafael, la llamó para apoyarla. Ruth se sinceró con ella y le contó la actitud de José en los últimos meses. Su cuñada se puso de su parte, no comprendía cómo había podido aguantar tanto y le prometió que estaría al tanto de sus hijos cuando estuvieran en Córdoba.

Ahora, casi cuatro meses después de la desaparición de Ruth y José, no habían vuelto a dirigirle la palabra. Así eran los Bretón, una secta según Ruth.

En febrero se inicia una nueva búsqueda por los alrededores de Las Quemadas. Las Unidades de Subsuelo rastrean cualquier recóndito paraje en busca de Ruth y José, mientras la portavoz de la familia le hace ver a José Bretón que por muchos intentos de llamar la atención que haga, la atención está puesta en sus hijos y no en él.

Saben que sólo lo hace por torturar a la madre. Es en ella en quien se están depositando todas las miradas. Aunque sus apariciones en los medios son escasas, ha realizado un anuncio con la participación de conocidos actores como Concha Cuetos, Lolita Flores o Juanjo Puigcorbé, entre otros, para ayudar a encontrar a los pequeños.

El día 8 de febrero a las 18 horas Ruth Ortiz vuelve a ponerse a la cabeza de una manifestación. Busca la colaboración ciudadana: «Si sabes algo, no te lo calles. Ayúdanos a encontrarlos», solicita.

Una semana después, el 16, Bretón vuelve al juzgado. Se mantiene en los hechos, pero no es el mismo hombre que el día de la reconstrucción en el parque Cruz Conde. Ahora le explica al juez que el psicólogo había influenciado a su esposa, le dijo «que yo era un lobo disfrazado de cordero, un psicópata oculto».

Eso no era cierto, según él. «Yo soy la persona más dócil, yo soy feliz teniéndole preparadas las cosas a mi mujer, teniendo a los niños arreglados, que me vean con mis niños llevándolos al médico, a la guardería y que la gente me diga: “Uy, qué padre más bueno”. Yo de eso de que cuando llegue mi mujer a mi casa esté contenta de mí, es lo único que procuro», asegura.

Y aunque todo el mundo quería ponerlo de maniático obsesivo, él intenta convencer a la audiencia: «Que no me pongan a mí como que soy... metido en una urna y luego, ahora me han querido poner en la prisión que yo gasto rollos y rollos de papel porque llevo las manos envueltas en papel higiénico para tocarlo todo. Lo único que me ha dicho siempre el psicólogo es que las pautas que tengo yo de limpieza es que son muy buenas y que se le inculque a los niños que es básicamente limpiarse, lavarse las manos antes de comer».

Los psicólogos de la Unidad de Análisis de Conducta de la Policía están atentos. Más que

con sus palabras, van a desmontar la versión de Bretón estudiando sus gestos. En sus conclusiones destacarán que José controla su discurso y sólo se tambalea unos instantes cuando se tocan temas puntuales. Aunque le sometan a horas de interrogatorios él ni se inmuta, no transmite rabia ni frustración ni impotencia. Los especialistas aseguran que tiene una enorme capacidad de control de su discurso, es hábil, locuaz y rápido. El único desliz es apretar los labios cuando tiene que responder a cuestiones que no quedan claras.

Les resulta imposible, como a Ruth cuando fue a verlo a prisión, revelar si su estado de ánimo se ve afectado por las preguntas, ni siquiera cuando la tensión alcanza picos álgidos durante el interrogatorio. Bretón no sube ni baja el tono de voz, siempre es monótono, da igual lo que se le esté diciendo ni qué hechos se le imputen, ni siquiera cuando se le recuerda que sus hijos llevan desaparecidos siete meses o los comentarios que de él ha hecho su mujer. Su rictus no se mueve.

Las argucias de Bretón no dan resultado con nadie. El juez vuelve a escribir un largo auto en el que explica por qué Bretón podría pasar hasta 4 años en prisión preventiva. «Solo el encartado tiene la llave de dónde se encuentran sus hijos, estén vivos o muertos.»

El 22 de febrero los agentes de la UDEV retoman las tareas en un perímetro a 10 minutos de la finca y el juez también les pide que vuelvan a revisar la hoguera. Entre las localizaciones del teléfono y las cámaras de seguridad de la ciudad sabían en qué lugar había estado Bretón a lo largo de todo el día. Sus hijos no podían estar lejos de allí.

Ruth vuelve a hablar para contar que le ha escrito una segunda carta a José y que si es preciso volverá a la prisión. Lo hace en una de las multitudinarias manifestaciones de finales de febrero. Sabe que su todavía marido la ve y la lee. En la misiva le expone «cuestiones de nuestra relación y que me diga dónde están los niños», a la par que le pide que conteste: «Allí tiene tiempo. Ya le he escrito dos cartas y no me ha contestado a ninguna».

Deja claro que esta vez no sería como en Navidades. «Da igual la versión que diga, porque sé que no los perdió ni en el parque ni en ningún otro sitio; perderlos no los ha perdido.»

Las pancartas que la rodean tampoco dejan lugar a dudas. «*Todos somos familias de Ruth y José: ¿Dónde están?*» o «*Bretón escucha a tus hijos. Tú sabes dónde estamos. Queremos volver a casa. ¡Habla ya!*» o «*Basta ya de torturarlos. Por el derecho de una infancia feliz*». Las personas que la acompañan, familiares y compañeros de trabajo en la Delegación de Salud, no la dejan que se derrumbe.

Mientras, José Bretón sigue en su mundo. Ha pedido una televisión para seguir las informaciones que salen de sus hijos, después de haber tenido un altercado con otro preso al quitarle el electrodoméstico para ver el fútbol y llevárselo a su celda. También tiene una radio que le acompaña en sus paseos de cuatro horas. Bretón no mantiene contacto con otros presos. Sólo habla con los tres de confianza que le acompañan, pero nunca de sus hijos. Para los reos, José actúa como si tuviera un guión y repite que es inocente.

Hace un mes que los medios difunden las declaraciones que los hermanos de José hicieron en noviembre de 2011 y los Ortiz están convencidos de que ocultan información. Por eso cinco meses después de la desaparición, en una de las concentraciones en Huelva, Ruth vuelve a enviar otro mensaje a los Bretón. «A los que pueden ayudar y no lo hacen les deseo que no encuentren la paz, que no puedan dormir y que las risas de mis hijos los despierten por la noche.»

A mediados de marzo, Ruth decide iniciar finalmente los trámites de divorcio. Era lo que iba a hacer esa semana de octubre en la que sus hijos desaparecieron y no dejará que pase más tiempo.

Reposo Carrero explica que su cliente ha sufrido «terror» con la separación y «necesita

romper el anclaje». Asegura que Ruth ha sido «objeto de malos tratos durante muchos años por el que es jurídicamente aún su marido, hasta desembocar en la desaparición de sus hijos como la mayor agresión por ser abandonado y como venganza por ello». La «persistencia» de José Bretón «en no explicar lo ocurrido es una continuación de este maltrato», concluye el comunicado que llegará a manos del marido en formato periódico.

Paralelamente, y tras el intento de desprestigiar el informe de la Universidad de Valencia que confirmaba con un 98% de fiabilidad que los niños no llegaron al parque, el juez reconstruye en 15 ocasiones durante una hora y media el recorrido del padre en su vehículo a su paso por la cámara situada en uno de los laterales del parque y en la que parece que los niños ya no van en el coche. Lo hace con dos menores de edades similares a Ruth y José y sin ellos. Su conclusión es que por mucho que el peritaje encargado por Sánchez de Puerta a la Universidad de Sevilla quiera introducir una duda razonable, ésta no existe.

Teniendo en cuenta el contenido de la llamada de dos minutos y 17 segundos que le realiza su madre al llegar al parque, la primera «gran sorpresa» que se llevaron los agentes fue que resultaba «imposible» que el padre hubiera sacado al pequeño José por la puerta trasera izquierda del coche, debido a que topaba con una farola. Lo intentaron varias veces siguiendo la versión «aportada de forma insistente» por Bretón, pero fue «imposible» debido a que la luminaria tan sólo permitía unos escasos centímetros de apertura.

Tras conocer los resultados de la prueba, a finales de marzo en otra concentración, Ruth asegura que «no quiero hacer ninguna concentración que salga o termine en el parque porque mis hijos no estuvieron en el parque esa tarde del día 8 de octubre».

En la cita con los ciudadanos de Huelva el día 8 de abril, la madre de Ruth y José vuelve a lanzar otro mensaje al hombre del que quiere divorciarse. «Para mí, José Bretón está muerto y enterrado. No me considero una mujer separada ni divorciada cuando lo esté. Me considero una mujer viuda. La única opción que pase a vivo es que diga dónde están sus hijos.»

Pocos días después, José, por mediación de su abogado, hace saber que está afectado por las declaraciones de su ex mujer. «Le han dolido mucho las declaraciones, pero estas manifestaciones le hacen ser más fuerte.» Por fin se ha dado cuenta de que Ruth «nunca me ha querido».

Pero aunque su letrado pretenda hacer creer que Bretón saca pecho, lo cierto es que la vida en la cárcel le está haciendo aislarse más en sí mismo. Los presos de confianza que le custodian no le soportan. Han interpuesto quejas a la dirección de la prisión y ha habido que cambiarlos en varias ocasiones.⁵ Tres hechos clave: el robo de un televisor para ver un partido de fútbol, el intento fingido de suicidio o que acusara a gritos a un compañero de ser un violador hacen que los reclusos le definan como un manipulador, obsesivo, autoritario, cambiante y controlador. Critican su actitud de menosprecio, insultos y conductas xenófobas y aseguran que a diario tienen que aguantar un comportamiento soez y escatológico y que además abusa de su superioridad intelectual, lo que ha ocasionado problemas en el módulo en el que está.

«Siempre que tocaba algún objeto se lavaba inmediatamente las manos y para comer se ponía tapones en los oídos porque le molestaba oír comer a otros internos», asegura uno de ellos. «José se quejaba de que no podía dormir. Yo tampoco podía hacerlo cuando pasaba las noches con él», añade otro.

Sobre el intento de suicidio del que fue testigo uno de los declarantes asegura que «aprovechó que tenía una botella de agua caliente y cuando se cortó la esparció para que pareciera que había más sangre».

Pero lo que más les molestaba era oírle hablar de su mujer. Era exagerado, declararían al ser preguntados. «Llegó a decir que Ruth era una perra que no venía a verle y que los hijos eran de ambos. Me decía que él la había tenido siempre como a una reina y que estaba más preocupado que ella por los niños».

El culmen de su estado fue el día de la visita de Ruth. «Se dio cuenta de que llevaba el anillo de casada y le ofrecía una oportunidad de volver si decía dónde estaban los niños. Me dijo que cómo le iba a decir él dónde estaban los niños si no lo sabía...»

Esta versión es la que mantendrá el 2 de mayo ante el juez, cuando acude nuevamente a declarar. También es la segunda vez que Rodríguez Lainz reclama al resto de la familia a su juzgado de instrucción. También lo harán a lo largo de la semana con funcionarios del Centro Penitenciario de Alcolea y reclusos, Ruth, el resto de la familia materna y amigos del matrimonio.

La ex mujer de Estanislao explica a la policía que varios días antes de la desaparición de los pequeños habló con José Bretón. «Cuando le hablé de Ruth puso una cara rara, como de loco, de psicópata. Nos dio miedo a mí y a mi amiga, tenía una cara que no era normal (...). En varias ocasiones me dijo que no se iba de este mundo sin cargarse a alguien, aunque fuera a la cárcel.»

Entre los allegados también se encuentra el matrimonio con quien supuestamente había quedado José para comer el sábado 8 de octubre y a los que jamás llamó para cancelar. «Había confianza», declaró.

Sin embargo, la historia que ellos contaban ni se parecía. Era cierto que quedaban a veces porque tenían una hija de la edad de la pequeña Ruth, pero a ellos no les gustaba José. De quien eran amigos era de Ruth. Unos meses antes de la desaparición, en agosto, habían acudido a un MacDonald's de un centro comercial cordobés y mientras el esposo de la amiga y Ruth se ausentaron a comprar unas bebidas, Bretón recriminó al pequeño José dándole un bofetón en la boca.

El juez decide que estos hechos ya no son una amenaza como había relatado otro amigo, ese bofetón suponía un acto de maltrato en el ámbito familiar por el que el padre del menor aún espera juicio.

Pero a Antonia no le sentó nada bien conocer el testimonio de esta mujer y comenzó a acosarla por teléfono y a intimidarla, según denunció la propia testigo tiempo después.⁶

Rodríguez Lainz toma otra controvertida decisión: redactar un auto de procesamiento contra el reo, a pesar de no haber encontrado los cuerpos de los niños. No hay más pruebas encima de la mesa para mantenerle en prisión sin escribir la acusación: dos delitos de detención ilegal, en la modalidad cualificada de menores y con la agravante de parentesco, y por simulación de delito. Pero además, deja abierta la puerta a la implicación de otra persona en el caso.

El 8 de mayo Ruth vuelve a asistir a otra concentración en Huelva. Ya no se muerde la lengua. «José Bretón es el asesino de mis hijos y mientras no me demuestren lo contrario eso es lo que pienso. La Justicia, las leyes no le pueden acusar de asesinato hasta que no encuentren los cuerpos, pero yo sí. Ellos han tapado al Monstruo de Las Quemadas, como yo le he puesto, toda la vida, es lo que llevan haciendo toda la vida tapando cómo es él verdaderamente y ahora no lo van a destapar... Y él tampoco se va a destapar, lleva 39 años haciendo lo contrario.»

Sin escatimar detalla que «yo el día 8 sabía que no volvía a ver a mis hijos y mientras no me demuestren lo contrario...», y sobre su antigua familia política afirma que «una madre nunca dejará de luchar por sus hijos, nunca. Si la madre del monstruo es capaz de mentir por su hijo, yo soy capaz de cualquier cosa por mis hijos (...). Esa gente de esa clase y esa categoría no se

derrumban. Con la clase hay que nacer y con la condición de una persona, eso se nace». Finaliza con un mensaje directo a José Bretón: «Al monstruo no quiero decirle nada. Estoy viuda y a las viudas no se les pregunta por los maridos muertos».

Bretón omite estas declaraciones de la madre de Ruth y José. Como estudiante de primer año de Derecho asegura que el auto de procesamiento está basado en «indicios, suposiciones». Su abogado explica que en una parte del auto dice que están muertos aunque deja abierta la puerta a que se lo pudiera dar a terceros y añade que no entiende por qué con el auto de procesamiento escrito se siguen haciendo pruebas.

Ocho meses después de la desaparición de Ruth y José, con el padre a espera de juicio y en prisión desde hace casi el mismo tiempo, la policía inicia una nueva búsqueda en la finca de los padres de José. Buscan un habitáculo porque una vecina había escuchado ese día movimiento de escombros, empleando un georradar más potente. También lo hacen con la idea de disparar al único punto débil que parece tener el acusado: sus padres y la finca que tanto aprecian. Él construyó Las Quemadillas codo con codo con su padre. Quizá fue el único momento en el que sintió que Bartolomé le apreciaba. Y por eso iban a echar la parcela abajo delante de sus ojos.

La policía les ha pedido a Ruth y a su hermano Estanislao que marquen las zonas en las que creen que se haya podido hacer obra. No se cruzará con José, que asiste desde el principio a todos los registros. Pero él sabe que su ex mujer está allí cada vez que le trasladan de sitio. Ella no lo ve, pero siente perfectamente su presencia y sabe cuál es su labor: ayudar a la policía a agujerear Las Quemadas. «No es que me haya llamado el juez, es que yo quiero ir. Voy a hacer lo que tengo que hacer», declarará ella a los medios.

También se realizan termografías aéreas, porque los cuerpos acumulan el calor de forma diferente a la tierra, pero no se había podido estudiar bien la zona de naranjos al ser las raíces superficiales. Por eso es necesaria la cámara térmica, los helicópteros, las grúas... Toda la artillería pesada. En la inspección también hay arquitectos, geólogos y una experta en ritos funerarios.

El juez vuelve a emitir otro auto en el que descarta la participación de un tercero, básicamente porque con todo este tiempo transcurrido es difícil que alguien siguiera manteniendo a los niños ocultos.

Además cree que Bretón, en su plan premeditado, sembró de pruebas falsas la investigación. Por ejemplo, el elegir dos contenedores de basura donde tirar diferentes bolsas jamás localizadas, así como la hoguera y una sábana con una huella de Bretón hallada en una de las inspecciones cerca del río Guadalquivir.*

El auto de Rodríguez Lainz argumenta que «si lo que pretendía el encartado era causar el mayor mal posible a su esposa en despecho por la que consideraba humillante ruptura de la relación matrimonial, es evidente que la solución que menos problemas podría acarrearle era la de matar a sus dos hijos y hacerlos desaparecer; contando como contaba de un amplio margen de tiempo para organizar un pequeño habitáculo para dar cabida a lo que no eran sino dos pequeños bultos con un peso no muy superior a los 30 kilos en total».

Al tercer día de presenciar cómo cada 50 centímetros la policía ha agujereado el techo y ha metido en esos huecos cámaras térmicas, José se enfada. Si el lunes y el martes había estado tranquilo, ese 13 de junio revienta y le dice a los agentes que le están destrozando la casa. Su abogado incluso insinúa que podría pedir la nulidad del registro en la finca al no estar los dueños.

Bretón se indigna cada vez más. Sabe lo que pasa en el exterior y ve lo que están haciendo en

el interior de Las Quemadas. Mira a su abogado y lleno de impotencia le dice: «Es imposible que los niños estén en la parcela».

El jueves 14 las labores de rastreo quedan pospuestas hasta el día 25 de ese mes, que volverán a emplear un nuevo georradar. Sánchez de Puerta cuenta el estado de ánimo de su cliente, a veces está tranquilo y otras se pone nervioso, los investigadores no sólo han echado las casas abajo, están arrancando árboles y removiendo toda la tierra con excavadoras.

Por la finca pasarán todo tipo de expertos: la UDEV, el Grupo Operativo e Intervenciones Técnicas de la Policía, Luis Avial, ingeniero propietario de Condor Georadar; arqueólogos, rastreadores caninos, geólogos de Huelva, ingenieros agrónomos de la Universidad de Córdoba y operarios del Ayuntamiento. Pero ni rastro de los niños.

Después de tres semanas de intensa búsqueda en la finca se anuncia que la casa va a empezar a ser reconstruida. Sin embargo, los trabajos, centrados en el naranjal, prosiguen hasta el 6 de julio.

La familia de Ruth no se acobarda por la orden de alejamiento. «Todos somos primos de Ruth», manifiestan todo tipo de allegados. Ese mismo día se concentran en la casa de Tomares, con Juan David a 510 metros del hogar de Rafael para no incumplir el mandato judicial.

Descartada la parcela, las manifestaciones en Huelva siguen con Ruth siempre a la cabeza. En Córdoba, Bartolomé y Antonia por fin pueden volver a Las Quemadas. Lo primero que hacen es arrancar una enorme pancarta con las fotos de sus nietos y varias preguntas sin respuesta. Las cámaras los están grabando, pero les da igual.

El 18 de julio, el juez redacta un nuevo auto para evitar la puesta en libertad del padre, y a final de mes, Ruth regresa a la parcela para comprobar qué objetos de los niños faltan. Según Rodríguez Lainz, en el registro de la finca que concluyó el 6 de julio se constató que habían desaparecido juguetes de los niños, ropa de primera puesta y el carrito para llevar al pequeño José, lo que «solamente nos puede llevar a un razonamiento: no había futuro para sus hijos en la mente de José Bretón». El acusado asegura que eran enseres que no hacían falta.

Además, según el juez, pudo ocultar a sus hijos o pasarlos al coche de una tercera persona, para que se los llevara. Había tardado 22 minutos en llegar al parque cuando podía hacerlo en poco más de 10. Y añade que también es imposible que tardara un minuto y 52 segundos en bajar a sus dos hijos del coche tras aparcarlo en la calle, llegar en 10 minutos a donde dice haberlos perdido, perderlos, buscarlos, llamar por teléfono a sus hermanos...

Reposo Carrero cuenta cómo está siendo la actitud de José en esta ocasión. «Él sigue con su versión y se piensa que todos los demás somos imbéciles. En concreto soy yo la culpable de que esté en la cárcel y si él saliera en dos meses encontraba a los niños.»

El 8 de agosto Bretón hace públicas varias cartas a través del *Diario Córdoba*.⁷

En una da a conocer sus teorías de la conspiración, y aprovecha para vejar a la ex mujer de Estanislao, a quien había acusado del episodio del biberón. En otra, dirigida a las autoridades y la opinión pública reitera: «Ahora también lucharé. Ya hace un tiempo intentaron hacerme daño a través de mi hijo José. Ahora parece que la historia vuelve a repetirse. No sé quién o quiénes se llevaron a mis hijos del parque aquel día, no sé por qué otra vez vuelven a hacerme daño... Todo esto es una venganza contra mí, el porqué lo desconozco».

Recuerda la ya por entonces desacreditada versión de que «antes de entrar en prisión se pusieron en contacto conmigo diciéndome que tenían información sobre mis hijos, que me darían más detalles y que no entraría en prisión. El tiempo ha pasado, la Policía hace su trabajo pero mis

hijos siguen sin aparecer. Sería muy útil que estuviera en libertad, para que esas personas volvieran a ponerse en contacto conmigo. Cómo voy a estar parado sabiendo que puedo ser la clave».

«Mi vida gira para ellos, por eso, pese a todas las adversidades, no voy a quedarme quieto hasta encontrarlos. Está demostrado que la Policía no obtiene ningún resultado... me debe la oportunidad de buscarlos.»

Pero la que más daño causó a los Ortiz fue ésta:

Como todas las noches sueño con mis hijos Ruth y José, con motivo del cumpleaños de su abuela Obdulia, me gustaría contar uno de esos sueños que dice así:

—¡Abuela Obdulia! El hermanito y yo queremos estar contigo para el día de tu cumpleaños. Queremos cantarte el «cumpleaños feliz». Llevo un tiempo enseñando a mi hermanito y ya sabe cantarlo conmigo. Queremos abrazarte y darte un millón de besos. Tú nos has enseñado que los besos no cuestan nada y que lo curan todo.

También queremos estar con papito, me gusta llamarlo por las noches para pedirle agua, mamá necesita descansar para ir a trabajar. El hermanito quiere jugar con papito y que mamá le bañe por las noches.

Las personas que nos cuidan, quieren hablar con papito. Por favor, abuela Obdulia, dejad que papito salga. Lloramos antes de irnos a la cama, y durante el día, porque no estamos con vosotros.

Todo un puñal en el corazón.

CAPÍTULO 8

La hoguera

Es media tarde en el pueblo extremeño de Zafra. El calor aprieta y más después de un día de duro trabajo dentro de una mina. Dos compañeros, amigos, toman algo en una terraza satisfechos con el hallazgo de unas víctimas de la Guerra Civil abandonadas en una fosa común.

Trabajan juntos desde hace tiempo. Uno es ingeniero y el otro antropólogo forense, pero han decidido aunar su experiencia para ayudar altruistamente a cientos de familias a recuperar a sus seres desaparecidos.

En un momento de la conversación, Francisco Etxeberría, reconocido antropólogo que con el estudio de los restos de Salvador Allende pudo narrar cómo fue su suicidio, cae en la tentación. Sabe que su colega, Luis Avial (será condecorado por la policía en agradecimiento a su ayuda en el caso), lleva casi un año bajando a una finca de Córdoba en busca de dos niños de seis y dos años. Como a cualquier ciudadano, la obsesión de los investigadores en la parcela le intriga. Sin darle más vueltas pregunta: «¿Cómo lleváis el asunto de los niños?».

Para el experto rastreador de Condor Georadar, la pregunta es una puerta abierta para expresar sus dudas. «Le enseñé las termografías que tenemos de la zona de la hoguera y le comento, como ya lo había hecho con la policía, que veo raro la forma rectangular de la hoguera», contará Avial a diferentes medios.¹ Le explica que lo primero que hizo la policía cuando llegó a Las Quemadillas, a las pocas semanas de desaparecer los niños, fue llevarle delante de la hoguera. Sospechaban que no era normal e «hicimos una termografía, pero al descartarse los restos como humanos parecía que esa línea había muerto». Pero «los investigadores siguen insistiendo en la hoguera, yo insisto también en que ahí se ha colocado una barbacoa o un objeto metálico anómalo que ha reflejado calores enormes». Francisco Etxeberría le contesta sin titubear que posiblemente allí se hayan quemado a los niños. Asombrado, Avial le reitera: «Pero, Paco, a mí siempre me dice la policía que esos restos son de animales», y el profesor argumenta categórico: «Es muy fácil confundir restos de animales con niños cuando están carbonizados».

Etxeberría, conocedor de la investigación a través de los medios de comunicación, tiene su propia cronología de los hechos. Cree plausible que el padre hubiera puesto alguna droga a los niños y, acto seguido, los hubiera quemado en la hoguera.

Luis está muy comprometido con el caso y sabe que el jefe de la investigación, Serafin Castro, está obsesionado con la finca, la hoguera y los restos. Avial le pide autorización para transmitir esta hipótesis a la policía, haciendo saber a Castro que Etxeberría necesita por lo menos unas imágenes de los restos para tener una primera impresión.

Tras hablar, deciden poner esa información en conocimiento de la familia materna, que ha decidido emprender una acusación judicial más activa. Solicitan pruebas clave, como el nuevo análisis del teléfono de José, lo que desvelará que Rafael ha borrado mensajes y llamadas.

También solicitan al juez que Etxeberría examine los restos. Los peritos externos se convierten en un rayo de esperanza a punto de cumplirse un año de la desaparición y después de que la policía haya puesto todo de su parte.

Para el jefe de la UDEV el mensaje de Avial afianza su teoría. Como contaría en una entrevista:² «Desde un principio de las investigaciones nosotros teníamos sospechas, sospechas de que los niños pudieran encontrarse en la finca. (...) Pero después de tanta búsqueda que hemos hecho en Las Quemadillas, de tantas entradas y registros, de tanto trabajar dentro —recordemos que en el mes de junio y julio hemos estado hasta tres semanas seguidas metidos allí, con temperaturas de hasta 49 °C—, después de haber controlado tiempos, haber hablado con infinidad de gente... La explicación única es que algo nos había fallado en la investigación. No había ni un solo indicio que nos apuntara a la intervención de una tercera persona que pudiera habérselos llevado. No había ni un solo indicio. Aunque después de medir tiempos había un desfase de 6/7 minutos, en 6/7 minutos no se puede hacer ningún milagro».

Sin embargo, había multitud de indicios de que José había matado a los niños con un plan premeditado desde su separación. La compra de 140 litros de gasoil, la insistencia al psiquiatra para conseguir el Orfidal y el Motiván, los enseres supuestamente empleados en la mudanza —dos cuchillos, cuerda, cinta aislante, mantas—, las botellas de agua como único rastro de alimento, el abandono en el coche del juguete preferido de Ruth, por no hablar de sus antecedentes psicológicos y de las amenazas vertidas hacia Ruth.

Los investigadores detectan puntos comunes entre los hechos actuales y los relacionados con su primera novia. El comportamiento anómalo se inicia cuando sufre el abandono de las dos mujeres. No duda en denigrarlas públicamente (la chica de la relación anterior dice que Bretón la tenía anulada, que siempre había que hacer lo que él quería) y de anunciar, en el caso de 1997, que va a suicidarse. Ahora, va diciendo que «aquí va a pasar algo muy gordo». Hace 15 años, consiguió que le recetaran los medicamentos que utilizaría para el intento de suicidio, al igual que hizo esta vez con insistentes llamadas al doctor Güiote.

Con los medicamentos adquiridos, en 1997 le dice a su madre que se va con unos amigos a comer, pero no es así, acude a Las Quemadillas a tomarse 80 pastillas y 6 cervezas. El 8 de octubre de 2011 le cuenta a su madre que ha quedado a comer con unos amigos, pero se va a Las Quemadillas con sus hijos. Sin duda la finca del polígono Las Quemadas era el lugar donde iba en busca de paz.

Ni uno solo de los meses que duró la desaparición, los investigadores salieron de la finca o sus alrededores. Para la policía Bretón había sembrado de pistas falsas el suceso. Por ejemplo, se deshizo de las bolsas de basura en dos veces y en contenedores diferentes, pero éstas eran demasiado pequeñas como para que los niños pudieran ir en ellas. Pese a tirar dos veces la basura, en el coche aún quedan desperdicios: una botella de agua y un clínex con el ADN de Ruth.

El informe pericial sobre restos óseos, de la Unidad Central de Identificación de la Comisaría General de Policía Científica, de 10 de noviembre de 2011, constituido por ocho hojas que incluían once fotografías, aseguraba que eran restos óseos de naturaleza animal: «(roedores, pequeños carnívoros, pequeños herbívoros y omnívoros) que fueron quemados desprovistos de partes blandas con madera de olivo y sometidos a más de 800 °C y que en la hoguera no se produjo la incineración de ningún cuerpo o resto humano».

Pero la hoguera sigue obsesionando a los investigadores. En marzo solicitan el análisis químico en busca de acelerantes de la combustión, pero es imposible realizar la prueba. Los

restos se quedan en las dependencias de la Policía Judicial de Canillas.

La doctora Lamas acude en multitud de ocasiones a la finca de los Bretón, cada vez que la UDEV consigue hacer una inspección ocular por si algo apareciera. En este tiempo hablan con la antropóloga en reiteradas ocasiones. Le pregunta si está segura de su dictamen. Ella dice estar convencida pero se ofrece a realizar el experimento de quemar en una pira de similares características dos cerdos del mismo peso y tamaño que los niños para ver si era posible que con las temperaturas alcanzadas por el fuego los huesos se hubieran casi desintegrado. Pero se lo denegaron.

En junio, ante la insistencia de los investigadores, propone que dejen que lo estudie un veterinario, en concreto un equipo de la Universidad Autónoma que conocen de otros casos. Reitera hacer el experimento de los cerdos por ser el animal que más se asemeja al humano. Pero le vuelven a decir que no. Uno de los pocos que muestra interés por esta propuesta es el jefe del Grupo I de Homicidios de la UDEV de Canillas. Sin embargo, aunque lo hubiesen hecho las horas no les hubieran cuadrado. En aquel momento todavía creían que José Bretón había iniciado la hoguera a las cinco de la tarde, por lo que no parecía sustentarse que la carbonización hubiera sido tan rápida.

Sin embargo, en el mes de agosto el juez instructor autoriza la revisión de los restos óseos solicitada por los Ortiz. El historial de Francisco Etxeberria no deja lugar a dudas sobre su reputada profesionalidad. Profesor titular de Medicina legal en la Universidad del País Vasco, presidente de la Sociedad de Ciencias Aranzadi y de su departamento de Antropología física y subdirector del Instituto Vasco de Criminología.

Exactamente 10 meses después de la desaparición de Ruth y José, Reposo Carrero le envía 9 fotos de los huesos recogidos por la doctora Lamas y que estaban guardados en la Comisaría General de la Policía Judicial. En seguida los identifica como humanos, pero les advierte que si no tiene acceso a ellos materialmente no podrá realizar ningún peritaje.

El 14 de agosto, con discreción, el doctor Etxeberria entra en el Grupo de Homicidios de la Policía Judicial. Lleva consigo un considerable maletín en el que guarda dos esqueletos de similares características a los de los menores. Son las 10.30 horas.³

A las doce de la mañana interrumpe su trabajo. La doctora Lamas junto con uno de sus jefes quieren saludarle. Uno de los comisarios de la UDEV había informado la tarde anterior a la Comisaría de Policía Científica que sería mejor que los dos antropólogos no se encontrasen y esa mañana les dice que no pueden quedarse.

Sin embargo ambos expertos consiguen saludarse amablemente. Se conocen de haberse cruzado a lo largo de sus vidas profesionales y hablan el mismo idioma. El profesor Etxeberria coge uno de los huesos, lo extiende ante su homóloga y le afirma: «Es el petroso». Etxeberria insiste a los agentes de la UDEV en que la especialista se quede durante el examen, que lo hagan juntos, pero los superiores reiteran que es mejor que trabaje solo.

La doctora Lamas no se queda conforme. Piensa que entre científicos se entienden mejor y que hubiera sido bueno estar presente. Le espera junto con una compañera en un despacho anejo. Lleva encima los dientes de leche de su hijo para fotografiarlos y compararlos con los de los restos. A las dos de la tarde y asumiendo la imposibilidad de hablar con el profesor a solas, decide marcharse a casa y reanudar sus vacaciones. No parará de darle vueltas al asunto hasta que finalmente, a finales de agosto, se convence por sí misma de que se ha equivocado.

Ajeno a lo que ocurría en la otra sala, el profesor vuelve a concentrarse en el trabajo. Uno a

uno va colocando los restos guardados en cajas desde el 10 de octubre de 2011 en una balda de cristal hasta reconstruir lo que un día fue un ser vivo. Fotografía, mide, analiza al microscopio y finalmente vuelve a empaquetar los restos para que regresen al depósito de la Policía Judicial. Son las 15.40 horas.

Su primera hipótesis se confirma. Según explicará en un informe de 103 páginas, «en su conjunto predominan los huesos incinerados frente a los carbonizados. Los primeros se caracterizan por su color blanquecino y aspecto cristalino con mayores retracciones, lo que significa que se ha quemado todo el carbono de la estructura del hueso. Los segundos muestran un color negruzco.

»De este modo se puede asegurar con total seguridad que los restos óseos y dentarios recuperados en la hoguera de Las Quemadillas habrían experimentado temperaturas superiores a los 650-800 °C como mínimo.

»De hecho, llama la atención que los dientes que también fueron quemados y que se hallan bien conservados de forma casi completa corresponden a gérmenes de dientes permanentes que por ello se encontraban, en cierto modo, protegidos en el interior de sus respectivos alvéolos, ya que no habían erupcionado todavía en boca».⁴

Para confirmar que son humanos y que pertenecen a dos niños, Francisco Etxeberría se basa en los dientes y también en que «hay tres astrágalos de los que dos son iguales en tamaño (pertenecientes a un menor de unos 6 años) y otro astrágalo izquierdo que es de menor tamaño y cuya longitud máxima es de 21 mm, lo que se ajusta a la estimación de este parámetro para infantiles de unos dos años de edad. Es decir, se encuentran representados dos individuos infantiles de unos 6 y 2 años».

Las conclusiones que refleja en su informe son taxativas: «1. En la hoguera detectada en Las Quemadillas a lo largo del día 8 de octubre de 2011 se produjo un fuego de gran intensidad durante varias horas que fue alimentado con leña; 2. Sobre este fuego fueron quemados los cadáveres humanos de dos menores de unos seis años, uno, e inferior a esta edad, otro, de unos dos años; 3. La combustión de los cuerpos se tuvo que producir sobre llamas de fuego vivo con temperaturas muy elevadas y superiores a los 650-800 °C necesarias para lograr la cremación de todas las partes blandas de los cadáveres alcanzando incluso la incineración generalizada de los huesos; 4. Por tal motivo en dicha hoguera se produjo una gran fragmentación de los huesos que no ha impedido poder determinar algunas de sus características que han posibilitado establecer la especie a la que pertenecen, esto es humana, fuera de toda duda con criterios de antropología y medicina forense aplicados al estudio de este tipo específico de muestras; 5. En ningún caso existen restos óseos que permitan orientar su procedencia como de origen no humano y por tanto pertenecientes a fauna, sea ésta doméstica y/o salvaje; 6. La distribución espacial de las evidencias en la hoguera permite establecer una orientación con respecto a la posición de los cuerpos durante la combustión; 7. Resulta imposible establecer la identidad de los dos cadáveres humanos incinerados mediante técnicas genéticas ya que la elevada temperatura alcanzada destruye todas las moléculas de ADN; 8. Resulta imposible poder establecer la causa médica y la manera de la muerte de ambos menores ante la ausencia de signos que lo acrediten; 9. Teniendo presente los hechos circunstanciales y las evidencias materiales conservadas, la muerte fue de tipo violento homicida desde el punto de vista de su etiología médico legal; 10. Teniendo en cuenta todo lo anteriormente señalado, es verosímil y razonable considerar que los menores que se buscan tras su desaparición el día 8 de octubre de 2011 fueron quemados en dicha hoguera».

Una semana después el también reputado antropólogo, director de las excavaciones de Atapuerca y del Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana de Burgos, José María Bermúdez de Castro, los vuelve a analizar durante dos horas. Sus conclusiones ratifican las del doctor Etxeberria.

A finales de septiembre, los restos óseos serán trasladados al Instituto Nacional de Toxicología, donde Josefina Lamas junto con expertos de este centro y de la Universidad Complutense los estudiará de nuevo y llegará al mismo diagnóstico que los anteriores profesores. De allí partirán a Santiago de Compostela, con la esperanza de que el afamado doctor Ángel Carracedo obtenga ADN. No lo logrará.

Pero el 27 de agosto, después de casi once meses de investigación, José Bretón se ha quedado sin su secreto. A primera hora de la mañana de ese lunes vuelve a abrir todos los informativos, pero esta vez la noticia es que Ruth y José han sido encontrados. Estaban en la finca Las Quemadillas, aunque habían salido de ella dos días después de su asesinato. Ahora se explicaba que Bretón estuviera tranquilo durante los registros continuos y que su abogado le creyera cuando el padre le decía: «José María, es imposible, los niños no pueden estar en esta finca».

La policía y el juez Rodríguez Lainz invertirán el mes de septiembre en atar los cabos sueltos del caso, es decir, intentar dar un suceso lógico de acontecimientos sobre el asesinato de los pequeños.

Se encarga al Infoca (Plan de Prevención y Extinción de Incendios de Andalucía) y a la Universidad de Córdoba sendos informes sobre la hoguera. Éstos la reprodujeron, rectangular y no circular como suele ser habitual, en un terreno similar, con condiciones meteorológicas igualmente similares a las del día de la desaparición de los niños y colocaron una mesa simulando el escenario.

Ambos organismos llegan a iguales conclusiones en sus informes presentados ante el juez. En la quema hubo dos momentos: uno desde las 15.00 horas hasta las 17.00, y otro desde las 17.00 hasta las 00.00 horas.

En el primer intervalo, Bretón supuestamente echó a la hoguera vegetales secos y restos orgánicos, ramas de olivo y naranjos, además de rastrojos. Un total de 325 kilos de leña, fundamentales para la combustión.

En el segundo intervalo, a partir de las 17.00 horas, sube la intensidad del fuego y es detectado por el centro del Infoca situado en el pueblo de Adamuz, a unos 30 kilómetros de Córdoba. Según los informes, Bretón echó gasolina —había comprado 140 litros— y de ahí que creciera el fuego y el humo se volviera negruzco. Ese alimento aportado a las llamas, mientras supuestamente sus hijos se estaban despertando de la larga siesta y estaban a punto de partir hacia el parque Cruz Conde, explicaría que la columna de humo negro se viera desde las 17.13 hasta las 18.09 horas, y que cuando llegaran a la finca esa noche todavía hubiera rescoldos.

Según ambos informes, la mesa metálica «formó sin ninguna duda parte de la incineración» y en ambos casos «presenta decoloraciones rojizas y blanquecinas en patas y en la parte inferior del tablero». El uso de la mesa contribuyó a que la temperatura alcanzada fuera un 32 % superior a lo normal. Según las pruebas recogidas alrededor de la hoguera, la pala y la azadilla alcanzaron 1.200 °C mientras que la mesa llegó a los 1.000 °C. Más que suficiente para la incineración de dos cuerpos de seis y dos años.

La pregunta que sobrevuela aún en la investigación es si los niños fueron introducidos en el fuego vivos o muertos. La acusación particular necesita resolver esa duda y encarga un informe a

un pediatra sobre el efecto del Motiván y el Orfidal en menores.

La conclusión del experto deja varias posibilidades abiertas.⁵ Aunque «la mezcla de Motiván y Orfidal es mortal con toda probabilidad en niños de dos y seis años», lo cierto es que, si la cronología de los hechos era correcta, «precisaría que pasaran unas horas. Obviamente no dio tiempo a que los medicamentos hicieran efecto».

Según esta cronología Bretón le tenía que haber dado a sus hijos estos medicamentos entre las 13.30 horas y las 15.00, momento en que debió de introducirles en la hoguera. Y no era tiempo suficiente para que los fármacos hubieran alcanzado su máximo potencial. De haberles echado al fuego solamente sedados, los niños se hubieran despertado por el dolor.

En la inspección del coche se encontró una cuerda, una cinta americana y un pañuelo con sangre. Era más plausible pensar que una vez sedados había utilizado esos elementos para producirles la asfixia. Quizá hubiera acabado con ellos de un golpe mientras dormían. Concluía el informe: «Es muy posible pensar en una sobredosis farmacológica como causa de la muerte. Aunque con más probabilidad cabe pensar que les provocó una sedación profunda evitando así su resistencia y usar otros métodos más rápidos de producirles la muerte como, por ejemplo, la asfixia».⁶

El 5 de septiembre, el juez Rodríguez Lainz modifica con un auto la acusación contra José Bretón Gómez, de desaparición a asesinato con el agravante de parentesco. Cuarenta años de prisión en caso de ser condenado.

El incansable titular del juzgado de instrucción cordobés asegura que «los indicios se acumulan de forma cada vez más firme contra el encartado». En la hoguera de la parcela de Las Quemadillas «fueron quemados los cadáveres de dos especímenes humanos de 6 y 2 años de edad aproximadamente».

Aunque «no contamos con una versión de cómo sucedieron los acontecimientos que llevaron al fallecimiento de los dos menores, la Jurisprudencia de nuestro Tribunal Supremo no ha tenido reparo alguno de calificar como asesinato el aprovechamiento de la evidente situación de inferioridad de niños de escasa edad».

Y más adelante establece la base de la acusación, lo que tanto tiempo habían estado buscando infructuosamente: «Los informes sobre morfología, emitidos por el Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses y expertos de la Universidad Complutense de Madrid, muestran su más absoluta y firme convicción en que los huesos y dentadura se corresponden precisamente a dos individuos infantiles de 2 y 6 años de edad».

Fija la data de la muerte nada más llegar a la parcela, después de que José llamara a Ruth a las 13.48 sin recibir respuesta. «Una vez allí, abrigado por la imposibilidad de ser visto por nadie, prepara la pira sobre un fondo de leña de olivo sobre el que coloca los cuerpos de los dos menores, cubiertos posiblemente con una sábana. La mesa de forma rectangular servía de parapeto y actuando en forma de horno. De este modo conseguiría mitigar el volumen del humo procedente de la hoguera.»

«Cuando calculó y observó que la incineración podría haber tenido lugar —sigue el juez—, retiraría la mesa que había servido de parapeto consiguiendo así, con la ayuda de ropas sintéticas, que la llama se avivara en torno a las 17.15 cuando se hacen visibles.»

El juez recuerda que cuando se toparon con ella la primera vez, «era evidente que la hoguera tenía una razón de ser; pensándose en ese momento en una etiología simbólica, que difícilmente casaba con el perfil psicológico del encartado, o incluso en una especie de trampa tendente a

despistar la investigación por otros derroteros que permitieran al encartado ganar tiempo por razones entonces desconocidas».

«El encartado partiría de la posibilidad —prosigue el juez de instrucción— de que su coartada le saliera bien, con lo que tendría en cualquier momento la posibilidad de pasarse por la parcela, recoger las cenizas y esparcirlas poco a poco por la misma parcela o cualquier otro lugar, sin posibilidad alguna de ser descubierto. De ahí que, al sentirse acorralado, mostrara un especial interés por ocultar que estuvo en el interior de la parcela durante la sobremesa.» Esto encajaba con la historia relatada por los investigadores sobre la actitud de Bretón el día de la desaparición: fue Rafael quien informó a los policías de que José había estado en Las Quemadillas y, gracias a la labor del policía sombra, el acusado no consiguió sacar los restos óseos de la parcela antes de que Josefina Lamas los recogiera.

Ante una línea de defensa que pudiera incidir en que los restos óseos no fueran de Ruth y José, Rodríguez Lainz afirma:⁷

Que dichos restos se corresponderían, como no podía ser prácticamente de otra forma, a los dos hijos del encartado (...) evidentemente no contaría con restos humanos de origen desconocido de niños de esas edades a su disposición para dejarlos en la hoguera, coincidiendo con la pretendida pérdida accidental de sus hijos posteriormente. No tendría mucho sentido poder autoimputarse la muerte de dos niños desconocidos, y encima la desaparición de los propios.

[Por otro lado], pensar en que alguien llegara a conocer que José había prendido una hoguera, y que lo siguiera hasta el parque Cruz Conde para en su único descuido secuestrarlos, matarlos, llevar los cadáveres hasta la parcela, y luego quemarlos en la hoguera prendida por José, para echarle la culpa de su muerte, y ello de forma tal que casi llega a hacerlos desaparecer al convertirlos casi en su totalidad en ceniza, no alcanza ni al nivel de la simple fantasía.

Sobre el asesinato de Ruth y José, lo máximo que Rodríguez Lainz puede expresar es que «pensar en una situación de posible defensa en dos niños de 2 y 6 años de edad, a la postre hijos del encartado, y quienes tendrían su total confianza de que algo tan atroz no pudiera llegar a suceder nunca, es simplemente inaceptable (...). Esa relación de parentesco habría sido buscada por el encartado como forma de materializar su venganza contra su todavía esposa».

El 6 de septiembre de 2012, después de que comunique a su representado que se enfrenta a dos delitos de asesinato, Sánchez de Puerta acude nuevamente a la cárcel de Alcolea. A la puerta de prisión no quiere hacer declaraciones, prefiere esperar a ver a su cliente cara a cara. Duda de él. Le está dejando pocas herramientas para la defensa.

Declaraciones a la salida: «No voy a contestar a ninguna pregunta. Simplemente les voy a informar de que la actitud de José Bretón es totalmente idéntica a la que ha presentado desde el primer momento. Le estoy haciendo ver las contradicciones que pueden existir y los informes, y José Bretón no va a cambiar ni una sola coma de sus declaraciones. Me ha manifestado que no van a salir de su boca ni confesiones de hechos que él no ha cometido jamás y que, por lo tanto, se atiene a las declaraciones que ha prestado con anterioridad. Le he dado los informes técnicos que tenemos hasta el presente momento, le he dicho que se los estudie muy bien y que ya prepararemos la declaración del 12 que es miércoles a las 16.30 horas. Eso es todo lo que les puedo decir hasta ahora mismo».

Dentro del presidio, la actitud del letrado y abogado parece que no ha sido del todo cordial. José le repite que «es una aberración» que digan que ha quemado a sus hijos. Sánchez de Puerta le intenta hacer ver que las pruebas son contundentes y que necesita argumentar la defensa de manera diferente. Le pide que le cuente a él la verdad y que se la cuente al juez. Bretón adopta una actitud chulesca. Le asegura que le va a decir toda la verdad al juez, «que a los niños les perdí en el parque». El letrado le responde: «José, no me ayudas en nada».⁸

En la declaración del 12 de septiembre, el padre de Ruth y José intenta volver a contar la misma rocambolesca historia, pero nadie le permite ya mencionar el parque Cruz Conde. Todo se centra en la hoguera.

Al año de la desaparición, según declarará ese día a los medios Sánchez de Puerta, José no pone la televisión ni lee los periódicos. Al ir a visitarlo, José Bretón le pregunta por los actos en memoria de los niños sin profundizar más en el tema. «Lo he visto bien, de ánimo como en los últimos meses (...) No ha variado ni un ápice lo que lleva diciendo desde el principio. Le he mostrado lo que tenemos en contra, que desde luego es mucho, y sigue manifestando su misma postura. Mantiene la versión de que si esos restos son humanos no son los que en principio se recogieron. Ésta es la idea que él tiene y que indudablemente ha habido una fractura muy grande en la cadena de custodia. Él sostiene que los restos son de animales porque los recogieron delante de él y oyó los comentarios. Entonces no me había hecho yo cargo de la defensa, todavía no estaba detenido. Lo primero que me dice es que no eran tantos los fragmentos de huesos que se encontraron, como las manifestaciones que continuamente estaba haciendo la señora Lamas sobre los restos de animales y no humanos.»

Pese a todo, Ruth y su familia respiran en paz después de un año de angustia. La verdad no borra el dolor, pero lo hace más llevadero. Emiten un comunicado con el que intentan poner un punto y aparte al caso:

«La Familia Ortiz Ramos os pedimos desde lo más profundo de nuestro corazón que respetéis nuestro duelo, que sigáis estando a nuestro lado pero desde el silencio...

»Llegará el momento en que todos los Ortiz Ramos salgamos a la calle a pedir justicia, gritaremos esta crueldad y seremos los primeros en la lucha para que, tanto el responsable directo como los responsables indirectos de tanto sufrimiento asuman su culpa...»

No se respetará su duelo. Letrado y acusado volverán a la carga e impedirán que Ruth pueda enterrar lo que queda de sus niños hasta después del juicio.

CAPÍTULO 9

Muerte en familia

Los sucesos narrados en este libro fueron —y lo siguen siendo— motivo de una gran consternación, sentimiento colectivo al que se unieron los de indignación, ira e incredulidad. La consternación fue provocada por el hecho sucinto pero trágico del asesinato a sangre fría de dos niños pequeños, Ruth y José; la indignación fue el resultado de que la policía, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudiera hallar, vivos o muertos, a esos dos niños en mucho tiempo, generando así una ansiedad ante un desenlace que no por temido era menos inquietante; la ira explotó cuando se confirmó de forma taxativa que los restos de huesos hallados en la finca de los padres del imputado se correspondían con niños de las edades de los dos desaparecidos, y finalmente la incredulidad acompañó durante todo ese tiempo la explicación que el acusado, José Bretón, ofreció ante la justicia como causa de la desaparición: que se habían perdido cuando él se descuidó unos momentos en un parque de Córdoba.

Cada año se cometen en España entre 1.200 y 1.500 homicidios, la mayoría de las víctimas son hombres adultos. La violencia más grave es, de forma abrumadora, una cosa de hombres, tanto en el rol de agresores como de víctimas. Son varias las razones para ello: unas son de origen biológico, otras de tipo psicológico y finalmente hay también causas sociales. En los hombres predomina la hormona de la agresividad y del impulso sexual, la testosterona. En los estudios de observación desde la guardería se observa cómo los niños pasan más tiempo en acciones agresivas que las niñas, quienes parecen más preocupadas por explorar su entorno y a sus amigos que en arrebatar y empujar, como les sucede a los compañeros de sexo masculino. Su mayor fuerza se corresponde con una mayor necesidad de demostrar la valía personal a través de la conquista y el triunfo. En la psicología del varón, la inteligencia emocional no tiene tanta intensidad, como le pasa a la mujer, igual de brillante en la inteligencia académica pero más hábil a la hora de gestionar las emociones y comprender el punto de vista de los otros. Finalmente, la sociedad exige a los hombres «que se comporten como tales», queriendo decir con esto que controlen sus emociones menos rudas y se esfuercen por demostrar que son mejores que muchos.

Este dominio del sexo masculino en la violencia explica en parte el rechazo tan acusado que reciben los homicidios de las mujeres, generalmente en una posición mucho más débil a la hora de defenderse de una agresión. En casi todos los casos vemos que ellas tenían muy pocas opciones para evitar ese final trágico. Así pues, ¿qué decir cuando la víctima es un niño o una niña? No hay crimen que se enfrente a un mayor rechazo social, porque el orden natural de las cosas exige que, precisamente, se proteja al niño de las inclemencias de la vida y se le ayude a prosperar como persona adulta. Ese rechazo se torna todavía más extremo cuando el asesino es alguno de sus progenitores.

Diferencias entre hombres y mujeres

Las estadísticas revelan que cada año mueren en España unos 20 niños a manos de sus padres.¹ En 2011 murieron 23 hijos debido a sus padres, 19 de los cuales eran menores. En 2010 fueron 21 menores los asesinados por sus progenitores. Hay una relación importante entre esas muertes y la violencia de pareja. Según el extinto Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, en el año 2010 once menores habían muerto por obra de alguno de sus padres en una situación de violencia doméstica. Algunos de esos homicidios todavía resuenan en la memoria colectiva: dos menores asesinados en Tarragona junto a su madre y enterrados en cal viva; el caso de una niña de 18 meses ahogada por su padre en Zarautz (Guipúzcoa), y el de un bebé carbonizado también por su padre en un coche en Betanzos (La Coruña).

En ocasiones el asesino mata también a la esposa o ex esposa, lo que no suele ocurrir cuando es la mujer quien mata a sus hijos. El citado informe del Centro Reina Sofía señala que en el periodo 2004 - 2007, de un total de 53 padres asesinos de sus hijos, el 5,6 por ciento de ellos también mataron a la madre.

De lo anterior se desprende un perfil diferente para el padre y la madre asesinos: la madre que mata lo hace generalmente bajo la influencia de una situación depresiva o de trastorno mental (si bien hay casos sobrecogedores donde los niños «molestan» a la mujer para hacer el tipo de vida que desea llevar), mientras que el agresor varón actúa motivado por una extensión de su violencia contra la pareja o ex pareja. Un claro ejemplo de ese mundo tortuoso que suele acompañar los homicidios de los niños por sus madres fue el ocurrido en el hotel Miramar de Lloret de Mar, en Gerona. Allí, la británica Lianne Smith, de 43 años, mató mediante la asfixia a dos de sus cuatro hijos: un bebé de 11 meses, Daniel, y una niña de cinco años, Rebecca. La madre los mató por miedo a que las autoridades británicas le retiraran la custodia, tras saber que habían detenido unos días antes a su pareja, uno de los pederastas más buscados de Reino Unido, con objeto de extraditarle a ese país.² Preferir matar a un hijo antes que perder su custodia revela un grave desequilibrio mental, por no hablar de la personalidad peculiar de una mujer que se une sentimentalmente a un pederasta reincidente.

Cuando son ambos los que participan en el homicidio, en general es el resultado de unos padres desnaturalizados que han maltratado hasta la muerte a su hijo, con frecuencia poco más que un bebé. Los niños son vistos como una carga intolerable, siempre demandando atenciones y planteando exigencias. Si la pareja se siente agobiada y frustrada, y si a esto se suma el abuso del alcohol o de las drogas, el resultado puede ser el desarrollo progresivo de una ira sorda que acaba fatalmente mediante una situación de abandono o una paliza letal.

No resulta en absoluto sorprendente que, ante tanta atrocidad, el asesino o asesina termine con su propia vida después de matar a sus hijos. Recordamos con pavor el miedo instintivo que sintió una madre al ver marchar a su hija de seis años con su padre el 15 de septiembre de 2008; con anterioridad ya había interpuesto una denuncia ante los Mossos d'Esquadra advirtiéndole del daño que el padre, un ex militar holandés de 46 años, podía causar a la niña. Ese día fatídico el padre llevó a su pequeña ante el precipicio que se abre frente al Santuario de la Mare de Déu del Far (Gerona) y la arrojó al vacío; después él hizo lo mismo.³

Tres tipos de homicidio en la familia

Así pues, en las madres asesinas abundan mujeres trastornadas o con graves deficiencias de carácter, en ocasiones sometidas a una relación patológica con su pareja (no incluimos aquí los infanticidios provocados por la incapacidad o temor a criar un niño al poco de nacer). ¿Qué sucede con los padres, es decir, los asesinos varones?

El asesino varón domina claramente en tres tipos de homicidio familiar o doméstico:⁴ el asesinato del cónyuge, la muerte de la familia entera y el asesinato de uno o varios hijos con el propósito de vengarse de la mujer que le ha abandonado o tiene planes serios para hacerlo.

El primero de los casos —cuando el hombre asesina a la mujer— es el mejor conocido y estudiado. En la actualidad se conoce bien la existencia de una serie de factores precursores o que ponen en riesgo a una mujer de sufrir una agresión muy grave o la muerte, si bien en la práctica diaria resulta difícil predecir con exactitud qué mujer va a ser objeto de un ataque de esta naturaleza. ¿Por qué? La razón es doble. Primero, un evento que aparece un número pequeño de veces —y unas 60 o 70 mujeres al año es un fenómeno estadísticamente muy infrecuente, al margen de que el número sea moralmente intolerable— es muy difícil de predecir y, por consiguiente, de prevenir. Hay millones de parejas, decenas de miles con denuncias en los juzgados, y muchas mujeres asesinadas no interpusieron una denuncia... Así pues, es realmente complicado «acertar» en esta meta. Atendiendo solamente a las mujeres que interpusieron una denuncia, ¿cómo saber quiénes están en un riesgo definitivo de entre todas esas miles?

Aquí viene la segunda razón: nuestro conocimiento de esos precursores de riesgo son imperfectos, como suele ser habitual en el ámbito de las ciencias sociales y de la vida (piénsese cuánta incertidumbre hay en muchos diagnósticos médicos acerca de si tal o cual condición va a degenerar en otra peor o va a producir la muerte). Se trata de un problema inherente al hecho de que resulta muy difícil prevenir lo que va a hacer la gente (o incluso grupos amplios o sociedades) en el futuro. Los economistas continuamente se equivocan en sus predicciones, como la actual crisis nos ha mostrado de forma meridiana. Médicos, psicólogos, criminólogos, economistas... todos ellos están sujetos a altas tasas de error en sus predicciones.

Por supuesto, ello no es obstáculo para que, conociendo cuáles son los precursores o elementos de alarma más importantes, hagamos un esfuerzo para proteger a las mujeres que los presentan. Así, las autoridades procuran estar alertas cuando un ex esposo ha proferido amenazas, ha sido violento de modo insistente durante la relación, abusa del alcohol, tiene rasgos de personalidad graves de dependencia o de naturaleza antisocial, se siente frustrado ante una vida con pocos alicientes, está socialmente poco reconocido y aislado y tiene antecedentes de malos tratos o de abuso sexual en la infancia.⁵ Pero dada la dificultad de proteger a una persona cuando existe otra que la quiere matar, ese conocimiento es del todo insuficiente para una protección eficaz.

Aniquilación

La muerte o aniquilación de toda la familia es la violencia más brutal y estremecedora, si bien en ocasiones se salva alguno de sus miembros, por elección del asesino o por una cuestión de oportunidad o de suerte. Es muy habitual que el responsable de este crimen múltiple se sienta desesperado, muy cansado ante uno o varios infortunios que no puede soportar. En general es un hombre en una edad madura, en torno a los 50 años o más, pero también se conocen casos de

hombres más jóvenes. Muchas de sus penas se han ahogado en alcohol durante años, y sus conocidos refieren que era algo común verlo deprimido. Se entenderá que lo frecuente es que acabe su episodio suicidándose, ya que la aniquilación de toda la familia es su carta de despedida ante un mundo que juzga ya intolerable.

Esta persona tiene unos motivos personales para proceder de ese modo, en pocas ocasiones comprensibles —en cuanto al grado de exageración— si son examinados a la luz de una crítica sensata; queremos decir que rara vez los pensamientos de colapso que alimentan su acción tienen una base en esa realidad descarnada y sin esperanza. Por el contrario, sus ideas de aniquilación provienen de distorsionar esa realidad, de verla como algo nefasto y cruel cuando otra mucha gente lucharía con éxito por salvar la situación o solucionar el problema.⁶

Matar a los hijos y a la esposa o ex esposa, y luego suicidarse es un acto definitivo y, como hemos dicho, una respuesta que nace de la desesperación; por ejemplo, un hombre puede verse arruinado de golpe, sumido en deudas, o prevé que puede estar en esa situación en un futuro próximo y, acosado por ideas catastróficas acerca del porvenir, empezar a maquinarse su acción violenta: cree que no podrá soportar verse sin nada de lo que hasta ahora ha conseguido, y mucho menos haciendo frente a deudas que lo someterán de por vida, y a esta idea lúgubre se suma su visión del futuro de sus hijos y de su esposa arruinado. La muerte de todos es, en este caso, una solución.⁷

Pero el familicidio nace también de la ira, de la capacidad de no perdonar el abandono de la mujer o la amenaza de llevarlo a cabo; aparece aquí, de nuevo, el «mal de amores» como generador de una situación de violencia total, puesto que no «sólo» se trata de matar a la esposa o ex esposa, sino de acabar con todo lo que él ha construido, lo que le pertenece, su familia, para que nadie más pueda disfrutarla, cuidarla, hacerla prosperar al margen de él. Aunque el asesino hubiera sometido a su familia —y particularmente a su mujer— a una vida miserable, esa realidad no cuenta, no tiene peso; él ya dijo que iba a cambiar, que necesitaba otra oportunidad, y también (se recrea en esto) les ha dado lo mejor de su vida, se ha desvivido por ella... y ahora, ingrata, pretende que lo pierda todo.

Cuando actúa la ira, el suicidio del agresor se da menos que cuando el motivo es la desesperación y la impotencia frente a un mundo que ya no puede soportar. La ira está conectada generalmente al rechazo amoroso. En octubre de 2010, la policía de Tarragona encontró el cadáver de una mujer de origen marroquí, de 26 años, y de sus dos hijos de dos y seis años, que habían sido apuñalados. Los vecinos alertaron a las autoridades al percibir el olor de la descomposición de los cadáveres. Se procedió a la detención de su marido, quien tenía una orden de alejamiento desde 2009.⁸ La ira se percibe en todo el episodio: los niños mueren apuñalados, no hay siquiera la mayor consideración que supone matar mediante la asfixia... y la madre está cubierta de cal viva en la bañera.

El padre que mata a los hijos

El padre que mata a los hijos y elige no matar a la mujer es, casi siempre, un esposo abandonado o amenazado de serlo. El hombre mata para castigar a la mujer, sabedor de que acabar con sus hijos y dejarla a ella con vida es un castigo mucho más cruel que matarla a ella, quien, al fin y al cabo, una vez muerta ya no va a sentir nada, y poco le importa en esa situación

las cuitas de los vivos que deja aquí en la tierra.

Hay mujeres que matan también a sus hijos, pero la razón pocas veces es el abandono del marido, y aun en estos casos la acción que promueve el crimen no es la ira sino la llamada de atención, la búsqueda de la pena y conmiseración del esposo al que se teme perder, como ocurrió en el célebre caso de Santomera, en Murcia, donde una mujer mató a dos de sus hijos pequeños, si bien respetó la vida del mayor. Lo habitual es que la mujer cometa el crimen como respuesta a la amenaza de perder a sus hijos frente a un padre que disputa su custodia o bien frente a las autoridades que pueden arrebatarla. El caso antes comentado de Lianne Smith en Gerona sería un ejemplo de esto último. Y un ejemplo de lo primero fue la muerte de dos niños de nueve y once años a manos de su madre, el 9 de octubre de 2010, en Valladolid. Los padres se habían separado hacía un año y el padre reclamaba la custodia de los hijos. Claro está que matar a los hijos para no perderlos revela un trastorno en la madre, un desequilibrio emocional que altera la natural protección que toda madre siente por sus pequeños. Ahora bien, en un caso como éste alguien puede interpretar que sería posible que la madre también quisiera castigar al padre por querer arrebatarle a sus hijos, luego podríamos introducir aquí un componente de ira, sobre todo si fue el padre quien urgió la separación («Antes que entregártelos, los mato», sería la idea detrás de esa acción atroz). No negaremos que tal intención pueda darse también, sin embargo nos reafirmamos en que todo ello es mucho más habitual en los hombres, de ahí su mayor protagonismo en este tipo de homicidios.

CAPÍTULO 10

Análisis criminológico

Un hombre normal

Los informes periciales realizados a José Bretón no muestran la existencia de patología alguna.¹ Tanto la evaluación realizada por el médico forense, doctor José Sáez Rodríguez, como por la psicóloga María Josefa Nieto Díaz, son concluyentes al respecto: no existe ningún trastorno mental ni tampoco una alteración grave o significativa de la personalidad. Por «trastorno mental» se entiende que las funciones relevantes de la psicología del acusado —inteligencia, capacidad de percibir e interpretar la realidad, autocontrol o capacidad para decidir y actuar de acuerdo con la propia voluntad— se encuentran dentro de la normalidad. Es más, de acuerdo con el examen de la psicóloga, Bretón tiene una inteligencia medio-alta o superior, lo que le ubica en un plano de mayor comprensión de los acontecimientos, toda vez que las variadas aptitudes que se engloban bajo el concepto de «inteligencia», en su caso, le permiten reflexionar en profundidad y tomar la decisión que, de acuerdo con sus valores, responde mejor a los problemas que plantea una situación dada.

No obstante, el doctor Sáez, recogiendo la información que le proporciona tanto Ruth como el acusado, destaca que durante la convivencia del matrimonio éste mostraba pensamientos y conductas obsesivos, tales como «lavarse mucho las manos, muy escrupuloso, no soporta los ruidos que se hacen al comer (se ponía taponos en los oídos durante las comidas), no soporta que se hable con la boca llena, no se sienta en un banco en la calle, no se agarra a las barandillas de los autobuses, etc.».² Tales rasgos obsesivos se iniciaron en la adolescencia, y a pesar de que Bretón asegura que ya no los presentaba en el momento de ser examinado, hemos de concluir que fueron constantes durante la mayor parte de su vida, ya que contaba 39 años en el momento de su ingreso en prisión.

El doctor Sáez hace un estudio exhaustivo, de gran nivel profesional. Examina a Bretón mediante electroencefalograma y escáner cerebral (TAC), y no halla nada anormal, al igual que en la analítica efectuada. Lo único que puede subrayar es lo que él observa con su experiencia y conocimientos en la entrevista realizada al acusado y a su mujer:

Del análisis de su psicobiografía se extraen algunos rasgos de su personalidad: excesiva sensibilidad a contratiempos y desaires, incapacidad para perdonar agravios o perjuicios, predisposición a rencores persistentes, reservado, puntilloso, celoso, acaparador, dependiente, controlado y rígido (...). Ruth, por su parte, lo define actualmente como vengativo, intolerante, capaz de cualquier cosa para conseguir sus objetivos, celoso, hipocondríaco, controlador, con mal carácter y envidioso.³

Pero nada de eso conforma un cuadro clínico relevante; no bastan esos rasgos para que pudiera ser diagnosticado de un trastorno obsesivo-compulsivo, el cual consiste en la presencia

de obsesiones (ideas, pensamientos o imágenes recurrentes) y /o compulsiones (conductas persistentes) que interfieren de forma significativa en la vida social, familiar y laboral de la persona que lo padece, y que se asocia con la depresión y la ansiedad.⁴ El forense no constata la presencia de estos últimos, ni de que tales obsesiones y actos compulsivos alteren de forma *decisiva* su mundo relacional o laboral; además, Bretón le refiere que nunca se ha visto *realmente* angustiado por su necesidad de que la gente coma con la boca cerrada, o por no contaminarse por tener que asir una barandilla o sentarse en un asiento público. No le falta razón al doctor Sáez: Ruth no pone el acento en esas manías, sino en el carácter o personalidad total de su marido: cuando lo define como, entre otras cosas de «vengativo, intolerante, capaz de cualquier cosa para conseguir sus objetivos y celoso», no habla de manías estúpidas sino de alguien que imposibilita una relación mínimamente feliz porque no está dispuesto a aceptar la necesaria flexibilidad y negociación que exige un matrimonio bien avenido.

Ahora bien, esta personalidad puede ser veneno para una relación, pero en sí misma no indica una patología; tanto el médico forense como la psicóloga descartan que su personalidad esté gravemente o significativamente alterada, como tampoco lo está su mente, según acabamos de ver. Los psiquiatras y psicólogos consideran que existe un trastorno de personalidad cuando el sujeto tiene «un modo de ser» que se aleja de lo que es común en nuestra sociedad, y además que ese modo de ser le causa angustia o bien le causa muchos problemas en sus relaciones sociales, familiares y laborales. A diferencia de los trastornos mentales, donde ponemos la atención en ver si las funciones mentales están alteradas (la percepción, el pensamiento, el lenguaje, el autocontrol), en los trastornos de personalidad nos fijamos en el modo en que el sujeto se conduce y relaciona en la vida diaria. Por ejemplo, alguien puede ser muy dependiente de otras personas, sin iniciativa, o bien evitar a toda costa el contacto con los demás. Si se cumplen una serie de criterios, podríamos decir que esas personas tienen una personalidad alterada o trastornada: trastorno dependiente y evitativo de personalidad, respectivamente.

Pero esto tampoco se da en el examinado. La psicóloga, después también de un exhaustivo análisis, en el transcurso del cual administra numerosas pruebas psicológicas a Bretón, sólo puede concluir la total normalidad de éste. Tan sólo destaca que su personalidad «está marcada por un rasgo excesivo de manipulación».

Para llegar a esta conclusión, la especialista constata que en muchas de esas pruebas el acusado pretende alterar los resultados dando una imagen falsa, es decir, en su intento de aparecer ante ella como una persona con rasgos muy positivos contesta las suficientes preguntas de los diferentes tests de un modo en que *no lo haría* una persona sincera, que deseara contestar con total honestidad a esas preguntas. Junto a esto, ese rasgo de manipulación se detecta también y se complementa con otros atributos cuando le administra dos pruebas proyectivas:*

Las pruebas proyectivas nos muestran una personalidad marcada por una fuerte afirmación del yo (narcisismo, autoritarismo, agresividad, individualismo, terquedad, obstinación), con problemas afectivos y un trauma o pérdida reciente. Sensible a las críticas, no olvida una ofensa o agravio. Adopta una actitud defensiva, ocultando sus posibles defectos y mostrando sólo una parte de sí mismo (la que le interesa para sus fines en ese momento). Sus relaciones interpersonales son pobres. Con un gran deseo de conservar sus pertenencias, le cuesta admitir los cambios en su vida, tiene un gran apego a las normas, sintiéndose cómodo con las rutinas establecidas (...). Trata de construir un refugio seguro donde vivir solo con sus seres queridos, alejados de los demás. Su mundo afectivo está completo así, no tiene necesidad de nadie, no se abre a nuevos afectos y si lo hace lo sopesará mucho.⁵

Mal de amores

Es posible que este «deseo de conservar sus pertenencias» que menciona la psicóloga hubiera sido exacerbado por la pérdida de una relación anterior, un hecho que se reveló traumático porque José Bretón parece que intentó suicidarse. Decimos «parece» porque el propio médico forense manifiesta sus dudas:⁶

En abril de 1997 tiene un intento autolítico: cuando tenía 24 años de edad ingresa en el Hospital Reina Sofía de Córdoba tras haber sido encontrado por su padre en la parcela familiar, dentro de un coche, sudoroso, frío y con restos de vómito. Al parecer había ingerido 80-90 comprimidos de Zolpidem® (que había acumulado porque se lo recetaban para el insomnio), varias cervezas y había dejado abiertas dos bombonas de butano de camping gas. Se realizó un lavado de estómago que encontró restos alimenticios, pero no de pastillas.

Es natural dudar de la auténtica intención de Bretón al no hallarse restos de una ingesta tan numerosa de somníferos, por eso el doctor Sáez señala «al *parecer* había ingerido 80-90 comprimidos de Zolpidem®», y resulta del todo procedente la pregunta que el forense le realiza a continuación en el sentido de si «el intento de suicidio era un chantaje a su antigua novia para que volviese con él», a lo que responde que no, «que cuando una relación se rompe, se rompe».⁷

La dudosa seriedad del suicidio se confirma porque, según relata el acusado, «al día siguiente de su ingreso expuso que se alegraba de no haber muerto, que ya estaba bien de ánimo (...) [que] había reflexionado y cambiado de opinión».⁸ El diagnóstico que recibió Bretón al alta fue «episodio depresivo grave sin síntomas psicóticos», es decir, que en el momento de cometer el hecho se hallaba bajo la influencia de un ánimo muy deprimido, pero que no presentaba una alteración de la percepción de la realidad como son las alucinaciones (percibir cosas que no existen) o los delirios (creencias irracionales que no se modifican a pesar de la evidencia en contra). Sea como fuere, lo cierto es que Bretón no se sintió cómodo hablando de este hecho con el forense, porque al principio negó que se quisiera suicidar o que pretendiera que los demás le creyeran en ese intento, para luego terminar reconociendo el hecho tras las evidencias que le mostró confirmándolo.

¿Por qué esa renuencia a reconocer un intento de suicidio o al menos «una puesta en escena» con el objetivo de que los demás —y suponemos que principalmente la novia que le rechazó— creyeran que de veras quería acabar con todo? Sabemos que la relación no duró mucho, apenas un año. Sin embargo, su impacto sobre el acusado fue realmente notable, por lo que sabemos que él hizo después. En realidad, la lectura que podemos hacer es bastante obvia: ya se intentara suicidar o sólo llamar la atención, tal comportamiento revela que este hombre se sintió abrumado por ese rechazo, producido cuatro meses antes del acto suicida. Hemos de suponer que durante todo ese tiempo José Bretón hizo todo cuanto estuvo en su mano para recuperarla, en vano. Entonces, sin llegar a comprender que la vida debía seguir su curso sin ese amor fracasado, realiza un gesto desesperado porque «ella no creyó en mí». La carta que escribe a un amigo no deja lugar a dudas:

Por fin he sido capaz de tomar una decisión por mí mismo. Podía haberme ayudado pero no creyó en mí [la chica]. Te pido que te hagas cargo de las dos cosas que te pido, porque en mi casa no lo van a entender. Y no van a querer hacer esas cosas.

Yo, don José Bretón Gómez, es mi voluntad que, después de mi muerte, mis órganos sean donados para trasplantes y mi cuerpo incinerado y las cenizas esparcidas por el mar.

Bajo ningún concepto quiero que mi vida sea alargada artificialmente.

En Córdoba, a 7 de abril de 1997

Ahora bien, los acontecimientos posteriores de la relación con Ruth revelan que este hombre

no aprendió realmente de esa experiencia lo que debería ser la conclusión natural de un amor truncado —y esto es particularmente cierto si la justicia declara finalmente que mató a sus hijos—, a saber, que no podemos obligar a que la gente nos quiera si no nos quiere, que no podemos embrujar a nadie para que se quede con nosotros si no nos ama, y que en definitiva el amor es cosa de dos y no puede imponerse. Ése es el aprendizaje doloroso que millones de personas han tenido que hacer para salir adelante, desde la noche de los tiempos, pero por desgracia no todos lo consiguen, y como vimos en el capítulo primero hay mucho dolor y actos desesperados como consecuencia de no ceder ante esa ley universal.

Malos tratos

Otro aspecto importante a estudiar en este caso se relaciona con los malos tratos que, según Ruth, sufrió a manos de su marido durante la convivencia, en particular a raíz del nacimiento de los niños, y singularmente del nacimiento del pequeño. Tal como ya hemos visto anteriormente, ella señala este aspecto de manera decidida:

Ruth explica a su abogada que «últimamente me humillaba y todo era una verdadera pesadilla. Me dijiste que no me veías fuerte para afrontar un divorcio pero lo necesito como el respirar. José puede cambiar del amor al odio en un abrir y cerrar de ojos, y tengo miedo por mí y por mis hijos. He vivido en el infierno y no quiero volver a él».

Se trata de una violencia psicológica, más insidiosa que la violencia física, y que afecta también a los niños: «Los niños le obedecen porque también le tienen miedo. También han sufrido los malos tratos del padre hacia mí y directamente hacia ellos. Los niños sólo querían salir de la casa. El ambiente era insoportable».

De acuerdo siempre con Ruth, ese ambiente insoportable se basaba en su personalidad y, en el caso de los hijos, en el desprecio que les manifestaba. Así, ella le describe del siguiente modo: «José es celoso, envidioso, obsesivo, machista, intolerante, nada comprensivo, no es cariñoso, no es atento, no es detallista, percibe perfectamente los defectos y debilidades de las personas y las destaca. Es rencoroso y es de los de “ojo por ojo y diente por diente”». Y por lo que respecta a los niños, ella ha manifestado que Bretón no deseaba tenerlos, y que desde el principio él dejó claro que serían de exclusiva responsabilidad de su madre: según contará Ruth ante el juez, «me dijo que no los quería y que si los tenía, yo me encargaría de ellos. Para él era antinatural que el hombre se encargara del cuidado de los niños». Su relación con ellos era fría y autoritaria, «no era cariñoso con ellos. Prácticamente no les tocaba... ni siquiera les besaba por las noches. Era muy estricto con ellos. No les dejaba actuar como niños».

De acuerdo con esto, es claro que los rasgos obsesivos —confesados por el propio acusado, aunque minimizados como «manías» que ya no le molestaban en el momento de ser evaluado por el médico forense— se extendían al trato con sus hijos; no se trataría sólo de que no los deseara, sino de un comportamiento derivado de la convicción lógica de que ellos podrían estar llenos de suciedad y, por consiguiente, corría el riesgo de contaminarse si los besaba o tocaba, algo que la abuela de los niños, Obdulía, también observó: «No quería que nadie se acercara a sus hijos y si los tocaban les preguntaba si se habían lavado las manos. Era celoso con el comportamiento de sus hijos y le molestaba que la gente fuera cariñosa con ellos».

Este patrón de abuso psíquico se acentúa también porque el acusado se queda en el paro en

2011 y ha de hacerse cargo de las tareas domésticas y de atender más a los niños. Tiene sentido así que quisiera marcharse de Huelva, donde estaba rodeado de la familia de su mujer y sin trabajo —algo que considera humillante— y para ello que despreciara el empleo de su mujer. Según le contará Ruth al juez, «la discusión de todos los días era que él quería irse a Córdoba. Me decía: “Tu contrato es una mierda, vas a estar mejor allí”. Me echaba en cara que no le había dicho que quería trabajar antes de casarme».

Finalmente, otro componente de los malos tratos se relacionaría con el aislamiento de Ruth con respecto a su familia, en particular de su madre Obdulia, a la que Bretón tildará de borracha y de mala influencia, y cuyo punto culminante será el episodio del biberón. Tal y como lo relata la madre de los dos niños perdidos: «El niño rechazó en varias ocasiones el biberón que mi marido había preparado. Lo probó y descubrió que la leche estaba salada». Como quiera que los botes de leche en polvo tenían en el interior ajo molido y sal, José Bretón culpó a su cuñada. «Ella lo negó y le dijo a José “qué bien te ha salido el plan”». A partir de ahí, Bretón va apartando a la familia de Ruth. «Me dijo que si veía a los niños [su cuñada] y él se enteraba, me atuviera a las consecuencias.»

En resumen pues, debido a la peculiar personalidad de José Bretón, donde dominan las necesidades personales y la preservación de sus exigencias derivadas de sus obsesiones y compulsiones, Ruth manifiesta que sufre una situación de violencia psicológica que se acrecienta en el tiempo (y que se habría manifestado en forma de señal en el hecho de que Bretón decidiera tachar a determinadas personas de la lista de invitados de la boda sin consultarlo con su futura mujer) y que se extiende a los hijos. Bretón desprecia el trabajo de su mujer y denigra a su familia. Si realmente éste puso la sal y el ajo en el biberón de su hijo, se trataría de una conducta planificada para tener una excusa con la que aislar más a Ruth de aquélla.

La carta

La carta que escribe José Bretón a su todavía esposa el viernes 7 de octubre es larga y compleja, ya que incluye diferentes temas que versan sobre la relación que ambos habían tenido durante el matrimonio, las razones de la separación y los sentimientos y propósitos que Bretón albergaba para corregir esa situación y recuperar a Ruth. Si leyéramos dicha misiva desde la teoría psicológica desarrollada en torno a la violencia conyugal, el diagnóstico sería evidente, ya que se trataría del habitual intento de reconciliación del marido abandonado quien, después de reconocer los errores cometidos por él durante la convivencia, plantea ahora profundos cambios después de realizar una firme decisión de enmienda. Sin embargo, en la carta podemos ir un poco más allá y, merced al análisis minucioso de su contenido, establecer algunas hipótesis acerca de la psicología de quien la redactó.

La carta se inicia señalando José Bretón la felicidad que lo embargó cuando conoció a Ruth: «Creí alcanzar el cielo cuando te conocí. Tú vales mucho y te lo mereces todo y, sobre todo, ser feliz, porque siempre transmites tranquilidad, paz y amor». Cuando ella aceptó salir con él, «al regresar a mi casa me decía: “Me doy un cabezazo con una farola porque no me creo la felicidad que invade mi cuerpo”». Esta descripción de Ruth como una persona extraordinaria y de los sentimientos de felicidad que le albergaban por conquistarla se repiten con insistencia en la carta, y el fin parece claro: demostrar a su mujer que él sabe valorarla y que realmente la amó de modo

intenso.

Sin embargo, en el relato de cómo se conocieron y de la aparición de esos sentimientos aparece una frase difícil de entender. Escribe Bretón que «nunca me había puesto a pedirle salir a una persona y ahora entiendo el porqué, porque no eras tú». Sin embargo, nosotros sabemos que años antes había amado mucho a una novia que tuvo —o al menos tal relación tenía mucha importancia para él—, ya que fue el abandono de ésta de la relación lo que motivó un intento (real o para llamar la atención) de suicidio, por el cual fue hospitalizado y diagnosticado de «depresión grave sin síntomas psicóticos». Entonces, ¿por qué dice ahora, en la carta a Ruth, que «nunca me había puesto a pedirle salir a una persona»? ¿Quizá porque fue ella quien le pidió salir, y en ese sentido él ahora no miente? Es una posibilidad, aunque improbable, considerando el comportamiento posterior de Bretón.

En todo caso, una vez que Bretón deja claro sus sentimientos hacia Ruth, lo siguiente es reconocer que él puede hacer que las cosas vayan mejor, que puede obrar de manera diferente a como lo hizo durante la convivencia, y que por ello es necesario que ella se avenga a hablar con él: «*Tú necesitas amar y ser amada, yo he cambiado porque quiero cambiar... Hay que hablar*». Hay un sentido de cierta urgencia o exigencia en esta aseveración, que se ve corroborado poco después cuando asegura que «*mi propósito de enmienda es total y no se va a volver a repetir*». Es decir, es ahora o nunca; si ella no acepta el hecho de que él ha cambiado y que tienen que reiniciar la vida en común entonces luego será demasiado tarde, porque ese propósito de cambio desaparecerá.

¿En qué consisten esos cambios proyectados? Lo cierto es que no queda claro, como tampoco el hecho de que él fuera realmente el culpable de que la relación se deteriorara hasta el punto de que ella le pidiera el divorcio. Así, con respecto a esos cambios tenemos, en primer lugar, que parece que Bretón reconoce que insistió mucho en que ella se ocupara de la casa, en vez de que dedicara su tiempo al estudio y al trabajo; hay probablemente un reconocimiento de que él se pusiera muy desagradable al tener que encargarse de llevar la casa cuando estuvo en el paro: «Ruth, yo no quiero una mujer esclava en la casa. Siempre he visto la justicia igual para todos. De hecho, con el tiempo me he dado cuenta de que las tareas del hogar, aunque aburridas y monótonas, me gustan. Incluso para mí es más fácil que tú trabajes, que tú te sientas más realizada, y yo ya con los niños más independientes, más descanso». Sin embargo, es notable que él no diga que obró mal en tales circunstancias, y que hizo tal y tal cosa que ahora lamenta, sino que más bien emplea un argumento muy indirecto, en forma de «yo no quiero una mujer esclava en la casa», dejando que la destinataria comprenda que su marido va a mejorar en ese aspecto.

En segundo lugar, Bretón zanja la cuestión de los cambios con una frase escueta: «Me he dado cuenta que tenía que darte más en todo». Lo que podría ser el inicio de una lista de confesiones o de cambios propuestos, se queda en nada. Por supuesto, uno puede pensar que ese «darte más en todo» ya es muy significativo, pero a nuestro juicio queda muy pobre, porque en realidad no especifica nada, no reconoce que actuó de modo lesivo o negativo, sino que se quedó corto en lo que él pudo darle. Hay una gran diferencia entre «dar poco» o no comprometerse del todo en la relación y realizar actos negativos o dañinos para la otra persona. Y esto último no lo reconoce en ninguna parte de la carta.

Por lo que respecta al reconocimiento de la culpa, es decir, al hecho de que Bretón reconoce sin lugar a dudas que él fue el responsable único o principal, encontramos diversos elementos de interés que nos hacen dudar mucho de que, en efecto, tal reconocimiento aparece en la misiva.

Lo que parece ser el reconocimiento más palmario de que él tuvo la culpa de la ruptura se

halla en este texto: «He fracasado contigo como marido, con los niños como padre, con tu familia e incluso con la mía. Como ya te he dicho, he fracasado por la sencilla razón de que os estoy perdiendo». Pero la interpretación más lógica de esto no es que él ha fracasado porque ha obrado mal, sino porque lo que hizo no fue bastante para retener a Ruth y a los niños. En otras palabras, es el resultado (que ella se marcha) lo que cualifica su actuación, no el reconocimiento explícito de que él causara esa situación.

Esta interpretación se ve apoyada por otras expresiones. Así, la incompreensión real de lo que hizo —siempre según Ruth— se ve nítidamente cuando escribe: «¿Qué es lo que nos separa? ¿Tanta repelencia te produzco?», para asegurar un poco más tarde que «las circunstancias no nos han favorecido, teníamos que haber pedido ayuda a los profesionales, por eso nos merecemos una segunda oportunidad...». Esto es, en realidad fueron las circunstancias, hechos ajenos a su voluntad, las auténticas responsables de que la relación naufragara, puesto que en realidad él no acaba de ver las cosas reales que de verdad les separan. Que él no asume en modo alguno los malos tratos que Ruth le atribuye queda claro por su pregunta: «¿Tanta repelencia te produzco?». Y finalmente resulta obvio que él y su todavía esposa están en mundos diferentes con respecto al origen o responsabilidad de los males que aquejaron a la relación, cuando Bretón concluye que «*si las cosas se desarrollaron con gran rapidez, en mi opinión, fue por mi dedicación excesiva a mi familia*», cuando lo que hemos visto hasta ahora —si creemos el relato de Ruth, su madre y amigos— nos induce a pensar que era precisamente su falta de interés en atender a su familia, el modo en que trataba a Ruth y a los niños, lo que provocó la ruptura.*

Mención especial merece, por la naturaleza del delito que se le imputa al acusado, lo que éste explica acerca de los hijos habidos en el matrimonio. Vemos que Bretón entiende la necesidad de que los niños tengan, en la medida de lo posible, un hogar donde estén ambos padres para atenderlos y educarlos. Es decir, no podemos sino aseverar que el padre de los niños comprende en su plenitud cuán necesitados están los niños de ser criados con las mayores garantías posibles y, como cualquier padre afirmaría, él es consciente de que su bienestar es la prioridad de una familia: «*Tenemos, que eso es muy importante, dos niños maravillosos*», y más adelante repite esta misma idea más ampliada: «No pienso defraudarte, tenemos, que eso es muy importante, dos niños maravillosos. Permíteme ayudarte con ellos en todo lo que les hace falta a diario, transmitiéndote paz, amor, felicidad... los niños lo ven todo».

Por otra parte, es también claro que un esposo que quiere recuperar a su mujer suele emplear el bienestar de los niños como un argumento legítimo para intentar recuperarla: «*Intentemos darle una vida ideal a los niños, ya sabemos los errores...*». Este punto, acerca de los errores, queda en total ambigüedad, ya que no hay manera de saber si tales faltas han sido cometidas por él solo o bien por el matrimonio. Lo más cerca que Bretón se halla de reconocer que no ha sido un padre ideal es cuando afirma que «*respecto a los niños, me he dado cuenta que, en mi afán de ser protagonista, no he dado todo lo que podía*». Este argumento en realidad es el mismo que utiliza en el caso de sus errores con respecto a la relación matrimonial, donde ya vimos que éstos no adoptaban la forma de conductas nocivas o psicológicamente dañinas hacia su mujer, sino tan sólo el «no haber dado más» de sí mismo en la relación. Y esto es justamente lo mismo que sucede ahora: no hay nada de esa violencia psíquica —la ausencia de besos, la imposición de normas estrictas como producto de sus obsesiones, y el hecho, sobre todo, de que dijera a Ruth de que ella tendría que ocuparse de los hijos, que eran cosa suya— que la madre señaló en sus declaraciones en repetidas ocasiones.

Finalmente, hay otro aspecto importante en la carta de Bretón, que es cuando menos desconcertante. Se refiere al hecho de que Ruth le haya comentado que desde siempre le ha gustado un chico, Jaime. En su intento de recuperarla le plantea un ofrecimiento que en nada se corresponde con el resto de la misiva, donde, según hemos visto, una y otra vez le pide la oportunidad de reiniciar la convivencia y una nueva vida: «Tú y él sois muy importantes el uno para el otro, pero... yo lo acepto y lo admito así (...). Yo no supondría un agobio para ti, al contrario, un remanso de paz, ternura y armonía, un amigo sin más pretensiones, alguien con quien compartir de forma personal, hablar, pasear, vivir la vida. Yo no puedo, ni quiero que renuncies a él, siéntelo y vive».

En efecto, resulta difícil creer que una persona que está haciendo un acto de contrición y que pide que vuelvan a ser una familia se contente ahora, simplemente, con ser «un amigo sin más pretensiones», y que vea con buenos ojos que quien es todavía su mujer no renuncie a esa persona, sino que se dedicara a «sentir y vivirlo». A nuestros ojos esto es definitivamente incongruente con todo el propósito de la carta, y no podemos considerarlo de ningún modo como una oferta sincera, pues si en realidad se quería contentar sólo con una amistad, ¿no hubiera sido esto algo mucho más fácil de conseguir aviniéndose al divorcio y manteniendo una excelente relación con ella y los niños?

Psicopatía

Hemos visto que los forenses coinciden en señalar que el acusado no presenta ninguna patología, tan sólo destaca una personalidad marcada por el rasgo de manipulación, y rasgos del trastorno obsesivo-compulsivo, pero sin llegar a completar los criterios de esta patología mental. Ahora bien, debemos considerar un hecho cierto, y es que, de acuerdo al informe de la psicóloga, Bretón invalida todas las pruebas psicométricas que miden el espectro de la patología o anormalidad, lo que quizá impide averiguar si padece la condición de personalidad denominada «psicopatía». Por otra parte, es importante recordar que la posibilidad de que el acusado fuera un psicópata fue una hipótesis que manejaron los policías que le detuvieron, debido a la frialdad y entereza que éste mostró durante todo el tiempo en que fue duramente interrogado e investigado. Y no debe olvidarse que, de manera explícita, la propia Ruth fue advertida de que su marido encajaba en este diagnóstico: «A finales de 2010 da un primer paso y acude al Instituto de la Mujer en Huelva para pedir ayuda psicológica y la derivan a una especialista que, tras escucharla, le dice que es una mujer maltratada y que su marido es un psicópata, “un lobo con piel de cordero”».

Pero ¿qué es, exactamente, la psicopatía? La psicopatía no es un trastorno, sino un cuadro de personalidad que se caracteriza por la incapacidad de amar, un extremo egocentrismo y la dificultad para sentir de modo pleno las emociones morales profundas, como son la compasión, la empatía, la piedad o la justicia. Una consecuencia de lo anterior es que el juicio o la valoración moral de una persona que presenta la psicopatía están teñidos del interés propio, si bien puede mostrar hacia el exterior una opinión socialmente más aceptable, en contra de su auténtico criterio, ya que son muy diestros en mentir y en manipular a las personas con las que se relacionan.

Podemos preguntarnos si un individuo así no está gravemente afectado en su capacidad de llevar una vida socialmente realizada. Y la respuesta es que así es, pero que eso no es obstáculo

para que se abstenga de dañar a otra persona de modo antisocial o ilegal. Esto es, el psicópata sabe lo que hace a la perfección, distingue claramente entre lo que está bien y lo que está mal, pero simplemente es algo que no le preocupa si posee metas o intereses que le motivan lo suficiente como para conculcar la ley.



La intensidad de la psicopatía y el contexto social determinan la manifestación conductual del trastorno.

FIG. 1. Rasgos y manifestaciones de la psicopatía.

En ningún código penal de Occidente la psicopatía está considerada como un trastorno mental (salvo que existan indicios orgánicos como lesiones o afecciones producidas por un tumor, por ejemplo), es decir, que nadie puede solicitar ser considerado penalmente irresponsable o que le apliquen atenuantes a la condena en virtud de padecerla. La razón es que «ser un psicópata» le convierte a quien lo es en alguien con una gran capacidad para ser violento o dañino, pero no incapacitado para evitar actuar de este modo.

En la figura 1 se presentan las diferentes manifestaciones de la psicopatía, dependiendo de los atributos individuales del sujeto (por ejemplo, su inteligencia o autocontrol), la intensidad de los rasgos psicopáticos y el contexto social en el que el sujeto se desarrolla (clase social, empleo, nivel de estudios). En contra de lo que suele creerse, un psicópata no es siempre un asesino en serie, ni siquiera tiene por qué ser un delincuente: lo que caracteriza a este cuadro de personalidad es *la falta de conciencia en un sentido amplio*. Con ello queremos decir que los controles o frenos que habitualmente tiene la gente y que le impide ser violenta aun en situaciones de provocación se hallan ausentes en los psicópatas. La conciencia se construye en torno a una serie de principios morales que internalizamos porque los aprendimos de nuestros padres y otros adultos relevantes en nuestras vidas como los profesores. A su vez, tal aprendizaje es posible porque, a medida que crecemos, vamos profundizando en nuestra relación afectiva con ellos, viéndolos como sustentadores de nuestro bienestar y nuestra autoestima.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando esa capacidad emocional para la vinculación con los demás está gravemente afectada? Entonces no tememos su desaprobación por cometer errores, ya que en realidad no nos importan. Y si perdemos ese miedo no construiremos principios éticos sobre lo

que es ser «una buena y una mala persona», porque tales principios o criterios morales los asumimos, precisamente, porque son importantes para las personas con las que nos vinculamos afectivamente. E igualmente, sus recompensas por obrar bien serán menos importantes que las que podemos adquirir haciendo nuestra voluntad, aunque ello suponga actuar de forma contraria a esos principios morales que nos quieren inculcar.

En la figura 1 vemos que una de las manifestaciones de la psicopatía es la delincuencia, con frecuencia acompañada del consumo de alcohol y drogas (pero no siempre). Pero, como hemos dicho, muchos psicópatas no son criminales, sino que están integrados, es decir, a pesar de que la relación con los otros es siempre deficiente —en el sentido de unilateral y poco auténtica— y ventajista, no son delincuentes ni cometen crímenes atroces. Sin embargo, es obvio que estos sujetos tienen más probabilidad que cualquier otro de volverse violentos, si por algún motivo pierden su capacidad de autocontrol.⁹

La tabla 1 presenta el listado de los rasgos habituales que la investigación ha ido desgranando a lo largo de doscientos años (desde que el médico francés Pinel describiera la condición a principios del siglo XIX), y singularmente desde los años sesenta del siglo pasado hasta la actualidad. Vemos que tales rasgos pueden clasificarse en dos grandes apartados. El primero comprendería aspectos de la conducta y del estilo de vida como la impulsividad, la irresponsabilidad, el estilo de vida parásito, la ausencia de metas realistas, la búsqueda de emociones fuertes, la promiscuidad sexual y echar la culpa de sus faltas a los demás. Por su parte, el segundo grupo abarcaría elementos de la experiencia emocional o afectividad del sujeto (egocentrismo, la incapacidad para amar que sustenta la posibilidad de la conciencia, la falta de empatía, la ausencia del miedo ante la perspectiva de realizar una transgresión y dificultad para aprender de la experiencia), y del modo en que éste se relaciona con los demás, tales como la mentira y la manipulación, el sentirse superior a los demás (yo grandioso o narcisismo) y el encanto superficial o engañoso —que oculta las verdaderas intenciones y por ello obtiene la credulidad del individuo al que explota.

También figura en este listado la posesión de una buena inteligencia, aunque tendríamos que matizar que probablemente esto es cierto en los psicópatas integrados, pero no en aquellos que tienden a tener una historia delictiva larga y que han sido diagnosticados como psicópatas en las cárceles o en los tribunales.

TABLA 1. Rasgos típicos de la psicopatía en la investigación

Insensibilidad ante las emociones ajenas/falta de empatía	Egocéntrico
Falta de profundidad emocional o conciencia	Grandioso sentido de autovalía (narcisismo)
Historia de mentira patológica y engaños	Relativamente sin miedo
Impulsividad e irresponsabilidad	Buena inteligencia
Echar la culpa a los demás	Encanto superficial/carismático
Incapacidad para aprender de las experiencias adversas	Manipula a los otros
Estilo de vida parásito	Falta de metas realistas a largo plazo
Incapacidad para amar y para otras relaciones emocionales	Vida sexual promiscua
Alta necesidad de estimulación	Tendencia al aburrimiento

De lo dicho hasta ahora se desprende que *no existe un único perfil de psicópata*. Algunos destacan más por sus rasgos de comportamiento antisocial y vida errática, y son los principales candidatos a convertirse en delincuentes consumados, de inicio precoz y autores de delitos graves y numerosos. Otros, aunque son criminales y delincuentes, nadie lo sabe o lo ha podido probar, pero debido a que han gozado de acceso a buenas escuelas y universidades, y a que son inteligentes o muy taimados, y a que han desarrollado un autocontrol superior que les permite no ser diáfananamente antisociales, dirigen organizaciones mafiosas u ocupan cargos en la política, o desempeñan negocios y empleos que les permiten ganar dinero y poder mediante prácticas corruptas e inmorales. Los asesinos en serie que llevan una «doble vida», es decir, que junto a una familia respetable y/o una actividad laboral regular protagonizan una historia oculta de asesinatos por el placer de cometerlos, entrarían también en esta categoría.

Como es lógico, si estos psicópatas son delincuentes ocultos, porque nadie sabe de esa actividad o no ha podido ser descubierta por la justicia aunque algunos particulares la conozcan, son igualmente con respecto a la sociedad en su conjunto psicópatas integrados, es decir, sujetos que parecen del todo individuos corrientes o, mejor aún, incluso personas dignas de admiración, si es que ese encanto superficial y habilidad para la manipulación lo tienen en grado notable.

Y éste es justamente el punto al que queríamos llegar: cuando la psicóloga que recibe a Ruth lo describe como «un psicópata», y cuando los policías que investigan a Bretón tienen la sospecha de que éste pueda serlo, se están refiriendo a que mostraría los rasgos esenciales de un psicópata integrado que, sin que la gente lo sospeche —o al menos los no allegados a la víctima—, está ejerciendo ya una actividad delictiva o violenta —el maltrato psicológico hacia su familia— y, lo que es peor, podría ser alguien capaz de hacer algo mucho más grave. Es cierto que en su historia no figura actividad criminal alguna; no hay antecedentes de violencia que pudieran fundamentar el temor de que fuera a cometer ese hecho grave. Tal miedo o advertencia se basa en los rasgos que hemos descrito como formando parte del segundo grupo o apartado, aquellos que definen el mundo emocional y relacional del psicópata: egocentrismo, falta de empatía y de conciencia, capacidad de manipulación, etc.

Es decir, si José Bretón fuera un psicópata, lo sería no por sus rasgos de estilo de vida y

comportamiento irresponsable y errático —que son los que poseen también, junto a los otros, los delincuentes crónicos y más intensos—, sino por su capacidad para no sentir de verdad amor hacia los suyos, para no reconocer sus faltas y echar la culpa a los otros, por la ausencia de remordimientos o de conciencia.

Son estos aspectos de su personalidad los que están detrás del miedo de Ruth y de su madre. Tal y como vimos en un capítulo anterior, cuando el 15 de septiembre de 2011 Ruth le dice a su marido que quiere separarse de él, lo hace con temor: «Yo tenía miedo a las represalias. Siempre me dijo que si alguien le hacía daño iba a por él. No sabía cómo iba a reaccionar». Y en el documento que le escribe a su abogada, indica que «José puede cambiar del amor al odio en un abrir y cerrar de ojos y tengo miedo por mí y por mis hijos. He vivido en el infierno y no quiero volver a él». Un temor que se extiende a sus hijos, por ello añade: «Los niños le obedecen porque también le tienen miedo». Claro está que Bretón había hecho cosas negativas, su comportamiento había sido —a juicio de Ruth y de familiares y amigos— mezquino, controlador, nada afectivo (sobre todo en los últimos años de convivencia) con su familia, pero nunca le había puesto la mano encima a su mujer, siempre prefería marcharse, como si esa forma de reaccionar ante las frustraciones le permitiera autocontrolarse. Entonces, ese miedo, repetimos, no viene principalmente de lo que él ha hecho durante la convivencia con Ruth y los niños, sino de lo que ella imagina y teme que él *puede hacer*, porque de algún modo —sin que ella sepa el concepto o al menos tengamos constancia de que lo sabía— ella presiente, intuye, que *podría* ser un psicópata, esto es, alguien sin conciencia y sin emociones *reales* que *podría cometer* un hecho inimaginable en una persona de la que no se sospechara que lo fuera.

Es muy significativo a ese respecto esta declaración suya, correspondiente al periodo de mayor deterioro de la convivencia, después del episodio en el que Bretón acusa a su cuñada de echar sal en el biberón y se marcha solo a Córdoba: «En una ocasión le puse la mano en el hombro para preguntarle si quería cenar conmigo. Me gritó “a mí no me toques”. Sentí miedo», dice Ruth. «[Bretón] nunca estaba *arrepentido*. Siempre me *manipulaba* para conseguir lo que quería. Yo le obedecía para evitar que se enfadara y tomara represalias porque no sabía cómo podía reaccionar.» Falta de sentimientos de culpa y capacidad de manipulación, dos de los rasgos más característicos de la psicopatía.

Amenazas

Ahora bien, ese miedo también está fundamentado en expresiones que realizó el propio José Bretón —si creemos a quienes declararon que las escucharon—, como si él hubiera querido dar validez a los temores de la familia materna de los niños. Así, en la fiesta de cumpleaños de la pequeña, una de las madres que asistió comentó a la policía que Bretón «haría lo imposible por quedarse con la custodia de los niños; que no le gustaba la familia de Ruth y que se encontraba enfadado por la situación y por lo que le había hecho Ruth abandonando el piso de El Portil (...). Metió temas de custodia y decía que él quería pelear por la custodia única. *En un momento me llegó a decir que esperaba que no se le fuera la pinza porque no sabía de qué era capaz*».

Que sepamos, ésta es la primera vez que se conoce que José Bretón formula dos tipos de amenazas, una implícita y otra más explícita. La implícita está recogida por el enunciado de que pretendía pelear por la custodia única, algo que resulta del todo improcedente si en realidad él

había manifestado a Ruth desde el principio de la relación que él no deseaba tener hijos y que si ella quería tenerlos tendría que encargarse de todo. Esto es, el acusado consideraría que una forma de castigar o vengarse de su mujer podría ser privándole lo más posible del contacto con sus hijos, algo que lograría si él obtuviera tal custodia. Por supuesto, las probabilidades de que consiguiera ese régimen de convivencia con sus hijos están más en el reino de la ficción que de este mundo, particularmente con los antecedentes del padre en su dedicación hacia ellos, por consiguiente si la declaración de la testigo es cierta —y no imaginamos por qué tendría que mentir en un asunto tan delicado—, Bretón se estaría dejando llevar por su imaginación a la hora de pensar en escenarios donde su mujer podría sufrir dolores intensos y prolongados.

Ahora bien, como es lógico, la amenaza más clara y preocupante es la explícita: esperar que «a alguien no se le vaya la pinza» porque «no sabe de lo que es capaz» no es algo tranquilizador, porque muchas veces significa lo contrario, es decir, deseo de que ese descontrol o desinhibición ante la violencia suceda, se torne realidad porque el odio hacia el destinatario de tal acción va siendo cada vez más apremiante. Es lógico que tal amenaza alertara a quien lo pronunció porque se diese cuenta de lo que implicaba, y quisiera rebajar la alarma, pero esto no sucedió de modo rápido o instantáneo según salían las palabras de su boca, sino que tuvo que hacer un esfuerzo para salir de la ofuscación en la que estaba metido. Según la misma testigo: «Pensé que era fruto del acaloramiento pero él me daba a entender que me hablaba firmemente. Yo le matizaba que [el problema] era con Ruth, y él se percató de que me estaba dando cuenta de la magnitud [de lo que había dicho] y me decía que con los niños no era, que los niños eran lo más importante y que lo que no quería era que se le fuera la pinza con Ruth». Y más adelante: «Sé que eres trabajadora social y no me entenderás, pero a veces justifico el maltrato a las mujeres».

A otra madre de las amigas de su hija, José Bretón le comentó que Ruth «le estaba amargando la vida», dándole a entender que estaba con otro hombre; «que su suegra era una borracha».

Según otra testigo, «decía que ella le estaba engañando, que no le gustaba cómo trataba a los pequeños y que se quería llevar a su hija Ruth a Córdoba porque era más mayor y le daba menos trabajo». Además, «se refería a su mujer como “la hija de puta esa”. Estaba crispado e irascible. Su hermano le pidió que no hiciera tan evidente cómo se sentía».

Pero parece que Bretón se halla en una espiral de ideas de venganza que no puede detener. Una invitada relata: «Me comentó que en las separaciones siempre perdía el hombre y que entendía que existiese algún tipo de violencia o de maltrato físico a la mujer. Daba a entender que las mujeres merecían esa violencia porque eran las culpables de las rupturas sentimentales, por eso él iba a ir a por todas». Le dijo: «Ésta se cree que se va a ir de rositas y se va a enterar».

Decir «que las mujeres se merecen esa violencia» y que Ruth «se cree que se va a ir de rositas y se va a enterar» es del todo inquietante, sentimiento que se acrecienta con la declaración de otra testigo: «Escuché cómo José Bretón le decía a su cuñado [Estanislao]: “Eso no se hace, a mí no se me hace siendo como soy”».

De acuerdo con todas esas declaraciones, hemos de concluir que el temor que atenazaba a Ruth y a su madre desde el día en que aquélla planteó a su marido la separación, parece tomar ya cuerpo el día 2 de octubre, en la fiesta de la pequeña. Sin embargo, si realmente José Bretón es declarado culpable de la desaparición y/o muerte de sus hijos, estas amenazas implícitas y explícitas no se concretaron en la persona de su entonces mujer, objeto de sus iras —«la hija de puta esa», la «que cree que se va a ir de rositas y se va a enterar»—, sino en la de sus hijos, es decir, precisamente en aquellos que no tenían culpa de nada y que, según dijo, «eran lo más importante».

Dos niños perdidos

Según comentará Ruth, el día 8 de octubre, cuando sus hijos desaparecen, José la llamó por teléfono y le ofrece una explicación sencilla de los hechos, como si éstos los hubiera decidido el destino o el azar: «¿Qué quieres que te diga, Ruth? Estaba en el parque y he perdido a los niños. Yo estaba con los niños y me ha tocado a mí».

Sin embargo, todo lo visto hasta ahora nos lleva a pensar que tiene que haber algo más, por lo menos porque es natural pensar lo peor cuando dos hechos coinciden en el tiempo de forma sospechosa, como son la carta del viernes 7 de octubre ya comentada extensamente —que provoca el temor de Ruth, ya que entiende que es más bien un ultimátum para que regrese a la convivencia que ella calificó de «un infierno»— y la desaparición de los niños del día siguiente.

Hoy en día sabemos dos hechos ciertos. Que Ruth no contestó a la carta, ni atendió a las numerosas llamadas que le hizo su marido, por temor a contrariarle diciéndole que no deseaba volver con él, ni tampoco hizo aprecio o comentario alguno por las rosas recibidas, unas llevadas por el propio Bretón en persona cuando se citó con ella para hablar y entregarle la carta, y las otras el mismo sábado por medio de un taxista. Las llamadas llegan hasta las 14 horas del sábado... ¿Estaba Bretón haciendo un último intento para no llevar a cabo algo profundamente perturbador, que apenas se puede pronunciar por el horror que encierra?

El segundo hecho es que ahora sabemos que los sentimientos de los que hablaba Bretón en esa famosa carta no eran ciertos, sino que todo era una artimaña para recuperar de nuevo a su esposa. Lo dice él mismo, y no tenemos por qué dudar de su palabra, sobre todo después de haber concluido en el análisis de aquélla que había muchas cosas extrañas que al menos ponían en duda la sinceridad de lo que allí se decía.

Antes vimos que el marido abandonado no llega a reconocer de manera clara su responsabilidad ni en la infelicidad de su mujer en la convivencia ni en su posible falta de entusiasmo a la hora de relacionarse con sus hijos. Sólo llegaba a admitir, como vimos, que pudo «haber dado más» en ambos casos. Pero, seamos justos, José Bretón dedica muchas lisonjas a Ruth, y reitera lo feliz que fue cuando ella aceptó salir y casarse luego con él. E incluso tenemos que reconocerle la audacia de proponerle una especie de convivencia «a tres bandas» si ella le acepta de nuevo, aunque sea de amigo, porque él entiende que ella quisiera «sentir y vivir» el amor que ella le ha dicho que siente por Jaime desde siempre.

Pero esa carta resultó ser una estafa. Ya había razones fundadas para pensarlo en su lectura atenta, sobre todo si se pone en relación con lo manifestado por su autor unos días antes con motivo del cumpleaños de su hija, en donde muestra sin tapujos —a decir de los testigos— su animadversión hacia Ruth por haberle dejado y su «temor» a que perdiera el control e hiciera algo grave, no contra sus hijos —como una testigo dijo que había pensado al oírle—, pobres, ellos son «lo más importante», sino contra «la hija de puta esa», la «que cree que se va a ir de rositas y se va a enterar».

La confirmación viene por lo anotado en su informe por el «policía sombra» de Bretón: «Ruth se había puesto en plan intransigente total y que por ese motivo [Bretón] se había tenido que bajar los pantalones en la carta que le había escrito, en la que le decía cosas que no pensaba, pero que sabía que a ella le iban a gustar. Que “la gran puta” ni le había contestado a la carta».

Pero no sólo eso: sabemos también de su boca que en realidad *nada* de esa carta era verdad; ya no se trata sólo de que «tuviera que bajarse los pantalones», quizá en ese ofrecimiento que debió escocerle mucho para que compartieran su compañía Jaime y él, sino que ni siquiera la quería de verdad, y ni mucho menos fue el hombre más feliz en la tierra al conocerla. Así, de acuerdo con el informe del policía asignado a seguirle en todo momento, Ruth «*es una hija de puta. Lo digo aquí, lo digo delante de un juez y donde sea*». Y continúa: «La insulta en repetidas ocasiones (...). Se muestra muy dolido hacia su mujer y da la sensación de que carece de empatía (...). Hablando mal de su mujer se siente cómodo. Le gusta hablar de ello y dice *que no la quiere, que cree que nunca la ha querido*, que le pareció que era una buena persona cuando la conoció y que por eso se casó con ella, que *él no quería tener hijos y que ahora que los tenía era él quien los tenía que cuidar* (...). Muestra resentimiento porque Ruth trabaje y más aún que hiciera un máster. Que él cedió en eso aunque no le hacía gracia porque estaba más tiempo fuera de casa».

Sorprende el odio del acusado, sus insultos rotundos, sin mostrar ninguna compasión por una madre que ha perdido a sus dos hijos por su causa. No hay nada parecido a un examen de conciencia que le llevara al menos a decirse que su ex esposa le había hecho daño, pero que ahora la pobre estará pasando por un tormento insufrible, del cual al menos él ha tenido algo que ver, aunque sólo fuera por negligencia o mala fortuna, como él sostiene.

En estas declaraciones vemos que Ruth decía la verdad cuando afirmó que él nunca quiso tener niños y menos cuidarlos. El propio Bretón se lo dice al policía. ¿En qué más acertó la madre de los hijos perdidos? ¿Hasta qué punto estaba también ateniéndose a los hechos reales cuando manifestaba temor por sus pequeños al llevarse los el padre? Este retrato que hace de su entonces marido produce una gran zozobra, porque puede encerrar la solución a todo este enigma:

Proyecta una apariencia amable con extraños, mientras que mantiene su verdadero carácter en ámbitos más íntimos. José es una persona vengativa. Tiene ánimo de revancha frente a aquellos que considera que le han perjudicado de alguna manera.

En el informe del policía podría estar la ofensa definitiva, el agravio imperdonable: «Dice que *siempre hizo todo lo que Ruth quería y no entendía que ahora, “la gran puta” le hubiera dejado tirado*. Lo que más le enoja es que no les dijera a los niños que ella le había dejado, “sino que les contara que papá se iba a trabajar fuera de casa”».

Ahora bien, ¿qué significa exactamente que él había hecho todo lo que ella quería? Tal y como él lo vive, debemos entender aquí que irse a vivir a Huelva, tener los hijos cuando él no los deseaba y permitir trabajar a Ruth mientras él se quedaba con las tareas del hogar fueron concesiones duras que se avino a dar para que siguiera el matrimonio.

Es claro que Bretón tiene un grave problema emocional que contamina su modo de pensar sobre las cosas. Cuando él afirma que «*soy el que paga y aquí se folla todos los días, tanto si ella quiere como si no*», entiende que él ha de estar al mando de la convivencia, y que más de lo que él ha concedido ella no le puede exigir. Claro que él no ve cómo su odio a la familia de su mujer emponzoña la relación, y que sus intentos de alejarla de ella prueban que en realidad tales concesiones no son sino —nos tememos— estrategias para retomar la vida más cómoda y fiable en la Córdoba de sus padres. Y tampoco ve que su falta de cariño hacia los hijos difícilmente puede ser ignorada por su mujer aun cuando él aceptara al fin ser padre. Y que permitirle que trabajara no podía compensar que él viviera su rol de cuidador de la casa como una humillación e hiciera de la convivencia un infierno.

Él está —así lo siente en cada poro de su piel— genuinamente molesto, furioso. ¿Quién es

ella para dejarlo tirado? ¡Después de todo lo que él ha hecho por ella!

Bretón es un hombre consumido por la ira. Ni siquiera el dolor brutal, inimaginable infligido a Ruth, por haber perdido a sus hijos, a los de su mujer, le sirve para frenar esa cólera. «Es impulsivo, autoritario conmigo y con mis hijos; les grita incluso en presencia de extraños», había dicho de él Ruth. Pero Bretón no piensa en eso, porque él no se ve como alguien vengativo, impulsivo o autoritario; él no se ve como esposo que se consume en celos injustificados que de algún modo ha de dominar... Él no cree que tuviera que sufrir a una familia política que apoyaba a su hija en sus pretensiones laborales mientras él estaba en el paro, ni que tuviera que ocuparse de unos hijos que no había querido tener nunca.

Que la propia madre de José pensara que él había sido el causante de la desaparición de sus nietos encoge el alma. La policía escribió que ella pensaba *«que su hijo ha hecho desaparecer a los niños a cosa hecha, no pudiendo precisar si les ha hecho algo malo o se los ha dado a otra persona para que los esconda»*. Cuando una madre piensa que su hijo es capaz de causar un mal tan enorme —aunque sólo fuera su secuestro, su ocultamiento en un lugar donde seguro estarían atemorizados y quién sabe si sufriendo privaciones, unos niños tan pequeños—, y si tal ansiedad se suma a otras ansiedades y temores —los de Ruth y su familia, los del cuñado de Bretón que oculta los cuchillos en una de las visitas que éste realiza a su casa— hemos de pensar en serio en la posibilidad de que haya detrás un fundamento digno de tener en cuenta.

El secreto de Bretón

Sabemos que en una conversación por teléfono Ruth le espeta al acusado: «Tú me has quitado a los niños, tú me los devuelves».

Ahora bien, ¿es esto posible? ¿Era algo que estaba todavía dentro de la voluntad de José Bretón, si éste en efecto hubiera urdido esa desaparición? Dentro de comisaría el responsable de la investigación que sigue en vilo toda España, Serafín Castro, se sienta frente él. «José, ¿qué has hecho con los niños, dónde están?». Bretón responde: «Éste es mi secreto, no se lo puedo decir, entiéndame, es mi secreto».

¿Cuál es el secreto de Bretón? Ante todo, se trata de un secreto guardado entre numerosas mentiras y contradicciones, entre explicaciones vagas e incoherentes. Y no nos referimos ahora únicamente a lo dicho en cuanto a la desaparición de los niños, sino en lo referente a lo contado por él a raíz de la separación, a sus sentimientos reales y los fingidos, a todo el embuste de su carta y la posterior declaración que realiza ante el juez, donde niega odiar a Ruth a una pregunta directa de la abogada Reposo Carrero:

RC: El policía manifestó que usted dijo que Ruth era una hija de puta... ¿Usted empezó a odiar a su mujer?

B: Para nada. Ni aun ahora todavía la odio, pues fíjese cómo la iba a odiar antes. Es que ese sentimiento no lo tengo yo en el cuerpo.

La presión a la que le somete la letrada es insistente; sus preguntas sobre su supuesta tendencia homosexual son afiladas, ella está dispuesta a que Bretón pierda el paso. Pero, tal y como ocurriera ante los policías que lo interrogaron con denuedo, el acusado nunca pierde el control de sí mismo cuando está siendo objeto de escrutinio por parte de todos los que participan en el proceso judicial.

Dadas sus explicaciones incoherentes, otros muchos habrían confesado en caso de ser culpables. La impresión de que guarda, en efecto, un secreto, se ve incrementada por las también numerosas vacilaciones, olvidos y respuestas incoherentes que ofrece su familia cuando es cuestionada por el juez instructor. Podemos entender la actitud de la familia del acusado que, tras los primeros días de consternación, en los que la madre de José Bretón y su cuñado expresan claramente su temor a que José «hubiera hecho algo a los niños», parece arrojarse para librarlo de la acción de la justicia que, día tras día, va acumulando indicios de su culpabilidad.

Pero ese entendimiento se resquebraja o cede ante el hecho moral de que, tras la corrección de los resultados del análisis de la hoguera de Las Quemadillas, ahí yacen los restos humeantes de Ruth y José. Este hecho moral se adentra en lo irreparable e inerrable, pues las palabras se tornan en triviales para describir todo el horror que encierra esa doble muerte, ya que la evidencia forense parece incontestable: si hay restos de niños de corta edad en esa hoguera, entonces han de ser, necesariamente, los de los hijos perdidos.

Claro está que José Bretón es un hombre que tiene la presunción de inocencia hasta que la justicia declare lo contrario. Pero el punto esencial está en contestar a la pregunta que ahora mismo se yergue como acusación del Estado ante este hombre: ¿cómo pudo un padre matar a sus dos hijos pequeños y luego —es de suponer— quemarlos en una pira? Y ante esta posibilidad —más que razonable, según documenta el fiscal y la acusación particular—, ¿cómo es que la familia del acusado no se plegó ante el dolor insoportable de que esos dos nietos y sobrinos hubieran sido asesinados de un modo que desafía toda comprensión? ¿Qué daño habían hecho esos niños? ¿Por qué habrían perecido en la finca de los abuelos de Bretón?

Una explicación la habría dado la ex mujer de éste, Ruth, cuando calificó a su familia política de «una secta». Según esta opinión, los Bretón estarían tan unidos que incluso una infamia como ésta podría ser ocultada y aun perdonada con tal de proteger a uno de los suyos. En este sentido, la violencia que supuestamente el padre habría ejercido sobre su hijo —de acuerdo a sus comentarios ante la psicóloga que le examinó, único momento en que ésta vio que José se emocionaba— no sería sino un síntoma de una familia cerrada, capaz de contener entre sus límites actos reprobables, una familia que lavaría en su normalidad externa todos los trapos sucios. La reacción de Catalina ante su marido, José Ortega, por las indiscreciones que éste cometió ante los policías y que podían incriminar a su hermano, no deja lugar a dudas, como atestigua el diálogo registrado en la escucha telefónica: «(...) *ahora hay que buscarle un abogado, pero tampoco puedo dejar a mis padres solos en casa ni encargarme de nada y todo gracias a ti*».

De hecho es la propia Catalina quien, en sus declaraciones, pone un énfasis especial en desactivar la teoría de que su hermano pudo haber matado a sus propios hijos como consecuencia del abandono que sufrió por parte de su mujer, al tiempo que lo ensalza como un progenitor responsable: «José es un padre muy sensible aunque no muy afectivo en los gestos hacia sus hijos porque no quería que fueran unos hijos mimados, pero nunca le vi pegarles. Desde que se separó de su mujer ya no se comportaba con genio con sus hijos. Mi hermano es muy sensible y ante cualquier problema que le surge se enfada y no lo afronta con tranquilidad y madurez». Y en otro momento: «Creo que mi hermano se encuentra bien tras su separación. No creo que le guarde más rencor a Ruth del que se pueda considerar normal en este tipo de situaciones».

Sin embargo, debemos ser capaces de leer entre líneas. La afirmación de que Bretón «es muy sensible y ante cualquier problema que le surge se enfada y no lo afronta con tranquilidad y madurez» puede encerrar la negación a todo lo afirmado por Catalina en el párrafo anterior, pues no afrontar «con tranquilidad y madurez» los problemas significa que uno actúa movido por el

desasosiego y la ansiedad, y en su obrar cabe todo lo que no es «maduro», todo lo que sería impropio de alguien que tuviera amplitud de miras, sensatez y unos criterios morales sólidos. Y por otra parte, «es muy sensible» bien puede interpretarse como que «se altera de modo irrazonable» o «enseguida se ofende».

Esto nos lleva al meollo del asunto. ¿Qué persona sería capaz de matar a sus propios hijos y luego reducirlos a ceniza en una hoguera? El secreto del que habla Bretón, si él hubiera matado a sus hijos, *consiste en el formidable desafío que nos arroja a todos a la cara, sabedor de que, por mucho que nos esforcemos, eso es algo que no comprenderíamos jamás*, en el sentido de que seríamos incapaces de poder argumentarlo utilizando el sentido común, esto es, la forma de razonar que es propia del hombre cabal y responsable de su vida y de las que le son confiadas a su cargo. El secreto de Bretón tiene una continuación o una finalización en el comportamiento que él mismo muestra ante todos después de consumarse el hecho: aunque horrorizados, podríamos entender ese doble asesinato como «un ataque de locura» si posteriormente al doble parricidio hubiera optado por suicidarse, como hemos visto que ocurre con frecuencia en aquellos que matan a toda o parte de su familia, quienes se vuelan la tapa de los sesos como expresión última de desesperación. Pero lejos de esto, Bretón no reconoce en absoluto la autoría de los hechos que se le imputan y se comporta como una persona que se sabe en una situación límite, donde va a jugarse pasar el resto de su vida en libertad o entre rejas. No hay asomo de arrepentimiento porque él sostiene que no tiene culpa alguna. Es más, ante la continua presión de la policía niega todo, aunque sea a costa de dar explicaciones incoherentes y en clara contradicción con aquello manifestado por él mismo en presencia del policía sombra y de las testigos de la fiesta de la niña pequeña, donde quedaba claro que tenía un odio muy intenso a Ruth —«la hija de puta esa», la «que cree que se va a ir de rositas y se va a enterar»—, si bien en esa animadversión parecía darse felizmente su comprensión —al menos racional— de que no habría de hacerle nada a los niños, porque ellos eran «lo más importante».

Probablemente, el caso más próximo acaecido en España sería el triple asesinato de Elche, ocurrido en 2005.¹⁰ Las víctimas fueron también los dos hijos de la misma edad de los de Córdoba —seis y dos años—, y la mujer. Cuando se presentó en febrero de 2008 ante el jurado y el tribunal que le juzga, el acusado, José María Maciá, se calificó a sí mismo en los momentos de matar a su familia entera como un «títere en manos de Dios y del diablo». Aseguró que la noche en que cometió el triple crimen fue Satán el que obró por él y reiteró tener la conciencia tranquila porque ahora «el Altísimo» le ha perdonado.

La desvinculación que mostró con los asesinatos fue tal que se refirió a sí mismo en tercera persona, como *«aquel hombre que llevaba un mazo en la mano y sólo quería matar y destruir»*. El mismo hombre que, como reconoció, siguió impregnando la noche de alcohol y cocaína en varios clubes de alterne tras llevarse por delante a su familia a mazazo limpio. «Aquella noche era una bestia y nadie podía pararme. El pecado me alcanzó y no tenía ningún motivo para matar a mi familia pero lo hice», sentenció.

El ministerio público, la acusación particular y la acción popular pidieron para él 60 años de cárcel al concluir que sabía lo que hacía en todo momento. La defensa solicitó la absolución por un estado de enajenación mental transitoria —es decir, por perder la razón durante la comisión de los asesinatos—. Pese a reconocer que asesinó a su familia, se mostró reticente a entrar en detalles y resolvió sin apenas inmutarse que ya había pasado página. Durante el juicio, declaró que *«ese pasado no va conmigo. Ahora soy una persona nueva porque Dios me ha perdonado»*,

replicó a las preguntas del fiscal. Insistió una y otra vez en que no era consciente de lo que hacía porque había vuelto a caer en las drogas, tras un año y medio rehabilitado. A las preguntas del ministerio público sobre cuál fue el germen de su reacción «tan brutal», respondió con evasivas: «No me quiero ni acordar. Si usted tiene dudas, yo también las tengo, así que no se preocupe».

El jurado, sin embargo, no consideró que Maciá tuviera una excusa válida que oponer ante la exigencia de la ley, y obró en consecuencia considerándolo plenamente culpable de la atrocidad cometida en su domicilio familiar.¹¹ En su resolución, el jurado consideró probado que Maciá, tras salir del trabajo en una obra la tarde del 12 de abril de 2005, consumió alcohol y drogas sin determinar junto con un compañero de trabajo. Al filo de la una de la madrugada, se dirigió al domicilio familiar, en el barrio del Pla, en el centro de Elche. Entró en la vivienda y tras encender la luz del cuarto de baño para no despertar a su familia cogió la maza de la obra que llevaba ceñida a la cintura y se dirigió al dormitorio de la mujer y la mató con varios martillazos en la cabeza. Luego, mató al hijo mayor que dormía en la misma cama que la madre. Y, finalmente, se dirigió a la cuna donde dormía el pequeño y con la misma maza lo mató.

Tras el brutal crimen, lavó la maza en la ducha, comprobó que no tenía demasiados restos de sangre en la ropa, se perfumó, cogió el dinero que tenía ahorrado su mujer y se fue con su amigo de trabajo a un club de alterne. El agresor fue arrestado a la mañana del día siguiente en la pedanía de Torrellano cuando se disponía a sacar dinero de un cajero para comprarse ropa nueva.

Pero a pesar de la extrema brutalidad de este triple crimen, dos hechos destacan al compararlo con lo que supuestamente habría realizado José Bretón. En primer lugar, José María Maciá reconoce su culpabilidad, aunque bien es verdad que su apresamiento casi posterior y evidencias halladas en la escena del crimen no le dejaba otra alternativa, y que igualmente se trata de un reconocimiento suavizado o minimizado por su idea de que en aquellos momentos estaba bajo los efectos de las drogas y no era sino un «títere en manos de Dios y del diablo», esto es, que él en aquellos momentos no era él en el sentido auténtico, el que se corresponde con su personalidad y modo de ser íntimo, sino alguien enajenado, incapaz de tomar las riendas de su vida. Planteado así este escenario, el homicida ilícito reconoce que fue el autor del triple crimen pero que no era responsable del mismo, ya que la responsabilidad requiere el dominio de los actos por los que va a ser juzgado, extremo que él niega por su grave adicción y las maniobras de Satanás.

La segunda diferencia estriba en el modus operandi del crimen. En Elche hay, probablemente, una acción súbita, una idea sobrevenida de dar muerte a su familia, quién sabe si por la idea absurda de que de ese modo ya nadie le reprocharía ser un drogadicto o por desear vivir una vida licenciosa sin tener que cargar con el fardo de una familia detrás. Quizá hubiera pensado en eso con anterioridad, es un extremo que no podemos saber, pero a modo de imágenes y sensaciones vagas, como ensoñaciones tan horribles que no hubieran sido plenamente conscientes por quien las hubiera imaginado. Pero lo cierto es que todo en esa escena del crimen revela improvisación: la elección del arma, que claramente se puede identificar como suya, la huida con la misma ropa de la usada para el triple homicidio, la huida absurda para seguir bebiendo y tomando drogas en un club de alterne, y el hecho de pretender comprarse ropa nueva para deshacerse de la ensangrentada haciendo uso de un cajero automático. No hay, en esencia, plan de huida alguno; no hay el diseño de una mínima coartada: es sólo cuestión de horas que la policía lo detenga y lo acuse de ser un asesino despiadado. Y en efecto, nada más ser detenido, Maciá confiesa.

Nada de esto sucede en el caso de Ruth y José. Aquí —si el fiscal y el acusador particular

están en lo cierto— hay un plan, si no excelente, al menos diseñado con anterioridad para matar a los niños y librarse el autor de los homicidios. Este plan de hecho resultó efectivo durante un año, pero sólo porque se dieron dos circunstancias fuera de lo común. En primer lugar, su familia parece que prefirió cubrirle antes que ser leal a la memoria de los niños, eligió el ser todos una piña antes que considerar que los pequeños Ruth y José merecían una cierta forma de reparación por la ignominia de sus muertes en forma de una justicia implacable en la tierra, que permitiera al menos un consuelo a Ruth y a su familia y en realidad a todos los que asistimos sobrecogidos al devenir de la investigación judicial. En suma, aunque en extremo débil, la coartada que presenta José Bretón ante los policías, la ausencia de una prueba concluyente consigue que el apoyo de su familia —retractándose de ese inicial «José le ha hecho algo a los niños»— le mantenga al menos incólume ante la acusación de asesinato, si bien no, conforme van yendo las cosas, de secuestro y desaparición de los niños. La segunda circunstancia excepcional fue el error en la identificación de los huesos de la hoguera de Las Quemadillas. Como hemos visto, ese error fue monumental y supuso alargar la investigación durante casi un año. Si el análisis forense de los restos de esa hoguera hubiera sido preciso, el plan de Bretón hubiera caído como un castillo de naipes. La policía, siguiendo el protocolo más ortodoxo de la investigación criminal, habría reparado pronto en las contradicciones del acusado y, una vez sopesado su historial de suicidio y su personalidad, así como su relación con su mujer, y desde luego después de escuchar a José Ortega y a la propia madre de Bretón decir que éste había hecho algo a los niños, hubiera llegado a esa hoguera y, desde luego, ahí habría acabado la historia.

Si Bretón fuera culpable, la aparición temprana de los huesos de esos dos niños de seis y dos años hubiera hecho mucho más difícil la defensa numantina realizada a lo largo del año pasado por el acusado y su familia. Estando todo mucho más reciente, el horror de ese doble crimen contra natura hubiera sido más difícil de soportar tanto para el uno como para la otra. Fue la dilación, la imposibilidad de demostrar que el padre había tenido algo que ver con la desaparición de sus hijos *a ciencia cierta* lo que permitió construir la ficción al acusado y su familia —en criterio del juez instructor— de que, en efecto, esos niños estaban desaparecidos, tomados por alguien desconocido y retenidos en un sitio inimaginable. Esa ficción se completaba con la recreación de la personalidad de Bretón y su relación con Ruth y sus hijos: lejos de ser un hombre egoísta, poco empático, machista e intolerante, José era una buena persona y muy sensible; en vez de odiar a muerte a su mujer por haberlo abandonado y de construir toda una sarta de mentiras en la carta que le entrega el viernes 7 de octubre —un día antes de la desaparición de los niños—, donde proclama su amor eterno y su felicidad por haberla conocido, el acusado llevaba bien la separación y había superado todo, ya que nunca la odió, «ese sentimiento no lo tengo yo en el cuerpo»; y al contrario de ser un padre renegado, un hombre que nunca quiso tener hijos y que dijo a su mujer que, de tenerlos, ella tendría que encargarse por entero de ellos, Bretón en esa nueva realidad habría sido siempre un padre entregado, quizá muy estricto para no mimarlos.

Se trataba de una ficción que ni Ruth ni en general el público aceptaban, particularmente a medida que el tiempo iba pasando, y se conocían las pruebas que ponían de relieve que Bretón no había entrado en el parque en compañía de sus hijos. Pero al sucederse los meses éste se hace fuerte, observa asombrado que los huesos de los niños han pasado desapercibidos, y se cierra en su mutismo y en sus breves explicaciones fragmentarias. Es muy posible que la familia pensara que aun cuando José fuera condenado, nadie podría poner el rótulo de «asesino» en él, o al menos no la justicia, que es quien al fin etiqueta los hechos para la posteridad; una condena por secuestro y desaparición está cerca, pero no habla de asesinato... Y de ese modo aún tendrían la posibilidad

de sostener a modo de respuesta ante las recriminaciones populares y de los medios que «nadie probó que José matara a sus hijos», y que «el auténtico culpable todavía está suelto». Porque sólo habría indicios, muy fuertes sí, pero ninguna «pistola humeante» en manos del acusado que ineludiblemente le señalara como asesino ante Dios y ante los hombres.

Desvelando el secreto

Así pues, lo que podemos hacer aquí es, en función de la información de que disponemos, intentar contestar a la pregunta que subyace a la acusación del Estado representada por el ministerio fiscal: si José Bretón mató a sus hijos, ¿por qué lo hizo? Relacionada con esta pregunta está también la cuestión de ¿cómo es posible que lo hiciera? La primera busca una explicación, por extraño que parezca, pero que nos oriente en el entendimiento de los motivos que el acusado tuvo para realizar tal acción. Por descontado, no se trata de «comprender» en el sentido de compartir tales razones, sino de enhebrar la línea de razonamiento que llevó a Bretón a tomar esa dramática decisión, al menos para que nosotros, desde fuera del torbellino de los acontecimientos, podamos relatar lo que movió al acusado a obrar así. Ese relato no es imprescindible para que el crimen se castigue: el tribunal sentenciador no precisa saber el porqué de un hecho, le basta con determinar si el acusado es culpable o no del mismo; en ausencia de circunstancias que pudieran quitar responsabilidad al autor, sus motivos son cosa suya. Ahora bien, no cabe duda que ayudar a comprender el relato del delincuente, lo que quiere reflejar con su crimen —puesto que todo asesinato esconde detrás una historia que marca la biografía de su autor— completa y da un sentido más profundo a la condena, si es que ésta se produce.

En efecto, al fallar el tribunal que un hombre ha de ser condenado por algo, esa condena no sólo es una retribución por el delito cometido, sino que al tiempo sanciona que sus razones no eran válidas para obrar de ese modo, y esta amonestación es tanto más clara cuanto que la «historia» detrás del crimen es más infame, porque entonces la condena restalla con la fuerza de la indignación de la sociedad ante esa exhibición de vileza.

La segunda pregunta, la de ¿cómo es posible que lo hiciera?, apela a las emociones, al instinto básico de todo ser humano de proteger a sus hijos, y entra de lleno en el asunto de *qué clase de hombre es* quien realiza un hecho de tal naturaleza. Es decir, aquí se apela no a sus motivos para el presunto asesinato, sino a cómo se puede tener el deseo y la voluntad de realizarlo, cómo se puede vencer, primero, la natural resistencia que todos tenemos a hacer daño a un niño y, segundo, cómo fue posible eso si además los niños son nuestros hijos. Aquí estaría el debate sobre una personalidad como la de Bretón, sus valores, así como la existencia o no de una patología mental.

El móvil

La pregunta del porqué o del móvil encuentra diferentes caminos para llegar a la respuesta final.

Por una parte sabemos que, a pesar de ser un hombre con un coeficiente de inteligencia superior a la media, José Bretón no ha destacado por haber triunfado en la vida. El abandono de

sus estudios de Derecho, su truncada carrera militar y la situación de paro en la que se hallaba en 2011 después de desempeñar trabajos poco cualificados, dan fe de ello. Esto marca una gran diferencia con el estatus logrado por Ruth: licenciada en Veterinaria, con un máster, con un empleo cualificado en la Junta de Andalucía en Huelva.

Sabemos, por otra parte, que Bretón tenía dificultades en el terreno de las relaciones interpersonales, y en particular en cómo afrontar las dificultades ante las complejas emociones que se suscitan al relacionarse en el terreno amoroso. Por una parte, está la cuestión de su pensamiento obsesivo: esas «manías» de limpiarse continuamente por temor a contaminarse, el comer con tapones en los oídos para no oír masticar a los comensales, el no usar las barandas de autobuses y escaleras, todo esto hace difícil la vida diaria y exige para quien la comparte un plus de afecto para soportarlo. Tales rasgos, por otra parte, aunque no cualifiquen para un diagnóstico psiquiátrico de trastorno obsesivo-compulsivo, añaden una tensión permanente en el sujeto que los padece en forma de un ánimo depresivo y ansiedad, ya que ha de estar en guardia permanente para no verse afectado por esas cosas que no soporta; por ello la investigación ha destacado la presencia frecuente de los rasgos obsesivos en sujetos que actúan de forma violenta e impulsiva,¹² es decir, en sujetos en los que la presión les desborda y fallan en el control emocional.

De hecho, diversos especialistas señalan que un modo que tienen estos sujetos de controlar los impulsos violentos es a través de esa exigencia en los demás por cumplir con las normas estrictas de las cosas que les agobian (por ejemplo, que los demás no toquen a sus hijos) y, por supuesto, en la realización de sus propias compulsiones de limpieza y otras.¹³ En el caso que nos ocupa, sabemos que Bretón se marcha cada vez que se enfrenta a una situación difícil, no la afronta, lo que podríamos interpretar como su último recurso una vez que ya no puede mantener bajo control los acontecimientos que le rodean.

Esta incapacidad de hacer frente a los problemas, esta inmadurez, ha sido reconocida, como vimos en páginas precedentes, incluso por su propia hermana Catalina, si bien dentro de un intento de poner en primer plano sus buenas cualidades. Otra prueba de ello se encuentre en su deseo de no estar alejado de su familia de Córdoba, fuera del círculo protector de los suyos, de ahí su insistencia para que el matrimonio dejara Huelva y fuera a vivir allá.

Pero es evidente que hay que prestar especial atención a su relación con las mujeres y con los niños. Hemos leído anteriormente en numerosas ocasiones que, ante el primer gran fracaso amoroso de Bretón, éste responde con un intento de suicidio, aunque parece que no fue real, sino más bien un modo de recuperar a su amada por medio de un gesto dramático. Se trata, desde luego, de una forma «inmadura» de responder ante un hecho de esa naturaleza, pero que revela desde el principio el modo tortuoso de querer arreglar un problema, esto es, de lograr lo que él anhela.

Que este hecho generara en él una actitud hostil hacia las mujeres o dicha actitud ya estuviera presente con anterioridad no tiene mucha importancia. Sabemos, en virtud de las declaraciones de las testigos que asistieron al último cumpleaños de la niña, que Bretón había dicho que *«sé que eres trabajadora social y no me entenderás, pero a veces justifico el maltrato a las mujeres»*, y en otro momento que *«me comentó que en las separaciones siempre perdía el hombre y que entendía que existiese algún tipo de violencia o de maltrato físico a la mujer. Daba a entender que las mujeres merecían esa violencia porque eran las culpables de las rupturas sentimentales, por eso él iba a ir a por todas»*.

Y si nos referimos a los niños, tanto Ruth como el policía sombra relatan que Bretón no

quería tener hijos, y que si Ruth los quería, tendría ella que hacerse cargo de ellos. Ahora bien, ¿podría ser esto una apreciación que luego, con el devenir del ejercicio de la paternidad, se corrigiera para dar paso a un genuino amor hacia los hijos? Los hermanos de Bretón así lo aseguran, pero es difícil leer sus declaraciones apostando por su sinceridad, considerando las incongruencias de las mismas. Tiene más lógica pensar que esas normas draconianas que Bretón impone a sus hijos —en parte para que no transgredan sus órdenes en términos de contaminación y limpieza, y ruido al masticar, y en parte porque no le gustan los niños, como ya avisó a Ruth— coadyuvaron a un ambiente poco afectivo en las relaciones entre el padre y los niños, lo que se vería confirmado por la declaración de Ruth de que su ex marido «no era cariñoso con ellos. Prácticamente no les tocaba... ni siquiera les besaba por las noches. Era muy estricto con ellos. No les dejaba actuar como niños». La propia abuela materna también registró este hecho: «No quería que nadie se acercara a sus hijos y si los tocaban les preguntaba si se habían lavado las manos. Era celoso con el comportamiento de sus hijos y le molestaba que la gente fuera cariñosa con ellos».

Pero es que, además, reviste una especialísima importancia que tanto el cuñado de Bretón como su madre manifestaran cierta sorpresa que el padre de los niños se hallaba implicado en su desaparición (*«que su hijo ha hecho desaparecer a los niños a cosa hecha»*), lo que sin duda refleja que también su propia familia conocía el poco afecto que aquél tenía para con sus hijos, pues, de lo contrario, ¿por qué extraer de inmediato esa conclusión nada más ser notificados por la policía?

Finalmente, no podemos dejar de mencionar las amenazas vertidas por Bretón en la fiesta de cumpleaños de su hija. Son amenazas muy serias, no sólo por lo que dicen («no se va a ir de rositas») sino porque deja a las claras que ya en esos días se había puesto en marcha un proceso para desquitarse de Ruth. Se trata de una maquinación que nace de un odio profundo («la gran hija de puta»), que ni siquiera cede ante la magnitud del dolor que estaba sufriendo la madre a raíz de conocer la desaparición de sus hijos, como lo indican los comentarios que el acusado hace al policía sombra mientras está siendo investigado.

El móvil, entonces, por increíble que parezca, es el viejo desquite, la ancestral venganza para compensar o equilibrar el agravio sufrido. La abogada de Ruth, Reposo Carrero, lo dijo con claridad meridiana, al señalar que la desaparición de sus hijos supone «la mayor agresión por ser abandonado y como venganza por ello».

Sí, venganza, pero no sólo. Mediante el crimen, el acusado se enfrenta a su temor de ser un don nadie, de sentirse un fracasado, al lograr mantener el control de la situación. En realidad, su carta era su último intento de volver a tener un lugar central en la vida de su pareja; sin ella, los niños no parece que significaran nada, puesto que sabemos que sólo accedió a tenerlos por insistencia y ruegos de su esposa. Por eso la carta del viernes 7 de octubre está llena de mentiras e incluso contiene la surrealista proposición de «compartirla» con el hombre que atraía a Ruth. Todo valía si al fin conseguía su propósito. Ya había puesto sal y ajo en el biberón de su hijo para apartarla de su familia; ya había ejercido una violencia psicológica silente y cerrada, con una agresividad pasiva, esto es, más en forma de negarse a hacer cosas y colaborar, de sabotear la convivencia, de mostrar hostilidad y resistencia.

Puede resultar paradójico, pero al provocar con la desaparición de los niños esa enorme conmoción, José Bretón ya no puede volver a ser ignorado por Ruth, ella que le inflige un último insulto al no contestar siquiera a la misiva del día anterior. Ahora, cuando los niños desaparecen, él de nuevo puede sentir que está al mando; primero como padre afligido, y luego, una vez que se

pone en el punto de mira como autor de los hechos, como la persona que dice tener la clave para encontrar a sus hijos. El psiquiatra Charles Ewing escribe que «el típico asesino de la familia está mucho más preocupado por perder el control que por perder a su mujer o a sus hijos».¹⁴ En efecto, él no quiere a Ruth, como él mismo reconoció; es el hecho de perder su autoridad, su escudo frente al dolor de sentirse un fracasado y un perdedor, lo que le mueve a actuar. Ruth o su novia anterior, o cualquier otra, son intercambiables.

Ira y venganza para responder al abandono, al hecho de que su mujer le ha humillado; pero también el miedo a perder el control, a perder su lugar como el responsable de la familia, el miedo como mecanismo que exige un método expeditivo para volver a sentirse importante. Éstos son los aparentes motivos de José Bretón, y no son nuevos, porque se han dado diversos casos de asesinos de sus familias que han mostrado ese patrón.¹⁵

Sin embargo, el misterio o secreto de Bretón no está tanto en su móvil, sino en la forma en que eligió satisfacer esa venganza. Puesto que si tanto rencor guardaba a Ruth, ¿por qué no dirigir sus iras hacia ella, como tantos agresores de mujeres abandonados hacen, o al menos incluirla entre sus víctimas junto a sus hijos? ¿Cómo es que eligió matar a su hijos —como sostiene el ministerio fiscal—, a quienes repetidamente, tanto antes como después de su detención, consideraba lo más importante de su vida, y respetó la vida de quien le había insultado y humillado?

La «tríada oscura»: un hombre no tan normal

¿Cómo es posible que alguien haga algo así? Un investigador renombrado en el ámbito de la violencia escribió que «si bien los agresores de mujeres pueden parecer poderosos en términos de fuerza física y los recursos con los que cuentan, suelen ser claramente impotentes si nos referimos a sus recursos psicológicos y emocionales, incluso hasta el punto de depender de sus parejas para mantener su sentido de identidad».¹⁶

La cita se refiere a los recursos psicológicos y emocionales positivos o constructivos, a los que permiten establecer vínculos sólidos con las personas y dar un sentido a su vida; no se dice que no puedan usar otros recursos, que no puedan emplear medios diferentes para lograr sus fines. Precisamente, la agresión física o psicológica es la alternativa de muchos individuos cuando la razón y los acuerdos dialogados, basados en el respeto y aprecio mutuos, no están entre sus planes. La «violencia es muda»,¹⁷ impone el deseo de quien la ejerce sin dar la posibilidad al otro de que opte por otras alternativas en la vida, porque niega la libertad de quien la padece.

José Bretón emplea la violencia psicológica durante el matrimonio a partir del nacimiento de los niños, cuando las exigencias de éstos le van relegando a un lugar cada vez más secundario, que difícilmente su ego necesitado de aprobación constante puede tolerar; por eso resulta tan fuera de lugar y nos chirría su declaración al capellán de la cárcel, cuando sabemos que él no quería tener a los niños y encargó a su mujer la tarea de criarlos por sí misma: *«A mí me ha llegado a decir que la madre dormía tranquilamente y sin embargo yo estaba toda la noche pendiente de mi niño y de mi niña»*.

Ahora bien, una vez producida la herida narcisista, el golpe y desafío del abandono de Ruth, esas estrategias ya no sirven. Ruth está fuera de su vida, y si quiere seguir controlándola primero tiene que recuperarla. Y si no puede hacerlo, entonces ha de emplear otro método para sentirse

poderoso e importante y para vengar la afrenta.

A diferencia de lo que escribió el juez de instrucción, cuando afirma que «*si lo que pretendía el encartado era causar el mayor mal posible a su esposa en despecho por la que consideraba humillante ruptura de la relación matrimonial, es evidente que la solución que menos problemas podría acarrearle era la de matar a sus dos hijos y hacerlos desaparecer*», nuestra opinión es que Bretón no mata presuntamente a los niños por comodidad, o al menos no es ésta la razón principal: es cierto que en apariencia los mata para *causar el mayor mal posible a su esposa*, pero para ello necesita que Ruth siga viviendo, que recuerde cada día que sus hijos ya no están. Su angustia es la prueba de que ahora él vuelve a ser poderoso («necesito que estén a mi lado, que sepan que los quiero y que no los he dejado solos. (...) Soy capaz de perdonar y olvidar si vuelvo a ver sus caritas y a escuchar “mamá”»). De ahí ese fuerte deseo de que Ruth vaya a verlo, como relató Juan David, que le visitó tres veces en la cárcel («me dice que quiere ver a Ruth, que quiere ver a Ruth y que quiere verla»).

Pero la pregunta aún sigue pendiente de respuesta: ¿cómo es posible que un padre mate a sus hijos?, la misma pregunta que se hace Ruth cuando todavía tiene esperanzas de recuperar a sus hijos («¿con quién me casé y con quién sigo casada?»).

Los forenses no hallaron ninguna patología mental ni de la personalidad en José Bretón, lo que significa que, ante la ley, éste no puede escudarse con el pretexto de que su entendimiento o voluntad estaban alterados en el momento de planificar y realizar la «desaparición» de los niños (desde luego eso sólo sería posible si el acusado admitiera su culpabilidad, cosa que no se ha producido cuando escribimos este libro). Ahora bien, lo anterior no es equivalente a decir que este hombre es alguien del todo normal, sólo que ante la ley es plenamente responsable.

Hay personas que, aun siendo efectivamente del todo responsables ante la justicia, tienen personalidades distintivas o especiales, entendiéndose por esto que en su forma de interpretar la vida y de comportarse presentan unos rasgos diferentes, que la mayoría de la gente no muestra, al menos con esa intensidad. La psicopatía, comentada en páginas anteriores, sería una de esas personalidades «especiales», cuya manifestación plena sólo se daría en el uno por ciento de la población.¹⁸ Pero por otra parte, vimos que los llamados *psicópatas integrados* son mucho más numerosos, porque no cometen crímenes o son capaces de ocultarlos con mayor astucia y determinación. Estos sujetos destacan en los rasgos de la *insensibilidad afectiva* (afecto superficial, falta de empatía, ausencia de sentimiento de culpa) y la *relación interpersonal manipuladora* (que engloba rasgos como la mentira, hipocresía, dar una imagen falsa positiva y ego inflado o narcisismo). Tienen una mayor capacidad de autocontrol y probablemente son más inteligentes que los psicópatas que están en las cárceles, en parte porque han tenido más oportunidades para estudiar y relacionarse con gente con vidas convencionales y productivas.

La psicopatía, entonces, incluye en su concepción componentes narcisistas y manipuladores. De hecho, existe una importante investigación que señala que hay una parte de la sociedad que manifiesta la denominada «tríada oscura»,¹⁹ compuesta por la psicopatía integrada, marcados rasgos narcisistas y un estilo de comportamiento manipulador o «maquiavélico». *La psicopatía aportaría a esta tríada, sobre todo, la ausencia de conciencia: la falta de empatía, la crueldad, los afectos superficiales, el pobre sentimiento de culpa. Por su parte, el *narcisismo* pondría el acento en el hecho de atribuirse prerrogativas que no debería, la necesidad de ser considerado poderoso o admirable, la arrogancia y la voluntad de someter o explotar a los otros.²⁰ Finalmente, el *maquiavelismo* aporta un modo de relación que persigue mediante el engaño y la manipulación el

propio beneficio del individuo.

Se denomina la «tríada oscura» de la personalidad porque existe un factor común, que podríamos denominar «carácter malévolo», donde primaría en el individuo que lo sustenta la consecución de los deseos personales a costa de la explotación o perjuicio de las personas con las que se relaciona, exhibiendo en ese comportamiento falta de empatía, capacidad de manipulación y agresividad más o menos velada. Otra forma de denominar a esta tríada oscura es la de considerarla compuesta por «rasgos propios del espectro de la falta de conciencia».

Nuestra hipótesis es que José Bretón posee este carácter malévolo: lo que hemos estudiado de este caso nos lleva a pensar que él presenta tanto una psicopatía integrada, como unos rasgos pronunciados de narcisismo** y maquiavelismo. Como decimos, esta «tríada oscura» no lo convierte en un trastornado, en alguien «anormal» ante los ojos de la ley, pero sí en una persona más capacitada de lo «normal» (más de lo que el común de la gente está preparado) para explotar y agredir a los otros, para violentarlos y maltratarlos, para engañarlos y causar su infelicidad.

La lectura atenta de los capítulos anteriores nos lleva a esa conclusión. Su obrar es maquiavélico (manipulador, tramposo): sus cartas a Ruth, a la sociedad y ante el juez contienen burdas argumentaciones que sólo un ingenuo puede creer, pero que revelan ese intento torticero, esa pretensión de que le crean. (*«Yo soy la persona más dócil, yo soy feliz teniéndole preparadas las cosas a mi mujer, teniendo a los niños arreglados, que me vean con mis niños llevándolos al médico, a la guardería y que la gente me diga: “Uy, qué padre más bueno”.*») ¿Cómo considerar esa solicitud suya de que le liberen de la cárcel para así poder encontrar a los niños? ¿Y su pretensión de que su cuñada fue la que echó sal y ajo en el biberón del niño? ¿Y su comentario de que alguien le dejó una carta en la que se le explicaba que tenía la solución al enigma de la desaparición de sus hijos? ¿Cómo no sentir un poco de pena ante el espectáculo del padre Vicente creyendo a pies juntillas lo que le refiere José, y haciendo de su valedor ante la opinión pública?

Pero él no se desviará de su plan; ante todo, mostrar ser una persona decente, normalidad absoluta, pero esto es más difícil de simular ante los profesionales del Instituto de Medicina Legal. Cuando es evaluado por los forenses se esfuerza en manipular los resultados; en todos los tests que le administra la psicóloga para detectar patología responde para dar la mejor impresión posible, para ocultar sus obsesiones, su personalidad «especial», quién es en realidad. Es remarcable, por ejemplo, que en el inventario que mide empatía —la capacidad para saber y sentir lo que siente el otro— Bretón obtenga las puntuaciones máximas. ¡Él, que considera que las mujeres se ganan a pulso que las maltraten y que no tolera que su mujer rehaga su vida sin su presencia!

Ahora bien, Bretón no es tonto. Cuando su ex mujer va a visitarle dando a entender implícitamente que podría volver con él si le devuelve a los niños, no se mueve un centímetro de su cantinela. No pica, sabe que reconocer su autoría es su perdición. Ha de seguir con su plan maquiavélico, con sus trampas, mentiras y medias verdades, y con Ruth visitándole eso le ha de producir una honda satisfacción; ella necesita creer todavía en la posibilidad de que sus hijos aún pueden regresar, y se devana los sesos y desespera por averiguar cualquier indicio, cualquier cosa que resulte útil para encontrarlos (*«salí con la sensación de impotencia al no saber distinguir en qué parte de la conversación me estaba mintiendo o no»*). ¿Por qué entonces esas cartas, esas reclamaciones de protagonismo para descubrir la verdad, esas mentiras que nadie puede creer? Aquí es donde entra en juego el narcisismo. A él le gusta sentirse el centro de atención; es más, durante unos meses «su caso» será una de las noticias más importantes en los informativos. ¿Cómo

resistirse a hablar, a ofrecer teorías conspiratorias que enseguida son comentadas y analizadas por todo el mundo? La propia Ruth y su entorno se ven obligados, a su pesar, a responder cada vez a las insinuaciones y mentiras directas que plantea su ex marido, muchas veces por vía del capellán, un hombre que confía en la bondad de Dios y no distingue al lobo del cordero (*«Padre, algún miembro de la familia de mi mujer ha querido fastidiarme de verdad»*).

Recordemos que merced a la acción de la desaparición de los niños, Bretón consigue estar de nuevo «al mando» de su familia, aunque sea desde los barrotes de la cárcel. Ruth, la tan deseada, ya sólo puede vivir para encontrar a los niños. Tener el poder produce satisfacción, regenera la autoestima, le hace a uno sentirse importante. El narcisista cree que tiene derecho a imponer su ley, a tener privilegios en las relaciones que otros no exigirían tener. Bretón puede ser odioso y autoritario con sus celos y manías, pero además «tiene derecho» a que la mujer que se ha casado con él le aguante y no le abandone, por muy infeliz que haga a su familia. Y, por supuesto, tiene derecho a vengarse si resulta afrentado.

Los presos, gente que de por sí acostumbra a no tener remilgos, detectan muy bien esta faceta de Bretón; no lo soportan, les fastidia su altanería, su querer mostrarse diferente de la chusma, él no es como los demás. Ya hemos visto que *los reclusos le definen como un manipulador, obsesivo, autoritario, cambiante y controlador*. Sabemos que critican su actitud de menosprecio, insultos y conductas xenófobas y aseguran que a diario tienen que aguantar un comportamiento grosero, y que disfruta alardeando de su superioridad intelectual, mostrándoles que son unos ignorantes.

Frente a sus derechos, los de los demás son poco relevantes. La explicación que le ofrece Ruth de por qué le abandona, basándose en que como persona libre tiene ese privilegio, cae necesariamente en oídos sordos (*«estaba en mi derecho y no tuve otra opción que tomarme este tiempo por mi cuenta aprovechando que tú te fuiste de casa»*).

Sin embargo, lo que en verdad explica la pregunta del «cómo es posible que un padre mate a sus dos hijos pequeños» es el componente de la psicopatía. El único afecto que siente Bretón es el que le proporciona la seguridad de su familia; ahí se encuentra en terreno conocido. Es un afecto «egoísta», de servidumbre y obtención de beneficios a partes iguales. No puede ser un amor real porque entonces no se hubiera atrevido a privar a su familia de origen de la compañía de sus sobrinos y nietos. Pero más allá de esto, no hay nada. La familia es una extensión de sí mismo, de su ego, donde se halla comprendido y que no le cuestiona, atendiendo sus necesidades, si no de cariño, al menos de compañía.²¹ Este tipo de afectividad hueca y egoísta es la única que puede ofrecer también a Ruth y sus hijos, pero acompañada de otras exigencias, puesto que ya no tiene el rol subordinado del hijo, sino el prominente del marido.

La mujer y los hijos están a su servicio, por eso sus concesiones las vive con irritación y generan en él una agresividad sorda y oculta, más que nada psicológica. Se resiste a tener a los niños, a vivir en Huelva, lejos de sus padres, a que Ruth trabaje y haga un máster, a que él se tenga que encargar de los niños. Impone normas obsesivas sobre cómo comer y a quién tocar. Sin embargo, Bretón necesita a Ruth, no en el sentido romántico, sino en el de apuntalamiento de su propia identidad: puede soportar tener empleos poco cualificados o estar en el paro, pero al menos exige que en su casa no se le ignore, que su opinión sea relevante, que se le considere por encima de todo. Ruth es una posesión que le ayuda a mantener el control en una vida que ya le ofrece poco, porque él odia ocuparse de la casa y de los niños, primero porque esas cosas son «antinaturales» para un hombre, pero sobre todo porque él no quiere a los niños de forma natural,

no como un padre los quiere incondicionalmente, sino como concesiones que tuvo que hacer para que su mujer no rompiera la relación, o al menos creemos que eso debió llegar a pensar él: si tensaba mucho la cuerda, se rompería.

Los psicópatas son maestros en disociarse del componente emocional de sus actos, incluso si éstos son brutales o violentos. Ayudados por su falta de empatía y de conciencia, pueden ahogar los restos de compasión y cometer un hecho atroz. Además, cuando consideran una meta, un objetivo, como algo prioritario, no piensan en el castigo que puede recaer en ellos, porque sienten menos miedo y perturbación en la ejecución del crimen.²²

De este modo, la pregunta del «¿cómo fue posible?» encuentra así su respuesta. Ese desapego emocional asombroso ante la muerte de sus hijos puede verse en cada una de sus cartas donde muestra su «pesar» por lo sucedido a sus hijos inocentes, y en particular en la carta donde narra su «sueño»; su crueldad es notable, punzante, casi inverosímil. Esta gesta criminal es posible porque si bien puede ponerse en el punto de vista de la madre desconsolada —ya que él es inteligente y sabe cómo piensa y siente su mujer—, su empatía profunda, la que le permite sentir el dolor de las personas que sufren, está muy poco desarrollada. Los psicópatas inteligentes tienen así una superioridad sobre los torpes o poco instruidos, quienes muchas veces no son capaces de entender lo que el otro está pensando o sintiendo. Bretón no tiene dificultades para imaginar, para entender, para saber cómo piensa y puede sentirse el otro. De ahí que Ruth declarara que su ex marido sabía encontrar los puntos débiles de cada persona para saber cómo atacarle mejor. Su problema es que frente a sus deseos, el dolor y el sufrimiento ajeno apenas cuentan. Cuando escribe ese cuento donde imaginaba que hablaban sus hijos está exhibiendo de un modo puro y perfecto esa incapacidad. Ruth responde declarándose «viuda» y bautizando a su ex marido como un monstruo. Es comprensible.

Poco podía hacer Ruth con sus ruegos y promesas veladas de reconciliación; muy poco los policías y jueces que le apremiaban a que descargara su conciencia y dijera la verdad. Para Bretón cada uno de los días en que no se sabía dónde estaban los niños era un triunfo; él estaba al mando. Con sólo unas palabras podía hacer que su ex mujer se estremeciera. Y, desde luego, el placer de la venganza, ver cómo ella se pliega a verle al fin, a visitarle, ella que ni siquiera le había contestado a su carta «de reconciliación» del día antes de los hechos.

Ahora bien, después del descubrimiento de los restos de los niños en la hoguera el escenario es diferente. Si el fiscal, las acusaciones y el juez instructor tienen razón y Bretón es el autor, su falta de protagonismo posterior, su mutismo tras el descubrimiento atroz de la hoguera, se justifica por el hecho de que ya sabe que la horrible verdad, lo que apenas se puede pronunciar, se sabe, es de dominio público. El público piensa que él es el asesino de sus hijos, y eso es un golpe tremendo a su imagen, a la representación que él quiere ofrecer a la gente, no quiere que le vean al fin como le describió la psicóloga que atendió a su mujer («*que yo era un lobo disfrazado de cordero, un psicópata oculto*»). Ya no puede torturar a Ruth con cartas lacrimógenas, al tiempo que, en su narcisismo, piensa que puede convencer a alguien que tenga un mínimo criterio. Sólo puede negar ser el autor, nada más. Que él no los mató ni quemó sus frágiles y pequeños cuerpos. Que él es culpable sólo de un descuido, no de algo que conmueve, en su maldad, hasta a los más miserables. Que él no es el Monstruo de Las Quemadillas.

EPÍLOGO

En las páginas anteriores hemos intentado ofrecer una explicación, desde la Criminología, de los hechos acaecidos desde la perspectiva del Estado de derecho, que acusa a José Bretón de un doble asesinato en la persona de sus hijos. Se trata de una labor retrospectiva; como los paleontólogos, que a partir de fósiles y restos de utensilios buscan reconstruir aspectos de la vida de nuestros antepasados o de la fauna de épocas pretéritas, una investigación criminológica utiliza también los restos que nos deja el presente para construir una historia, pues no otra cosa es una explicación del porqué y cómo de un crimen. En realidad así actúan también los policías: a partir de las evidencias que encuentran tratan de reproducir en el presente la historia que entrelazó las vidas del asesino y su víctima. Parten de la escena del crimen y de la victimología para hallar al autor de los hechos, que siempre es, por definición, la incógnita a despejar en la ecuación policial. Pero, como hemos visto en este libro, no basta sólo con tener el convencimiento de que hemos puesto un rostro al criminal, ni tampoco es suficiente cerrar la historia con elegancia, atando todos los cabos; ante la justicia, ante la ley, es necesario *demostrar* que esa historia es cierta, es decir, que se encuentren pruebas con el suficiente peso para que se produzca la sentencia condenatoria.

Una mirada escrutadora y objetiva sobre este caso que polarizó el interés del público durante un año nos revela con claridad que el doble crimen fue perpetrado con mucho descuido, en las antípodas del llamado «crimen perfecto». La coartada de Bretón dista mucho de ser coherente; previamente habría proferido gravísimas amenazas contra Ruth, escuchadas por diversos testigos; la propia madre de aquél, al enterarse de la desaparición de sus nietos, de inmediato le señaló como el responsable; nadie vio a Ruth y José en el parque, y los intentos del padre de buscar ayuda para encontrarlos fueron cicateros y poco lógicos. De igual modo, la forma de hacer desaparecer los cadáveres muestra que Bretón se exponía a un arresto seguro, ni tenía lógica encender una hoguera para quemar diversos objetos y animales en esas horas, con sus hijos pequeños requiriendo su atención, ni añadía seguridad a sus planes que aquella produjera una columna de humo tal que la detectara sin dificultad alguna el servicio de vigilancia forestal de la Junta de Andalucía. Y, por supuesto, está el fallo mayúsculo de pretender eliminar todo rastro de los cuerpos de los niños mediante su cremación, aunque en su descargo podemos suponer que pretendía posteriormente, libre de sospechas por un tiempo, hacer desaparecer igualmente los restos de la hoguera.

En resumen: sólo el error inicial de la Policía Científica cuando confunde los huesos de los niños con los de animales permitió que la investigación se alargara en el tiempo, con el consiguiente coste emocional —sobre todo— para la familia de Ruth, así como la enorme inversión de recursos, dinero y trabajo por parte de la policía. Esto lo señalamos no para culpar a nadie, puesto que la profesional que cometió el error es, en todos los sentidos, de una competencia reiteradamente demostrada, y nadie está a salvo de perder pie en un momento determinado, sino para apoyar la idea de que José Bretón, a pesar de todo su maquiavelismo, de toda su

planificación, cometió —recordemos, todavía supuestamente— un doble crimen de modo complejo, pero al fin y al cabo, con graves deficiencias desde el punto de vista de lo que podríamos considerar «técnica criminal». En dos palabras: al poco tiempo de cometer los hechos, de no mediar tal confusión con los restos de la hoguera, hubiera sido preso y acusado de la muerte de sus hijos.

Sin embargo, ese «final alternativo» que nunca llegó a producirse no hubiera afectado a las preguntas de los motivos y de las condiciones psicológicas que posibilitaron que un padre presuntamente matara a sus dos hijos pequeños, lo cual es, en el fondo, lo que conmocionó a la sociedad de aquellos meses. En nuestro análisis para contestar a esas cuestiones procedimos, como los propios inspectores de homicidios, a construir una narración basándonos en los documentos y declaraciones disponibles en el sumario, así como realizando diversas entrevistas con personas relacionadas con el caso. Fuimos desde el presente hacia atrás, realizando una especie de autopsia psicológica de los personajes y sus relaciones y aplicando los conocimientos de la Criminología acerca de este tipo de delito violento.

En buena medida las conclusiones que hemos alcanzado ya habían sido señaladas por diversos actores de este drama. Así, tanto la abogada de Ruth como el juez llegaron a señalar con nitidez el móvil de José Bretón: la venganza por haber sido abandonado por su esposa. Sin embargo, en nuestra reflexión esa venganza ha de ser contemplada como un instrumento para el fin último que perseguía el supuesto asesino, que era, literalmente, no volverse loco, no soportar el dolor de verse excluido de su lugar preferente, reclamar para sí la autoridad sobre la familia que él había construido, aun a su pesar —su rechazo a tener hijos.

Bretón vive inmerso en un mundo limitado, cuyas fronteras son los estrechos márgenes de una familia que validan su modo de ser, que lo toleran y donde él se siente seguro. Él vive para no sufrir, para no ser contrariado: sus «manías» y obsesiones son rituales que le permiten mantener bajo control —no perfecto, pero al menos el suficiente— su angustia, su amenaza percibida de que él es un perfecto incompetente para crear una relación emocional auténtica y significativa. Por ello, lejos de esforzarse él por cambiar, por mejorar para poder abrirse a la realidad emocional de una mujer y una familia, obliga a ésta a que se amolde y respete sus rituales, aun a costa de atemorizar a los niños y huir del encuentro afectivo; su deseo de no verse contaminado por los gérmenes y de no salirse de la trayectoria de su vida mezquina le lleva, en consecuencia, a crear unos vínculos basados en la exigencia de que se respete su mundo, evitando así que este hombre se abra a la realidad de los demás y los pueda apreciar como seres valiosos capaces de otorgarle amor y un sentido a la vida.

Podemos ver que Bretón actúa en sentido contrario al personaje central (interpretado por Jack Nicholson) de una película que él dijo que le gusta mucho: *Mejor imposible*. Porque en ella el personaje obsesivo-compulsivo de Nicholson *sí hace* el esfuerzo de intentar abandonar —o al menos reducir— sus obsesiones con objeto de retener el amor de una mujer (la camarera interpretada por Helen Hunt); él sabe que si se empeña en llevar sus propios cubiertos de plástico a los restaurantes, o si continúa caminando por la calle evitando las líneas de las baldosas no tendrá ninguna posibilidad de que esa relación tenga un futuro. Bretón, en cambio, encierra a su familia en sus obsesiones, y sólo a regañadientes se va plegando a ciertas exigencias de Ruth, porque teme perderla.

Hay una diferencia esencial entre ambos personajes, el ficticio de Nicholson y el real encarnado por el imputado del doble crimen: mientras que intuimos que el primero tiene en verdad un buen corazón que ha sido sepultado por una soledad autoimpuesta para poder vivir de acuerdo

con sus manías y no verse asaltado por una ansiedad devoradora (en forma de ser contaminado), lo que nos produce un mayor asombro, por el contrario, es descubrir que Bretón, justamente, no lo tiene, o peor aún, que está lleno de maldad, porque él nunca quiso a sus hijos —primer insulto a la condición humana— y además presuntamente los mató de un modo vil (seres indefensos, que confiaban en ser protegidos por su propio padre en la inconsciencia de una vida recién estrenada) para ejecutar una venganza monstruosa —segundo insulto.

Esto nos lleva al punto de qué clase de persona es alguien que mata a sus propios hijos; y sólo añadir que para «vengarse» de su mujer no hace sino empeorar las cosas, puesto que no hay razón alguna para matar a los hijos, pero lo último todavía es más oneroso y deleznable, porque revela una catadura moral propia de los hombres más perversos y detestables.

Nuestra respuesta a esa cuestión fue también entrevista por la psicóloga que atendió a Ruth en el Instituto de la Mujer y por los propios investigadores, quienes calificaron a Bretón como un psicópata, un lobo con piel de cordero. Nosotros, en efecto, coincidimos con esa opinión, aunque vimos que su perfil en realidad es bastante más complejo, puesto que su psicopatía estaba limitada a los aspectos interpersonales y afectivos de este síndrome o diagnóstico y complementada con los otros dos elementos que definían la llamada «tríada oscura»: el narcisismo y el maquiavelismo.

Pero también es de justicia reconocer que los forenses que examinaron a Bretón hicieron un trabajo brillante y detectaron ya aspectos importantes inmersos en ese diagnóstico, a pesar de los reiterados intentos de aquél de omitir información valiosa y tergiversar los resultados de los tests.

En resumen, sería adecuado decir que Bretón no engañó en realidad a nadie, y no sólo a los forenses que le examinaron: ni a su propia familia, que de inmediato lo señaló como responsable, ni por supuesto a la familia de Ruth, que ya temía con antelación que el padre hiciera daño a sus hijos, ni al juez de instrucción que dirigió hábilmente la investigación, ni tampoco a la policía, que al poco tiempo lo consideró el sospechoso principal.

A pesar de su notable inteligencia (media-superior o superior, según sea el test considerado), Bretón es un novato en el crimen, y eso se nota. Su protagonismo se ve favorecido por un error; el control e importancia que esperaba obtener mediante la desaparición de los niños y el mantenimiento indefinido del misterio se ve azarosamente magnificado por esa deficiencia en la investigación. Bretón puede torturar a la madre de sus hijos y su familia y gozar del protagonismo mediático porque dispone de un tiempo extra que, a buen seguro, él esperaba disfrutar en plenitud (porque confiaba en no ser descubierto), pero que en realidad en la ortodoxia de una investigación eficaz no le hubiera correspondido.

Ruth le llamó «monstruo», es decir, alguien no humano. El público así lo entendió también, y los forenses, al no concederle el estatus de «perturbado mental», dejaron como única vía de explicación para comprender los hechos la maldad del personaje, base sobre la que es posible edificar el móvil de la venganza como detonante del doble crimen. Sin embargo, en el fondo, en todos nosotros queda una duda: ¿es posible hacer algo así sin ser un loco? O para decirlo con otras palabras: cuando alguien se comporta con un grado tal de maldad, ¿en realidad no está diciendo con sus actos que es alguien realmente «anormal»?

Es ésta una discusión de larga tradición, con raíces filosóficas acerca del libre albedrío y la naturaleza del mal. Desde el punto de vista del derecho penal la solución es nítida, y probablemente debe ser así: la maldad extrema no es sinónimo de locura. Si la justicia encuentra culpable a Bretón del asesinato de sus hijos, entenderá que él obró con intención manifiesta de conseguir ese resultado, que lo hizo con pleno conocimiento de causa, que pudo en cualquier

momento, antes del fatal resultado, abstenerse de seguir adelante, que estaba en su mano renunciar a su ánimo de venganza y no llegar a convertirse en un parricida.

Pero nosotros, como arqueólogos de ese doble crimen, podemos ir más allá y preguntarnos si estaba en su naturaleza el renunciar a todo ese plan reivindicativo, a esa exigencia de no desaparecer por el sumidero de su propia insignificancia si permitía que Ruth «le dejara tirado», es decir, le tratara como un don nadie, «después de todo lo que él había hecho por ella». ¿Acaso no dijo él que esperaba que no hiciera una locura, tratándose de alguien como era él? ¿Acaso no avisó de que podía hacer algo realmente grave, si ella persistía en escapar de la vida que él había diseñado para su mujer e hijos? De otro modo: ¿no estaría en verdad Bretón reconociendo su auténtica naturaleza o personalidad, al decir que «alguien como él» no podía permitir ese abandono y humillación?

Un fino observador del alma humana y del crimen como Charles Dickens ya había escrito sobre esta cuestión, y puso en boca de uno de sus personajes de su novela corta *Atrapado*^{*} la siguiente reflexión: «Pero no hay peor error que suponer que un criminal calculador pueda dejar de ser fiel a sí mismo o no actuar en consecuencia con su carácter (...). *Un hombre así asesina, y el asesinato es la culminación natural de su trayectoria* (...). ¿Creen que, si de verdad el crimen pesara sobre su conciencia, o si tuviera conciencia, habría sido capaz de cometerlo?». Es decir, Dickens establece la siguiente sentencia: un criminal calculador no tiene conciencia, luego para él cometer un crimen se convierte en un hecho natural, en algo propio de su naturaleza, porque sólo la conciencia nos impide obrar a nuestro antojo; privados de ella sólo podemos perseguir nuestros fines, y si se precisa un crimen para obtenerlos, lo cometeremos.

¿Podía entonces José Bretón dejar «de ser fiel a sí mismo» y renunciar a ese terrible plan de matar y quemar a sus hijos? La justicia entera está basada en la respuesta afirmativa a esa pregunta. El hombre es un ser libre dotado de razón; está entre sus capacidades la de renunciar al mal, la de no transgredir las leyes de las sociedades. ¿Y si alguien, por su trayectoria vital y personalidad, tiene rasgos de una psicopatía integrada, si ha construido un mundo basado en defenderse de lo que él considera insultos y ofensas, si su bienestar y equilibrio personal dependen de que él imponga su voluntad a los que le acompañan en su esfera personal? ¿Si es manipulador —maquiavélico— y necesita que no le hieran en su autoestima? ¿Si no es capaz realmente de querer a nadie?

Nuestra respuesta sigue siendo afirmativa, puesto que otra mucha gente ha sufrido lo indecible y padecido injusticias sin recurrir al odio y la violencia como estrategia de vida. Que alguien sea un psicópata no es sino la expresión científica para reconocer que una persona puede actuar sin que le perturbe lo más mínimo el mal que hace; en la definición explicamos qué permite tal comportamiento: son esos rasgos de falta de empatía y de culpa, su insensibilidad afectiva, su crueldad, su incapacidad de temer al castigo o aprender de la experiencia.

La psicopatía, como otras muchas condiciones y diagnósticos, es un concepto dimensional: hay grados, todos tenemos un poco de insensibilidad, o preferimos justificar lo que hemos hecho para no sentirnos culpables. Cuando ese grado es elevado, sin embargo, trazamos una línea y decimos: a partir de aquí esto es un problema, esta persona sólo puede explotar a los demás, está preparada para imponer su voluntad mediante el subterfugio y la violencia.

Pero el quid es éste: «preparada» no es «obligada» o «determinada» para hacer el mal. Lo que le pedimos al psicópata es que venza su «tendencia», sus inclinaciones y capacidades para el abuso, que se abstenga de «seguir su naturaleza». Que haga esto es difícil, pero posible: muchos

psicópatas no matan a nadie. Esta exigencia es primordial, y debemos pedir a la ley que la haga cumplir, porque de lo contrario los seres más capacitados para dañar a sus semejantes contarían con la benevolencia de la justicia, y entonces daríamos alas a sus apetitos insanos.

La vida se juega en las decisiones; unas son acertadas y nos traen dicha, otras son desafortunadas y nos proporcionan dolor y sufrimiento. Con la perspectiva del tiempo es fácil echarse las manos a la cabeza y preguntarse qué vio Ruth en ese hombre, cómo pudo casarse con él y fundar una familia, qué cualidades le atrajeron y cómo no se dio cuenta de quién era en verdad su marido. Pero estaríamos siendo muy injustos, porque no hay persona libre de cometer graves errores, sobre todo si el enamoramiento perturba el juicio y, además, la pareja elegida es muy hábil a la hora de dar una imagen de sí mismo agradable y radicalmente falsa. Nadie en su sano juicio espera que su marido o esposa sea un psicópata oculto y, mucho menos, que pueda matar a los hijos de ambos para conseguir unos fines trágicamente ridículos.

Ruth hizo todo lo posible para llevar con tacto la separación; intentó razonar con él, explicarle los motivos; a pesar de lo difícil de su situación hizo de la seguridad de los niños su prioridad, y pidió a sus cuñados que permaneciera siempre alguien con su marido cuando estuviera con los niños. No podía con sus temores acudir a la policía ni a los servicios sociales; estaba ella sola; como mujer libre y madre había tomado la decisión de terminar un matrimonio destructivo. De hecho era su obligación hacerlo si consideramos el futuro de sus hijos conviviendo todos los días con un padre como Bretón. Paradójicamente, esa ansia de libertad y de una vida mejor para sus hijos fue el detonante de un proceso que tendría consecuencias inimaginables, pero eso fue de entera responsabilidad de quien realizó el acto criminal, y en modo alguno puede sentirse la madre culpable de ello. Porque el asesino encuentra siempre una razón para matar, y no puede hacer valer el chantaje de su violencia para condenar a la miseria a los que tienen la desdicha de vivir a su lado.

Ruth y su familia representan ahora mismo a muchas de las víctimas de estos seres, que están entre nosotros para recordarnos cada día que el mal se encarna de muchas formas, y en ocasiones de modo sutil y traicionero, y cuya presencia también define al mundo desde el inicio de los tiempos. Y por ello esas víctimas merecen toda nuestra solidaridad y el respeto por su inagotable dolor.

NOTAS

- [1.](#) Véase C. Climent, V. Garrido y J. Guardiola, *El informe criminológico forense*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2012.

[1.](#) Imágenes de las cámaras de vigilancia de la Ciudad de los Niños que obran en el sumario.

[2.](#) Primera declaración de Rafael Bretón ante la policía.

3. Llamada a Emergencias incluida en el sumario y difundida por diferentes medios de comunicación.

4. Conversación telefónica grabada por la policía entre José Bretón y su antigua amiga a las 18.06 del 16 de octubre, horas antes de ser detenido.

1. Declaración de Ruth Ortiz el 10 de octubre de 2011 y el 20 de febrero de 2012, la primera ante la policía y la segunda ante el juez. También se halla reflejado en la declaración de la abuela Obdulia.

[2.](#) Declaración de José Bretón el 21 de octubre de 2011.

3. Carta obrante en el sumario, entregada por José Bretón a Ruth Ortiz el 7 de octubre de 2011.

4. Día en el que Ruth le dice que se va a separar.

5. Perfil elaborado por Ruth Ortiz el fin de semana de la desaparición para entregar a su abogada.

6. Ídem.

7. Ídem.

8. Declaración de Ruth Ortiz el 20 de febrero en el juzgado de instrucción de Córdoba.

9. En mayo de 2012 declararán en el juzgado de instrucción de Córdoba trabajadores del colegio y la guardería, madres de compañeras de Ruth y amigos del matrimonio.

[10.](#) Programa *Espejo Público* de 19 de octubre de 2012.

[11](#). Declaración de José Bretón ante el juez el 16 de febrero de 2012.

[12.](#) Declaración de Ruth Ortiz ante el juez en febrero de 2012.

[13.](#) Declaración de José Bretón ante el juez el 16 de febrero de 2012.

[14.](#) Informe sobre el teléfono móvil de José Bretón.

[15.](#) Declaraciones en el juzgado de instrucción de mayo de 2012.

[16.](#) Declaración de Ruth ante el juez en febrero de 2012.

[17](#). Declaraciones de amigos y allegados ante el juez en mayo de 2012.

[18.](#) Auto de octubre de 2011.

[1.](#) Declaración de José Bretón en la Comisaría de Policía de Córdoba el 9 de octubre de 2011.

[2.](#) Auto del juez de mayo de 2012.

3. Ídem.

4. Declaración de José Bretón el 9 de octubre a las 23.10 en la Comisaría de Córdoba.

5. Ídem.

6. Ídem.

[1.](#) Declaración de Ruth Ortiz en la Comisaría de Córdoba, el 10 de octubre.

1. Informe encargado por el juez a los investigadores el 13 de septiembre de 2012.

[2.](#) Atestado 36.406/12 incluido en el sumario más conocido como el informe del policía sombra. Consta de 13 folios de observaciones sobre el comportamiento de José los diez días posteriores a la desaparición.

3. Declaración de la abuela materna el 11 de octubre de 2011.

4. Diferentes declaraciones de Ruth, a lo largo de 2012, y de amigos y familiares en mayo de ese año.

5. Informe sobre el estudio del teléfono móvil de José Bretón Gómez.

6. Informe del policía sombra, p. 61 del atestado.

7. Ídem, pp. ss.

8. Informe psicológico de enero de 2012, entre otras referencias del sumario.

9. Programa *Nada es igual: Bretón*, de septiembre de 2012.

[10.](#) Entrevista en el programa *Nada es igual: Ruth y José*, de septiembre de 2012.

[11.](#) Ídem.

[12.](#) Informe del Observatorio de la Universidad de Valencia.

[13.](#) Programa *Nada es igual: Ruth y José*.

[14.](#) Conversación extraída de la intervención telefónica realizada a José Bretón antes de ser detenido.

[15.](#) Revista *Interviú* de 5/12/11 y programa *Materia Reservada* de 2/02/2012.

1. Declaraciones a los medios realizadas ese día por José María Sánchez de Puerta.

[2.](#) Intervenciones telefónicas a los Bretón obrantes en el sumario.

3. Frase escrita por José Bretón en una de las notas halladas en el primer registro de la finca Las Quemadillas.

4. Informe psicológico realizado a José Bretón en la cárcel de Alcolea en noviembre y diciembre de 2011.

5. Conversación mantenida por José Bretón y Adela horas antes de la detención, con el teléfono ya intervenido.

6. Expuesto en la demanda de divorcio de Ruth Ortiz presentada en abril de 2012.

7. Bretón reconoce en diferentes interrogatorios judiciales sobre los restos óseos en la hoguera que los vecinos le daban animales para que los matara o cuando estaban muertos se deshiciese de ellos. Y Ruth, según su abogada, también lo sabe.

8. En la primera declaración de Antonia Gómez por la desaparición de los menores también comenta los celos que le tenía José a sus hermanos.

9. En una de las primeras visitas que le hacen sus padres a prisión nada más ser detenido, él se muestra deprimido y les dice que ellos son lo único que tiene. Deja ver la opción del suicidio. La madre se cierra en ese argumento y no cede en su defensa. Cuando el juez expone a Bretón en el mes de noviembre que las declaraciones de su madre no coinciden con las suyas, él le replica al juez que su madre estaba aturdida por la batería de preguntas a la que la sometieron.

[10.](#) Auto del juez de instrucción de mayo de 2012.

[11](#). Entrevista concedida por Ruth Ortiz al programa de Antena 3, *Espejo Público*, en abril de 2012.

1. Extraído de las intervenciones telefónicas a José Bretón.

2. Juan David hace públicas estas grabaciones en marzo de 2012, a través de distintos medios de comunicación.

3. Ruth Ortiz entregará a la policía un escrito, obrante en el sumario, en el que relata en forma de diálogo la visita a la cárcel el 28 de diciembre de 2011.

4. Ídem.

5. Declaraciones de los presos que acompañan a José Bretón en la cárcel, en mayo de 2012.

6. Programa *Espejo Público*, 26 de septiembre de 2012.

7. *Diario Córdoba*, 8 de agosto de 2012.

[1.](#) Entrevista en el programa *Equipo de Investigación, Bretón: Enemigo Público*, el 28 de septiembre de 2012.

2. Programa *Nada es igual*, de Telecinco, titulado: *Sin Ruth y José*, el 28 de agosto de 2012.

3. Informe del profesor Francisco Etxeberria de 17 de agosto de 2012.

4. Ídem.

5. Informe aportado al sumario por la acusación particular en el mes de septiembre.

6. Ídem.

7. Auto de procesamiento del juez, hecho público el 5 de septiembre de 2012.

8. *Espejo Público*, 12 de septiembre de 2012.

1. *El Mundo*, 1 de enero de 2012.

2. Ídem.

3. [La Vanguardia](#), 17 de septiembre de 2008.

4. M. Liem y P. Nieuwebeerta, «Homicide followed by suicide: A comparison with homicide and suicide», *Suicide and Life-Threatening Behavior*, 2010, 40, pp. 133-145.

5. Véase V. Garrido, *Amores que matan*, Alzira, Algas, 2001.

6. R. Underwood, «Familiicide», en Eric Hickey (editor), *Encyclopedia of murder and violent crime*, Thousand Oaks, California, Sage, 2003, p. 168.

7. «Homicide followed by suicide», p. 142.

8. *El Mundo*, 1 de enero de 2012.

1. Informes de los forenses adscritos al Instituto de Medicina Legal de Córdoba. La prensa en su momento se hizo eco de tales resultados, aunque dando la imagen de que el acusado tenía una inteligencia extraordinaria, lo que tampoco es el caso.

[2. Informe médico forense, p. 5.](#)

3. Informe médico forense, p. 8.

4. M.S. Gisbert, F.A. Verdú y R. Vicent, *Glosario de Psiquiatría Forense*, Barcelona, Masson, 1995, p. 148.

5. Informe psicológico forense, p. 17.

6. Informe médico forense, p. 3.

7. Informe médico forense, p. 4.

8. Informe médico forense, p. 4.

9. Véanse los libros de Vicente Garrido *El psicópata, un camaleón en la sociedad actual*, Alzira, Algar, 2000, y *Cara a cara con el psicópata*, Barcelona, Ariel, 2004.

10. Véase un sucinto pero estupendo reportaje de Gema Peñalosa en <http://www.elmundo.es/elmundo/2008/02/26/valencia/1204054215.html>

[11.](#) *El País*, 1 de marzo de 2008.

[12.](#) N.R. Villemarette-Pittman, M. Stanford, K. Greve, R. Houston y Ch. Mathias, «Obsessive-Compulsive Personality Disorder and behavioral disinhibition», *The Journal of Psychology*, 2004, vol. 1, 138, pp. 5-22.

[13.](#) Ídem, p. 15.

[14](#). Charles Ewing, *Fatal families: The dynamics of intrafamilial homicide*, Thousand Oaks, Sage, 1997, p. 135.

[15.](#) Neil Websdale, *Familicidal Hearts*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.

[16.](#) D. Dutton, *Rethinking domestic violence*, Vancouver, BC, UBC Press, 2006, p. 128.

[17](#). H. Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 2005.

[18.](#) R. Hare, *Sin conciencia*, Barcelona, Paidós, 2003. Un estudio muy interesante sobre la «tríada oscura» en universitarios españoles: L. Halty y M.^a Prieto, «La psicopatía subclínica y la tríada oscura de la personalidad», *Psicología Conductual*, 2011, 2, pp. 317-331.

[19](#). Por ejemplo, véase S. Jakobwitz y V. Egan, «The dark triad and normal personality traits», *Personality and Individual Differences* 2006, 40, pp. 331-339.

[20](#). E.R. Moulso y K.S. Calhoun, «A mediation model of the role of sociosexuality in the associations between narcissism, psychopathy and sexual aggression», *Psychology of Violence*, 2012, 2, pp. 16-27.

[21](#). Charles Ewing, *Fatal families: The dynamics of intrafamilial homicide*, p. 134.

[22](#). V. Garrido, *Cara a cara con el psicópata*, Barcelona, Ariel, 2004.

* El texto ha sido levemente editado para facilitar su mejor comprensión, sin alterar en absoluto su contenido.

* ¿Se habría inspirado Bretón en el caso de Marta del Castillo? ¿Era casualidad que hubiera tres elementos comunes al caso más polémico de los últimos años y que no había sido resuelto satisfactoriamente al no hallarse el cuerpo? La búsqueda en el vertedero de la joven sevillana había sido infructuosa; las pistas sobre un horno funerario en el municipio de Camas tampoco habían dado con el hallazgo del cadáver y los rastreos en el Guadalquivir, más de lo mismo.

* Una prueba proyectiva consiste en un material no estructurado (como las manchas de tinta, o el dibujo que tiene que hacer el sujeto de un árbol) que ha de interpretar el examinado con total libertad. Esa interpretación se supone que ofrece información de la personalidad y afectividad del sujeto.

* Esa incapacidad para ir más allá de un reconocimiento vago de culpa se ve igualmente en este otro pasaje de la carta: «Fíjate lo que he conseguido, amargarte la vida. Aunque yo siempre he intentado tratarte como la princesa que eres y te mereces». Es decir, a pesar de que él ha intentado siempre hacerlo lo mejor posible y tratarla como «se merece», lo único que ha logrado es «amargarle la vida». La conclusión es obvia: alguien que se esfuerza por tratar a una persona «como una princesa», si no lo logra, lo más de que puede ser acusado es de torpe, pero nunca de poco entregado y, desde luego, no de ser un maltratador o de alguien que ha cometido reiteradamente actos graves en contra de ella y de sus hijos.

* Término que procede de la obra de Nicolás Maquiavelo *El Príncipe* (1511), donde se aconseja el uso de cualquier medio de manipulación al alcance del Príncipe para obtener y conservar el poder.

** Aunque sin llegar a presentar necesariamente un trastorno narcisista de la personalidad; se trataría de un narcisismo acusado pero no patológico. En todo caso, en José Bretón, debido a que invalidó con sus respuestas los inventarios de personalidad patológica que se le administró, no sabemos si llegaba a ese nivel de patología.

* Charles Dickens, *Hunted Down*, publicada en 1859: «But there is no greater mistake than to suppose that a man, who is a calculating criminal, is (...) otherwise than true to himself, and perfectly consistent with his whole character. Such a man commits murder, and murder is the natural culmination of his course (...) Do you think that if he had it on his conscience at all, or had a conscience to have it upon, he would ever have committed the crime?».

AGRADECIMIENTOS

A los diferentes investigadores y a Reposo Carrero, abogada de Ruth Ortiz, por resolver muchas de nuestras dudas. A los periodistas Mariam de las Heras, Itxaso Mardones, Boro Barber, Alberto Pierres y Ángel Moya por sus aportaciones a nuestra investigación.

El secreto de Bretón.

El caso que ha conmocionado a España y a la criminología

Vicente Garrido y Patricia López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Mauricio Restrepo

© de la imagen de la portada, gio / agefotostock

© Vicente Garrido y Patricia López, 2013

© Ediciones Planeta, S. A., 2013

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2013

ISBN: 978-84-344-0754-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L.

www.newcomlab.com